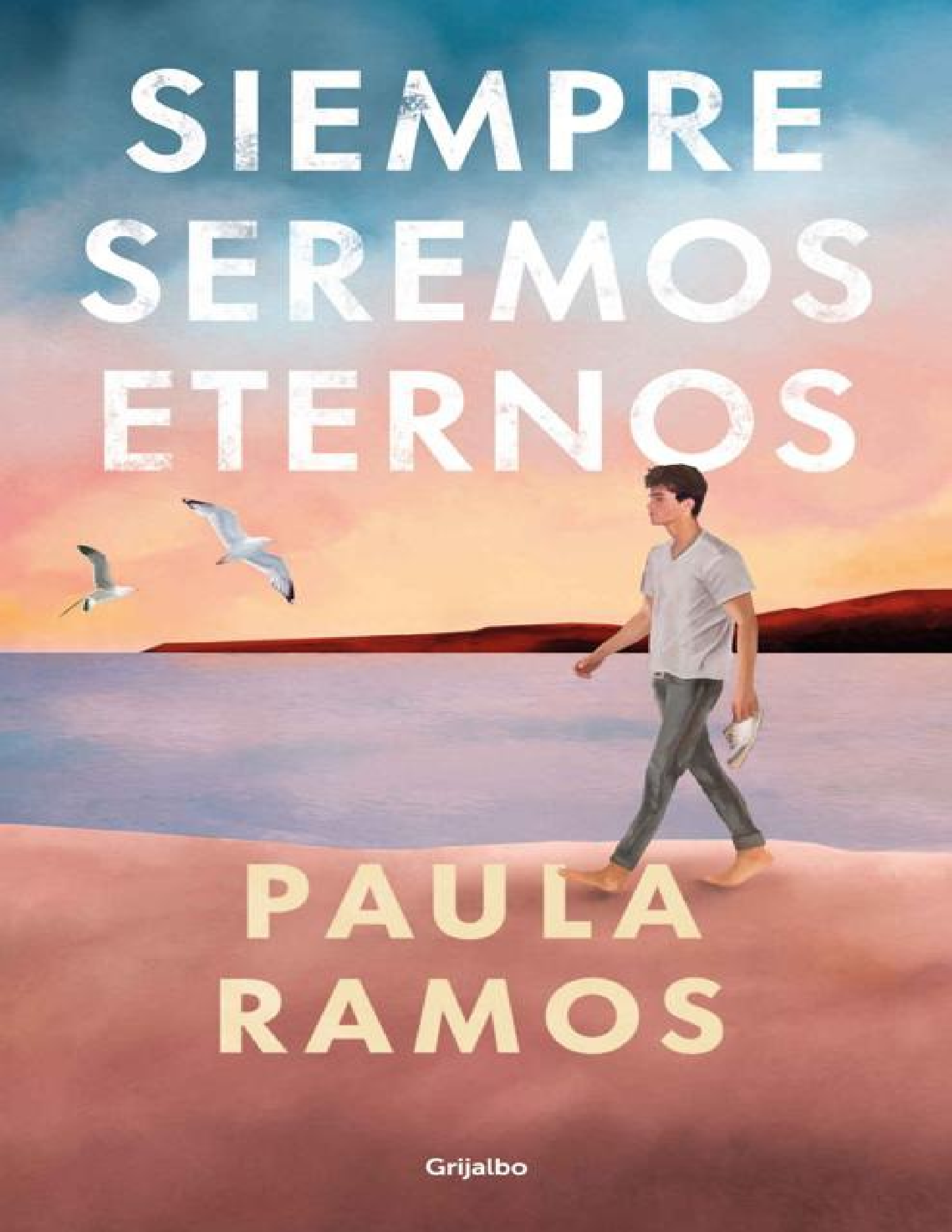
SIEMPRE SEREMOS ETERNOS



PAULA RAMOS

Grijalbo

PAULA RAMOS

Siempre seremos eternos

Grijalbo

Para todas las Lorenas, que siempre
ponen su granito de arena para hacer
de este mundo un lugar más mágico.
Y para Sergio, por ser el primero en leer
esta historia y emocionarte con ella.
Cómo no iba a ser para ti

Todos estamos en el pozo, pero algunos
miramos las estrellas.

OSCAR WILDE

Dime, ¿qué piensas hacer con tu única,
salvaje, preciosa vida?

MARY OLIVER

Abril de 2023

Mojácar

Ava

Doy un paso tras otro. Sin mirar atrás. Sin titubear, y a cada paso que doy, soy consciente de que esta vez va a ser diferente. Quizá sea porque nos hemos separado en el punto donde terminó todo por primera vez, si es que esa frase tiene sentido… aunque, sí, para nosotros lo tiene. Nuestra historia empezó ese verano, cuando éramos unos críos, y finalizó en el mismo lugar que había presenciado el inicio.

Sin embargo, hoy… hoy esta despedida es diferente. Lo siento. Lo sé.

Por eso no me doy la vuelta. Por eso no hago caso a esa vocecilla tan irresponsable que siempre toma protagonismo cuando él entra en escena, porque… ¿para qué?, ¿para qué quiero ver cómo se aleja?

«Además —me susurra mi consciencia—, ya no está solo. Ahora… ahora todo es distinto».

No me vuelvo, no. Pero sí que levanto la mirada hacia el frente, y veo a Grace observándome a pocos pasos de distancia. Me sonríe cuando nuestras miradas se encuentran, pero sé que la alegría no le llega a los ojos oscuros, esos que heredó de papá, y sé que se debe a la tristeza que aún la invade, igual que a mí. De todos modos, sé que mirarnos le duele más a ella que a mí. Al fin y al cabo, heredé los ojos de mamá…

Camino hacia mi hermana pequeña; aunque el término siempre la acompañará, no es real. Grace hace tiempo que dejó de ser esa mocosa diablilla que nos volvía locas. Se ha convertido en toda una mujer de veinticinco años que, cruzada de brazos, me espera con paciencia apoyada en el capó de su coche. Sigue teniendo la larga melena alborotada del mismo pelirrojo intenso que el mío, la pálida piel salpicada por las pecas que solo los más valientes se atreverían a intentar contar, y una figura esbelta, ahora enfundada en unos vaqueros rotos y una chaqueta de cuero.

—¿Ese de ahí es…? —pregunta cuando la alcanzo.

Pero la interrumpo:

—Entra en el coche, por favor.

Grace enfatiza la expresión de los ojos en un gesto muy suyo, pero obedece, algo que le agradezco desde lo más profundo de mi ser. Pero, claro, no deja de ser Grace, así que, cuando cerramos las puertas del vehículo una vez dentro y arranca el motor, vuelve a hablar. Por supuesto que lo hace.

—Entonces, era cierto, ¿no? Hugo, en Mojácar. —Mi hermana saca el coche del estacionamiento y se incorpora a la carretera para ir al pueblo, alejándonos de la costa y los

chiringuitos.

—Ya ves —logro decir mientras intento por todos los medios no mirar hacia donde debe de estar Hugo en compañía de Lara.

Hugo. En compañía de Lara. ¿Cuándo demonios había sucedido eso?

—Y tú, en Mojácar —sigue comentando Grace como si tal cosa.

La miro ceñuda, la mala leche va ganando terreno.

—Todos en Mojácar, sí —digo, y me inclino para encender la radio del coche, esperando que así capte el mensaje.

—¿Has estado toda la tarde con él? —continúa Grace al tiempo que detiene el coche.

Nos encontramos en el ceda el paso de la rotonda a la que nos vamos a incorporar para salir de la zona costera y subir al pueblo.

—… y haz el favor de no mentir, que sé la verdad —añade.

—Entonces ¿para qué preguntas? —le contesto, cruzándome de brazos.

Grace suspira.

—Te pones inaguantable cuando hablamos de él —murmura.

Decido que es buen momento para guardar silencio, porque, sí, tiene razón.

Negarlo sería absurdo.

Opto por centrarme en el exterior mientras el coche avanza por esa carretera de curvas que asciende hasta la montaña, hacia el pueblo que nos vio crecer.

Y, en cierta forma, nos veo.

Recuerdos nítidos me permiten contemplar a una Ava mucho más joven que camina por esa acera en dirección contraria, seguramente hacia alguna de las quedadas de la playa. No va sola, la acompaña un Caleb adolescente. Hablan, se ríen de alguna tontería, incluso Miriam va con ellos…

Una punzada me atraviesa el corazón. ¿Cómo ha podido pasar el tiempo tan rápido? ¿Dónde quedan esos recuerdos?, ¿guardados siempre en ese mismo lugar?, ¿o siempre bajo mi piel?

Apoyo la cabeza en el cristal de la ventanilla y contengo un suspiro, pues hemos llegado al pueblo y ya no solo me avasallan los recuerdos de nosotros creciendo allí, sino que también aparece ella. Mamá.

Odio Mojácar. Odio todo lo que me hace sentir. Odio que me haga tomar conciencia de todo lo que dejé atrás, de todo lo que perdí.

Ava

Volver a atravesar la puerta sabiendo que mi madre no estará duele demasiado, pero mantengo una expresión neutra por Grace, a quien se le escapa una lágrima que intenta disimular cuando cerramos detrás de nosotras.

—¿Estás bien? —quiero saber.

Mi hermana simplemente asiente mientras deja el bolso sobre el mueble de la entrada; todavía no lo hemos empezado a vaciar como el resto de las cosas de la casa.

Recorro con la mirada las numerosas cajas esparcidas por el salón-comedor, en el que pasábamos incontables noches haciendo sesiones de cine, las tres atrincheradas y apretujadas en el sofá mientras teníamos reveladoras conversaciones, regañinas, risas y llantos.

Oigo que Grace se mueve por el salón y me dirijo a la cocina, entonces me doy cuenta de que da igual hacia dónde mire. Mamá está en cada rincón de la casa.

Un familiar nudo ya no solo me atenaza con dureza la garganta sino el mismísimo pecho, pero tengo que mantener el tipo. Por Grace, por mí y por… y por mi madre.

Ya han pasado ocho meses y sé que le horrorizaría vernos abatidas. Somos sus chicas, sus valientes y fuertes chicas… Pero, mamá, ¿cómo me puedo sobreponer a tu marcha?

Sé que me contestaría con alguna de sus frases ácidas y sarcásticas que me haría poner los ojos en blanco; daría lo que fuera por escucharla una sola vez más.

Cierro los ojos antes de abrir la nevera para sacar una botella de agua y servirme un vaso bien frío.

—¿Y Caleb? —me pregunta Grace.

Carraspeo para alejar todos esos pensamientos y oigo que se acerca a la cocina con paso firme.

—¿No está arriba?

—No —niega Grace—. ¿No íbamos al Arlequino a cenar?

—Ese era el plan —asiento, y saco el móvil del bolsillo de mis pantalones—. Quizá nos esté esperando ya allí…

Justo en ese momento, se oye un portazo en la entrada.

—¿Chicas?

La inconfundible voz de Caleb llega a nuestros oídos, y ambas sonreímos.

—Ya pensábamos que nos habías dado plantón.

Ese es el saludo de mi hermana, yo tan solo me vuelvo para ver a mi mejor amigo entrar a la cocina.

—¿Yo? ¿Plantón a mis pelirrojas favoritas? —contesta, llevándose una mano al pecho con teatralidad.

—Ni que tuvieras muchas pelirrojas en tu vida —lo sigue pinchando Grace.

Caleb la mira con un gesto de inconfundible indignación.

—Bonita mía, vivo en tu querida Irlanda, por supuesto que *tengo* muchas pelirrojas en mi vida.

Por la entonación de mi amigo, sé por dónde van los tiros de la conversación, así que intervengo:

—Bueno, ¿dónde estabas?

—En el Arlequino.

—¿Ves? —Grace sonríe como el ser maligno que es—. Eso huele a intento de plantón.

—No. Eso huele a previsión —le contesta Caleb, que se cruza de brazos.

—¿Y bien? —insisto, adivinando lo que está a punto de desvelar el moreno que se apoya en la isla de la cocina.

—No hay sitio. Tendríamos que haber reservado.

—¿Qué? —se queja Grace.

Caleb se encoge de hombros.

—Es lo que hay, monada —contesta él al tiempo que se sacude los rizos.

Ahora solo los lleva en la parte de arriba, pues se ha cambiado el peinado, y los laterales los tiene tan cortos que no se le forman tirabuzones; la imagen del Caleb adolescente que recorría las calles de este pueblo queda muy lejos de la actual.

Sí, ante mí hay ahora un hombre de casi treinta años que ha abandonado cualquier signo de la niñez; un hombre con el que he crecido, con quien nos hemos acompañado en los buenos y malos momentos, y que no ha dudado ni un instante en dedicar días de vacaciones a acompañarnos a Grace y a mí hasta el que fue nuestro hogar, dispuesto a ayudarnos a vaciarlo para la venta. Caleb dirige su mirada de oscuros ojos hacia mí, y ese insignificante detalle me basta para adivinar que hay algo más. Nos conocemos demasiado bien como para malinterpretar nuestros gestos.

Me tenso.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Grace nos mira intrigada, sobre todo cuando Caleb tamborilea los dedos sobre la superficie de la isla, claramente nervioso, debatiéndose entre una respuesta y el silencio.

—¿Caleb? ¿Cómo es de malo? —quiero saber.

Caleb se yergue de nuevo y toma aire antes de soltar la bomba:

—Hugo está aquí, y con «aquí» me refiero a «aquí mismo», en Mojácar.

—Ah… —digo antes de que Grace estalle en una carcajada.

—Llegas un poco tarde para la exclusiva —comenta mi hermana mirando significativamente a Caleb, cuya expresión pasa de la preocupación a la estupefacción.

—No —niega él. Sus ojos me estudian, pero como la risa de Grace sigue, no queda espacio para las dudas—. No, joder, Ava. No.

—¿«No»? —repito—. No es lo que piensas.

—Ha estado toda la tarde con él —le desvela Grace, con una insoportable entonación de redicha.

—¡AVA! —me regaña Caleb, mirándome horrorizado.

—Por favor, estás sacando las cosas de quicio —le contesto mientras intento dar una colleja a mi hermana.

Sin embargo, la pelirroja me esquiva con una sonrisilla de duende que me insta a perdonarle su actitud. Hacía tiempo que no veía esa sonrisa, y si es a mi costa, que así siga. Pero no tarda en cambiar la expresión, porque me lee los pensamientos —imagino— o porque piensa lo mismo que yo.

Se aclara la garganta —de pronto, preocupada por una arruga invisible en su sencillo jersey fino— y se dirige hacia la salida de la cocina.

—Bueno, chicos, os dejo —nos aclara—. Voy arriba, a ver cómo puedo organizar las cajas de mi habitación, que casi no he empezado.

Y sin darnos tiempo a añadir nada, sale de la cocina. Me quedo congelada, no sé si intentar que se quede para hablar con ella o si pretender que no pasa nada. Siento que lo estoy haciendo todo mal, que…

—Poco a poco, Ava. Poco a poco. No te martirices —habla Caleb, interrumpiendo mis negativos pensamientos.

Desvío la vista del sitio por donde ha desaparecido Grace, y me topo con la mirada comprensiva de Caleb.

—¿Dolerá menos? —quiero saber.

—Dolerá diferente —me promete él.

Suspiro, esperando que tenga razón, y lo miro de nuevo mientras me sujeto la larga melena en una coleta alta.

—¿Qué cenamos entonces? En la nevera no hay nada. ¿Pedimos algo? —le propongo.

—Sí, claro —asiente Caleb.

Consulto en el móvil en qué restaurantes se podría pedir. Hace mucho tiempo desde la última visita a Mojácar, y no tengo ni idea de qué locales envían comida a domicilio. La mejor opción son unas pizzas. Mientras estoy concentrada en el pedido, Caleb danza por el salón, inmerso en la labor que nos atañe en este viaje. Cuando mi amigo habla de nuevo, descubro que no se había alejado.

—Así que has visto a Hugo…

Levanto la mirada y lo pillo estudiándome con cierta seriedad. Por un instante mantengo el duelo de miradas, pero después asiento; ¿para qué negarlo?, si realmente necesito esta conversación.

—¿Cómo está? —me pregunta Caleb.

—Igual y… distinto.

Mi amigo medita mis palabras con la cabeza ladeada suavemente.

—Esta respuesta me suena. —La sombra de una sonrisa aparece en su semblante.

A él también le cuesta estar de nuevo en pueblo. Pero eso es otro tema, así que me centro en lo que estamos tratando.

—Pero ahora es distinto —insisto.

—¿Sí? ¿Y eso?

Noto la ironía en su voz. Pero es cierto, esta vez lo es… ¿verdad? Desvío la mirada cuando me llega el aviso de que el restaurante ha aceptado el pedido.

—¿Ava? —me llama la atención Caleb.

Cuando levanto la mirada nuevamente, decido decírselo:

—Está con Lara.

La sorpresa invade su expresión.

—¿Con Lara, Lara? —quiere asegurarse.

Y lo entiendo, claro que lo hago.

—Sí.

—Joder. —Es lo único que dice.

—Lo sé.

Volvemos a sumirnos en un silencio denso, cargado de recuerdos y momentos que inútilmente procuras que no salgan a flote.

—¿Sabes? Eso no tiene que significar nada. —Los ojos de Caleb me buscan.

Lo miro y le sonrío.

—Caleb, sabes que eso lo significa todo.

—Hay historias que están…

—Condenadas a repetirse —lo corto, y a su frase añado una anotación que quizá diste de lo que quería decir él—: Por lo menos, hasta que se decida poner el punto final.

—¿Y es que ahora vas a ponerlo?

Hago una mueca al escuchar su pregunta, pero él sabe dónde hay que indagar.

—Sí.

—¿Sabes?, esa respuesta también me suena.

No puedo evitar otra mueca. Al fin y al cabo, en cierto momento de nuestra historia, siempre tendremos que recordar…

Febrero de 2015

Granada

Ava

«Copacabana», de IZAL.

Es la canción que comenzó a sonar cuando nuestras miradas se encontraron casi de un modo inverosímil entre la muchedumbre que ni siquiera era consciente de lo que acababa de suceder.

Hugo.

Yo.

Hugo y yo.

En el mismo bar.

Salí del trance al despegar la mirada de la suya, pues me había asustado un súbito movimiento; tan solo era nuestra amiga Leticia, que se unía a la mesa con un nuevo suministro de botellines de cerveza y un bol de golosinas sospechosas que no pensaba tocar ni con un palo.

Andrea y Caleb comentaron algo que provocó la risa de todos, pero yo volví a dirigir la mirada hacia la entrada del bar.

Ya no había ni rastro.

Como si hubiera sido un espejismo, estaba completamente despejada, sin señal alguna de un joven de veinticuatro años al que hacía demasiado tiempo que no había visto, incluso en mis sueños, porque, sí, Hugo me había visitado en sueños.

—Ahora vengo —dije a nadie en particular.

Me separé del grupo y me interné entre los que bailoteaban con un gran subidón el tema de IZAL.

Recuerdo ese momento como si hubiera entrado en un trance especial. Es decir, era consciente de lo que había alrededor, pero en cierta forma, no. Tenía la sensación de haberme metido en una película, de las antiguas, en blanco y negro, y casi de cine mudo. Recuerdo que la música me retumbaba en el pecho, que la gente me impedía andar en línea recta; el juego de luces parpadeante que nos zambullía a todos en una atmósfera *underground* entre sombras y luces me permitió descubrirlo de nuevo. Mirándome. Estudiándome en la distancia. Acortándola.

Mi corazón aleteó y el estómago me sacudió con esa peligrosa y adictiva sensación que hacía tiempo que no me asaltaba.

Era como lanzarte al vacío, como gritar a todo pulmón en medio del silencio, como acelerar en una carretera de un solo sentido.

Como ver una estrella fugaz.

Continué avanzando entre esa bruma en la que dudas de que tu vivencia sea real. Esquivé a un grupo de chicas que brincaban felices. Bordeé a otro grupo de rostros invisibles.

Hugo hizo lo mismo hasta que, por fin, nos encontramos en medio de la marea de gente.

El tiempo se detuvo.

La distancia entre nosotros chisporroteó.

Y no éramos los únicos que lo notamos, porque a pesar de la multitud que nos envolvía, nadie, absolutamente nadie, se interpuso entre ambos. Todo el mundo respetó el espacio vacío que quedaba entre los dos.

—Eres tú. —Fue lo primero que le dije.

Hugo sonrió; supe que era una sonrisa sincera, pues no siempre lo eran, pero yo podía identificar y reconocer cada uno de sus gestos.

—Hola, Ava.

Sentí la tentación de cerrar los ojos para disfrutar de su voz pronunciando mi nombre. Solo Hugo tenía la capacidad de erizarme la piel con sus palabras.

Nos quedamos en silencio, a dos escasos pasos, sin decirnos nada pero contándonoslo todo. Examiné con detenimiento sus rasgos, más masculinos, más marcados que la última vez que nos habíamos visto. Sin rastro de barba debido al minucioso afeitado; el pelo oscuro, siempre corto, pero con mechones rebeldes en la parte superior que procuraban ocultar sus ojos azules que esa noche me parecieron electrizantes.

Qué guapo era. Y no era la única que lo apreciaba. Algunos a nuestro alrededor lo repasaron bien, o quizá tan solo nos miraban intrigados porque éramos dos personas de pie en mitad de la pista, sin moverse, sin hablar. Solo mirándose.

Mis ojos vagaron por su cuerpo. Me sorprendí al intuir trazos de tinta en su cuello. ¿Ahora tenía más tatuajes?

Inmediatamente me asaltó una batería de preguntas: «¿Cuántos tenía? ¿Qué dibujos decoraban su piel? ¿Se los había hecho él? ¿Alguien se los había visto?». Y… y la más definitiva: «¿Por qué estaba ahí?».

—¿Qué tal estás? —rompió de nuevo el silencio.

Recuerdo que estuve tentada de tocarle para comprobar si era real, pero ¿y qué más daba si no lo era? Podría disfrutar de esa alucinación, ¿para qué estropearlo?

Sonreí genuinamente y vi que estudiaba el gesto de mis labios.

—Bien. Muy bien —respondí.

—He visto a Caleb por ahí al fondo —comentó, y yo asentí—. Él no me ha visto, pero parece estar bien.

—Está mejor que nunca —asentí de nuevo.

—Me alegra saberlo.

Me dedicó una sonrisa contenida. No pude esperar más.

—Hugo. —Pronunciar su nombre provocó que mi cuerpo reaccionara, en especial cuando él guardó silencio y me contempló prestándome toda su atención—. ¿Qué haces aquí?

—¿Aquí o…?

—En Granada.

Tenía que hacerle esa pregunta.

—Tan solo estoy de paso.

No era la primera vez que me daba esa respuesta, y mi fuero interno, que se disparaba ante su presencia, sabía que tampoco sería la última.

Asentí lentamente mientras asimilaba e intentaba descifrar sus palabras, cuando alguien me empujó desde atrás, perdí el equilibrio y me abalancé hacia él. No llegué a tocarlo, el empujón no fue tan fuerte, pero sí que acortó la distancia entre nosotros, y… y nuestras manos se rozaron.

Alcé nuevamente la mirada, esta vez tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para poder conectar con la suya.

—Ava…

—Sabías que estaba aquí.

No fue una pregunta, o quizá sí; tan solo lo dije, y que él lo interpretara como quisiera.

Hugo cogió aire y sus labios esbozaron una lenta sonrisa que no tomó todo el protagonismo, pues se estaba conteniendo; y él sabía que yo también.

—No sabía que estabas aquí…

—Ha sido una casualidad. —Terminé la frase por él.

Y ahora sí que sonrió, como yo, porque era imposible no hacerlo.

Tenía miedo. Oh, sí, sí que lo tenía. Pero a la vez lo sentía correcto, dándome cuenta de que esto era lo que tenía que suceder. Hugo debió de leer en mi expresión el rumbo de mis pensamientos, incluso en el lenguaje corporal. Unió nuestras frentes.

—Joder, Ava… no he venido solo.

Su confesión no me alteró en absoluto. Quizá fuera por el alcohol, no lo sé, pero busqué su mirada.

—Entonces ¿por qué has venido a buscarme?

No dijo nada, porque no había una respuesta que ninguno de los dos no supiéramos ya. No perdimos más tiempo. Nuestros labios se encontraron. Desconozco quién acortó finalmente la distancia, pero nos besamos. Nos besamos como hacía tiempo que nadie me besaba, y sabía que tampoco a él lo besaban así.

Saltaron chispas. Como cada vez, como en cada encuentro que nos deparaba el destino. Parecía que se empeñara en entrecruzar nuestras vidas, e invadiéramos cada rincón sin temor ninguno y sin reservas, pero, a la vez, sin mezclarnos.

Éramos como el aceite y el agua, uno danzando alrededor del otro pero sin llegar a fundirnos por mucho ímpetu que le pusiéramos.

Al principio fue doloroso.

Después, dejamos las preguntas a un lado.

Al final, nos dimos cuenta de que no era posible.

Esa noche, en medio de gente desconocida, nos besamos con cierta desesperación; habíamos decidido dejar las preguntas para otro momento, pero eso siempre es un error, como pronto aprenderíamos.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

Estoy solo en la habitación, completamente a oscuras. Sentado en el borde de la cama de matrimonio, descanso las manos sobre las rodillas, presionándolas como si el gesto sirviera de algo, y… y estoy agradecido de haberles dicho que fueran saliendo sin mí, que me uniría a ellos en un momento.

Ni siquiera he podido mirar a Lara a los ojos. ¿O sí que lo he hecho? No lo sé, y me siento mal por ello, porque lo sabía, en el fondo sabía que esto pasaría.

Me levanto de la cama y salgo afuera, a la terraza, donde la fresca noche me acuna mientras intento ordenar mis pensamientos.

Enciendo de manera casi enfermiza un cigarrillo, y por un instante fijo la atención en la calada larga, en el modo en que el humo entra y sale de mi cuerpo, en cómo me calienta los pulmones; a pesar de ello, la nicotina no disuelve ese nudo que me atenaza el pecho.

Y es que… ¿qué pretendía?

Cuando en el último momento propuse pasarnos por Mojácar para ver cómo estaba todo, en el fondo lo hice por ella. No para encontrármela, pues ni siquiera sabía que estaba aquí, tan solo… tan solo tuve una corazonada muy parecida a las numerosas corazonadas del pasado. Y… tal como me había preguntado en tantas otras ocasiones, si estaba, ¿no quería verla una vez más?

Sé que tengo que alejar esos pensamientos, dejar de martirizarme con ellos. Mis ojos se pierden en la oscuridad que me envuelve, en las vistas de la terraza del hotel de un Mojácar muy distinto al que conocí, pero es que ya no soy el mismo Hugo. Todo ha cambiado tanto que no parece real.

Me termino el cigarrillo admirando la tranquila noche mientras alejo la mente de aquellos ojos azules oscuros y cabellera rojiza. Pero sé que, a pesar de mis intentos, volverá, como siempre.

Salgo de la habitación con determinación, como si el gesto de cerrar la puerta fuera mucho más allá, como si con ello lo dejara todo atrás. Aun sabiendo que esa es una de mis mentiras más antiguas.

En el ascensor, una pareja está inmersa en una conversación privada; al darse cuenta de mi presencia guardan silencio y siento sus miradas sobre mí. Sé lo que sucede: les sueno, pero no saben de qué. Una vez llegados a la planta principal, salgo sin establecer contacto visual con ellos, dispuesto a cruzar el pequeño *hall* del bonito hotel en el que nos alojamos.

Oigo que me llama un empleado. Me vuelvo, y con una voz atropellada y algo avergonzada me comunica que la dirección del hotel quiere invitarnos a una cena de degustación, invitación que declino con educación. No me gusta este tipo de trato especial, pues a pesar de los años transcurridos, no llego a acostumbrarme a que continúen haciéndolo.

Es irónico.

¿Ahora, que es cuando menos necesito, más me ofrecen? La vida parece una puta broma, constantemente. Y de las de humor negro.

Salgo del hotel y me saco el móvil del bolsillo. Podría llamarles y preguntarles dónde están cenando, pero prefiero mandar un mensaje para tener tiempo de caminar y despejarme mientras espero a que me indiquen el lugar. Necesito volver a ser yo. O la versión de mi «yo» sin ella…

Sé que acabaré yendo a la playa, la echo de menos; demasiado como para negarlo e intentar alejarme del mar cuando tengo la posibilidad a escasos metros de mí.

Ahora que puedo decir que conozco mundo, ahora que tengo un lugar al que llamar «hogar»… Ahora puedo decir que Mojácar siempre será ese lugar, ese sitio especial sobre el cual siempre diré que nunca quiero volver, del que siempre renegaré; sin embargo, en el fondo, seré consciente de que es mi lugar. Porque en él tengo los recuerdos de mi «yo», no sé si real, pero sí la versión de mí que ha dado sentido a todo lo que ha ido persiguiendo y conformando mi vida.

Me detengo para mirar el cielo estrellado mientras escucho el mar de fondo. Aunque sé que no debo, busco en el cielo una estela —como de costumbre—, esa huella que siempre me lleva a ella. Sin embargo, sospecho que el hecho de no ver ninguna desde hace tanto tiempo es una señal.

La señal de que las fugaces ya no son las estrellas, sino nosotros.

Ava

Una vez cenados, mi hermana y yo nos sentamos en el sofá —todavía no sabemos qué vamos a hacer con él— mientras Caleb ronda por la cocina. Ni idea de lo que está haciendo, pero por el ruido de cajones abriéndose y cerrándose, busca algo que desconozco, pero tampoco se lo voy a preguntar, pues estoy francamente agotada.

Suspiro y reclino la cabeza en el respaldo del sofá; espero que, con el paso de los días, mejore mi congoja.

Me sorprende la determinación de mi hermana al hablar:

—Me lo llevo a casa.

—Te llevas ¿el qué? —le pregunto sin entender a qué se refiere.

—El sofá, ¿qué va a ser? —Grace me responde como si me faltara un tornillo.

Me vuelvo para mirarla sin ocultar mi gesto de incredulidad.

—Venga, Grace —niego con la cabeza—. ¿Cómo te lo vas a llevar? Déjate de tonterías.

—Llevándomelo —me contesta con tozudez—. Y no es ninguna tontería. No sé si lo recuerdas, pero esa vez que mamá lo vendió, se arrepintió tanto que salió a buscarlo. No lo pienso abandonar. ¡Es nuestra herencia!

Pestañeo.

—¿Có… cómo? —logro decir mientras procuro procesar sus palabras.

—Lo que oyes. Vale que vamos a vender todas las cosas. Está bien, tiene sentido que nos deshagamos de la mayoría; pero como nos llevamos otras… esta será una de ellas.

—Grace, a ver. No lo estás pensando bien… —continúo rebatiéndola.

Entonces entra Caleb al salón, con una bandeja en las manos y algo que nos llama la atención.

—¿Baileys? —Grace se estira para alcanzar el vaso con hielo y la cremosa bebida que él le tiende.

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunto extrañada.

—¿De verdad que tengo que responder?

Caleb me guiña el ojo y se sienta entre nosotras tras depositar con cuidado la bandeja sobre las dos cajas de cartón que nos sirven de mesa.

Sonrío levemente antes de inclinarme y tomar un vaso. Caleb coge el que queda y brindamos sin añadir nada; en silencio, simplemente damos un trago a la dulce y espesa bebida, la crema

irlandesa nos trae algunos recuerdos, ahora que estamos los tres juntos en el salón.

Grace rompe el silencio, verbalizando los pensamientos de los tres:

—¿Os acordáis de la cogorza que nos cogimos esas Navidades?

Se me escapa una sonrisa y los miro; Caleb también sonríe, con la mirada perdida en algún punto del techo del salón. Esas Navidades resultaron duras para él, fueron las primeras que pasó sin sus padres, pero mi madre le abrió las puertas de casa de par en par, y los cuatro celebramos las fiestas juntos.

Esa Nochebuena, mi madre preparó un delicioso cóctel navideño a base de la famosa crema irlandesa, y estaba tan bueno que se nos fue de las manos.

—Era mi primera borrachera —se ríe Grace.

—Por favor, Grace. No mientas —bufa Caleb.

Me río.

—Me refiero —concreta mi hermana— a la primera borrachera en casa con mamá.

—Lo recuerdo —contesto mientras niego con la cabeza y me muerdo el labio en un gesto entre disgustado y divertido—. No paraba de decirle a mamá que no te dejara beber.

—Solo tomé una copa, aguafiestas. ¿Verdad, Caleb?

—Sí, señorita. Una detrás de otra —asiente, haciéndonos sonreír.

Sin embargo, el silencio de él tras la automática queja de Grace me invita a observarlo, y descubro que sigue perdido en sus pensamientos.

Grace me mira y después dedica un vistazo significativo al moreno sentado entre nosotras. Sí, ella también sabe que le pasa algo.

—¿Sabéis? Me voy a la cama —anuncia de pronto Grace antes de ponerse en pie.

—¿No te terminas la copa? —Caleb la mira confundido.

Mi hermana niega con la cabeza.

—Os la dejo a vosotros. Me voy a dormir pronto, que mañana tiene que ser un día productivo.

Su mirada de ojos oscuros encuentra la mía y no hace falta que diga más. Está dejándome vía libre para que hable con Caleb.

—Buenas noches —nos despedimos ambos.

Ella nos dedica un gesto algo difuso con la mano y desaparece por las escaleras.

Al oír que se cierra la puerta de su cuarto, nos giramos como por un resorte para mirarnos y hablar a la vez.

—¿Qué te pasa? —le pregunto yo.

—¿Me vas a explicar de una vez de qué habéis hablado Hugo y tú? —dice él.

—¿Es eso? —Lo miro sorprendida—. ¿Estás preocupado por eso?

Caleb enarca las cejas.

—Cómo decírtelo. Que me hagas esa pregunta ya es un aviso de alarma.

—Caleb… —me quejo.

—Ava —replica él, mirándome—. ¿De verdad pensabas que dejaría a medias la conversación que hemos tenido en la cocina?

—Es que no hay nada nuevo que añadir. Está en el pueblo, sí. Otra maldita casualidad de las muchas que llevamos a rastras. Pero esta vez… —Callo, no estoy muy segura de querer terminar la frase.

Caleb inclina la cabeza para verme mejor, pues conforme hablaba he ido escondiendo la cara.

—¿Esta vez?

—Ya te lo he dicho. Esta vez es distinto. Está con Lara.

—No es la primera vez que alguno de vosotros está con alguien, y eso, bonita mía, nunca os ha detenido.

Su sarcasmo me hace arquear la ceja.

—Pretendes hacer daño. ¿Qué pasa?

Caleb suspira y da un largo trago a su bebida hasta terminársela; entonces coge la copa de Grace.

—¿Caleb? —insisto.

—Es este puto pueblo, que está cargado de fantasmas.

La frase es como un calambrazo para ambos, porque, sí, tiene razón, esta visita está removiendo demasiadas cosas, y algunas hacía tiempo que habían quedado enterradas.

—Pero no todos son malos —digo al fin, pues me niego a que todo lo que nos duele sepulte lo bueno.

Caleb me mira dedicándome una sonrisa tristona.

—Eso es cierto —asiente.

Coloca entonces el brazo detrás de mí, en el sofá, para que me acomode a su lado con la cabeza apoyada en su hombro. Volvemos a sumirnos en un silencio cómodo, pero rápidamente lo rompo de nuevo.

—¿No es de locos pensar en todas las cosas que han pasado aquí? —murmuro, y noto cómo los dedos de Caleb juguetean con mi pelo—. Es que, si lo piensas, ¿no te da la sensación de que somos mucho más viejos por la cantidad de recuerdos que tenemos a nuestras espaldas?

Caleb se ríe.

—Eso significa que tenemos unas vidas muy agitadas —coincide él—. Y, ¿sabes?, creo que eso es cojonudo.

Pongo los ojos en blanco.

—Creo que por fin el alcohol te está haciendo efecto.

Se me mueve la cabeza debido a la vibración de su pecho al reírse.

—¿Qué vas a hacer?

Al fin formula la pregunta que ha estado bailando por la casa desde que yo he mencionado su nombre.

—Nada. Esta vez, nada.

—¿Lo recuerdas? —dice entonces Caleb.

Confundida por su respuesta, me inclino para mirarlo.

—¿El qué?

—El verano en que me contestaste lo mismo.

La mirada de ojos oscuros de mi mejor amigo encuentra la mía, y sí. Lo recuerdo.

Claro que lo hago.

Julio de 2013

Mojácar

Ava

Tan solo llevaba una semana en Mojácar. Después del final del curso y tras algunos exámenes de recuperación, había partido directamente a Irlanda junto a mi hermana estar unas semanas con la familia de mi padre, pero tras el viaje, pasaría el resto del verano en Mojácar con mamá y Grace.

Aquella mañana, mamá estaba en la farmacia trabajando y nos había encargado algunos recados. Y ahí estábamos Grace y yo, recorriendo las calles estrechas de nuestro particular pueblo; mientras ella me bombardeaba con constantes chismorreos, suposiciones y más de un suspiro por… Andrés: su último flechazo y, por ese momento, el protagonista de todas sus fantasías, las cuales quería relatarme mi hermana con todo lujo de detalles.

—Es que cuando lo veas —comentaba mientras yo seleccionaba una sandía en la frutería—, me darás la razón. Tiene la mirada más impactante y varonil que vas a encontrar.

Sonreí ante su descripción.

—¿No tiene tu edad? —Arrugué la nariz en un gesto entre divertido y de contrariedad.

Grace bufó.

—Por supuesto, pero es supermaduro —me aseguró sin disimular ni un ápice esa mirada soñadora.

Yo asentí lentamente mientras me dirigía hacia las naranjas.

Quizá tenía algo de suerte y pasaba como en las películas de *El Padrino*, pero algo me decía que no habría ninguna muerte y que aún me quedaba un buen rato con sus anécdotas.

—Espera —le dije al detenerme frente a los mangos, y casi provoqué que Grace chocara contra mí porque seguía mis pasos—. ¿Y Rodrigo?

—¿Qué pasa con Rodrigo? —La expresión de Grace cambió notablemente.

Entrecerré los ojos.

—¿No era Rodrigo el gran amor de tu vida?

Grace sacó la lengua en un gesto de desprecio y desvió la mirada.

—Bah. Rodrigo, nada.

—¿Y Javier? —la pinché mientras recordaba la ristra de nombres.

Grace puso los brazos en jarras y me miró mal.

—¿Qué pasa? ¿Me vas a echar en cara cada una de mis historias?

—¿«Historias» o «coleccionables»?

—¿Ahora una mujer no puede experimentar?

Tras lanzarme la pregunta, desapareció con tal digno aspaviento por un pasillo del supermercado que me resultó imposible contener una sonrisa. Sí, Grace coleccionaba corazones rotos, pues bien sabíamos mi madre y yo que era ella la que dejaba a esos chicos, y sin ningún tipo de remordimiento. Aunque también estábamos seguras de que llegaría el día en que uno la dejaría a ella. A veces hay que sentir un poco en tus propias carnes lo que causan tus actos, para ser capaz de ponerte en la piel de las otras personas.

Grace no lo hacía con maldad, pero había nacido «con demasiadas mariposas en la cabeza», como decía mi madre.

Dieciséis años tenía la criatura, y no solo había crecido en edad y estatura, sino también en dramatismo.

Cuando estaba en el pasillo de limpieza del hogar, Grace volvió a asaltarme.

—¿Me dejarás entonces tu top rojo?

—¿Para qué? —le pregunté, ceñuda.

Mientras tanto, buscaba entre los botes de friegasuelos el que mi madre me había detallado en su particular lista de la compra: no ponía los nombres de las cosas o las marcas, no. Dibujaba los productos y tú tenías que interpretarlo. A veces era divertido; otras, querías asesinarla.

—¿Cómo que «para qué»? ¿No has escuchado todo lo que te he contado? —dijo Grace con su característico tono indignado.

Suspiré, ya cargada, y la miré sin ocultar que empezaba a molestarme.

—¿Para ver a Alejandro esta noche?

—Andrés, se llama Andrés —me corrigió ella.

—Lo que quieras, siempre que no te lo quedes —cedí, conocedora de que no pararía hasta que se lo prestara.

—Por cierto, ¿y tú?

—¿Y yo?

Grace puso los ojos en blanco.

—Venga, Ava. Céntrate un poco, parece que esté hablando con un eco.

—Pues, concreta. No paras de soltar preguntas inconexas.

Por fin identifiqué el bote de friegasuelos, lo eché a la cesta y volví a concentrarme en la lista mientras retomábamos la marcha.

—Oye, esto… ¿crees que es una fregona o…? —quise saber.

Grace inclinó la cabeza sobre el trozo de papel que tenía entre las manos.

—O es eso, o un peluquín. Y creo que ninguna de nosotras lo necesita todavía. —De pronto me quitó la lista de las manos y, antes de que pudiera quejarme, continuó hablando—: Pero, dime, ¿qué tal *él*?

Por supuesto, se preocupó de conferir una entonación especial al pronombre. Sabía a quién se refería: a Roberto, mi amigo Roberto. Me mordisqueé el labio en un intento de contener una sonrisilla nerviosa.

—¿Y bien? —pinchó de nuevo, imitando mi mueca, justo cuando nos adentrábamos en el pasillo por excelencia, el del azúcar en sus múltiples versiones, y el del chocolate—. ¿Vas a soltar prenda? Porque sé que delante de mamá te guardas información jugosa.

Miré significativamente a mi hermana, que inspeccionaba con mirada golosa un paquete de galletas.

—A mamá le cuento muchas cosas, lo que ocurre es que tú tienes un problema de verborrea. Sabes que puedes guardarte información para ti y tus amigas, ¿cierto? —apunté.

La miré con cariño al oír su respuesta.

—Pero vosotras sois las mejores que tendré nunca, así que, sí, os cuento muchas cosas, pero si prefieres que actúe como tú y me guarde información… —me recriminó.

—Yo no me guardo información.

—Claro, claro… ¿y Roberto? —insistió.

—¿Roberto? Igual que siempre.

Grace se rio ante mi sencilla respuesta mientras dejaba sobre la cesta una tableta de chocolate.

—¿Ya os habéis besado por lo menos? —quiso saber entonces.

—¡Grace! —Miré acusadoramente a mi hermana mientras nos dirigíamos a la cola para pagar —. ¿Puedes bajar el tono? —Lo malo de estar en un supermercado tan pequeño es que se oye todo.

Mi hermana me dedicó una mueca de hastío.

—Vamos, que ni un roce de manos —me regañó, adivinando con demasiado tino.

—Grace, somos amigos.

—Caleb y tú sois amigos. A Roberto le quieres comer los morros.

Mis manos se crisparon cuando Grace soltó la frase y noté que la cajera, una mujer que rondaba los treinta, reprimía una sonrisa mientras nuestra compra se deslizaba por la cinta.

—Vamos a dejar el tema, ¿vale? —le pedí, y asintió.

Mi hermana me concedió una tregua; yo sabía que sería corta, pues nada más salir del súper retomaría el incesante interrogatorio sobre Roberto.

Sin embargo, poco quedaba por añadir, porque, efectivamente, mi historia con Roberto no había avanzado mucho. Pertenecía al grupo de amigos de Granada, el de la universidad, y durante ese curso, mi segundo en Traducción e Interpretación, había surgido una electricidad especial entre él y yo; según Caleb, era innegable. Lo mismo opinaban Andrea y Leticia, también del grupo. Lo llamaban «el secreto a voces».

Yo no sabía hasta qué punto era verdad, sin embargo podía confirmar que Roberto me gustaba: la timidez, que desaparecía una vez que te cogía confianza; el modo en que lo pillaba mirándome con esos ojos castaños; la sonrisa ladeada, y su forma desenfadada de vestir, incluso de enfrentarse a cualquier problema.

Sí. Podía a decir, sin lugar a dudas, que Roberto me gustaba. Había comenzado como un «solo somos amigos», «solo me cae bien», pero ahora meditaba si sería muy precipitado mandarle un wasap esa noche, para ver qué tal le iban las vacaciones por el norte.

Con esos pensamientos rondándome en la cabeza al salir del supermercado… lo vi.

—Joder, Ava —se quejó mi hermana, y me empujó al chocarse conmigo porque me había detenido abruptamente—. ¿Podrías tener un poco más de cuidado? ¿Oye?, ¿qué pasa?

Oí su retahíla de preguntas, pero fui incapaz de responder. Sin embargo, la agarré con fuerza con la intención de arrastrarla hacia cualquier dirección, a cualquier lugar, pero fui incapaz. Seguí clavada en el sitio, con la mirada fija en…

En Hugo.

¿Qué hacía ahí, en Mojácar?

—Oh… —exclamó Grace, incapaz de formar frase alguna.

No hacía falta ser un genio para adivinar que, al seguir la dirección de mi mirada, había descubierto a aquel chico que me había roto el corazón hacía dos años.

Por su parte, Hugo no me había visto, y no parecía que lo fuera a hacer.

La escena frente a mí me trasladó a unos años atrás, a pesar de la evidencia de su cambio. Tenía los hombros más anchos, su piel no estaba tan bronceada como cuando vivía aquí. Llevaba el pelo más corto que nunca, pero sus ojos… sus ojos seguían igual: tambaleando mi mundo, tal como comprobé cuando alzó la mirada y me descubrió.

La sonrisa divertida, que en ese momento dedicaba a su grupo de amigos, a los de siempre —bueno, a los que quedaban—, se le congeló al reconocerme.

Sentí cómo todo mi ser se sacudía, en una sensación vertiginosa que me cortó la respiración.

¿Qué hacía aquí? ¿Por qué… por qué me miraba?

Un pinchazo demasiado familiar me atravesó el pecho, pero al contrario que en esos últimos años —que había logrado disminuir la intensidad cuando algún recuerdo bullía o salía a flote—, ahora era tan profundo y violento que cogí aire y me sentí incapaz de soltarlo, de respirar con normalidad.

—Vamos, Ava. —La dulce voz de Grace me devolvió a la realidad, lejos de ese peligroso torbellino de sentimientos—. Mamá nos está esperando.

No sé cómo, pero logré despegar la mirada de esos iris del hielo más profundo, unos ojos que creí que no volvería a ver nunca más.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

—Si os parece bien, yo ya me voy a la habitación a descansar —dice Lara, levantándose de la mesa.

—Claro —le contesta Rubén mientras observa que Lara se inclina para darme un suave beso en los labios.

—¿Quieres que te acompañe? —le pregunto.

Aún está inclinada sobre mí, embriagándome con su olor perfumado. Lara me sonríe, y descubro su hoyuelo en mitad de la mejilla derecha.

—No, tranquilo. Quedaos aquí. Hace una noche estupenda como para terminarla tan pronto. Luego nos vemos.

Me guiña un ojo, divertida, y se aleja sin mirar atrás, primero sorteando las mesas alrededor, para desaparecer calle abajo.

Miro a Rubén, que se entretiene dando un trago a su copa de vino.

No necesito más.

—Suéltalo —le pido.

—¿El qué?

—No te hagas el tonto, Rubén, que son muchos años —sonrío a mi pesar.

La mirada de mi amigo, hasta ahora esquiva, me encuentra.

—Así que Ava está también en el pueblo. Qué casualidad.

Me inclino sobre la mesa para alcanzar la copa y saboreo el vino mientras procuro controlar mi expresión. La ironía de sus últimas palabras es evidente.

—No me creerás si te digo que es así, ¿verdad?

Rubén bufa.

—¿A Lara también le has soltado ese cuento?

—No vayas por ahí, Rubén… —aviso.

—¿Que no vaya por ahí? —Su tono de voz se eleva, con claros signos de cabreo—. ¿Cómo crees que se siente tras veros juntos en la playa?

—Estábamos hablando, y se lo he explicado. Lara conoce la historia que hay detrás.

Tras mi pausada explicación, Rubén reclina la espalda sobre el asiento y deja escapar un pesado suspiro.

—A veces, cuando quieres hacerte el gilipollas, lo haces de manera sublime.

Sonrío.

—Ya sabes lo que dicen: cuando me propongo algo, no paro hasta conseguirlo —respondo, jodido, pero no es su actitud lo que me escuece, sino la verdad presente tras sus palabras.

Nos quedamos en silencio en medio del calmado ambiente de esta fresca noche; hay algunos clientes, pero no son suficientes como para que resulte incómodo, y se puede disfrutar de la quietud.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta entonces Rubén.

Miro a mi mejor amigo. Aunque hayan pasado los años también para él, aún soy capaz de discernir, debajo de sus capas, a ese chaval perdido que luchó con uñas y dientes para salir del pueblo en el que ahora nos encontramos.

No puedo juzgarlo, porque sé que a él también le pesan los recuerdos.

—Nada. Solo hemos mantenido una conversación y nos hemos despedido.

—Joder… —murmura Rubén.

Esta vez no me encuentro con fuerzas para rebatirle. Cuando cojo aire con pesadez en un intento de serenarme, noto que alguien se acerca a nuestra mesa. Es el dueño del local, acompañado por uno de los camareros. Sonrío al adivinar en su actitud qué viene a decirme.

—Buenas noches, no queremos molestar, pero para mí sería un gran honor tener una foto con usted. —Está nervioso, pero ante mi respuesta, toma confianza para acercarse del todo.

—Por supuesto, faltaría más.

El hombre mayor se sitúa a mi lado, agachándose para quedar a mi altura. El camarero no tarda en hacer la foto, y los ojos me lagrimean un poco debido al flash, pero no borro la sonrisa. Acto seguido, el dueño se separa de nosotros.

—Muchas gracias, de verdad. ¡Qué honor! Estará colgada en el interior del restaurante para que todo el mundo vea que realmente estuvo cenando aquí.

—El honor es mío —le respondo algo cortado.

No me he acostumbrado a tales efusividades a pesar de los años. Rubén me tiende entonces una servilleta y un boli.

—Hombre, tendrás que firmar para que lo puedan colgar al lado de la foto, ¿no?

El capullo lo hace para picarme, porque sabe que no me acostumbro a este tipo de atención, pero mi sonrisa no titubea ni un segundo.

—Por supuesto —asiento, cogiendo el boli.

En la servilleta de papel, sencilla y suficientemente gruesa como para dibujar en ella, dejo mi marca, mi sello, mi identidad: la que me ha acompañado estos años.

Se la tiendo al dueño, que parece que le vaya a estallar la cara por la amplia sonrisa que dibuja; agradecido y sin querer robarnos más tiempo, se aleja entre halagos y agradecimientos.

En las manos lleva la servilleta con la firma «El Kaura» escrita en un trazo fino y alargado. Como sucede cada vez que dejo mi firma, recuerdo cómo comenzó todo.

Y, sí, cuando pienso en los inicios, pienso en ella.

Julio de 2013

Mojácar

Hugo

No la volví a ver hasta unos días después. Pero en cada uno me martiricé con el recuerdo de ella mirándome, congelada, a escasos metros de distancia; hasta que Grace, que ahora no se asemejaba mucho a la última imagen de niña que conservaba de ella, le hizo retomar la marcha y alejarse.

No era tonto. Sabía que uno de los riesgos de volver al pueblo era encontrármela, y más por esas fechas, que tenía vacaciones en la universidad. Y a pesar de haberme mentalizado para ello… *joder*.

Era lo único que podía decir, pues su imagen me había quitado el habla. Sin embargo, se me había grabado a fuego, porque en los días posteriores recordaba con todo lujo de detalles su mirada hipnótica a pesar de la distancia; su larguísima melena pelirroja, de ese color que no había vuelto a encontrar por más que lo había buscado. Porque, sí, la había buscado estos dos años entre la multitud de las calles de Madrid, como si un golpe de suerte la hiciera aparecer entre aquella gente anónima y apresurada que había por doquier.

En definitiva, la había visto, y, aunque me había preparado para ello, me había removido por dentro. Qué decía, «removido»…, nuestras miradas habían chocado como la colisión de dos vagones de tren, como el estallido de los fuegos artificiales.

Como la visión de una estrella fugaz.

Estaba jodido, mucho, sobre todo cuando —sin motivo aparente ni necesidad alguna— me perdí de nuevo entre las calles del pueblo a pesar de que esos días estaba instalado en el bungaló de Rubén, que también había regresado antes de nuestro viaje.

Tranquilamente caminé sorteando a los típicos turistas que fotografiaban cada rincón del pueblo, y de forma inevitable rememoré demasiados momentos con los chicos; me escoció el pecho por la ausencia de Iván. No pensé que tendría el valor de perderme solo por esas calles, pero algo me había empujado a ello; descubrí qué era cuando, al levantar la mirada, me topé frente a una puerta muy familiar.

El taller.

Me quedé estudiándola unos segundos, me sentí tentado a llamar a la puerta, pero había transcurrido demasiado tiempo desde la última vez que había tenido un pincel entre las manos. Me sorprendía que mi subconsciente me hubiera llevado directamente allí, puesto que ya ni pensaba en ello.

Cuántas cosas habían cambiado. Cuánto…

No terminé de formular mis pensamientos, porque cuando me obligué a despegar la mirada del taller, me topé con unos ojos marinos que me cortaron bruscamente la respiración.

Ava se encontraba a escasos metros de mí.

Me quedé congelado. Ella también.

Esa vez iba sola, y no era extraño verla por la zona, pues su casa no quedaba lejos.

Mi mirada ganó la batalla contra el autocontrol, y la estudié con avidez.

Sus rasgos estaban más afilados, empezaba a dejar atrás los de la niñez y me ofrecía pistas sobre la mujer en la que se convertiría. No pasaría desapercibida, porque ¿quién podía ignorar esos ojos marinos, esa cabellera tan larga, esa piel clara salpicada de pecas a la que una vez dediqué besos y caricias? Pero, ante todo, era una mujer valiente y decidida, que siempre iba hacia delante y sin reservas, como en ese momento, pues fue Ava la que acortó la distancia entre ambos.

—¿Es que no piensas decirme nada? —Ese fue su saludo, su regañina.

E inevitablemente sonreí ante su ceño fruncido y gesto contrariado.

Joder, qué guapa era.

—Hola, Ava —dije al fin.

Arqueó las cejas pelirrojas de perfecto ángulo marcado con un gesto de sorpresa que me retorció las entrañas peligrosamente.

—¿Hola, Ava? —Se cruzó de brazos en un gesto tan característico suyo que parecía que no hubiera pasado el tiempo—. ¿Y tanto lloré por un «Hola, Ava»?

—¿Has llorado? —le pregunté entonces, confundido.

Torció los labios en un gesto indignado delicioso. Recordaba nuestros besos… sí, los recordaba. Nunca unos labios me habían hecho perder tanto la cabeza.

—Ahora no, pero ¿cuando te fuiste? Lloré mucho, sí. —Lo soltó como quien habla del tiempo.

Al ver mi desconcierto, sonrió con un brillo divertido en su mirada espectacular.

—Alguien me recomendó que, si nos veíamos, lo mejor sería sacar el tema rápidamente y con naturalidad.

—¿«Alguien»? —quise saber.

—Mi madre —desveló.

Sonreí. Sí, podía ser un consejo digno de esa peculiar mujer. Ava aún sonreía, y le correspondí irremediablemente antes de que volviera a hablar.

—En fin —suspiró—, ¿qué tal estás? ¿Cómo es que estás aquí, en Mojácar?

—Te podría preguntar lo mismo, ¿no? —contesté, arqueando una ceja de manera inquisitiva.

—Yo he venido a pasar las vacaciones. Lo hago todos los veranos, pero a ti no se te ha visto desde…

No terminó la frase, y eso me indicó que no estaba tan tranquila como aparentaba; aunque suene fatal, me gustó.

Era un cabrón, porque debería haberme alegrado de verla bien, feliz, y de que hubiera superado nuestra historia. A pesar de que yo no lo había hecho —pues no pasaba un día sin que pensara en ese verano de hacía dos años—, tendría que apreciar que al menos ella hubiera pasado página; sin embargo, al percibir su titubeo, intuí que no me había olvidado.

No del todo, por lo menos. Y, sí, joder, me reconfortaba.

—¿Entonces…? — Ava me miró intrigada al notar mi silencio.

Carraspeé.

—Bueno, he estado liado.

—Oh.

Hizo una mueca de decepción cuando interpretó que no quería contarle nada. Yo estaba demasiado acostumbrado a dar respuestas vagas, por lo que enseguida volví a hablar, pues si alguien requería respuestas era ella. Nadie las merecía más que Ava.

—Al final terminé el bachillerato.

Se le iluminó la mirada.

—Esto es fantástico —respondió, con la alegría inundándole la expresión.

Tuve que inspirar profundamente para no acortar la distancia entre ambos y fundirme en un abrazo con ella.

—Pero no conseguí la beca para la universidad —continué, en un intento de alejar la mente y el subconsciente de ideas peligrosas—. Así que he hecho una FP de grado superior en Publicidad.

—Eso es genial, Hugo —asintió ella.

Su sonrisa no titubeó lo más mínimo, algo que a mí sí que me había sucedido, pues, de nuevo, mis circunstancias me habían limitado.

—Sí, ha estado bien. Ya he terminado. Son solo dos años.

—Entonces estás aquí por unas merecidas vacaciones, ¿no? ¿O vas a quedarte ya indefinidamente?

La miré tentado, por un momento, a obviar información, pero debía ser sincero, por lo que… por lo que pudiera suceder. Ella tenía que tener todos los datos para poder decidir, porque supe que si seguíamos viéndonos en esos días, yo perdería la fuerza de voluntad. Con ella, seguro.

Miré su hombro derecho, ese trozo de piel que había intentado evitar a toda costa, y ahí se encontraba: el tatuaje que le diseñé y grabé bajo su piel ese verano.

Un torrente de emociones me recorrió de los pies a la cabeza con tal intensidad que, agitado, elevé la mirada hasta sus ojos. Y al final, hablé sin titubeos:

—En realidad, me voy. A Londres. En quince días.

Abril de 2023

Mojácar

Ava

Me despierto por un ruido que no sé identificar. Pestañeo y, confundida, ruedo sobre la cama, hasta que recuerdo que estoy aquí, en mi antigua habitación, en mi antigua casa. El hecho de que Caleb, dormido a mi lado, ronque suavemente me ha ayudado; y las siluetas de mis antiguos muebles, que se intuyen por la poca iluminación, no dejan lugar a dudas.

Oigo de nuevo el misterioso sonido, así que me levanto con cuidado para no despertar a Caleb y salgo de mi cuarto de puntillas mientras me pongo uno de los jerséis que hay fuera de la maleta. Al salir de la habitación, percibo que proviene de una de las puertas que tengo enfrente. La de la izquierda ni la miro, duele demasiado.

Me dirijo a la derecha, al dormitorio de Grace, y la descubro sentada en el suelo, abatida y circundada por varias cajas de cartón vacías, con algo sujeto entre las manos.

—Grace —susurro, y cierro detrás de mí.

Mi hermana alza la mirada, sorprendida al verme en su habitación.

—¿Te he despertado? —me pregunta compungida.

Me siento junto a ella tras apartar una de las cajas.

—¿Qué pasa? —Sé que es absurdo preguntarlo, pues sé perfectamente lo que sucede.

Mi hermana fija de nuevo la mirada en el peluche que tiene entre las manos. Lo reconozco. Es el Señor Conejo, de quien Grace no se separaba de pequeña. Siempre estaban juntos allá adonde fuera, y cuando creció le hizo un hueco especial y predilecto en una estantería.

Observo cómo mi hermana le acaricia las largas orejas de pelaje blanco mientras las lágrimas recorren sus mejillas.

—No… no puedo, Ava —logra decir antes de que su voz se rompa; la abrazo en un intento de llevarme todo su dolor—. Hay tantos recuerdos que…

—Lo sé. Lo sé, Grace —digo, todavía abrazándola.

En esa postura, me doy cuenta: hemos vuelto para vender la casa, sí, y para vender las cosas que no podemos llevarnos con nosotras, para dejarlo todo en orden y cerrar finalmente esa etapa. Efectivamente, pero al ir recorriendo cada una de las habitaciones y los rincones de la casa, afloran numerosos recuerdos; con eso, lo entiendo todo.

Es el modo correcto de despedirnos, recordando lo felices que fuimos las tres aquí. Por eso mamá quería que la vendiéramos.

Mientras sigo acunando a mi hermana, que comienza a tranquilizarse, también tomo conciencia de que todo tiene un orden y de que todavía no estamos preparadas para ponernos a recoger las cosas de esta planta de la casa.

Me separo de Grace para dedicarle una sonrisa.

—¿Sabes? Creo que es mejor que empecemos por abajo, por el salón, la cocina…

—¿Y dejar nuestras habitaciones para el final? —Grace lo interpreta correctamente; se seca el rastro de las lágrimas.

—Sí, creo que es lo mejor. Ir poco a poco, ¿no?

Mi hermana deja de mirarme para examinar con lentitud su habitación; yo la imito, y con ello logro retroceder en el tiempo. Su dormitorio es tan distinto al mío… pero es que Grace y yo siempre hemos sido distintas, y nuestras diferencias nos «complementan», como decía siempre mamá.

Sus paredes, en color gris topo, son el lienzo perfecto para la cantidad de cosas que tiene colgadas: fotografías polaroid, pegatinas coloridas, alguna matrícula decorativa, pósters… y en el techo, un pareo de soles y lunas, dibujadas en un estilo que siempre me ha recordado a las ilustraciones de las cartas del tarot.

En definitiva, el cuarto de Grace siempre ha sido… abrumador, como ella misma y su personalidad.

En ese momento oímos ruido abajo y nos miramos.

—¿Caleb? —tantea Grace.

—O es Caleb o alguien se ha colado en la casa. Pero algo me dice que está preparando cantidades ingentes de café.

—Lo necesitaremos, la verdad —dice con un suspiro al levantarse.

Yo la imito, pero antes de que se encamine hacia la puerta, la sujeto de la mano.

La mirada de mi hermana me busca.

—Todo irá bien, Grace. Créeme. Esto es duro, pero también una oportunidad para despedirnos adecuadamente.

—¿De mamá?

—De mamá nunca nos vamos a despedir. Ella siempre estará con nosotras.

—Lo sé, es cierto. —Grace vuelve a desviar la mirada—. ¿Entonces?

—Despedirnos de la casa, del pueblo. Los recuerdos también nos los llevamos con nosotras, pero creo que esto es… una oportunidad especial de hacerlo.

—No sé qué hay de especial en deshacernos de las cosas, Ava.

—No es «deshacernos», es darles otra oportunidad. Alguna familia también será feliz en esta casa y creará sus propios recuerdos. Eso es maravilloso. Y lo mismo ocurrirá con las cosas que ya no usamos y vendamos.

Grace sonríe, no muy convencida.

—De verdad, créeme. Cuando terminemos, lo verás todo desde otra perspectiva.

—¿Sabes? Me estás recordando a ella. Mucho. A ella y a sus maneras originales de hacernos ver las cosas. De celebrar incluso lo más absurdo.

—¿Como las fiestas que hacíamos cuando rompíamos con algún novio? ¿O la de la despedida de las Navidades? ¿Las de la temporada alta de café? —Mi enumeración acentúa la sonrisa de Grace.

—Sí…

—Pues esta será la despedida de la casa. Y va a ser de las especiales, de las que recordaremos siempre, por muchas más que le sigan.

—¿Tú crees que continuarán existiendo?

—Esta es nuestra primera fiesta sin ella, y no será la última. Está en nuestro ADN, el de las chicas Brennan.

Grace vuelve a suspirar con la sombra de una sonrisa que duele demasiado. Entonces suelta una bomba:

—He estado pensando en dejar Edimburgo e irme a vivir contigo, y, bueno, con Caleb.

Abro los ojos como platos.

—¿En serio?

—Sí —asiente al tiempo que juguetea con su pelo—. Ya sabes que se me hacía muy cuesta arriba, sobre todo desde que mamá enfermó… y, bueno, lo he estado pensando. Me resultará muy duro estar separadas ahora… ahora que ya estamos solas.

Mi cuerpo me pide abrazarla, pero me contengo porque sé que Grace no quiere derrumbarse.

—Si es lo que te apetece, a mí me parece perfecto —declaro, y me obligo a sonreír.

Sin embargo, me aprieta de nuevo el característico nudo en la garganta, que me acompaña desde hace ya demasiado tiempo.

—Sí. Lo único que me podía echar atrás era el trabajo, pero gracias al teletrabajo no hay problema. Quizá algún día tenga que ir para allá, pero...

—Irá bien —asiento, enérgica y completamente segura de ello—. Más que bien. Además, siendo la crac que eres, no tardarás en encontrar otra oferta más jugosa en Dublín. Me imagino que necesitan a la mejor ingeniera de informática del universo entero.

—Si te refieres a mí, es del software, pero gracias por el piropo —sonríe, y finalmente abandona la habitación.

Soy la última en salir, y antes de cerrar la puerta miro con cariño el cuarto; recuerdo entonces a Grace de adolescente, con los cascos de música y el pelo alborotado, tumbada en la cama mientras devoraba alguna de esas historias románticas.

No hace tanto tiempo de ello. Esa alocada adolescente que nos traía de cabeza.

Julio de 2013

Mojácar

Ava

—Voy a perder la virginidad hoy. Bueno, esta noche.

Ese fue el saludo que me dedicó Grace al entrar en mi cuarto. Yo, como toda respuesta sensata ante aquellas impactantes declaraciones de mi hermana pequeña, me quedé a medio camino de pasar la página del libro y clavé la mirada en ella.

—¿Que qué?

Creo que incluso solté el libro de mala manera, dejándolo caer sobre la colcha, pues estaba sentada en la cama.

—No me mires así, no he venido para que me des tu opinión, solo para avisarte —contestó ella, con una mueca completamente ilógica en combinación con sus palabras.

¿Esa calma era real?

—¿Mamá lo sabe? —Fue lo siguiente que solté, aún incapaz de procesar lo que sucedía.

—Claro. —Grace sonrió, mirándome como si me faltara un tornillo. A mí.

—¿Cómo que «claro»? ¡Mamá!

Salí de la cama y Grace puso los ojos en blanco mientras yo la pasaba de largo para bajar al salón, donde mi madre se hallaba inmersa en una sesión de pedicura.

—¿Qué son esos gritos? —protestó mi madre.

Me miró con una mascarilla pringosa en el rostro. Estaba sentada en el sofá, con un albornoz que le quedaba algo grande, los pies sobre la mesa, y entre los dedos llevaba los separadores para poder echarse el esmalte sin ningún percance. Además, una cinta le apartaba el negro pelo de la cara.

—¡Grace dice que esta noche va a perder la virginidad! —Fui consciente de que lo pronunciaba en mi tono de voz de chivata, pero no me lo podía creer.

La respuesta de mi madre no tardó en llegar y, por supuesto, contribuyó a mi asombro y a la certeza de que, en aquella casa, era la única cuerda.

—Sí, eso parece. Hay caballero ganador.

—¿Cómo que «caballero»?

—Hija, no va a ser un caballo. Creo que, dadas las circunstancias, hay que adaptar el dicho —contestó mi madre, con la atención puesta de nuevo en sus uñas.

—Por favor, ¿podemos centrarnos un momento? ¿Con quién narices vas a perder la virginidad? —Escandalizada, miré a mi hermana y luego me volví hacia mi madre para lanzarle

la siguiente pregunta—: ¿Y cómo que la dejas irse tan pancha?

—Es obvio con quién voy a hacerlo, Ava —me respondió con cierto hastío Grace, cruzándose de brazos—. Lo sabes de sobra.

—¿Alejandro, se llamaba?

—¡Andrés! —contestó indignada.

—¿Cómo narices voy a recordarlo, si cambias de novio como de calcetines? —le repliqué en el mismo tono.

—¡Mamá! ¡Dile algo! —se quejó mi hermana, fulminándome con su mirada de oscuros ojos.

—Ava… —me llamó mi madre con su tono de voz condescendiente.

—¡Dile algo a ella! —me quejé yo.

—Grace…

—¡Mamá! —repetimos las dos a coro.

Mi madre suspiró y cerró el esmalte.

—Vamos a ver, vamos a calmarnos todas un poquito, ¿de acuerdo?

Ambas nos callamos en cuanto vimos que se ponía más seria, mirándonos con su característico gesto de sermón. Bien. Por fin algo de orden. Aquella situación era de pura locura. Grace no podía perder la virginidad con uno cualquiera y, además, ir aireándolo. Eso era algo íntimo e importante.

Pero resultaba claro que mi madre no estaba sintonizada conmigo, puesto que finalmente me dirigió su mirada seria a mí.

—¿Por qué tanta alarma, Ava?

Boqueé sorprendida por el giro de los acontecimientos.

—¿Cómo que «por qué»? —pregunté estupefacta. Señalé a Grace, que estaba algo alejada de nosotras, más bien fuera del salón—. No sé si te das cuenta, mamá, pero tu hija pequeña se va a desvirgar con un tío idiota y, además, lo anuncia a los cuatro vientos, un signo claro de que no le da la importancia que requiere ese hecho.

—¿Qué dices? —dijo mi hermana detrás de mí.

—Grace, esto es importante, ¿vale? —Me volví hacia ella y, con toda la calma del mundo, intenté que lo comprendiera—: Perder la virginidad es un paso importante, y tú vas a hacerlo con un idiota del que ni recuerdo su nombre porque…

—Ava. —Mi madre me impidió que continuara hablando.

Entonces tomé conciencia de que era lo mejor, pues un gesto de dolor ensombrecía el semblante de Grace.

—Andrés no es ningún idiota —dijo.

—Por favor, Grace, es un tío de dieciséis años. Claro que es un idiota.

—¿Es que tengo que hacerlo con uno mayor que yo? —Enfadada, soltó verdaderos dardos envenenados—. ¿Para que luego me deje tirada?

Su acusación cayó sobre el salón como una pedrada, y un denso silencio nos rodeó.

—Retira lo que acabas de decir —susurré completamente dolida.

—Ya está bien —intervino de nuevo mi madre con seriedad—. ¿Qué os pasa? No os he educado para que estéis echándoos trapos sucios una sobre la otra. —La mirada de ojos color azul oscuro de mi madre se dirigió a mí—. Y mucho menos, para que no respetéis las decisiones importantes de los demás.

Volvimos a sumirnos en el silencio, hasta que Grace murmuró un quedo «lo siento» y yo la miré; intenté imitarla, pero no pude. Volví a la carga, muy segura de mis convicciones.

—Pero, mamá, es que ni lo ha pensado —me quejé, y me volví hacia Grace, mirándola con cariño para mostrarle mi preocupación, sin juzgarla—. Eres una cabra loca, te lo digo con cariño, no faltando, de verdad. Pero no piensas las cosas con calma, Grace.

Mi hermana esbozó una mueca.

—Es como la vez que robaste el gato de Maribel porque decías que nosotras teníamos que tener un gato negro —añadí.

Irremediablemente, las tres sonreímos al recordar aquel episodio.

—Bueno, a ver, tenía diez años y estaba convencida de que éramos un aquelarre, y como buen aquelarre, necesitábamos un gato negro —se justificó Grace—. Ahora, esto es distinto. De verdad, lo he estado meditando. Andrés es el chico adecuado. Me gusta mucho, y yo le gusto a él.

—¿Gustar? Gustar, te gusta el helado. ¿De verdad que quieres eso para tu primera vez? —la pinché al ver que no daba su brazo a torcer.

—Ava, no todos tenemos que darle un toque épico a las cosas —me rebatió.

—Pues eso es vivir a medias, mi Grace —intervino entonces mi madre.

Mi hermana miró a mi madre, que continuaba sentada en el sofá.

—Por supuesto que solo tú puedes tomar la decisión, como solo tú puedes decidir el grado de importancia que quieres dar a determinadas cosas. Te agradecemos que compartas con nosotras esa noticia, pero déjame decirte que solo tenemos una vida, supuestamente, y como os he dicho muchas veces, casi nunca es como la planeamos. Muchas cosas os saldrán mal, habrá decepciones, desengaños y sueños no alcanzados; así que ponerte bajas expectativas de primeras, Grace, creo que no es un buen plan. Está muy bien tener los pies en el suelo, pero siempre, siempre, mirando al cielo. Todo en vosotras, señoritas, es épico, así que no os conforméis con menos. ¿Y sabéis qué es lo más importante? Saber reconocer qué lo es.

—¿Lo épico? —pregunté yo.

Mi madre asintió.

—Sí. —La mirada de mi madre se centró en mi hermana—. ¿A ti, Grace, ese chico te gusta?

—Mogollón. —Tal fue la respuesta de mi hermana, sin ningún titubeo.

Mi madre sonrió.

—Pues ahí tienes lo épico en esta ecuación: acostarte con el chico que te gusta mogollón por primera vez.

Mi madre no esperó a que habláramos. Se levantó tras quitarse rápidamente los separadores y subió a su habitación; nos dejó solas en el salón sin añadir nada más.

No hace falta decir que, finalmente, esa fue la noche en que Grace dio el paso; y aunque semanas después cortó con Andrés afirmando que era el ser más aburrido que había conocido en la faz de la tierra, supe que había sido la decisión correcta para ella. Lo vi claro cuando vino a relatarme emocionada el encuentro, y es que cada persona tiene sus tiempos y, lo más importante, sus momentos épicos.

Sí.

Aquellas palabras de mi madre calaron hondo.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

Estoy sentado en la butaca frente a la gran cama de matrimonio que tiene la habitación. La luz del nuevo día ha comenzado a colarse por las cortinas de las ventanas, especialmente por las que dan paso a la terraza privada.

Podría haber bajado a desayunar, sin embargo, estoy sentado con la vista fija en ella, que duerme plácidamente. A pesar de que no me haya comentado nada, sé que ha sido duro saber que Ava está aquí también. Que ayer estuvimos hablando a solas, seguramente rememorando nuestra historia, porque ella, Lara, también fue testigo de ello, así que no me resulta indiferente lo que le pueda rondar ahora por la mente.

Estudio su rostro tranquilo, que logra sumarte en la misma quietud con tan solo rozarla con la mirada. La melena rubia, que sigue igual de clara tras estos años, está esparcida por la almohada, como un abanico dorado que —lo sé— será un espectáculo cuando el sol la bañe, y me es imposible no sonreír al contemplar la adorable manera en la que la boca se le queda entreabierta ahora que duerme.

Como siempre, su imagen me da una paz que pocas personas me transmiten, y me da rabia, porque no puedo ignorar el daño que le ocasioné en el día de ayer.

Soy consciente de que no puedo sincerarme totalmente con ella, pues la destrozaría, y no es el camino que quiero llevar, porque Ava es mi pasado, sí, pero Lara, mi presente y futuro. Estoy… estoy seguro.

Sigo martilleándome la cabeza con estos pensamientos, cuando se mueve en la cama y finalmente se despierta. Su mirada, de ojos castaños enmarcados por las delicadas cejas rubias, conecta con la mía, y una sonrisa adormecida le decora los labios. Es bonita como el rayo de sol que cae en la nieve más pura; cuando miro a Lara, es esta la imagen que su belleza me evoca.

—Ey… —saluda, estirándose en la cama.

Me resulta imposible apartar la mirada.

—Buenos días —le respondo.

—¿Qué haces? —Lara se incorpora apoyando la espalda en el cabecero y me mira con interés, ahora que poco a poco se va despejando.

—¿No puedo mirarte mientras duermes? —No soy capaz de formular la pregunta sin una entonación insinuante.

Hace una mueca divertida.

—Es un poco de psicópata…

—No. Sabes que no.

Y guardo silencio, pero entre nosotros pesa lo que, de repente, soy incapaz de decir.

Me odio, pero me prometí que si hacía esto iría al doscientos por ciento, así que prefiero callar. No porque de pronto no la quiera, sino porque merece que no le oculte sombras entre las palabras, las sombras de un pasado que ella comienza a percibir más presente —lo sé—, pues es conocedora de que, en el fondo, lo he ido a buscar.

—¿Sabes lo que no sé? —dice en cambio, dedicándome una sonrisa que no alcanza sus bonitos ojos.

—¿El qué? —pregunto, tentando a acercarme a la cama y disiparlo todo con el sencillo roce de nuestros labios.

Sin embargo, su respuesta me descoloca:

—Tu historia.

—¿Cómo? —Extrañado, enarco una ceja—. ¿Cómo que no sabes mi historia? La conoces de sobra…

Pero Lara niega con la cabeza, no me deja terminar.

—Conozco tu historia a medias. No sé cómo comenzó.

Sonrío contrariado porque sí que la conoce. Claro que sí, así que no llego a comprender a qué se refiere.

Lara, entendiendo mi gesto a la perfección, se ríe.

—Me refiero a que sí, sé que siempre pintaste, que fue tu guarida hasta que saliste de aquí, pero también sé que pronto dejaste apartada esa ilusión. Por lo que, no, Hugo, no sé cómo comenzó tu historia. Cómo te convertiste en uno de los artistas más relevantes de la época actual. Cómo volviste a ello, cómo el arte volvió a tu vida.

Mi sonrisa se congela, y la de ella… titubea. Me conoce, me conoce demasiado para saber que…

—¿Fue por ella?

Su voz me alcanza cuando desvío la mirada, pero rápidamente vuelvo a buscarla.

Lara intenta que su sonrisa siga allí, divertida y despreocupada, pero le está costando. Sin embargo, nuestra historia funciona porque no hay mentiras ni medias verdades, así que suspiro y asiento.

Después le respondo, conocedor de que es el momento de recordar otras partes de mi pasado que tengo muy enterradas.

—Sí, volvió por ella, aunque eso nos separara.

Julio de 2013

Mojácar

Hugo

—¿Ahora me sigues?

Sonreí al oír su voz; me había descubierto a pesar de que yo no la había alcanzado y de que ni siquiera se había dado la vuelta para mirarme cuando me lanzó la pregunta.

—Son unas acusaciones fuertes, Ginger —contesté al tiempo que me colocaba a su lado.

La había llamado por su apodo sin pensarlo, pero Ava siempre sería «Ginger» para mí.

Su mirada me buscó en la oscuridad de la noche que nos envolvía.

—Vaya… hacía tiempo que no oía ese apodo —comentó.

Me regocijó que no lo pasara por alto, pero fue lo único que dijo antes de desviar la mirada para fijarla en el infinito que teníamos enfrente, con el sonido del mar acompañándonos.

Mojácar y sus noches estrelladas.

Habían pasado varios días desde nuestro último encuentro, en el que la pelirroja había decidido romper el silencio para ponernos al día, en cierto modo.

Después de ese breve momento, no nos habíamos vuelto a ver.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin permitir que el silencio entre ambos tomara protagonismo.

La miré de reojo, no muy seguro del grado de sinceridad que quería otorgar a mi respuesta.

—¿No puedo saludar a una antigua amiga?

Ante mi respuesta, Ava me miró de soslayo, pero hubiera lo que hubiese tras esos ojos de un azul oscuro, decidió no añadir más.

—¿Y qué haces aquí tú sola? —pregunté entonces.

Y eché un significativo vistazo a nuestras espaldas, hacia el grupo de gente reunida en la playa, con la música y las bebidas, dispuesta a disfrutar de la calurosa noche veraniega.

—Me apetecía estar un momento a solas.

—Entiendo…

Asentí levemente y me alejé varios pasos. Ava me miró negando con la cabeza.

—No quería decir que te fueras. Es que… ha sido un día… extraño. —Suspiró pesadamente.

Pude leer la preocupación en su expresión.

—¿Qué ha pasado? —quise saber.

No dudé ni por un momento en preguntárselo, en acercarme a ella, ni si convenía hacerle esa pregunta. Malas presunciones que no tendría que haber ignorado.

Ava volvió a desviar la mirada, pero esta vez no ocultó el gesto contrariado. Tras unos instantes, desveló qué la atormentaba, pero nunca me habría esperado lo que sus siguientes palabras desvelarían:

—Miriam ha vuelto.

—¿Miriam? —repetí sorprendido.

Rápidamente me acudió a la mente la imagen de aquella morena de ojos verdes claros y belleza arrebatadora, junto a Ava y Caleb de adolescentes. La Ava actual, un par de años mayor, asintió mientras se mordisqueaba el labio en un claro signo de nerviosismo.

—¿Y está bien? —tanteé, a pesar de que no necesitaba saber mucho más, pues intuía que la respuesta no sería precisamente positiva.

Las sorpresas siguieron sumándose.

—Está embarazada.

—Entiendo.

Fue lo único que logré decir, porque me imaginé que tenía más por añadir.

—Está embarazada, y no comprendo nada. —Comenzó a hablar, casi como si mantuviera un debate interno, como si con ello pudiera desvelar todos los entresijos que escapaban a su entendimiento—. No sé cómo, pero… no es Miriam. Es decir, Miriam siempre ha sido la aventurera el grupo, la que más ideas locas tenía, pero cuando aquel verano se largó, pensé que sería algo pasajero… y…

Ava cerró los ojos justo al rompérsele la voz. Me quemaron las manos por tocarla, por abrazarla y reconfortarla, pero me mantuve en mi sitio.

—¿Qué ha sido? —Sabía hacia dónde dirigir la pregunta.

No tardó en llegar la respuesta:

—Sigue con las drogas. Con las malditas putas drogas. —Soltó cada palabra con pura rabia, cerrando las manos en puños.

Y yo, al recordar a aquella morena que siempre la había estado acompañando, sentí su decepción, su tristeza. Si su amiga había continuado tonteando con las drogas hasta ese punto, poco más podía decirle. Demasiados casos parecidos había visto como para ignorar su desenlace. Lo vaticiné hacía unos años, pero la gente más cercana siempre tiene la esperanza de equivocarse, sobre todo en esos casos.

—Está con sus padres, que intentan controlar que no se drogue en su estado… Oh, Dios… — Ava cerró los ojos, como si con ello pudiera arrastrar todo lo que la martilleaba por dentro.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, y ha sido demasiado. Es como la sombra de ella. Ni siquiera se molesta en disimular que, una vez que tenga el bebé, se largará abandonándolo.

—Ese niño, o niña, lo que vaya a ser, estará mejor sin ella —afirmé sin titubear.

Ava se volvió para mirarme y asintió levemente.

—Eso es lo que me duele, que lo sé, y sé lo que significa: que Miriam, mi mejor amiga, se fue para siempre esa noche en la que vino a despedirse, ¿entiendes?

—Por lo menos tuviste una bonita despedida —contesté yo en un intento de reconfortarla, aunque con ello me dolió el pecho duramente.

Fue entonces cuando me sorprendí, pues sentí que me sujetaban una mano. Bajé la mirada para descubrir su mano entrelazada con la mía, y la busqué rápidamente con la mirada. Ella tan

solo asintió levemente, y estuve tan, pero tan tentado a decirlo, que esa vez fue la garganta la que me atenazó duramente. Pero moría por decirle que la había echado tanto de menos que siempre la buscaba. Siempre la soñaba, y ahora que la tenía delante… ahora, no me veía capaz de apartarme, de guardar las distancias, de tratarla como a una conocida más. Porque no lo era.

Nuestras miradas se mantuvieron conectadas; yo parecía tranquilo, pero, en mis adentros, se desencadenaba una dura batalla por discernir qué debía hacer. Fue ella la que dio el primer paso.

—He de confesar que, a veces, he hablado conmigo misma de ti.

Mi corazón dio un vuelco, bombeó sangre en las venas aceleradamente, casi con violencia, pero ella prosiguió:

—Me he preguntado cómo estarías. Si serías feliz allá donde vivieras, y si la seguías teniendo.

—¿La qué? —logré preguntar.

—La capacidad de sacar lo bonito del mundo. —Me dio tal respuesta casi en un íntimo susurro.

La miré contrariado, sin entender a qué se refería.

—¿Cómo? —pregunté sin disimular mi confusión.

Entonces me regaló la sonrisa más bonita que había visto en mucho tiempo, y supe sin ningún atisbo de duda que Ava nunca dejaría de estar debajo de mi piel, arraigada en cada rincón de mi ser, pasara el tiempo que pasase. Y también afloró una sensación que, por el tiempo que llevaba ahogada, no supe identificar.

Sus palabras me ayudaron a recordar.

—Tus pinceles. Tus pinceles y tu don. El de sacar el lado cautivador de algo anodino. El de hacernos ver lo que nosotros no somos capaces de apreciar.

—Vaya. No sé qué decir —contesté mientras sentía que algo caliente me invadía el pecho. Sus ojos brillaban de emoción y tuve que apartar la vista—. Pero hace ya tiempo que no pinto.

—No, Hugo —negó—. Tú no pintabas. Tú dabas vida a las cosas.

Volví a mirarla en el momento justo en el que ella desvió la mirada para centrarse en el oscuro firmamento. Supe que volvía a pensar en su amiga, martilleándose la mente con dolorosos pensamientos, pero en ese camino no la podía ayudar mucho. ¿Cómo iba a consolarla alguien que todavía se lamía sus heridas?

Guardamos silencio de nuevo, uno de aquellos que solo compartía con Ava. Esos que son de todo menos vacíos.

Yo… yo no dejaba de pensar en cómo enredarnos de nuevo en una conversación. Y ella… ¿y ella qué?

Julio de 2013

Mojácar

Ava

Era consciente de que estaba mal, pero la tristeza que me engullía desde el encontronazo con Miriam se había depositado en un segundo plano en cuanto Hugo se había acercado a hablarme.

Ambos callados ahora, era consciente de su cercanía. No podía ignorar el modo en que me había mirado, escuchado e, incluso, dedicado tiernas sonrisas contenidas durante la breve conversación.

Y ahí me encontraba, sin saber muy bien qué decir ni qué hacer, avergonzada por esa vorágine de sentimientos y emociones que no debería sentir. Inoportunamente recordé la breve conversación con mi madre unos días antes, cuando se había enterado —por supuesto, por parte de Grace— de la vuelta al pueblo de cierto joven.

Me preguntó cómo estaba, cómo lo llevaba, y no pude guardarme para mí las intensas emociones que me inundaron cuando, acompañada de Grace, lo vi: ese momento que había parecido que el universo entero se hubiese detenido al ver al chico que rompió mi corazón hacía dos años.

Dos años me había estado lamiendo las heridas, dos años me había costado aceptar que no sabría nada más de él. Mi madre me había aconsejado que lo tratara con normalidad, pero ¿qué normalidad podía haber cuando con solo tenerlo cerca todo se tambaleaba?

—Hola —dijo de pronto una voz a nuestras espaldas.

Al volvernos, descubrimos a Caleb, que sonreía a Hugo; este se le acercó a saludarlo con un choque de manos y medio abrazo.

—¿Cómo estás? —le preguntó Hugo, devolviéndole la sonrisa.

—Todo como siempre, buscando a Ava, que me abandona en las fiestas.

—¿Te deja tirado en las fiestas universitarias? —preguntó, divertido, Hugo mientras me lanzaba una mirada.

Yo arqueé la ceja y ambos se rieron.

—Si te contara… —dejó caer mi mejor amigo—. Aunque normalmente es por un buen motivo, ¿verdad, pelirroja?

La insinuación hizo el resto, y yo no me atreví a mirar a Hugo; sin embargo, la curiosidad me pudo y, pasados unos segundos, fui testigo de su sonrisa desinflada tras haber interpretado las palabras de Caleb. Este, de pronto, parecía muy interesado en algo de su móvil.

—Bueno —carraspeó Hugo—, ha sido genial verte. Quizá nos volvamos a encontrar antes de que me marche.

—Sí, algo he oído. Londres, ¿no? —respondió Caleb.

—Sí.

—Será una gran oportunidad —le dije yo, obligándome a sonreír como si no pasara nada.

Hugo me miró de nuevo, pero, esta vez, algo para mí inidentificable acompañó sus ojos de un azul hielo.

—Sin inglés no se va muy lejos.

—Eso dicen —le respondió Caleb por mí.

Hugo no perdió más tiempo.

Dedicándome un leve movimiento de cabeza se alejó. Fulminé a Caleb con la mirada, pero, sorprendida, vi que él me dedicaba ese mismo gesto.

—¿Por qué me miras así? —quise saber.

Caleb acortó la distancia entre ambos y miró por encima del hombro, como si a alguno de nuestros amigos o demás personas que se encontraban en la playa le interesara nuestra conversación.

—Creo que lo puedes deducir bien solita, Ava —dijo finalmente, con esa mirada acusadora clavada de nuevo en mí.

—No. No sé qué narices pretendes, soltando esos comentarios delante…

—¿De tu ex, el que te tuvo llorando por las esquinas hasta hace bien poco? —Caleb hizo un gesto brusco y burlón con la boca—. Sí… no sé en qué estaría pensando. O, mejor dicho —Caleb volvió a mirarme con reprobación—, ¿en qué cojones estabas pensando tú, Ava?

—¡No pensaba en nada!

—¡No! ¿De veras?... —preguntó teatralmente.

Puse los ojos en blanco ante su exageración.

—Porque esas miradas que os lanzabais indicaban todo lo contrario —añadió—. ¿Pretendes volver a ser la versión cutre de Bella Swan?

Arrugué la nariz al oír tal símil.

—¿Cómo que «cutre»?

—Como siempre, centrándote en lo importante.

Suspiré y Caleb me imitó.

—Venga, Caleb, sabes que no. Tan solo estábamos hablando —recalqué al verlo con las cejas enarcadas—. Y de Bella Swan no tengo nada. Esa chica tenía una codependencia muy grave.

—Por favor… —Caleb chutó una piedra que fue directa al agua de la orilla—. Yo solo espero que recuerdes que ahora nos gusta Roberto. El bueno de Roberto.

—Da escalofríos que hables como si fuéramos un solo ser —repuse, y arrugué la nariz.

Sin embargo, en el fondo me reprochaba a mí misma que en ningún momento de aquella conversación hubiera pensado en Roberto.

—Es que lo somos, monada. —La respuesta iba acompañada de un guiño absurdo que pretendía aliviar el peso a sus últimas palabras.

Sonreí a mi pesar, y adiviné que Caleb también lo hacía, pero volví a centrarme en el oscuro mar ante nosotros. Era el momento de explicarme.

—Le he contado lo de Miriam —comencé a hablar—. Él se ha acercado al verme sola y, bueno, ha notado que no estaba muy allá.

—Entiendo. ¿Y luego?

Miré de reojo a Caleb, que, situado ahora a mi lado, contemplaba también el mar calmado; allí en la orilla, a veces nos alcanzaba el agua por el suave romper de las olas.

—Y luego tan solo le he preguntado si estaba bien, si seguía pintando… nada por lo que alarmarse.

—Ava, que te conozco, y tú también a ti misma. Sabes que no ha sido una conversación común con un viejo amigo. A mí puedes mentirme si quieres, pero ¿a ti? El autoengaño es lo peor que puedes hacerte.

Abrí la boca para rebatírselo, pero volví a cerrarla, y el gesto no le fue indiferente.

—A ver, ven. —Caleb me sujetó suavemente por los brazos para volverme y que quedara frente a él—. Lo entiendo, de verdad. Fue una historia de esas que marcan y, aunque no he vivido ninguna, entiendo que sea muy difícil de ignorarla. Pero, mi chica, se va. En menos de diez días se marcha a Londres. Y aunque no sabemos qué planes tiene, debes ser consciente de que, efectivamente, *tiene* sus planes. Para *su* futuro, como tú tienes los tuyos.

Asentí levemente mientras una punzada me atravesaba el pecho, y me dolió que fuera tan evidente. Caleb me dedicó una sonrisa reconfortante.

—Eres fuerte, Ava. Y te mereces vivir sin reservas, intensamente y sin miedos, vivir una de esas historias de amor que Grace nos relata cada semana tras devorar otra de sus empalagosas novelas románticas. —Sonrió ampliamente cuando me reí—. Pero si te dejas atrapar por el pasado, todo lo que has avanzado en este tiempo no servirá de nada, porque lo que dejaste atrás te atrapará. Y no quieres. No quieres dejar escapar a ese chico que te espera emocionado en Granada. Quieres estar a tope en tus clases y seguir sacando insultantes buenas notas para poner a tu mejor amigo en un compromiso cuando le toque a él decirte las suyas. No quieres dejar de ser tú, feliz, llena de retos y persiguiendo emocionantes metas.

Sonreí de nuevo, pero me mordisqueé el labio. Caleb ladeó la cabeza, como si oyera el incesante martilleo de mi mente intentando controlar todo lo que había sentido hacía escasos minutos junto a ese chico a quien creí que no volvería a ver.

—Tienes razón —asentí al fin.

—¿Pero?

—No tendría que haber ningún «pero» —continué, con la cabeza inclinada hacia atrás mientras miraba el negro cielo salpicado por esas estrellas eternas que parecían reírse de mí—. *Pero* —recalqué— ojalá fuera todo tan sencillo, Caleb.

Mi mejor amigo asintió y me pasó un brazo por los hombros para arrimarme contra él.

—¿Qué vas a hacer entonces? —quiso saber.

Volví a observar el cielo a la espera de alguna señal, algo, pero en el fondo conocía la respuesta adecuada, así que se la di:

—Nada. Esta vez, nada.

Ambos supimos que, a pesar de que yo lo quisiera fervientemente, no era la respuesta más sincera.

Abril de 2023

Mojácar

Ava

—Esto de recoger es un coñazo —suelta Grace, dejándose caer en el sofá.

—Oye, monada, nada de procrastinar —la regaña Caleb con el ceño fruncido mientras me ayuda a precintar otra caja.

—¿Y si hacemos una pausa y vamos a tomar una cervecita? —propone mi hermana.

—Grace… —La miro significativamente mientras aparto la caja a un lado y Caleb empieza a montar la siguiente.

—¿Qué? Tenemos que aprovechar este sol. Allí no tenemos dosis de vitamina D a borbotones, ¿recordáis?

—Mueve el culo, Grace —le insiste Caleb.

A mi hermana no le queda más remedio que levantarse como si su cuerpo pesara toneladas; continúa refunfuñando:

—Creo que es mucho más divertido guardar la vajilla que revisar las revistas y demás cosas acumuladas durante años en los cajones de esta casa.

—Si te parece, luego bajamos a algún chiringuito para comer —le ofrezco mientras arrugo el papel de periódico sobre una de las copas que estoy guardando.

—La verdad es que no me parece mal comer en el pueblo —conviene Grace, que de nuevo está concentrada en su tarea frente al aparador, junto al mueble del televisor—. Después de todo, también nos vamos a despedir de él.

Caleb y yo nos detenemos e intercambiamos una mirada.

Me duele, porque no podemos quedarnos la casa; al fin y al cabo, vivimos fuera, aunque siempre veníamos para estar con mamá. Pero ahora que ella ya no está, nos es imposible mantenerla, pues nuestros sueldos no alcanzarían para tantos gastos.

Y es una mierda, sí, pero, tal como nuestra madre nos enseñó, la vida es eso: hacer elecciones entre cosas de las que no queremos prescindir.

—Vaya —dice de pronto Grace.

Levanto la mirada.

—¿Qué pasa? —quiero saber.

Deja varias revistas antiguas que mi madre guardaba porque en ellas había una apetecible receta, algún artículo destacable o cualquier cosa que considerase digna de conservar.

Las palabras que mi hermana pronuncia a continuación me dejan congelada. Congelada y completamente alarmada, una mezcla extraña que me insta a recurrir a Caleb. ¿Él sabía algo? Pero, por su expresión —seguramente, un reflejo de la mía—, no debe de saber nada.

—¿Qué has dicho? —le pregunta Caleb, en un intento de asegurarse de que la hemos oído bien.

Pero no hay dudas, en especial cuando mi hermana se vuelve hacia nosotros con aquello entre sus delicados dedos.

—Una postal. De Londres. Para mamá.

Mi hermana me mira únicamente a mí, y sé que su gesto de estupefacción es sincero: para ella también es una sorpresa.

—No… no puede ser… —logro decir.

Los miro a ambos, no sé qué hacer.

Caleb es el que reacciona; emprende la acción y, acercándose a mi hermana, le coge la postal de las manos.

Lee en silencio, y de pronto alza la mirada hacia mí.

—No —repito en cuanto descifro el significado de su expresión.

—Solo hay una frase, más bien una pregunta, pero, Ava…, no da lugar a dudas.

Volvemos a guardar silencio. Mi mente va a mil y siento frío en las extremidades. Aun así, sé lo que debo hacer, porque me niego a ignorar lo que hay ahí escrito.

Me dirijo hacia Caleb, que me tiende el grueso papel. En él se nota el paso del tiempo; cuando me fijo en la ilustración, me siento temblar, pues reconozco el estilo del dibujo.

Pero no es lo único que se ha alterado.

El corazón me golpea pesadamente el pecho de tal manera que me cuestiono si quienes tengo alrededor pueden oírlo; pero no alargo más el momento, doy la vuelta a la postal, y ahí, en una caligrafía sencilla, algo alargada e inclinada, leo la pregunta:

«¿Ella está bien?».

Levanto la mirada sin disimular el gesto.

—No puede ser —digo, o repito. Ya no sé ni qué he dicho.

—Tú misma lo tienes entre las manos —contesta Grace.

—¿Hay más? —digo yo, acercándome al cajón del que deduzco que lo ha sacado.

Mi hermana me sigue.

—No lo sé, esta se ha caído de una de las revistas…

—¡Pues ayúdame a revolver en todas! —le exijo con brusquedad.

—Ey, baja el tono, ¿quieres? —se queja mi hermana.

Sé que tengo que disculparme, pero ahora mismo estoy demasiado nerviosa.

Mi madre no me ha podido ocultar esto. No habría sido capaz. Imposible. Estos pensamientos se repiten en mi mente mientras rebusco entre las cosas de un modo tal que roza el histerismo. Es Caleb quien me detiene, sujetándome con fuerza.

—Ava, para.

Intento soltarme de su agarre.

—Necesito saber si hay más… necesito…

Lo aparto y, desquiciada, me lanzo, pero Caleb me retiene de nuevo.

—Ahí no hay más, Ava —me avisa mi amigo, y me obliga a mirarlo.

Es entonces cuando percibo que incluso tengo la respiración agitada.

—No parece que haya más. Tienes que relajarte —añade él.

—Pero ¿mi madre me ha ocultado que él le escribió? ¿Cuántas postales le envió? ¿Ella le respondió?

Siento que afloran las lágrimas; no quiero derrumbarme, no delante de Grace, pero me es imposible.

—No podemos decírtelo, nos acabamos de enterar, como tú —se atreve a hablar mi hermana; me estudia con cierta cautela, como si fuera a estallar en cualquier momento, como si no lo hubiera hecho ya.

Con pesadez, cojo aire, y Caleb se atreve a soltarme.

—No entiendo nada —declaro finalmente, volviendo a centrarme en ese trozo de papel tan anodino y a la vez tan importante.

—Solo una persona puede darte las respuestas.

Alzo la vista para mirar a Caleb, que es quien ha formulado estas últimas palabras.

Julio de 2013

Mojácar

Ava

Supe que aquella noche sería distinta a las demás, y, a su vez, no sentí nada extraño. Como siempre desde que aquella costumbre se había instaurado en el pueblo, salí vestida completamente de blanco para la ocasión, y en compañía de mi madre y Grace, que enseguida se pusieron a parlotear de nada en especial y de todo en general.

Ya no debatíamos sobre dónde prenderíamos nuestros deseos, pues desde el primer año que se celebró la Noche de las Velas, escogimos nuestro lugar y con ese nos quedamos. Yo tampoco dejé de tener mi propia y privada costumbre.

La había guardado para mí todos esos años.

Así que, una vez que juntas hubimos encendido nuestras velas, nos perdimos en la fiesta de nuestro mágico pueblo, y en cuanto nos separamos —Grace para reunirse con sus amigos y mamá con los suyos—, yo fui directamente a un lugar en concreto antes de juntarme con la pandilla.

Nunca lo había compartido con nadie… bueno, eso no era del todo cierto, pues con una persona sí que lo había compartido. Una vez, unos años atrás; y a pesar de que debería haber advertido que no era muy buena señal que siguiera acudiendo allí, me autoengañaba diciéndome que él no ocupaba mi mente cuando llegaba a la fuente.

La Fuente Mora, con sus trece caños, su espacio cerrado, y —cada año, en aquella noche especial— adornada con varias velas encendidas.

Como siempre, cuando llegué no había ni rastro de nadie. Seguramente se debía a que la gente, a esas horas —ya pasadas las doce—, prefería pasear por las calles del pueblo y disfrutar de los espectáculos, la música en vivo y lugares donde beber en esa noche especial.

Entré en el recinto cerrado acompañada por el ruido del agua que caía sobre la fuente, y me detuve frente a los trece caños con la mirada puesta en el cielo. Al estar apagado todo el alumbrado eléctrico del pueblo, el cielo estaba asombroso, pues mostraba un espectáculo digno de presenciar, en especial porque aquella celebración siempre coincidía con la lluvia de estrellas, las lágrimas de San Lorenzo.

Y yo regresaba cada año para pedir mi deseo a la primera estrella fugaz que surcara el cielo. Esa noche, el deseo me tenía bloqueada, porque, ahora que lo había vuelto a ver, ¿qué era lo que quería?

Aún con la cabeza inclinada hacia atrás para vislumbrar el firmamento, cerré los ojos en el instante en que vi el destello característico. Los cerré con fuerza porque era demasiado pronto, pues todavía no había meditado qué deseo pediría.

El año anterior me había prohibido a mí misma pensar en él. Y a pesar de los intentos por ocupar la mente en otra cosa, mis pensamientos tomaron vida propia en cuanto vi la estrella fugaz. Pero ¿qué pretendía? Era como cuando te decían que no pensaras en un elefante de color rosa… ¿o era azul? ¿Qué más daba?, si ya estabas pensando en él. Así pues, temía que, a pesar de haber puesto todo mi empeño, aquel peligroso pensamiento y deseo se hubiera escurrido entre otros más adecuados.

Y ahí me encontraba ahora: un año después y con aquel prohibido deseo cumplido.

¿Qué iba a desear en esta ocasión? Sí, nuestros caminos se habían cruzado otra vez, pero ¿con qué sentido? Hugo se marcharía en dos días… Efectivamente, había contado los días a pesar de nuestros escasos encuentros.

—Un deseo un poco largo, ¿no?

Esa voz…

Abrí los ojos sobresaltada, y al volver la cabeza descubrí a Hugo estudiándome desde la entrada de la fuente. Las manos, guardadas en los bolsillos de unos vaqueros rotos y desgastados que, junto a esa sencilla camiseta blanca, lograban que su piel aceitunada y sus increíbles ojos fueran imposibles de ignorar.

Cohibida, desvié la mirada al advertir que llevaba demasiado tiempo estudiándolo en silencio.

—No estaba pidiendo ningún deseo —dije sin mirarlo, pero conocedora de que se me acercaba.

—No creo que hayas cambiado tanto en estos dos años, Ginger.

Contuve las ganas de cerrar los ojos cuando habló a mis espaldas y tan cerca de mí que mi cuerpo reaccionó como solo hacía en su presencia. Y eso era cierto, cruelmente cierto, porque, después de él, conocí a algún otro chico, pero ninguno despertaba esas sensaciones que Hugo sí me originaba con tan solo mirarme o hablarme.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con un mal disimulado hilo de voz.

—¿Qué quieres escuchar?

Su respuesta me extrañó, y me di la vuelta para interrogarlo con la mirada. Sus ojos, que me miraban con cierto desafío, me capturaron. Entonces lo supe. Estaba metida en un problema. Ambos, realmente.

Aquellos ojos me observaban reservándose unos secretos que conocía demasiado bien, porque… porque también eran los míos.

Inconscientemente retrocedí un paso justo cuando él lo dio hacia delante. Qué gran señal.

—¿Quieres oír lo que se supone que debo decir, o la verdad?

Ante su susurro aterciopelado, negué con la cabeza.

—No sé de qué hablas, Hugo. —Nerviosa, revisé el entorno en busca de algo que interrumpiera el momento.

—Joder si lo sabes, Ava —gruñó él, provocando entonces que lo mirara.

Sentía la atracción de nuestra energía, esa tan característica y que creía muerta. Pero ahí se encontraba, tirando entre ambos, chisporroteante, demandando que no se la ignorara, y es que,

¿cómo podía ignorarse? Así que me quedé estática, clavada en el sitio mientras Hugo volvía a romper la distancia entre ambos de un modo tanto peligroso como doloroso.

Lo podía leer en sus ojos, en esa expresión punzante que los atravesaba con un anhelo que provocaba que mi respiración —agitada de pronto— saliera atropellada de mis pulmones danzando provocativamente contra la suya, y es que estábamos a escasos centímetros de que nuestros labios se encontraran.

—Hugo… —logré decir, y no sabía si era un aviso o un ruego.

Un ruego porque se detuviera o, al contrario, que eliminara de una vez por todas la distancia entre ambos, y ya… ya pensaríamos después en las consecuencias.

Sin embargo, no hizo ninguna de ambas cosas. Me acarició el pelo y lo apartó a un lado para despejar parte del cuello y del hombro; curiosamente, el del tatuaje. Dirigió la mirada al dibujo que años atrás me había tatuado sobre la piel, y tuve que contener el aliento al sentir la suave caricia de su dedo sobre él.

—No sé si te lo he comentado ya —dijo Hugo, sujetando uno de mis largos mechones entre los dedos mientras con la mirada seguía el movimiento y me estudiaba el pelo antes de volver a conectarla con la mía—, pero estás preciosa.

—Gracias. Tú tampoco estás mal —logré decir.

Y una sonrisa sutil tironeó de sus labios.

—No estoy mal, ¿eh? —repitió divertido.

—Lo sabes de sobra, no vayas de humilde —puntualicé—. No te queda bien.

Hugo soltó el mechón al tiempo que contenía una sonrisa más amplia; y al hacerlo, me acarició deliberadamente el rostro, robándome un segundo de respiración ante la sorpresa.

—Mañana es mi último día en Mojácar —dijo entonces.

Nuestras sonrisas se esfumaron.

—Lo sé.

—Y sabía que esta noche te encontraría aquí —confesó.

Y yo asentí.

—Una parte de mí también sabía que pensarías eso.

—¿Por eso has venido? —quiso saber sin disimular la esperanza camuflada.

—Por eso he venido cada año desde entonces.

Mi confesión salió sola, pero era absurdo seguir con aquella farsa, siendo conscientes de lo que ambos sabíamos.

Hugo dio un paso atrás y se alejó de mí, causando que una sensación de vacío me envolviera.

—No podía irme sin verte. Pero también sé que no podré irme si nos dejamos llevar. No es justo. Para ninguno de los dos.

Asentí, pues tenía razón. A él lo esperaba Londres, nuevas oportunidades para labrarse ese futuro por el que había luchado. Igual que Granada me esperaba a mí. Granada y…

—Caleb me ha hablado de él.

—¿«De él»? —repetí sin ocultar la sorpresa y mis alarmas.

Hugo asintió levemente, dedicándome una sonrisa desenfadada.

—No ha querido entrar en detalles, me imagino que para no invadir tu intimidad; pero se aseguró de aclararme que hay un chico, un buen chico, que te está esperando en Granada. Esperando a que te decidas a dar el paso. A apostar por vosotros.

—No tenía derecho a contarte nada —dije contrariada.

—Es cierto, pero entiéndelo. Está asustado de que yo la pueda cagar. Lo que no sabe es que prefiero sacrificarme y saber que con ello eres feliz en tu historia.

Sentí que sus palabras me desgarraban por dentro, y supe que mi expresión me delató, pues la tristeza tiñó sus cristalinos ojos.

—Ava, es lo mejor —me prometió—. Y tú también lo sabes. Es mejor que no nos mezclemos más, que te deje seguir tu camino, que me olvides. Si esta noche me permito bajar la guardia, tan solo nos masacrará por dentro. Yo tengo… yo tengo que ir allí y conseguir que todo esto haya tenido sentido. Y ya no solo por mí, también por los chicos: por los que ya no están y por los que todavía siguen perdidos…

Entonces, Hugo rebuscó algo en la parte trasera de los vaqueros; el corazón me dio otro sobresalto cuando vi que me tendía el libro que le regalé de *Peter Pan*.

—Yo… lo leí millones de veces. Y… ha sido especial, demasiado. En cierto modo me conectaba contigo, pero también con ellos, no sé si me explico.

—Claro que sí —asentí con un nudo en la garganta.

Entendí que, para Hugo, Peter Pan y los niños perdidos habían sido mucho más importantes de lo que yo nunca llegaría a comprender.

—Algunas veces hasta respiré como Peter, a la espera de que fuera verdad lo que decía, entendiendo esa rabia y el odio hacia los adultos…

Una sonrisa tristona asomó en su semblante y estuve tentada de abrazarlo, pero de pronto me tendió el libro y añadió:

—Creo que es el momento de devolvértelo.

—No, ya te lo dije. Quédatelo. Era… es un regalo.

Miramos el pequeño cuento que aún sujetaba entre las manos, y ambos recordamos ese momento, dos años atrás.

—Yo solo quería verte otra vez, y soy jodidamente afortunado por ello. No sé si nos volveremos a encontrar, porque no sé si regresaré, pero…

—Cuéntamelo —lo interrumpí con urgencia, sin pensarlo.

—¿Cómo? —preguntó sin entender a qué me refería.

Di un paso hacia él, ignorando deliberadamente la voz que me advertía de que era una mala idea.

—Cuéntamelo cuando estés ahí. Cuéntame cómo te va…

—¿Quieres mantener el contacto? —Hugo entendió por fin a qué me refería.

—Sí —asentí con una gran sonrisa.

—No creo que sea una buena idea, Ginger.

—¿Por? Tan solo para saber cómo nos va —le aclaré.

Ante su gesto torcido, mi entusiasmo se desvaneció, y comencé a negar con la cabeza; rectifiqué:

—Sí, bueno. Quizá no lo he pensado muy bien, y…

—Ey, espera. —Hugo no me dejó terminar la frase, y sorprendiéndome, me agarró suavemente de la mano—. Encontraré la manera, ¿vale?

—¿La manera de qué? —pregunté confundida.

—La de contarte cómo me va sin arriesgar que sigas adelante.

Recuerdo que me quedé callada, contrariada por sus palabras, pues no era lo que quería. Quería seguir teniéndolo en mi vida, ¿no lo entendía? Pero su sonrisa lenta y algo triste me impidió el habla, en especial cuando se inclinó para depositarme un suave beso en la frente.

Después, sin añadir nada más, se alejó volviéndome a dejar sola, y en algún momento incluso me pregunté si lo que acababa de suceder aquella noche me lo había imaginado.

Sin embargo, pasados unos meses, llegó la primera.

La primera postal sin remitente.

Noviembre de 2013

Londres

Hugo

Podía decirse que definitivamente odiaba la lluvia. Llevaba ya unos meses en aquella ciudad gris y todavía no me acostumbraba a su tiempo tan característico. Así cualquiera podía entrar en depresión, raro era ver un mísero rayo de luz.

Ciertamente, el comienzo de mi vida en Londres no fue demasiado bueno, quizá por eso mi apreciación estaba un poco empañada; pero según las cosas fueron mejorando, mi opinión sobre la ciudad cambió considerablemente.

A pesar de haberme mentalizado de que los inicios resultarían duros, no pensé que lo serían tanto. Al fin y al cabo, mi vida no había sido un camino de rosas, pero siempre hubo algo que la apaciguaba: los chicos.

Sí. Siempre había estado acompañado de ellos; también cuando dejé Mojácar, tras la muerte de Iván, pues Rubén vino conmigo a Madrid. Sin embargo, ahora… ahora me sentía jodidamente solo.

El plan era que Rubén se me uniera al terminar las prácticas, así que, sí, estaba solo, y ser extranjero en una ciudad donde ni tan solo dominas el idioma es… difícil, mucho más de lo que podría haber imaginado.

Al llegar, me puse a vivir en un motel en el que compartía habitación con varias personas; no cruzamos más de dos frases, pero pasé varias noches en vela por los ronquidos de unos, los malos olores de otros y debido a la desconfianza que me generaba guardar ahí mis escasos bienes —aunque esto último tenía, quizá, más que ver con mi experiencia en la vida que con aquellas personas—. Por todo eso puse mucho empeño en encontrar un empleo que me permitiera pagar algún sitio más decente donde vivir.

No me costó conseguir trabajo, aunque solo podía aspirar a un mal sueldo como friegaplatos en restaurantes de mala muerte, en los que no tenían escrúpulos en timarte con los contratos, las nóminas y demás cerdadas que se les ocurrieran.

Si no aprendía el idioma, sería imposible avanzar.

El verano pasó, y con el otoño llegó un poco de esperanza. Conseguí un puesto en un pub del barrio de Harlesden: Oliver —un hombre de tupida barba y calva brillante— se apiadó de mí y acabó aceptándome como camarero a pesar de la nefasta entrevista que tuvimos.

Pronto hice buenas migas con mis compañeros: Ranjit, un joven indio que tras tres años en la ciudad no dominaba aún el idioma, y Joe, el joven de ojos tristes que en un primer instante me

recordó a Jacobo y al que por ello cogí un cariño especial. Acababa de cumplir los dieciocho años y sus padres le habían echado de casa por haber alcanzado la mayoría de edad; así que allí se encontraba, procurando sobrevivir.

El pub de Oliver era un local pequeño y con nada especialmente reseñable, pero me sirvió para abandonar el motel de mala muerte y mudarme con Ranjit y sus tres compañeros de piso. Pagando la friolera de novecientas cincuenta libras al mes, disponía por fin de una habitación para mí solo, aunque tuviera que compartir el baño con cuatro tíos más, y —lo que era peor— la nevera. Raro era el día en que no hubiera discusiones por la comida desaparecida.

Tuve que hacer de tripas corazón, como me aconsejó Ranjit. A fin de cuentas, la alternativa era dejar libre esa pequeña pero privada habitación, algo que no me podía permitir. Estaba situada en el barrio de Kensal Green, o lo que era lo mismo, a diez minutos escasos del pub de Oliver. Así que, sí, me tragué las ganas de hostiar a alguno de los gilipollas con los que me tocaba convivir, y eso disparó mi ingenio: terminé comprando una nevera pequeña para colocarla en mi habitación e instalé un cerrojo en la puerta.

Por supuesto, no era idiota, sabía que no caía del todo bien; pero, al fin y al cabo, solo me relacionaba con Ranjit. Con todo, finalmente logré que pasaran de mí y vivir tranquilo.

Septiembre dio paso a octubre, y este a noviembre. El frío me calaba los huesos, pero no era lo único que lo hacía. A medida que transcurrían las semanas, era capaz de mantener conversaciones más largas, incluso bromeaba con frases y expresiones típicas. Me había apuntado a clases de inglés; eran pocas horas, pues entre la habitación y el sustento, el sueldo no daba para mucho más. Sin embargo, también las horas extras en el pub cosechaban sus frutos.

Y un jueves que libraba y fui a hacer un poco de turismo en uno de los barrios más pijos de Londres —Mayfair—, la suerte hizo acto de presencia.

Y fue allí cuando el azar hizo que decidiera pasar por la calle Hill y, en la esquina con Hay’s Mews, me llamó la atención un pub de fachada blanca que resaltaba en la planta baja del edificio de ladrillo rojo.

Contrastada con el color de unas plantas colgantes, la madera negra de las ventanas y la puerta de entrada del bonito local captaba notablemente las miradas de los transeúntes; sin embargo yo me detuve al descubrir un pequeño cartel colgado junto a la puerta: se buscaba barman.

Si aquello hubiera sucedido unos meses atrás, habría pasado de largo por mi falta de experiencia y por el idioma, pero en ese momento no lo dudé. Abrí con determinación aquella puerta que pronto me cambiaría la vida por completo.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

—Pero eso no es lo que te he preguntado —señala Lara, aún sentada en la cama, arrebujada bajo las sábanas blancas.

Seguimos en la habitación del hotel; cuando he empezado a contarle mis comienzos en Londres he pedido el desayuno, así que ahora hay sobre la cama, entre ambos, una gran bandeja con café, zumo de naranja, bollos caseros, tostadas, mantequilla, diversas mermeladas en botes pequeños y alguna pieza de fruta.

—¿Cómo que no? Me has preguntado cómo volví a pintar, tan solo estoy empezando la historia por el principio… —Sonrío y simulo un poco de indignación mientras jugueteo con una uva antes de comérmela.

Lara ladea la cabeza, divertida, y se queja:

—Esta no es ninguna de esas entrevistas que te hacen, así que haz el favor de ir a la parte…

—¿Y saltarme lo de Coach & Horses? —digo, acompañándome de un gesto de sorpresa.

Con ello, se le acentúa la sonrisa.

—Me sé perfectamente esa parte de la historia.

—¿La de Sally y Archie?, ¿ese matrimonio que resultaron unos de los mejores jefes que he tenido en mi vida? —continúo recalcando, también divertido.

—No es que hayas tenido muchos jefes, Hugo —contesta puntillosa.

Entonces, una de mis manos se cuela debajo de las sábanas para buscar su piel y hacerle cosquillas. Me detengo por temor a derramar el desayuno; no negaré que tengo algo de hambre.

—Sabes que eso no es cierto. He tenido muchos jefes.

—Es verdad, te lo concedo —accede en un tono ameno—. Así que, sí, Sally y Archie han sido los mejores —repite entonces, mientras coge un vaso con zumo de naranja—. Te acogieron como si fueras uno más, incluso a pesar de que su hija se encaprichara contigo.

—Oh, Karoline… ¿cómo olvidar esos ojazos azules? —bromeo, simulando estar pensativo.

Recordé entonces a aquella chica que no dejaba de insinuárseme, siempre apoyada en la barra de madera de roble oscuro y repleta de botellas de distintos licores y bebidas que su padre Archie me había enseñado a mezclar usando «uno de los artes más memorables», según sus palabras.

Por supuesto, al oír tal broma, cierta rubia se lanza a por mí.

—Tranquila, tranquila, fiera. Que solo tengo ojos para ti —me río junto a Lara, que, satisfecha, se reclina de nuevo en el cabecero y recupera el vaso que había dejado para atacarme.

—Bueno, ¿entonces? —pregunta.

—«Entonces» ¿qué?

—¿Seguirás narrando tu historia?

—Vaya, ¿no estaba aburriéndote? Pensaba que ya te la sabías —la pincho, juguetón, y relajadamente cruzo las piernas antes de morder la tostada con mantequilla.

—Bueno, he de reconocer que esta parte de la historia es… es interesante. —Una sonrisilla asoma en sus labios mientras me mira de soslayo.

Asiento levemente, soy consciente de que la parte que viene ahora es mucho más que eso.

Cambió mi vida o, más bien, le dio sentido. Y, sí… en cierta forma fue por ella, por esa persona que va tomando cada vez más protagonismo entre estas cuatro paredes; y me pesa no saber cómo explicarlo sin hacer daño, sin mentir… porque, ¿no se merece Lara toda la sinceridad? Sin embargo, ¿no es a veces mejor ocultar la verdad para no lastimar?

—Venga, Hugo. —Lara me saca de mis cavilaciones mirándome con dulzura—. Cuéntame la parte de cuando llegó Rubén. Pero, esta vez, comparte conmigo ese secreto.

La miro confundido.

—¿«Ese secreto»?

Lara asiente.

—Sí, el de por qué comenzaste a pintar de nuevo.

Diciembre de 2013

Londres

Hugo

Finalmente llegó diciembre y la ciudad se vistió con sus mejores galas, las de la Navidad.

Me impactó que cada rincón exudara festividad, que las luces ya no solo decoraran las calles más importantes, sino que en cada escaparate, en cada rincón, encontraras motivos navideños que, sinceramente, te dejaban con la boca abierta. Nunca me habían llamado demasiado la atención aquellas cosas, pero debía reconocer que la ciudad lucía especialmente bonita, casi mágica.

Sin embargo, aquel mes no solo trajo las luces, sino también la llegada de Rubén, y eso supuso varios cambios.

El primordial era que no podía seguir viviendo con Ranjit y los demás compañeros. Todas las habitaciones estaban completas y no quedaba sitio para uno más; de todos modos, yo tampoco lo habría querido así. Cuando llegó Rubén, lo esperaba en nuestro nuevo piso de dos habitaciones.

No me había mudado de barrio, por lo que seguía dedicando casi cincuenta minutos al desplazamiento con transporte público para acudir al trabajo; pero lo bueno de trabajar como barman en Coach & Horses ya no solo era el buen ambiente de trabajo, sino el sueldo. Partía de mil trescientas libras, y en un barrio como Mayfair se les sumaban propinas cuantiosas.

Alguna noche había alcanzado las cuatrocientas libras, y como me las daban directamente a mí, no tenía que compartirlas.

Política de Archie y Sally.

Cada barman se quedaba lo que los clientes le extendían al recibir sus cócteles, y algo que Archie me enseñó fue que, cuanto más fluidos fueran mis movimientos y especiales mis cócteles, más llamaría la atención, sí, pero cuanta más psicología dominara, más cuantiosa sería la cantidad de billetes que me darían.

Un buen barman sabía escuchar, ver y callar; lograr que sus clientes se sintieran escuchados, atendidos y como si fueran los únicos protagonistas del pub.

Pronto empecé a conocer a los clientes más habituales: hombres y mujeres que trabajaban por el barrio —por lo general, ejecutivos de empresas internacionales, banqueros, asesores financieros— y que querían desconectar de sus ajetreadas y estresantes vidas.

Aprendí que Maggie Davies —aquella mujer que rondaba los cincuenta y siempre vestía traje de chaqueta combinado con imposibles tacones— odiaba los cócteles dulces, así que para ella

siempre tenía preparado un Long Island con tequila, ron blanco, vodka, ginebra y triple seco, y me ocupaba de exprimir zumo natural para darle un toque de acidez.

También, que John Portman —a quien veía relamerse cada vez que le preparaba mi gin-tonic de canela y naranja por debajo de su bigote canoso, ese que se atusaba cuando pedía otra nueva consumición— disfrutaba estando sentado en el extremo interior de la barra para contarme anécdotas de su juventud.

Muchos de los clientes eran habituales, por lo que pronto entendí que eran, ante todo, maniáticos del orden y de mantener sus rutinas, algo que me facilitaba la tarea de atenderlos satisfactoriamente. Si te aprendías sus horarios y gustos, te los llevabas de calle, aunque, como Sally me decía, no resultaba «tan sencillo como yo lo hacía parecer».

—Lo que tienes es un don, Hugo —me decía siempre que se asomaba desde la cocina.

Y es que en el pub también se servía comida, comandas que servía Karoline, la hija que, con las mejillas ruborizadas, siempre me dedicaba tímidas sonrisas. Con el transcurso del tiempo, esas sonrisas dieron paso a breves conversaciones que finalmente se convertirían en invitaciones directas de lo que le gustaría hacer conmigo.

Yo tan solo le sonreía mientras, escondido tras la barra, secaba las copas recién salidas del lavavajillas, limpiaba las cocteleras, preparaba cócteles o me aseguraba de que los licores y las especias estuvieran bien frescos.

Se acercaban las fiestas de Navidad y eso ocasionaba el apogeo de la clientela en el oscuro pub, que adquiría un ambiente distinto gracias a las guirnaldas de luces que Karoline colocaba en la parte superior del techo de la barra de madera oscura, donde el leve fulgor de las luces acompañaba los escudos y las etiquetas de bebidas y cervezas que desde hacía años decoraban esa parte alta de la barra.

Ese día sonaba de fondo un hilo musical de villancicos cantados por Sinatra, y a mí no se me borraba la sonrisa, tal como me repetía Archie.

—Esa sonrisa tiene que ver con una mujer, estoy seguro —me repitió con una mueca burlona.

Él acababa de servir varias pintas a un grupo de turistas sentado a una de las mesas al fondo del pequeño local. Cuando me reí, me gané que me lanzara un trapo a la cara.

—¿Es que no me vas a contar nada?

—A ti te voy a contar —respondí finalmente, conteniendo el gesto mientras colocaba una copa.

Sin embargo, mi jefe tenía razón. Aquel buen humor se debía a que, una vez finalizado mi turno, me encontraría con Marie, una chica francesa que trabajaba en una tienda de ropa no muy lejos del pub y con quien había coincidido varias veces en el trayecto de vuelta a casa.

No fui yo el primero de ambos que se fijó en el otro, sino que ella, sin ningún tipo de vergüenza, se me acercó en un vagón del metro para extenderme un trozo de papel con un número de teléfono. El suyo.

Era una chica menuda, de ojos castaños y enmarcados por unas tupidas pestañas que pronto descubrí postizas, con labios siempre pintados de carmín rojo, y el pelo oscuro recogido en una coleta tirante.

Primero mantuvimos conversaciones por WhatsApp, y tras un tiempo me recriminó que no la invitara a salir. Así pues, acabé haciéndolo; aquella era justo la noche en la que nos veríamos.

Habíamos quedado para cenar cerca de mi barrio y, si todo iba bien, esperaba que termináramos en mi casa. Rubén salía esa noche con sus compañeros de trabajo —lo habían contratado en una tienda deportiva—, así que tendría la casa para mí solo.

Marie no me habría llamado la atención de no haber sido por su carácter lanzado, su interesante acento y las insinuaciones que dejaba caer entre mensaje y mensaje. Ya me había percatado de que allí las chicas eran mucho más lanzadas de lo que estaba acostumbrado. Y me parecía estupendo. O quizá se debiera a que éramos extranjeros, tan diferentes a los chicos ingleses. Fuera por el motivo que fuese, no pensaba desaprovechar la oportunidad.

Hacía demasiado tiempo desde la última vez que había estado con alguien. Una chica, en la última noche que salí por Madrid antes de volver… de volver a Mojácar para emprender el viaje hacia Londres.

Tuve la fuerza necesaria para controlar que mis pensamientos no tomaran aquella peligrosa dirección que me había prometido evitar. Sí. Me tenía altamente prohibido pensar en… joder, en *ella*.

Mi turno llegó a su fin, y un par de horas después, tras una cena rápida en una hamburguesería, Marie y yo terminamos, efectivamente, en mi casa. Tal como había sospechado, Marie no perdía el tiempo: antes de darme cuenta, estábamos completamente desnudos, yo entre sus piernas mientras la sujetaba contra la pared del salón y ella jadeaba soltando cortas frases en francés que no entendía pero que, por sus gestos y su forma de agarrarme el culo, me indicaban que lo disfrutaba.

Fue rápido y brusco, y me pareció que era justo lo que necesitaba. Esto dio pie a enredarnos de nuevo, pero esta vez en mi cuarto.

—Me gusta tu habitación —me dijo una vez que terminamos.

Se sentó sobre el colchón apartando las sábanas sin ningún tipo de vergüenza.

—Gracias —contesté, encendiéndome un cigarrillo con tranquilidad.

—¿Esta noche estás solo? —quiso saber.

Me incliné sobre el colchón para alcanzar la mesilla de noche, donde descansaba mi móvil.

—No. Mi amigo Rubén llegará en algún momento de la noche —le aclaré.

—¿Así que entonces no me puedo quedar a dormir?

—Así que entonces no te puedes quedar a dormir —asentí.

Y observé cómo se levantaba completamente desnuda para examinar el entorno.

El cuarto era pequeño; el suelo, recubierto de moqueta y con algunas manchas de anteriores inquilinos, una única ventana ofrecía vistas a otro bloque de pisos; había un escritorio con una lámpara flexo y algunos libros, y una puerta del armario no cerraba bien.

Descontando la cama de uno treinta y cinco junto a la mesilla de noche de pintura desconchada, no tenía nada más, pero si lo comparaba con mi última habitación, aquello era un palacio.

Cuando me puse a escribir un mensaje de texto a Rubén para avisarlo de que podía regresar a casa en cuanto quisiera, algo llamó la atención a Marie.

—¿Lees cuentos?

Al oír su pregunta, dejé el móvil de lado y a medias la frase que respondía a las bromas socarronas de Rubén; alcé la vista y encontré a Marie con un libro entre las manos. No un libro cualquiera, sino *el libro*.

—Es *Peter Pan*, ¿no? —me preguntó; una sonrisa divertida le tironeó de los labios.

Y no me gustó ni un pelo.

—¿No sabes que es de mala educación husmear entre las cosas de la gente?

Me levanté sin cuidar el tono, y advertí mi brusquedad en su expresión dolida, pero Marie la ocultó rápidamente para dejar el libro en su sitio, entre los otros títulos que reposaban sobre el escritorio, apoyados contra la pared.

—Perdona, no era mi intención invadir tu intimidad —dijo mordaz, pero se alejó de mí en busca de su ropa interior para vestirse.

Sentí alivio al entender que se marchaba ya, y también comencé a vestirme. Eso sí, antes de salir del piso, me besó suavemente en los labios.

—Nos vemos.

Esa fue su despedida, no sin antes guiñarme el ojo y salir del piso.

Con Marie nunca tuve nada serio, pero, efectivamente, no fue la última vez que salió de mi piso a altas horas de la noche. Nunca nos mezclamos más de lo necesario, y todo resultaba fácil y sencillo con ella, algo que no siempre pude decir de las demás chicas que en Londres entraron en mi vida.

Cuando se fue, volví a mi habitación y, casi inconscientemente, mis manos viajaron hacia el cuento. Estudié la cubierta y hojeé las páginas.

Irremediablemente pensé en ella, en nuestro último encuentro esa Noche de las Velas y en las cosas que le dije, la promesa que le lancé. Y es que, ¿qué pasaría si por una vez, solo por una vez, me permitiera pensar en ella?

Me senté en la cama y sentí entonces todo el peso de mis decisiones sobre los hombros.

Había hecho bien. Tanto por mí como por ella. Pero… pero ¿tan malo sería…?

Dirigí la vista a la mesa, concretamente, al correo que reposaba en la superficie. Y entre dos facturas y el panfleto de una lavandería que habían abierto dos calles más abajo, había una postal; en su anverso se anunciaba alguna bebida alcohólica, pero el reverso estaba completamente vacío, y abría un peligroso mundo de posibilidades.

No lo pensé, me senté en la silla frente al escritorio y escribí; después, haciendo honor a mi promesa, me cuidé mucho de no anotar mi dirección, para evitar que ella me respondiera.

Sin embargo, ¿realmente la enviaría? Giré sobre mis dedos el cacho de cartulina rectangular para estudiar la imagen del anuncio y… una sensación que me resultaba perfectamente conocida a pesar de llevar años dormida me hormigueó no solo en la punta de mis dedos sino en el pecho.

En efecto, no envié esa postal cutre, sino que días después me sorprendí comprando una; tras escribirla de nuevo, me hice con unos acrílicos y pinceles sencillos para pintar una ilustración en esa postal que se llevaría una parte de mí.

Y es que, una vez terminado, y tras haber batallado con los tonos anaranjados y rojizos de un cielo y del mar que imaginaba en el atardecer, fui consciente de cuánto de menos echaba esa sensación.

La de dejarme perder y encontrarme en un mismo proceso.

La de tan solo querer hacer de este mundo algo bonito.

La de simplemente ser.

Diciembre de 2013

Mojácar

Ava

Todo tiene ahora más sentido, y con la llegada de Rubén ya no me siento tan solo. Creo que por fin veo con otros ojos esta ciudad.

Gracias al pub, estoy conociendo a gente interesante, incluso algunos se interesan por mis estudios, mi formación y mis ideas de futuro.

No sé qué pasará, pero estoy dispuesto a descubrirlo.

¿Y tú, cómo estás? No sé si las Navidades las pasarás en casa con tu madre o si habéis ido a tu adorada Irlanda. ¿Puede que la distancia entre ambos sea más pequeña de la que me imagino?

¿Cómo estás, Ava? Te imagino muchas veces ensimismada entre los libros, las horas pasando alrededor mientras tu mente viaja lejos, muy lejos, huyendo casi sin esfuerzo de esos hombres grises.

Sujeté la postal con fuerza. Hacía pocas horas que había llegado a casa —pues empezaban las vacaciones de Navidad— y mi madre me había avisado de que unos días antes había llegado un sobre para mí.

Cuando lo abrí y descubrí qué era, un torrente de emociones me inundó. ¿Hugo me había escrito desde Londres?

En ningún sitio aparecía su dirección; tan solo los sellos londinenses indicaban de dónde procedía la postal que me había enviado dentro de un sobre para que sus palabras no se pudieran leer directamente. Y eso me parecía muy *muy* injusto.

¿Quién se creía?

¿Que él me podía escribir, pero yo a él no?

Por supuesto, mi enfado duró un tiempo —es decir, varias postales—, pero poco a poco fue cambiando. Inconscientemente esperaba el aviso por parte de mi madre de que había llegado otra postal; al fin y al cabo, era un modo de saber algo de él.

Algunas veces no me contaba nada, tan solo anotaba alguna frase misteriosa: «Quizá los distintos mundos en que vivíamos no fueran tan distintos. Veíamos los mismos atardeceres». Y

al ponerme a investigar, descubría que pertenecía a algún libro, quizá el que estaba leyendo; así pues, imaginé que compartía conmigo esas frases que le llamaban la atención o le hacían pensar. Tal como le había enseñado que yo hacía.

Otras veces me lanzaba una pregunta de esas que no podía responderle pero que me indicaba que pensaba en mí mucho más de lo que yo habría sospechado. Como esa vez que tan solo me escribió para mencionar que, desde hacía un tiempo, miraba siempre el nombre de los traductores, a la espera de que algún día uno le sonara.

Eran frases breves, muchas veces, pero siempre, siempre, removían algo en mí sin querer pretenderlo, porque todo me iba bien, mucho más que ese mero adjetivo: la carrera, mis amistades en la universidad, Roberto…

Sí, finalmente, Roberto y yo dimos el paso y comenzó nuestra sencilla y bonita relación. Era calmada, en cierto modo especial; y segura. Mucho más de lo que estaba acostumbrada.

Roberto era el chico perfecto. Divertido, atento, con el punto justo en cada cosa que hacía. Y a pesar de ello, no dejaba de pensar en las postales, en lo que decían entre frase y frase, y, sí, también entre espacios y puntos y aparte.

Tampoco podía ignorar la ilusión que sentía con cada nueva ilustración que las acompañaba. Me quedaba embobada con los trazos, los colores, y muchas veces quería saber si los paisajes que me mostraba eran lugares que había visitado o si partían de su imaginación, pues —según parecía— la había recuperado.

Sin embargo, todo ello tenía un lado negativo del que rápidamente tomé conciencia.

Abril de 2023

Mojácar

Ava

Al final no salimos a comer a ningún lado, sino que Caleb convence a Grace para que prepare algo sencillo, pues es la más cocinillas de los tres. Y ahí nos encontramos, en la cocina, mientras mi hermana prepara su especialidad culinaria: macarrones con queso.

—¿Piensas seguir con esa cara larga? —me pregunta Grace mientras cocina frente a la vitrocerámica.

—¿Y qué cara pretendes que tenga, Grace? Acabo de descubrir que mamá se escribía con Hugo.

—Por favor… —Grace se vuelve hacia mí, exclusivamente para poner los ojos en blanco—. Deja de…

—Ni se te ocurra decir que deje de dramatizar —la encaro—, porque es un puto drama. Lo es. Díselo, Caleb.

—Es un drama, sí —repite mi mejor amigo, pero su tono de voz no va acorde con la intención.

Y lo fulmino con la mirada.

Está sentando junto a mí en la isla y atento a Grace, que termina de preparar la comida mientras picotea de la bolsa de patatas que ha comprado en el súper.

—¿Por qué siento que no me tomáis en serio? —me quejo.

Caleb suspira y vuelve la cabeza para mirarme con cierto cariño condescendiente.

—Sí, cierto. Es una putada. Pero tienes dos opciones, y déjame decirte que no estás escogiendo la correcta.

—Estoy con Caleb —asiente mi hermana.

—Es que siempre tengo razón. —Sonríe puntilloso a Grace.

Ella se ríe de su comentario, y yo tengo ganas de asesinarlos.

¿En serio que no pueden dejar las bromas para otro momento?

—Por favor, ¿nos podemos centrar? —les pido, lastimosa.

Grace se aparta de la cacerola humeante —cuyo olor delicioso me hace rugir las tripas— y me lanza esa mirada que las chicas Brennan hemos heredado de nuestra madre; sé lo que me espera: un sermón de mi hermana pequeña.

—Ava, ya te lo ha dicho Caleb. Tienes dos claras opciones. O quedarte en casa relamiéndote esas heridas que se te infectarán por el dale que te pego que llevas, y continuar elaborando

teorías conspiratorias, o la otra opción sensata.

—La que debería ser —asiente con determinación Caleb, casi igualando la mirada de Grace, casi.

Suspiro.

—¿De verdad insinuáis que vaya a buscarlo para confrontarlo?

—Oh, no —niega Grace—. Me refería a que hiciéramos una sesión de espiritismo para molestar a mamá y preguntárselo todo. ¡¿Qué coño si no, Ava?! —me contesta Grace en un tono sarcástico.

Entrecierro los ojos y gruño:

—Haz el favor de dejar de ser tan bruja.

—Y tú tan idiota. No te pega ni un pelo —me responde rápidamente.

—Venga, niñas, haya paz —interviene Caleb.

Escondo la cabeza entre los brazos cruzados sobre la fría superficie de la cocina.

—Pero ¿cómo voy a ir a buscarlo? Además, ¿para qué?, ¿para que me confirme que sí, que habló con mamá? —lloriqueo entre mis brazos.

—Bueno, por eso estás aquí gimoteando desde hace un buen rato —añade Caleb mientras se pone en pie para servir la comida.

—De verdad, dais unos ánimos que… ¿para qué tener enemigos si os tengo a vosotros?

—Gracias, cielo —sonríe orgulloso Caleb.

Guiña el ojo a Grace, a quien se le escapa una de sus risitas cortas y animadas. Y a mí, un quejido.

—Venga, Ava. Tienes que ir a buscarlo y confrontarte a él —insiste mi hermana—. Si no, te quedarás siempre con la eterna duda, y si de verdad quieres cerrar el capítulo de vuestra historia… —una expresión rara se le dibuja en el rostro— tienes que dar ese paso. Parece que los astros se hayan alineado para que os encontréis una vez más. Por algo será.

—¿Por qué tengo la sensación de que no eres del todo sincera en tus palabras? —pregunto contrariada.

Grace se encoge de hombros justo cuando Caleb le tiende el plato con una generosa ración de macarrones. Mi hermana se acerca a la isla y se sienta a mi derecha; Caleb, a mi izquierda, y me deja delante otro plato con esa deliciosa pasta.

—Si tengo que decirlo a estas alturas de la historia… —murmura Grace sin mirarme.

Y yo la vuelvo a mirar mal.

—¿Podrías ser más directa? Quizá no eres consciente de que este es un momento tenso. Este pueblo…

—Este pueblo remueve demasiadas cosas —interviene Caleb, acallándome—. A todos.

Tan solo puedo asentir, porque es cierto. Este lugar está cargado de recuerdos intensos para cada uno de nosotros, así que comenzamos a comer en silencio, hasta que mi hermana vuelve a romperlo:

—Puedo averiguar dónde se queda estos días.

Casi dejo caer el tenedor sobre el plato mientras boquiabierta miro a mi hermana. Aquella frase solo puede significar una cosa.

—¿Cómo?

«¿Quiero…? ¿Quiero saberlo?».

Por favor, no pueden sumarse más dramas.

—Como siga boqueando, aprovecharé para quitarle parte de los macarrones —dice la sinvergüenza a Caleb.

Él, encima, se ríe.

—¡Grace! —digo escandalizada.

—Ese es mi nombre, sí —contesta ella, cerrando los ojos para saborear los macarrones que se acaba de llevar a la boca.

—¿Tú sabías algo? —pregunto a Caleb.

Pero, por cómo mira a mi hermana, no hace falta que me conteste. Tampoco tenía ni idea.

—¿Desde cuándo te hablas con él? —insisto, porque, sí, hay un gran *él* tomando protagonismo en la habitación.

Finalmente, Grace se digna a mirarme.

—No me estoy hablando con él, Ava. Simplemente no soy tan dramática cómo tú. Para pasar página no necesito borrar todo rastro, así que aún tengo su teléfono, y no me supondrá ningún esfuerzo escribirle para saludarlo y preguntarle, como de pasada, si sabe dónde se aloja Hugo…

Entre horrorizada y patidifusa por sus palabras, miro a mi hermana sin pestañear y tan solo salgo de este trance cuando Caleb comienza a carcajearse a nuestra costa.

—Madre mía, vaya dos que estáis hechas.

Nos volvemos para mirarlo, y él sigue riéndose.

—No sé de qué habláis —contesta la caradura de Grace.

—Por favor, me apuesto lo que quieras a que ayer, en ese paseíto tuyo, no solo viste a tus amigas —deja caer Caleb.

Al volver la cabeza hacia Grace, veo que oculta una sonrisilla demasiado sospechosa tras el vaso de agua antes de dar un largo trago.

—Esto es lo que nos faltaba —murmuro mientras ataco de mala manera los macarrones, como si los pobres tuvieran culpa de algo.

—No hay nada malo en haber visto desde lejos.

Echo la cabeza atrás y miro al techo como si este fuera a brindarme las soluciones a todos nuestros problemas.

—Bendito Mojácar —murmura Caleb en un tono divertido.

Sin embargo, sé que a él también le persiguen sus propios fantasmas. A todos en la sala, sí. Aunque, bueno… a algunas no parecen afectarlas tanto los suyos.

—¿Cómo puedes están tan pancha? —pregunto incrédula a Grace.

Ella continúa zampando como si nada, cuando a mí se me está quitando el apetito.

—Cada uno batalla de la mejor manera que sabe.

Con su respuesta, me relajo un poco, pues recuerdo unas palabras de mamá, tan nítidas como si ahora mismo estuviera frente a nosotros tres para dedicarnos ese consejo que nos dio hace unos años:

«A veces, para cerrar las historias, hay que enfrentarse a los fantasmas, cierto, pero a veces también vale con tan solo enterrarlos. Y no hay nada malo en ello. Al fin y al cabo, la solución más fácil es la más certera».

Comienzo a sospechar que quizá habría sido mejor contratar una empresa externa y habernos ahorrado el viaje hasta aquí. No sé si estamos preparados para todo lo que va saliendo a flote.

Abril de 2014

Granada

Ava

—No entiendo cómo lo lográis, pero siempre me dejo engañar —murmuré mientras contenía un bostezo.

Sin embargo, las penas se me quitaron cuando Leticia llegó con una bandeja repleta de porras.

—Han dicho que ahora mismo traen el chocolate —nos comunicó nuestra amiga, con una amplia sonrisa que se adecuaba a tal frase.

—Así se nos quitan todos los males —dijo Caleb, frotándose las manos y admirando las porras sobre nuestra mesa.

Desde la terraza cubierta del Gran Café, que daba a la plaza de Rib-Rambla, se apreciaba con mayor detalle el humo que desprendían las porras. Todos empezamos a relamernos y a atacar la comida en cuanto el camarero trajo las cuatro tazas de chocolate caliente.

—Con esto ya no tenemos resaca, os lo digo yo —prometió Andrea, haciéndonos reír.

Eran las ocho de la mañana y volvíamos de fiesta. Íbamos de camino al colegio mayor cuando Andrea propuso que nos sentáramos a desayunar. Nadie se negó salvo yo, aunque ahora me alegraba que no me hubieran hecho caso, pues aquellas porras estaban deliciosas, y el chocolate tenía el espesor justo para volverte loco.

—Oh, Dios —se quejó Caleb, llamándonos la atención a las tres—. No miréis, pero está el gilipollas de Julio.

—¿Dónde? —preguntó Leticia.

Obviamente, se volvió para ver al archienemigo de Caleb.

—Leticia, ¿qué parte no has entendido de lo de no mirar? —repitió él malhumorado al tiempo que daba un puntapié a nuestra amiga por debajo de la mesa.

—Eh… —se quejó la otra mientras se frotaba.

Yo levanté la vista también y descubrí a Julio acompañado de su grupo de amigos.

—Parece que han tenido la misma idea que nosotros. —Andrea me quitaba la frase de la boca.

—Eso parece —asintió Caleb con un gesto de condescendencia, y se centró de nuevo en su taza de chocolate.

Julio y Caleb eran compañeros de clase. Ambos estudiaban Ingeniería Química y habían discutido más de una vez a causa de las entregas grupales en talleres y prácticas de la carrera.

—Oh, vaya. Parece que nos ha visto —anunció Andrea, para el disgusto de Caleb.

Él procuró controlar el gesto, porque —como bien suponía— Julio se acercó a nuestra mesa.

—¿Desayunando?

Ese fue el saludo del moreno que se nos acercó. Vestía unos pantalones vaqueros agujereados a pesar del frío, botas negras y una camisa abierta que dejaba entrever la camiseta de algún grupo de rock que yo desconocía. Sí, Julio tenía el típico aspecto del roquero grunge.

—Esta mañana te veo algo más avispado que de costumbre.

Las sonrisas de Andrea, Leticia e incluso la mía propia se congelaron ante el desagradable comentario de Caleb, que, además, lo fulminó con la mirada. Julio no se quedó atrás y, borrando de inmediato su educada sonrisa, miró con desdén a mi mejor amigo.

—Espero que duermas un poco para no cagarla en el cálculo que te toca hacer en la práctica de hoy. Es agotador tener que revisar todo lo que pasa por tus manos.

—¿Qué coño dices, gilipollas? —soltó Caleb.

Y dejó caer la porra sobre la mesa con un gesto de cabreo que empeoró cuando Julio se puso a sonreír como un auténtico capullo.

—Buenos días, chicas —se despidió Julio.

Y sin añadir nada más, se dio la vuelta para entrar en el bar, donde debían de estar sus amigos.

—Realmente es un capullo —asintió Andrea, con la vista fija en la puerta por donde había desaparecido.

—No pienso dejar que me afecte, pero juro que el curso que viene hablo con los profesores para que no me pongan con él. Puta maldición, apellidarse igual.

Al tener el mismo apellido —López—, casi siempre acababan juntos en los grupos de prácticas, y la monumental hecatombe duraba hasta que la finalizaban.

—Oye, cambiando de tema radicalmente —dijo Leticia mirándome a mí—, ¿tu hermana Grace vendrá entonces el fin de semana?

Sonreí asintiendo:

—Eso parece. Pero esta vez viene sola, no la acompaña ninguna amiga.

—Menos problemas a la hora de que se quede durmiendo en la habitación —señaló Andrea.

De vez en cuando, mamá dejaba que Grace viniera a pasar un fin de semana conmigo en Granada para que le enseñara la ciudad y se fuera aclimatando a la vida universitaria.

Por supuesto, el torbellino de mi hermana se había ganado el corazón de mis amigas y compañeras de habitación, así que no tenían problema alguno en que se quedara con nosotras, algo que facilitaba la operación.

—Yo no estaré —dijo Caleb con una mueca tristona mientras devoraba otra porra.

—Es lo que tiene echarse novio y organizar un fin de semana romántico en París —señaló, puntillosa, Andrea.

Las demás suspiramos con nostalgia.

—No me miréis así, pencas —sonrió Caleb, encantado con nuestros gestos—. Que bien sabéis que no ha sido un camino de rosas encontrar a Luis.

—Anda, cállate. —Leticia lo golpeó suavemente—. Eres el único del grupo a quien quedar con alguien de una aplicación no le ha salido rana.

—Eso es cierto —asentí yo.

Y Caleb se encogió de hombros.

—Sé localizar a un buen galán —sentenció.

—¿La Semana Santa también la pasaréis juntos? —le preguntó Andrea.

En ese momento crucé una rápida mirada con Caleb, pues era un tema peliagudo. Él negó con la cabeza en un intento de camuflar la tormenta interior que había desencadenado esa sencilla pregunta.

—Qué va, yo vuelvo a Almería. Él se queda aquí.

—Por eso hacéis el viaje a París —intervine rápidamente con una sonrisilla contagiosa.

—Por eso hacemos el viaje, sí —asintió Caleb.

A pesar de su sonrisa, aprecié la preocupación que de pronto empañaba su mirada.

Luis le importaba. Mucho. Y eso conllevaba que una cosa lo preocupara especialmente mientras que en relaciones anteriores no lo había afectado tanto o, por lo menos, no tanto como durante la relación que tuvo con Karl, su primer amor.

Sin embargo, con Luis todo era diferente.

Efectivamente, se conocieron por medio de una aplicación de citas, pero conectaron tanto que desde el día en que se vieron por primera vez supieron que lo suyo sería algo especial. Y ahí estaban: tras casi un año de relación, tan enamorados como al principio, incluso más.

A pesar de toda esa felicidad, algo martilleaba a Caleb: sus padres. Seguían sin aceptar que Caleb fuera gay. Tal era el rechazo que ni siquiera se había atrevido a revelárselo, pues —como él siempre decía— si se abría con ellos, habría terribles consecuencias. Y aún no estaba preparado para asumirlas.

Inmersa en la conversación sobre los sitios que visitarían en ese viaje exprés a la ciudad del amor, vi a alguien que me resultaba familiar; acompañado de su nuevo grupo de amigos, cruzaba la plaza.

Leticia también lo vio, porque lo señaló con un gesto de cabeza. Todos se centraron en Roberto, que caminaba sin darse cuenta de nuestro escrutinio.

—¿Crees que si lo saludamos saldrá corriendo? —preguntó Andrea con maldad.

Caleb y Leticia no tardaron en unirse a sus risitas crueles, y yo los miré con desagrado.

—¿Debo recordaros que esto que hacéis está mal?

—A ver, no —aceptó Leticia—. Pero ¿qué vamos a hacer?

—Fue un exagerado —añadió Caleb, y cogió otra porra.

—Caleb, haz el favor de parar de comer porras o te pondrás malo de la tripa —lo avisé con severidad—. El alcohol y la harina con aceite debe de ser una combinación deliciosa.

—Ya no estoy borracho —gruñó mi amigo mientras la mordisqueaba.

—Claaaro que no —se rio Andrea al tiempo que le quitaba un trozo de la generosa porra.

—Fue un exagerado y un mal amigo —retomó Leticia.

También ella se estaba poniendo fina, pero con el chocolate; ahora se estaba bebiendo el mío. Yo no tenía cuerpo para seguir con esa bebida dulzona.

—Eso es cierto —asentí.

Eché un nuevo vistazo a Roberto, pero como había continuado su marcha, quedaba ya demasiado lejos para verlo bien; al poco rato desapareció de nuestro campo de visión.

—¿Lo de «exagerado» o lo de «mal amigo»? —quiso que concretara Andrea.

La miré con gesto de tedio.

—Sabes perfectamente que me refiero a lo de «mal amigo», porque, bueno, lo otro… acabé por entenderlo.

—Sí. Fue un pedorro al separarse del grupo porque lo dejaras —asintió Caleb, terminándose milagrosamente la porra—. Bueno, era comprensible que le resultara algo violento. Pero… ¿quitarnos la palabra? Fue feo y ridículo.

Las chicas convinieron con gestos de cabeza, pero sus expresiones cautas me indicaron qué pensaban en ese momento.

—¿Has vuelto a recibir una postal? —dijo Andrea, animándose finalmente a formular la pregunta.

Yo negué con ligereza, como si aquello no me importara, y sentencié:

—Al fin y al cabo, es lógico. Tiene que ser aburrido escribir sin recibir respuesta.

Mientras tanto, contemplé a quienes pasaban por la plaza; según transcurrían los minutos, se iba llenando de gente madrugadora, dispuesta a disfrutar de la mañana del domingo.

—Siempre podría haberte puesto su dirección para que le respondieras —señaló Leticia.

Pero Caleb negó con la cabeza.

—Esa no era la idea. Hugo no quería atar a Ava.

—Interesante forma de evitarlo —le replicó, mordaz, Andrea—. Es como el perro del hortelano, ni come ni deja comer.

—Ya no me envía más —dije, por la necesidad.

—Pero sabes que no es la última. Si no se habría despedido.

Esbocé una mueca ante las palabras de Leticia; al fin y al cabo, el motivo por el que Hugo me enviaba postales aún era un misterio.

¿Se debía a que todavía me quería?, ¿a que no quería que lo olvidara? Entonces, tal como decían las chicas, ¿por qué no me lo decía claramente o me proporcionaba una dirección para poder responderle?

Si quería que pasara página, que no me atara a él, ¿por qué me enviaba postales?

Una vocecita interior —que solo compartía con Caleb— me decía que llegaría un día en que me la daría o que incluso aparecería él en persona para entregarme la última postal.

Quizá tan solo buscaba un modo de poder regresar, aunque, según las últimas postales que había recibido, seguía trabajando de barman y, a pesar de que le gustaba, planeaba dedicarse a la publicidad.

Pero, bueno… hacía tiempo que no me llegaba ninguna postal. Quizá hubiera encontrado un nuevo trabajo y no tenía tiempo para escribirme o incluso ya no le viera el sentido…

Leticia me sacó de aquel hervidero de pensamientos peligrosos.

—¿Pues sabes lo mejor? Que de esa forma podrás avanzar.

—¿«De esa forma»? —le pregunté con la nariz arrugada.

—Sí, Ava. No nos pongas ese gesto tan feo —contestó, divertida, Andrea—, pero ese chico y sus bonitas postales no te hacen ningún bien. Estropeó tu relación con Roberto, y era un buen chico que estaba coladito por tus huesos.

—Yo creo que aún lo está —añadió Caleb—. A veces lo veo por el comedor mirándote con ojos de cordero degollado.

Puse los ojos en blanco y todos se rieron como hienas.

—No os riais de él —les pedí al percibir tal mala leche.

—Fue un cerdo, por mucho que Andrea todavía vea su lado bueno —dejó caer Leticia—. Vale que no le sentara muy bien que tu ex te mandara postales de vez en cuando, pero joé, ¿dejar que la relación se fuera al traste por eso? ¿Cómo ibas a pedirle a Hugo que dejara de enviártelas si no tenías los medios para contactarlo? Con esa señal, Roberto debería haber visto que no podías tener un acercamiento real con tu ex.

—Leticia, encanto —intervino Caleb, siempre con su sabiduría meticulosa—. Ese no era el problema. ¿O es que a ti te gustaría estar con alguien que se emociona más por las breves postales de su ex que por una cita contigo?

—Caleb, siempre dando en el clavo —acertó a decir Andrea.

Y chocó su taza de chocolate contra la de Caleb, quien le dedicó un gesto de agrado.

Yo suspiré y, sin remedio alguno, pensé en él. Me pregunté qué estaría haciendo en esos momentos, si estaría bien, si la ausencia de postales en los últimos meses significaba que todo le iba bien y que no tenía tiempo de escribirme, no que me hubiera comenzado a olvidar…

Marzo de 2014

Londres

Hugo

Mi vida cambió aquel mes frío en el que, poco a poco, se podía empezar a soñar con temperaturas un poco más amigables, y como todo cambio real, llegó sin avisar.

Las cosas me iban bien, aunque no tanto como quería. Seguía trabajando en Coach & Horses; a pesar del sueldo y el buen ambiente, mi sueño no era permanecer detrás de una barra. Junto con Rubén —que ahora era el encargado de aquella tienda de ropa deportiva—, empezaba a barajar la idea de volver a España.

Ya hablábamos el idioma y habíamos adquirido la experiencia de vivir fuera de nuestro país. A pesar de que no teníamos muchos ahorros debido al coste de la vida en la capital, yo barajaba la idea de entrar en la universidad y sacarme finalmente una titulación que me asegurara un buen puesto de trabajo, pues, por lo menos aquí, no parecían muy entusiasmados con mis estudios.

Cuando aquel jueves lluvioso me bombardeaba la cabeza ese torbellino de ideas, entró por la puerta del pub un hombre cercano a los sesenta. Embutido en su traje de chaqueta a medida de un color azul petróleo y con unos zapatos Monk impolutamente brillantes, podría haber pasado desapercibido de no haber sido por el puro que se encendió al sentarse en el extremo de la barra.

Miré de soslayo a Johan —un compañero que llevaba ya unos meses allí—, y con un leve movimiento de cabeza le indiqué que no se preocupara, que yo me encargaba del cliente problemático que se avecinaba.

Aquella tarde estábamos sin Archie, así que las responsabilidades recaían sobre mí.

Me dirigí con tranquilidad hacia aquel caballero, y fui directo:

—Buenas tardes, lamento informarle sobre la política de no fumadores dentro del pub.

El hombre alzó la mirada y, tal como había supuesto, me echó una buena humareda en la cara. Ni me inmuté.

—¿Eres tú el de los cócteles gloriosos?

Aquello no me lo esperaba, así que mi movimiento de cejas fue casi involuntario. Una sonrisa bien amplia iluminó el rostro del hombre, que, sin añadir mucho más, apagó bruscamente el puro sobre la madera reluciente de la barra.

Era un gilipollas, así que no me molesté en ocultar que su gesto no me había gustado lo más mínimo. Sin embargo, aquel hombre de pelo plateado, casi blanco, perilla recortada al milímetro y penetrantes ojos oscuros ni se inmutó y continuó hablando como si nada:

—Me presento, soy George Wright, y le haré una oferta que no podrá rechazar.

De pronto, el supuesto George se puso a reír escandalosamente y llamando la atención de los clientes, pues se hizo oír por encima de la música y del sonido ambiente.

—Joder, siempre he querido decir esa frase —añadió entonces—, pero, chico, te prometo que es cierto.

Sin darme tiempo de reacción, deslizó una tarjeta sobre la barra con el impulso necesario para que se detuviera a escasos centímetros de mí.

Nada más verla, me cuidé mucho de no mostrar ninguna expresión. A pesar de no haberla visto nunca personalmente, sabía perfectamente lo que era o, más concretamente, de dónde era.

De un intenso color verde, la tarjeta tenía dibujados en un dorado reluciente dos criaturas —semejantes a los hipogrifos— sujetando un sencillo escudo con una A en el centro que contrastaba con el enrevesado y rocambolesco dibujo de ambas criaturas. Debajo se leía la palabra «Annabel's».

—Espero que sepas qué es esto, pero te puedo asegurar, chico de los cócteles, que tu vida va a cambiar radicalmente.

Levanté la mirada hacia ese hombre al que acabaría conociendo muy bien y cuyas palabras fueron la afirmación más real que nunca me habían vaticinado, a pesar de que él no fuera consciente de aquel hecho.

Sin embargo, me cambiaría de una manera tal que ninguno de los dos podría haber imaginado… nunca.

Abril de 2014

Londres

Hugo

Si vivías en Londres, conocías Annabel's. Incluso si no lo hacías, porque Annabel's era —y es— jodidamente famoso.

En sus inicios fue el club de caballeros más selecto de la ciudad londinense, y poco a poco, con el paso de los años y el cambio en las costumbres, se convirtió en el club social más elitista de la capital.

Todo el mundo lo conocía, pero poca gente podía atravesar las puertas del 46 de Berkeley Square. Las normas eran sencillas: o eras miembro o recibías una invitación como *guest* directamente de uno de los miembros.

Y ninguna de ambas cosas resultaba sencilla.

Annabel's había sido el escenario de la despedida de soltero del príncipe Guillermo, de fiestas con invitados como Mick Jagger, Kate Moss, Madonna y un largo etcétera acompañado de muchísimo misterio, pues una vez traspasadas las puertas del emblemático club, las fotografías y los móviles están prohibidos…

Así que, sí, conocía el misticismo, el misterio y el glamour que envolvían ese lugar. Por eso sabía que, a pesar de no ser un ambiente de mi gusto, me convertiría en un auténtico estúpido si rechazara la oferta de trabajo de George, pues ese hombre bromista era uno de los que se encargaban de que en aquel lugar todo funcionase correctamente.

Mi primer día en el club me recibió Helen, una mujer en la treintena y pulcramente vestida, en acorde con el recibidor, el cual ya indicaba que aquel lugar dejaba el País de las Maravillas de Alicia como un mundo lúgubre y aburrido.

Nada más entrar, te topabas con un Picasso. Tal como habíamos investigado días antes Rubén y yo, el dueño y señor del Annabel's —llamado Richard Caring— le había cambiado el nombre original por el de «Annabel». Algo que, por supuesto, generó mucha controversia en su momento, pero tras haberse gastado treinta millones en aquella pieza, Caring había decidido que podía hacer y deshacer lo que quisiera.

Me gustaría saber qué opinaría Pablo de aquello si levantara la cabeza…

Tras firmar los contratos de confidencialidad —George se había encargado de aclarármelos unos días antes—, me adentré en el club mientras la seria Helen me mostraba aquel rocambolesco lugar que se convertiría en el escenario habitual de mi vida.

A mano derecha encontrabas el Rose Room. Así se llamaba el restaurante; tenía el suelo de madera, una barra de ónix rosado, las paredes de color verde pistacho y adornadas con papel pintado a mano con ilustraciones de rosas, además de cuadros campestres bordeados por cenefas. El techo dorado con artesonado y lámparas colgantes florales se sumaban a esa decoración barroca y de mezclas casi prohibidas, como la gran chimenea de mármol blanco que asomaba tras la barra, las cortinas de seda y los cristales traslúcidos de las ventanas.

No obstante, ese no era, ni de lejos, el lugar más llamativo del local. Pronto averigüé que cada sala lucía más llamativa que la anterior, y en conjunto formaban un ambiente ecléctico que, efectivamente, merecía su fama y —¿por qué no?— su misticismo.

Una gigantesca escultura de Pegaso colgaba del centro de la pomposa escalera principal, figura que destacaba a pesar de las majestuosas cenefas que decoraban las paredes de ese espacio; o la discoteca —en el piso menos uno— decorada con motivos tropicales, que contaba con palmeras de bronce y vidrio, y una tenue iluminación que le otorgaba elegancia.

Annabel's era extraño en cada rincón, como los baños de señoras del último piso —creí que solo los vería en esa visita guiada por Helen—, con sus grifos de cisnes dorados, con los lavabos de ónix en forma de concha y las paredes con rosas de seda cosidas a ellas.

Los baños de caballeros no se quedaban atrás, con sus paredes de diminutos azulejos de vidrio colorido, cuya colocación dibujaba cientos de hojas tropicales que te trasladaban al mismísimo Amazonas acompañado del espectacular lavabo en forma de caimán.

Pero más chocante que el llamativo ambiente era la cantidad de normas que había ahí dentro.

—Recuerda siempre pedir la identificación antes de cada consumición —me explicó Piero.

Era mi compañero en la barra de la discoteca, lugar donde trabajaría.

—Pero no te preocupes, llegará un momento en que conocerás ya a algunos miembros y no necesitarás pedirla, porque te aviso que es un coñazo muchas veces, en especial cuando están *ubriaco*.[1]

Piero era un italiano de pelo azabache, cejas prominentes y sonrisa de hoyuelos que encandilaba a los clientes por su carácter amigable y algo guasón. Su obvio acento italiano y algunas palabras en su idioma natal hacían el resto, aportándole ese toque exótico que los miembros del club claramente adoraban.

—Por supuesto, no olvides la regla de «no teléfonos, ni dispositivos electrónicos» —recalcó, tironeando de los tirantes del absurdo uniforme que llevábamos.

La sala todavía estaba vacía, pero pronto llegarían los clientes con las primeras cenas. Nos encontrábamos en la zona menos uno, en la que, aparte de la discoteca, había un restaurante y esa espectacular barra de bar donde nos encargaríamos de servir los mejores cócteles.

—Bajo ningún concepto olvides esta norma —añadió—. Si te pillan con tu móvil, te echarán sin preguntar ni darte tiempo a que te expliques. Y también si pillan a algún miembro con el teléfono estando delante de ti.

—Sí, lo he entendido —asentí con seriedad mientras estudiaba cómo cortaba las limas y luego se ponía a doblar servilletas.

Allí, todo había que hacerlo de una manera determinada. A las mezclas de las bebidas correspondientes, cada barman tenía que darles su propio toque, pero en el resto, éramos calcamonías.

—Y recuerda que nada de lo que veas aquí se cuenta, aunque, bueno, eso ya lo sabes porque está en el contrato. Pero tenlo siempre en mente. —Piero me lanzó una mirada seria, como para dar más peso a sus palabras—. A veces… a veces te costará no contarlo, y te recomiendo que no lo compartas ni con tu gente. Te puedes meter en un *guai*.[2]

Eso llamó mi atención, pues me habían recalcado varias veces ese asunto. Lo miré intrigado mientras me aseguraba de que el hielo picado estuviera bien preparado.

—¿Es que se ven cosas… llamativas? —pregunté en un tono casual, en el último momento.

No sabía hasta qué punto había oídos en las paredes.

Piero sonrió divertido y se echó hacia atrás un mechón rebelde de su largo pelo engominado.

—Es un club social con unas normas muy estrictas en cuanto a la conducta —me explicó sin borrar esa sonrisa—, así que, sí, de alguna cosa serás testigo. Aunque, tranquilo, por regla general, el ambiente es bastante aburrido.

Algo me indicó que Piero no era del todo sincero, pero estaba convencido de que tarde o temprano llegaría a descubrirlo por mí mismo.

—Sin embargo —continuó, acentuando peligrosamente la sonrisa—, a veces oirás rumores, *cosas* —recalcó— que suceden en la sala vip, en la que ni tú ni yo entraremos nunca.

Me quedé pensativo. Ni siquiera me habían enseñado el interior de dicha sala situada al final de esa planta.

Por supuesto, tal misterio llamaba mucho más la atención, pero las siguientes palabras de Piero me sacaron de mis cavilaciones.

—Aunque nunca se sabe, *ragazzo*,[3] quizá los escándalos te encuentren a ti.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

Estoy acariciando las hebras doradas del pelo de Lara. Siempre me ha maravillado su suavidad y el contraste de ese color tan claro con el mío, tan distintos. Siento la suave respiración en el hombro desnudo, pues tiene la cabeza apoyada sobre mí.

Seguimos en la cama, pero esta vez ambos estamos desnudos, nuestros cuerpos entrelazados y relajados después de que me haya buscado con una sonrisa juguetona a la que mi cuerpo sabe responder a la perfección.

Permanecemos en silencio, cada uno con sus pensamientos. Yo, debido a mi relato anterior, estoy perdido en las calles de Londres. Ella… ella no lo sé, pero parece tranquila, y tengo el impulso de besarla en la cabeza.

Lara la alza para mirarme, deslumbrándome con su dulce sonrisa.

—Te quiero —me dice sin titubeos.

Respondo a su sonrisa con otra, pero no hablo, tan solo me inclino para besarla en los labios.

Justo en ese momento, llaman con determinación a la puerta de la habitación y ambos nos volvemos a mirarla. Llaman de nuevo y con insistencia antes de que podamos reaccionar, y suspiro.

—Es Rubén —murmuro al separarme de ella, y salgo de la cama completamente desnudo.

De camino a la puerta, oigo que Lara se mueve a mis espaldas y adivino que va al baño. Antes de abrir la puerta principal, oigo que otra se cierra con suavidad.

Rubén arquea las cejas cuando me ve abrir completamente desnudo y sin ningún titubeo.

—¿Qué quieres? —le pregunto sin ocultar mi irritabilidad.

—Deberías andar con más cuidado. ¿Y si resulta que no soy yo quien llama a la puerta? —me pincha Rubén.

Me aparto para dejarlo pasar. Por supuesto, mi mejor amigo me ha visto demasiadas veces desnudo como para que me dé pudor, y como sé que Lara se está arreglando en el baño, puedo permitirle el paso.

—Imagino que sería una situación incómoda —respondo con una sonrisilla.

Entonces me dirijo a uno de los armarios de la habitación para coger ropa y vestirme. Mientras tanto, Rubén escoge una de las numerosas cápsulas de café y manipula la cafetera para prepararse uno. Justo cuando me enfundo en el bóxer, Rubén me mira por encima del hombro.

—Podrían hacerte un robado… —comenta—. Ya me imagino las publicaciones por todos lados —se ríe mientras la cafetera empieza a vaciarse en la taza.

—No veo nada malo en eso. Seguro que me sirve para vender más —bromeo al abrocharme los vaqueros.

Mi mejor amigo me lanza una mirada de condescendencia.

—Por favor, Modesto, baja, que sube Hugo —me pincha para sacarme una sonrisa—. En fin, ¿cuánto te falta? Ya han llegado los de la entrevista.

Murmuro una maldición.

La entrevista.

Ni me acordaba.

—Parecen majos —deja caer Rubén, que sabe lo poco que me gustan estas cosas.

—No tendría que haber aceptado —refunfuño al tiempo que me pongo una camiseta.

—Sí, la imagen de pintor gruñón y ermitaño es de lo más atractivo para las galerías y demás. Por cierto… —Mira significativamente las sábanas revueltas de la cama—. Espero que hayáis comido.

Asiento levemente. De pronto me duele la cabeza y necesito cafeína en vena, así que me preparo una taza de café. Puede que no hayamos salido de la habitación, sin embargo, no nos hemos saltado ninguna comida.

—Te puedo asegurar que a los galeristas les suda tres cojones… —hablo, retomando el asunto sobre mi carácter retraído respecto a las entrevistas y todo ese circo.

—No seas así —dice Lara al salir del baño perfectamente arreglada con unos sencillos pantalones blancos y un fino jersey beige, y me lanza una mirada conciliadora—. Sabes que no te hace ningún mal, y aquí les hace ilusión entrevistarte, saber de tu triunfo.

Desvío la mirada porque con «aquí» sé que se refiere a «España», y, en cierto modo, me jode. Me jode que ahora le interese a tanta gente cuando antes, cuando estaba en la puta mierda, no le importara a nadie.

Pero, sí, sé que esta entrevista no me hace ningún mal. Al contrario, así que, tras terminarme el café en dos sorbos rápidos, me dirijo al baño.

Ahí, con el cepillo de dientes en la boca, oigo la primera bomba del día.

—¿Vas a estar en la entrevista? —le pregunta Rubén a Lara.

—No. Voy a ver… a Raquel.

Me detengo cuando oigo el nombre de nuestra amiga, y no puedo contener más la respiración, a la espera de una respuesta de Rubén que no llega. Así pues, me aclaro con agua y salgo.

Lara me mira con un gesto de disculpa, preguntándome con ello si debería haberse guardado tal información. Sin embargo, sé que no, que no ha hecho mal.

Raquel sigue en nuestras vidas, a pesar de que ya no nos veamos tanto, a pesar de su historia con Rubén.

Echo un vistazo a mi mejor amigo, que de pronto está muy ocupado contemplando la taza de café, y por un momento siento que cambiará de tema radicalmente o se quedará perdido en su absoluto silencio. Pero me sorprende mirando a Lara para preguntarle:

—¿Cómo está?

Lara sonríe con contención y se dirige al armario para coger el bolso.

—Está como siempre. Bien.

—¿Vendrá al pueblo? —Formulo la pregunta que Rubén no se atreve a hacer.

Lara lo mira de reojo al contestarle:

—No. Me acercaré yo a Níjar.

Asiento, sé interpretar esa sencilla frase: Raquel sabe que Rubén está aquí y prefiere no verlo. Me duele que las cosas sean así, pero… pero lo entiendo.

Algunas historias duelen demasiado como para removerlas. Joder, soy experto en ello, así que comprendo la decisión de Raquel. Sin embargo, me apena que no nos veamos tras tanto tiempo a pesar de encontrarnos a escasos cuarenta minutos de distancia.

Rubén deja la taza de café. Sé que no le ha gustado lo que ha oído pero que contiene las palabras, pues siempre ha sido prudente, mucho más que cualquiera de nosotros, y por eso sabe cuándo callar.

—¿Vais ahora a la entrevista?

Su pregunta rompe entonces el breve pero intenso silencio que ha caído en la habitación. Lara se cuelga el bolso del hombro.

—Si no queda más remedio… —gruño.

Rubén vuelve a mirarme con una ceja arqueada al tiempo que Lara añade:

—Pues entonces os acompaño.

Yo suspiro y voy tras sus pasos hacia la puerta.

—¿Están esperando en recepción? —quiere saber Lara.

—Sí —responde Rubén detrás de nosotros.

Salimos de la habitación e, inmersos en una conversación tranquila y relajada, comentando los distintos planes del día de hoy, recorremos el pasillo hasta el ascensor que nos lleva a nuestro destino.

Al llegar a recepción, Rubén toma la delantera para guiarme hacia dos individuos que esperan sentados en un agradable rincón. No tardan en vernos, y se ponen en pie sonrientes.

Son jóvenes, deben de rondar nuestra edad. Uno lleva unas grandes gafas de pasta, y la barba recortada le da un toque hípster, con los vaqueros y la americana azul marino, mientras que el otro, que sujeta una cámara grande de vídeo, va mucho más desapercibido en el vestir.

Rápidamente reconozco el rol de cada uno, y se confirma cuando el hípster me estrecha primero la mano dedicándome unas palabras:

—Hola, Hugo. Un placer que nos dediques un poco de tu tiempo. Sabes que somos de *La Voz de Almería*, y que nos gustaría hacerte algunas preguntas. Te prometo que será una entrevista rápida.

—Tranquilo —respondo sonriente mientras le acepto la mano—, es un placer.

—Grabaremos para obtener material para la web y las redes. ¿Te parece bien? —dice el hípster, que todavía no se ha presentado, y señala a su compañero.

Este se coloca la cámara sobre el hombro y yo asiento porque no me queda otra, pero me ocupo de lanzar una breve mirada asesina a Rubén. Por supuesto, el capullo intenta disimular ahora una sonrisa detrás de la mano, apoyada estratégicamente sobre la barbilla.

—Peeerfecto —remarca el periodista.

Al oír que arrastra la palabra como para dar un énfasis que debe de parecerle divertido, maldigo por dentro el momento en el que he accedido

—Pues si te parece bien, los del hotel nos han cedido una pequeña sala para hacer la entrevista.

Me hace un gesto con la mano para que avance, y miro a Lara y Rubén.

—Podéis venir sin problema —dice rápidamente el hípster, dedicándonos una amplia sonrisa.

—Ella es mi pareja, Lara —los presento—, y él mi amigo Rubén, el que me ayuda con las entrevistas, los eventos y demás.

—Encantado. Somos Paco —dice, señalando al cámara— y Miguel —se presenta por fin.

El movimiento seco —a modo de saludo— del cámara me indica que le apetece hacer esto menos que a mí. Lara y Rubén los saludan con una amplia sonrisa y finalmente nos dirigimos a la sala.

Solo pienso en el momento en que esto termine. Imagino que será la típica entrevista: «¿Cómo empezaste? ¿Cuáles son tus principales referencias? ¿Por qué pintas?...». Vamos, lo estándar, así que repaso mis ya más que manidas respuestas mientras el tal Miguel comienza a hablar a cámara dando la entradilla en la que me presenta y aporta unos breves datos sobre mi carrera, las galerías en las que he expuesto, las exposiciones internacionales que he hecho y los premios que he obtenido.

Sin embargo, será una entrevista fuera de lo común. Lo noto porque, tras grabar la entradilla y mientras Paco coloca el trípode para enfocar al entrevistador con una cámara fija, este se enciende un porro como un puto zepelín de lo gordo que es.

—No os importa, ¿verdad? —pregunta Miguel.

Yo niego sin ocultar la sonrisa, pero se me esfuma a la primera pregunta:

—Hemos visto que eres amante de los tatuajes. De hecho, si mis fuentes no se equivocan, tú mismo te has tatuado y diseñado varios de los que tienes en la piel. Algunos llaman especialmente la atención, como los que te surcan el pecho, pero a mí, personalmente, me gustaría que nos hablaras, si es que se puede —aventura, dedicándome una sonrisilla divertida—, sobre el que tienes en el codo, en el izquierdo, si no me equivoco… el que dicta «Lost boy».

Me tenso. Pero sonrío. Me obligo a sonreír. Joder.

—No es nada en particular. Lo vi por algún lado y, no sé… —Me encojo de hombros para quitarle importancia—. Debió de gustarme y ahí lo tengo.

Miguel sonríe como una hiena, sabe que le estoy mintiendo, por lo tanto, conoce mi pasado.

¿Quién coño es este tío?

—Si lo tengo bien entendido, tu nombre real es Hugo, y tu nombre artístico proviene del grupo que tenías aquí con tus amigos, en Mojácar. Los Kaura.

El periodista de las narices, con esa sonrisilla que me comienza a tocar los cojones, saca entonces una libretita que hojea sin soltar el canuto de entre los dedos. Y continúa:

—¿Ese tatuaje tiene que ver con el grupo al que abandonaste sin mirar atrás después de la muerte de vuestro amigo Iván Vargas?

Alzo la vista en busca de Rubén, que tiene la mirada fija en el periodista; su expresión debe de ser un calco de la mía, por la preocupación que distingo en Lara, algo más apartada, seguramente para cuando se tenga que marchar a ver a Raquel.

—Corta —dice de pronto Miguel al cámara.

Este obedece sin mirarnos a ninguno de los dos.

—¿Quién coño te crees? —pregunto, fulminando con la mirada a este despojo humano que tengo enfrente.

Miguel alza las manos en un gesto de paz que me cabrea aún más.

—Mira, tío. ¿No estás harto de las mismas entrevistas de siempre? Tu historia va mucho más allá de la del chico con don que triunfa. Mucho más. Eres inspiración, y puedes serlo para muchos de esos chavales que están perdidos.

Calla y espera en silencio mientras mi mente va a mil. Miro a Rubén, que tan solo me devuelve la mirada porque, realmente, soy yo quien debe decidir. Y miro a Lara, pues sé cuál será mi respuesta. Es fácil; comencé la entrevista pensando que sería otra más. Otro coñazo al que enfrentarme. La mirada de ella conecta con la mía y siento el miedo que ha estado intentando camuflar desde que llegamos aquí; sin embargo, me sonríe para indicarme que está de acuerdo con ello, que me apoya.

Me centro en Miguel, que sigue esperando. Él sabe mi respuesta antes de que abra la boca.

—Está bien.

No añado más. Solo espero a que la cámara se encienda de nuevo.

Entonces hablo. Hablo de ello. De los niños perdidos; especialmente, del que se perdió antes de encontrarse.

Y me resulta imposible que un chispazo de mi mente no se dirija hacia… hacia ella.

Ava

Cojo aire al cerrar la última caja de cartón que hay en el salón. Alzo la mirada para ver todas las que nos rodean. Las de la izquierda están divididas en dos grupos: las de cosas para vender, y las que serán para donar o regalar.

Las de la derecha nos las llevamos; tras una dura batalla con Grace, he logrado reducirlo a dos cajas, pues, aunque odio convertirme en la mala de la película, debemos ser realistas: no nos lo podemos llevar todo con nosotras, solo las cosas más significativas…

Suspiro de nuevo y contengo una maldición; con los brazos en jarras, vuelvo a revisar la estancia para asegurarme de que no nos dejemos nada sin catalogar.

Por supuesto, mi mirada encuentra la postal que reposa sobre una de las cajas cerradas frente al sofá.

Sé dónde está, y, sí, me refiero a Hugo.

Grace se ha encargado de decírmelo de pasada mientras iba a la cocina a catalogar con Caleb todo lo que hay allí. No he querido pensar mucho en el asunto de que, para averiguar dónde se aloja Hugo estos días, haya tenido que escribir a cierta persona; tan solo sigo fusilando con la mirada ese trozo de papel o cartulina —me da igual de qué narices esté hecha—, cuando el cabreo bulle de nuevo en mí.

Esta vez no pienso.

Solo actúo, y… y a tomar por culo.

Cojo con rapidez la postal y me dirijo a la puerta que atravesé durante años, la de casa. La casa que en unos días ya no la llamaré así, la que me ha visto reír, crecer, llorar… y alguna vez por él, sí. Salgo e ignoro la voz de Caleb que me llama. Debe de haberme visto, pero me da igual.

Ahora mismo solo tengo entre ceja y ceja llegar a ese hotel y pedir unas cuantas explicaciones.

—¡Ey, ey! ¡Fiera!

Es Caleb, intenta alcanzarme a la carrera.

— ¿Adónde diablos vas? —quiere saber.

—A pedir explicaciones.

—¿No crees que sería una buena idea… no sé, meditarlo antes un poco?

—¿Por qué tengo que meditar nada? Tan solo quiero saber por qué narices escribía a mi madre —le respondo.

Pero no dejo de andar y me pongo a juguetear con las llaves del coche que hemos alquilado para la ocasión.

—Mira, sí. Está bien que quieras preguntárselo, pero no pareces muy… calmada.

Necesito echar un vistazo a mi mejor amigo, que se obliga rápidamente a sonreírme cuando me descubre, y procura ocultar cualquier signo de alarma. Me detengo abruptamente; juraría que he sentido cómo suspiraba.

—¿Qué pasa? —lo increpo, cruzada de brazos.

—Creo que esa pregunta tienes que responderla tú.

Como respuesta, arqueo una ceja, y Caleb murmura algo que no logro entender, hasta que al fin me habla directamente a mí, con mucha cautela:

—¿Cómo decirlo, Ava? En vez de ir a preguntarlo de manera civilizada, parece que vayas a degollar y cortar cabezas.

—¿Qué dices? Estoy muy calmada —respondo con dignidad.

La respuesta de Caleb consiste en mirarme de arriba abajo, y yo bufo.

—Bueno, *quizá* estoy un poco enfadada —admito, controlando el tono de voz; pero se me eleva a medida que continúo hablando—, pero ¡es que no entiendo qué narices hacía escribiendo a mi madre! Ya lo habíamos dejado. Lo dejamos bien claro. ¿Para qué narices sigue hurgando en la herida? Además, ¿por qué ella me lo ha ocultado?

—Ava…

—Caleb —le impido continuar—, es un engreído estúpido, y pienso decírselo a la cara.

Y retomo la marcha con más mala leche que antes. Sin embargo, con un hábil y sorprendente movimiento, Caleb me roba las llaves del coche.

—¿Qué haces? —le pregunto alarmada.

—Mira, no impediré que vayas a hablar con él. Creo que tienes todo el derecho a preguntarle, a no quedarte con la duda.

Me esquiva cuando intento recuperar las llaves.

—Pero creo que podemos ir dando un paseo para serenarnos, ¿vale? —sugiere.

Miro a los ojos castaños de mi amigo.

—Venga, Ava —me insiste, con una mueca suplicante—. Solo te pido que te tomes un tiempo para serenarte.

—No podemos perder tanto rato —señalo.

Si vamos andando hasta el hotel, que está en la costa, tardaremos casi una hora en llegar; además, luego habrá que volver.

—Grace ha prometido poner el turbo con la cocina.

Esbozo una mueca.

—No sé cuál es la mentira más gorda de esta conversación, que me vendrá bien andar por el pueblo o que Grace se encargará de tenerlo todo listo.

—Dejemos constancia de que mis palabras exactas no han sido que finiquitará la cocina, sino que se pondrá a tope —puntualiza Caleb con una sonrisa.

Es contagiosa, también yo sonrío. Finalmente suspiro con la cabeza hacia atrás para mirar el cielo.

—Está bien. Andaremos —accedo.

—Siempre escoges la mejor opción —contesta el pelota de Caleb, que se sitúa a mi lado para emprender la marcha.

Lo bueno de la fecha en la que nos encontramos es que el pueblo está prácticamente desierto. Hay pocos turistas, y no me molesta que nos crucemos con alguna persona de vez en cuando. Me relajo. Aun así, ocurre lo que me temía: cada esquina está repleta de recuerdos.

—¿En qué piensas? —pregunta Caleb cuando cruzamos la zona de la plaza Nueva.

Ahí quedábamos muchas veces para tomar algo antes de ir a la playa, al Mandala o de fiesta a cualquier otro lugar.

Me encojo de hombros.

—En cómo ha pasado el tiempo. En la de historias que hay tras cada rincón de este pueblo.

Siento la mirada de Caleb sobre mí, pero no se la devuelvo. Tan solo sigo andando.

—Y en mi madre. Me gustaría saber qué pensaría de todo esto, de nuestras decisiones… si le parece bien lo que estamos haciendo. No sé… nunca quise imaginarme un mundo en el que no estuviera ella para abrazarme o para consultarle las cosas. Y ahora… fíjate.

Hago una mueca casi involuntaria, y siento un brazo reconfortante de Caleb sobre mis hombros.

—Estaría orgullosa de vuestras decisiones. Lorena nunca os dictaba lo que debíais hacer, Ava. Siempre os dejó pronunciaros en vuestras decisiones…

—Siempre tenía alguna reflexión o… yo qué sé, Caleb —digo, y apoyo la cabeza sobre su hombro mientras andamos—. Me siento algo perdida.

—Todos lo estamos, Ava. Lo que ocurre es que lo disimulamos.

Sonrío levemente, recordando esa frase de mi madre, hace años. Una vez que la vida de mi mejor amigo cambió radicalmente, una vez en diciembre…

Pero no me puedo permitir ese recuerdo, aún no. No tengo ni la fuerza ni el valor para enfrentarme a ello.

Recorremos el tranquilo y pintoresco pueblo y, tras un rato, Caleb rompe el silencio.

—Así que vamos a ver a Hugo —tantea como quien no quiere la cosa.

—Ya ves —logro decir.

Limito mis palabras porque no quiero darle muchas vueltas, no sea que me lo repiense y decida regresar a casa. Pero Caleb me obliga a reflexionar sobre mis actos.

—Vamos a verlo, así, a pelo —insiste.

Finalmente elevo la vista para estudiarlo.

—No sé por qué tengo la impresión de que quieres decir algo.

—¿Yo? —Caleb se lleva la mano al pecho—. ¡Qué va!

—Venga, suéltalo —le pido—. Desde aquí puedo oír las vueltas que le das.

Caleb se rasca la cabeza pensativo, como si ahora que por fin ha captado mi atención estuviera considerando si hablar o no.

—Caleb… —insisto.

—Sabes que no está solo, ¿no?

Controlo mis gestos al oír la pregunta, pues lo conozco y sé que está escrudiñando cada una de mis muecas.

—Por supuesto que lo sé. Por si no lo recuerdas, ayer estuve con él y sé que algunos de ellos…

—No me refiero a eso —me interrumpe mi mejor amigo.

—Lo sé —contesto, alzando la mirada para encontrar esos ojos castaños que siguen atentos a mi expresión—. Sé que no te refieres a los chicos.

Sino a Lara. Pero, debido a algo en lo que no quiero pensar, soy incapaz de pronunciar su nombre.

—No hemos hablado mucho de eso, de lo que has sentido al respecto —continúa tanteándome.

Y acabo torciendo la boca en una mueca sarcástica, a la que acompaña un comentario:

—Me encanta cómo ha cambiado el cuento, ahora tú eres el de «hablemos de todo».

Caleb me sonríe con encanto y mi sonrisa se vuelve real.

—Sí, bueno, ¿qué te voy a decir? He madurado.

—¿Has «madurado»? —pincho, divertida.

El moreno contiene una sonrisa. Ahora alcanzamos la calle de la Fuente para recorrer la carretera principal que conduce del pueblo a la costa.

—O quizá mi historia con Luis me enseñó que las cosas hay que hablarlas, vaya a salir bien o no.

Asiento ante las sabias palabras de mi mejor amigo, e irremediablemente le pregunto por su ex:

—¿Sabes algo de él?

—Que está bien y feliz. Poco más —responde calmado y mirando el cielo despejado.

—Eso es mucho.

—La verdad es que sí. —Al recordarlo, su sonrisa es sincera—. Me alegra saber que está bien, después de cuánto me ayudó.

Asiento lentamente ante sus palabras.

—Te ayudó a luchar por lo que querías.

—Me ayudó a ser fiel a mí mismo —me corrige antes de lanzarme una mirada de advertencia —. Pero no me cambies de tema, pelirroja, y dime qué has sentido al saber que Lara está con Hugo.

Me encojo de hombros y me retiro algunos mechones que el viento ha colocado sobre mi cara.

—Tendríamos que haber ido en coche —me quejo.

—Ava… no esquives el tema. Resultas demasiado obvia.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué quieres que te diga, Caleb? Parece que al final uno de los dos tiene su final feliz.

—Entonces ¿crees que Lara es su final feliz?

No digo nada, tan solo vuelvo a encogerme de hombros.

—¿Sabes? Siempre me ha gustado eso de ti —añade Caleb.

—¿El qué? —Lo miro intrigada.

—Que siempre intentes ver el lado positivo de las cosas, y te diría, también, el hecho de que no seas una persona celosa; pero creo que en este caso estaría mintiendo.

—¡No soy una persona celosa!

—Cierto, no lo eres. Cuando no implica a Hugo —me aclara.

Guardo silencio porque he estado a punto de decir que nunca he sentido celos por Lara; sin embargo, enseguida me vienen los feos sentimientos que me recorrieron ayer, cuando la descubrí esperándolo. Por no hablar de esa ponzoña que se apodera de mí ahora, al preguntarme cuánto tiempo lleva en su vida de esa forma…

Por supuesto, Caleb conoce a la perfección qué camino están tomando mis pensamientos.

—No te fustigues. Los celos son algo muy humano. Lo que te honra es que nunca te dejas llevar por ellos, que sabes manejarlos.

—Unas palabras muy inspiradoras, Caleb —murmuro con ironía.

Juguetón, mi mejor amigo choca el hombro contra el mío.

—Es cierto, porque no es la primera vez que sientes celos por alguien cercano a Hugo, ¿recuerdas?

Claro.

Claro que me acuerdo.

¿Cómo iba a olvidar aquello que desencadenó el desastre?

Hugo

—Ahora me gustaría, si te parece bien —sugiere Miguel, y hace una pausa para soltar el humo entre los labios—, centrarnos en esa época de la que no hablas mucho. Justo la anterior a que se te conociera.

Observo a Rubén, que me mira divertido.

Es una entrevista muy distinta a las que nos acostumbran a hacer, y me sorprende estar disfrutándola, a pesar de tener que callarme varias cosas.

Desvío ahora la mirada hacia la izquierda de Rubén y me topo con la de Lara, que sigue aquí. Me sonríe, pero noto que no es una sonrisa completa, una de las suyas. No tengo tiempo para añadir nada, porque Miguel, ajeno a mi debate interior, reemprende las preguntas:

—Trabajaste en Annabel's, uno de los clubes privados más antiguos y famosos, en Londres…

—Así es —asiento relajado, aunque intuyo el nuevo rumbo de la entrevista.

—¿Cuánto hay de verdad sobre la prohibición de utilizar teléfonos ahí dentro?

Ante la absurda pregunta, simplemente sonrío, pues me cuesta creer que desperdicie el tiempo en preguntas cuyas respuestas se pueden obtener en internet. Sin embargo, antes de que pueda contestarle, Miguel lanza otra, dejándome claro que no pretende ir por ahí, y pronto se le ve el plumero.

—¿Tuviste que guardar muchos secretos? ¿Cuál es el mayor escándalo que has visto entre esas paredes? Si es que nos puedes decir algo, porque, según mis investigaciones —declara mientras mira de nuevo la libreta—, todos los empleados firmáis un contrato de confidencialidad. ¿Eso es cierto?

Miguel me busca con la mirada y una codiciosa curiosidad que no puedo satisfacer.

—Sinceramente, no sé de qué me hablas —le contesto.

Ni siquiera me permiten declarar algo sobre los contratos; en esto no puedo ayudarle. Sin embargo, Miguel va más allá, lo intuyo por su sonrisa maquiavélica.

—Entiendo que no puedas decir nada sobre las normas y las cosas ocurridas en Annabel's, pero creo que sí que nos puedes hablar de algunos asuntos que sucedieron ahí y atañen a tu vida privada.

Me tenso sin disimulo para que intuya que sé por dónde va y que no quiero hablar de ello. Pero no parece captarlo. No lo parece o no quiere, pues continúa:

—Hubo muchos rumores sobre ello, y nunca se confirmaron las consecuencias de esos hechos, pero, cuéntanos, Hugo, ¿es cierto que cuando Rosie Kerr entra en la vida de uno, también lo hacen los problemas?

Le dedico una sonrisa fría, pues no es un tema del que hable abiertamente, y tengo por seguro que no entraré en los detalles de esa parte de mi vida, porque, efectivamente, Rosie… Rosie entró en mi vida como un huracán que arrasó con todo.

Septiembre de 2014

Londres

Hugo

Llevaba ya seis meses trabajando en Annabel’s. Tal como George —con quien tenía ahora una gran camaradería— había predicho, mi vida había cambiado notablemente.

Aquel lugar era un hervidero de dinero, y las propinas me habían hecho perder la cabeza más de una vez, o, lo que era lo mismo, tenía reparos en ir por la calle con esa cantidad de dinero encima. Trabajar allí aceleraba a pasos agigantados todos nuestros planes. En pocos meses había ahorrado el dinero suficiente para pagar la carrera a Jacobo —como me había prometido a mí mismo al marcharme de Mojácar en busca de una vida mejor—, incluso para estudiar yo también. Y no pensábamos volver aún, así que, por primera vez en mucho tiempo, podía decir que no tenía problemas de dinero.

El piso en el que vivíamos Rubén y yo estaba bien; y a pesar de que podríamos mudarnos, no queríamos derrochar el dinero sino guardarlo para ese plan de ahorro que sería el billete de salida… y de vuelta a nuestra vida en España.

Porque nuestra idea era volver… claro que sí.

Es curioso el modo en que la vida se empeña en llevarte la contraria, o en sorprenderte, según se mire.

Por el momento no tenía un plan distinto al que había forjado al mudarme a Londres, y aunque en el trabajo empezaba a conocer a mucha gente importante, estaba convencido de que aquellos peces gordos que disfrutaban de mis cócteles y mi conversación tan solo me veían como el joven barman que les caía bien. No llegaría a ser alguien a quien ofrecer un puesto de trabajo en una de sus prestigiosas empresas; tampoco me recomendarían para algún otro puesto.

Así que, a pesar de sentirme satisfecho con el sueldo y las propinas, me había presentado en diversas agencias de publicidad para entregar mi currículum. Por el momento, aquel plan no parecía tener éxito, pero era mejor que esperar de brazos cruzados a que me saliera alguna oferta.

—¿Qué, *bambino*? —Piero llamó mi atención en un momento de extraña tranquilidad en la barra—. ¿Seguimos suspirando por el móvil?

Lo miré y descubrí que me estudiaba con una sonrisa socarrona.

—¿No te cansas de ser tan idiota? —le respondí, devolviéndole la sonrisa.

Logré que se carcajeara, aunque el sonido quedó camuflado por la música que nos envolvía.

Había terminado el turno de las cenas y se empezaba a despejar el espacio para la discoteca, aunque, por el momento, el ambiente no estaba muy animado: unos cuantos clientes sentados con

las bebidas que les habíamos preparado.

—Siempre que te quedas así, mirando al horizonte, es que *stai pensando a lei*.[4]

Me rasqué la barbilla en gesto pensativo, y la mirada de Piero se iluminó.

—No sé de qué me hablas, Piero —negué como siempre que sacaba el tema.

—Siempre hay un *lei* —aseguró el italiano, girándose para cerciorarse de que no hubiera nadie al otro lado de la barra.

Desde mi posición, veía que estaba desierto. ¿Qué narices sucedía aquella noche?

—¿Es que nunca me vas a hablar de ella? —insistió.

Supuse que estaba aburrido. A mi compañero le encantaba el chismorreo; pronto descubrí que si querías saber algo de entre esas paredes, por absurdo que pareciera, Piero era tu hombre.

Conocía cada cotilleo, tanto de clientes como de empleados; quién se había liado con quién, quién odiaba a quién… Fue el que me advirtió de las personas que debía evitar, y me mostró a quiénes convenía acercarse. Podía decirse que no me había ido mal, así que, sí, interesaba tener a Piero a favor. Y no resultaba difícil, era un buen tío.

—De verdad, Piero. No hay un «ella» —le aseguré de nuevo.

Sin embargo, cada vez que lo hacía, se materializaba en mi mente y con una nitidez dolorosa la imagen de cierta pelirroja, pero no quería hablarle de Ava a mi compañero, porque ¿con qué fin?

Ava estaba demasiado lejos en mi vida, incluso había dejado de enviarle postales, como me había animado Rubén. Hablar de ella solo removería más mierda, no serviría para nada.

—Sé que no eres gay, *ragazzo*, y esa mirada solo significa una cosa —afirmó Piero, rompiendo mi hilo de pensamientos.

—Lo que tú digas —asentí.

Rápidamente borré la sonrisa, pues Helen entró en la zona con su mirada fulminante. Helen —«persona non grata a la que evitar», como me explicó Piero al poco de haber empezado— se creía superior a todos, simplemente porque trabajaba en la zona del recibidor chequeando a los clientes.

Por supuesto, me odiaba; había sido testigo de la alta estima en que me tenía George —quien sí que era alguien importante dentro de Annabel’s—, y por eso procurábamos evitarla a toda costa. Como el sentimiento era mutuo, verla allí abajo me resultó raro.

Helen fue directa a nosotros. La postura regia, el pelo pulcramente peinado y rozando la tirantez en la parte de las sienes, y un maquillaje que me sobrecogía. ¿Para qué diablos se rapaba parte de las cejas si luego se las maquillaba? Cuando llegó a la barra y reposó esas manos de larguísimas uñas sobre la superficie, Piero la saludó con una muy bien disimulada aversión:

—Hola, Helen.

—Dame un trago —le ordenó con esa desagradable voz seseante.

—¿Cómo? —preguntó Piero, incluso parpadeando.

Molesta, Helen achinó los ojos, pero yo, que había entendido lo que quería, le serví rápidamente un trago de whisky. No tardó en cogerlo con cierta urgencia y se lo bebió de un trago.

—Gracias —me dijo, procurando controlar una mueca de desagrado por la fuerte bebida.

Acto seguido, me devolvió el chupito con rapidez, seguramente para que nadie lo viera, y soltó las palabras que impulsarían la rueda de los acontecimientos más absurdos y extraños de mi

vida.

—Tenemos un problema.

La fatídica frase llegó acompañada de la aparición de Rachel y Blake, unas de las camareras del restaurante Mateo's, el más caro y serio de todo Annabel's. Ambas tenían una expresión contenida de tal horror, que Piero y yo nos miramos alertados.

—¿Y por qué recurrís a nosotros? —Piero pronunció la pregunta que me rondaba.

—Necesito fuerza, y sois los únicos que por ahora no tenéis jaleo.

Piero hizo amago de abrir la boca, pero Helen se lo impidió con otra de sus miradas asesinas acompañada del espasmo —ya más que conocido— en su mandíbula. La estábamos poniendo aún más nerviosa.

—Luke y Adam no pueden dejar sus puestos —añadió ella, refiriéndose a los porteros—, por no mencionar que llamarían exageradamente la atención.

—Está bien —asentí yo para que dejara de dar vueltas al tema—. ¿Qué ha pasado?

La mirada de Helen se dirigió a mí.

—No sé si eres consciente de que este problema nos puede costar nuestro puesto de trabajo.

Reprimí las ganas de poner los ojos en blanco y me incliné hacia la barra para acortar la distancia entre la estirada Helen y yo.

—Vamos, Helen. No tenemos todo el día. ¿Qué sucede?

No me pasó desapercibido el brote de sonrojo en sus mejillas, pero rápidamente se recompuso y nos dedicó su repelente mirada característica.

—Necesito que me acompañéis a los baños de mujer.

No esperó a ver nuestras reacciones, tan solo se encaminó hacia aquella dirección y, tras un momento de duda en el que Rachel y Blake la siguieron, Piero y yo acabamos por imitarlas.

—Parece que a doña lengua *di serpente*[5] no le importaría que te enredaras con ella —me susurró Piero con absoluto disfrute.

Tampoco a él le había pasado por alto el sonrojo de Helen. Mantuve la expresión de serenidad, pero cuando empezamos a subir la escalera, me aseguré de que nadie nos viera y asesté un certero golpe en las costillas del italiano, que estuvo frotándose un buen rato.

Recorrimos varias salas en las que algunos miembros disfrutaban de la diversión que les brindaba Annabel's, como copiosas cenas o salones privados donde se celebraban fiestas particulares... Varia gente empezaba a dirigirse hacia la discoteca, donde encontrarían la barra desierta porque Piero y yo no estábamos en nuestro puesto.

Ya en el último piso, Helen y las demás se detuvieron frente a la puerta del baño de mujeres; antes de que la primera nos dedicara sus absurdas recriminaciones, la puerta se abrió y salió, muy agitada, Lacey, con quien Piero y yo nos llevábamos bastante bien.

La joven de piel clara como el mármol, pelo oscuro y ojos rasgados debido a su ascendencia asiática suspiró aliviada al vernos.

—Menos mal —dijo al vernos tras las chicas—. Siento haberos metido en esto, pero sé que sois los indicados. Pasad.

Lacey se dio la vuelta para entrar de nuevo en el baño, y yo —aún más intrigado por el hecho de que nuestra compañera nos hubiera hecho venir expresamente a nosotros— avancé sin esperar a que Helen añadiera más.

Sabía que Piero me seguía. Una vez dentro, recorrí con la mirada el baño de mujeres, ese lugar que creía que no volvería a ver tras la visita que me dieron en mi primer día.

El baño era una rocambolesca estancia con rosas blancas de seda en los techos, suelos de mármol y paredes empapeladas con dibujos de rosas sobre un fondo vainilla. Parecía desierto, pero al dirigirnos a los lavabos, varias chicas que debían de rondar nuestra edad cercaban el último cubículo de los inodoros, cuya puerta estaba abierta; entre asustadas y resignadas, las chicas miraban en su interior.

Lacey les pidió con amabilidad que nos dejaran pasar, y al mirar con más detenimiento sus delgados rostros, me di cuenta de que me sonaban de algo.

Como encabezaba la comitiva, fui el primero en descubrir quién nos esperaba sentada de mala manera en el inodoro.

—Como salga a la luz algo de lo que sucede aquí, os podéis despedir de vuestros puestos de trabajo —dijo una de las chicas, que debían de ser sus amigas—. Y no me refiero a solo este. No encontraréis trabajo en vuestra vida.

Ante tal amenaza, estuve a punto de volverme y decirle cuatro cosas a esa niñata que no había tenido que preocuparse de nada en su puñetera vida, pero Piero, con un sutil golpe, evitó que echara por la borda todo lo que había logrado.

Así pues, simplemente me agaché para quedar a la altura de aquella chica que tantas veces había visto en portadas de revistas de moda, escaparates, anuncios gigantes en las fachadas de los edificios de Piccadilly Circus, e incluso —estaba seguro de ello— en los autobuses. Y por qué negarlo, también la había observado bailando y disfrutando por todo lo alto en la discoteca del club.

Y es que frente a mí se encontraba —muy bebida o drogada— Rosie Kerr, una de las modelos y actrices de moda del momento. Y era hija del magnate de la prensa, el multimillonario Bill Kerr, y de la aclamada actriz Daisy Yates. ¿Y eso por qué narices lo sabía?

Fácil.

Por Piero, pues cada vez que Rosie hacía acto de presencia, mi compañero se encargaba de repetirme lo importante que era esa chica de almendrados ojos, figura de excesiva delgadez y risa cantarina que muchas veces se hacía oír por encima de la música.

—Oye, ¿cómo estás? —pregunté mientras le buscaba el pulso.

Aún tenía consciencia, pero por la manera en que estaba sentada, no descartaba que la perdiera en cualquier momento. Como el pulso era lento, le aparté el pelo sedoso y de un castaño claro para verle los ojos.

—¿Me oyes? —le pregunté.

Al oír la voz, me miró; las pupilas excesivamente dilatadas casi impedían ver el color verde agua de sus ojos enmarcados por las largas pestañas. Esos labios carnosos —ya casi desprovistos de pintalabios porque el color rosado estaba esparcido por la barbilla— dibujaron una sonrisa, y Rosie Kerr levantó una mano para acariciarme el rostro con delicadeza.

—Qué ojos tan bonitos tienes. ¿Nunca te lo han dicho? —me preguntó con una voz algo gangosa mientras se tambaleaba debido al esfuerzo de habérseme acercado.

—¿Qué ha tomado? —pregunté mirando por encima del hombro a las tres amigas, que examinaban la escena con gesto de desagrado.

—Nada —contestó rápidamente la que estaba más cerca de mí.

Le dediqué una sonrisa desagradable.

—Si queréis que os ayudemos, tendréis que colaborar.

—¿Qué más te da lo que se haya tomado? —soltó entonces otra.

Por el tono de voz, supe que era la que nos había amenazado hacía unos minutos. Fijé la mirada en su semblante taciturno, dispuesto finalmente a decirle cuatro cosas, cuando Lacey intervino:

—Hemos llamado ya a una ambulancia. No creo que tarden, pero necesitamos sacarla para que la recojan. Si alguien ve…

—Entendido —dije.

Sabía que ningún cliente podía ser testigo de lo que sucedía; lo mejor era llevar a Rosie a un lugar de fácil acceso para los médicos, pues la trasladarían en camilla, y eso resultaba algo difícil de disimular.

—Lo que podemos hacer entonces —añadí— es darle un poco de agua y procurar que aguante despierta para poder bajar antes de que lleguen a recogerla.

—Ha tomado dos pastillas de color —soltó nerviosa otra de sus supuestas amigas.

Sin embargo, esta debía de serlo de verdad, porque, al contrario de las otras dos, realmente parecía preocupada.

Miré a Piero, quien habló a la vez que yo:

—Anfetas.

Asentí, y volví la cabeza para mirar a aquella belleza, porque, sí, Rosie Kerr llamaba la atención hasta en aquel estado tan lamentable

—Imagino que las habrá mezclado con bastante alcohol. Efectivamente, tiene que beber agua —dije mirando a Lacey—, y hay que aflojarle la ropa. Vamos a sacarla de aquí.

Y así es como Rosie Kerr entró en mi vida; sin embargo, cuando finalmente se la llevaron, pensé que no volvería a verla. Por lo menos, no tan de cerca.

De nuevo, me equivoqué estrepitosamente.

Septiembre de 2014

Londres

Hugo

Unos días después del incidente, cuando estaba trabajando junto a Piero, apareció George entre la clientela.

Aquel elegante hombre de pelo canoso y trajes impolutos se hacía notar casi sin proponérselo, aunque también contribuía el hecho de que lo detuvieran cada dos pasos para saludarlo.

George siempre tenía una amplia sonrisa y un momento de conversación para quien lo había parado, y eso lo convertía en alguien muy apreciado. Debo decir que, a pesar de la mala impresión que me dio cuando lo conocí, apreciaba a George en casi todos los sentidos.

Me parecía un hombre sincero y que nunca se iba por las ramas. Iba de frente, por lo que no tenías que buscar un doble significado a sus palabras ni a sus gestos. Esa amplia sonrisa se acompañaba de bromas ácidas y, sobre todo, de un gran corazón.

Muchos de los que se le acercaban le pedían también algún favor; si George te apreciaba, te ayudaba, y eso no era algo con lo que ser indiferente.

George se codeaba con la gente más influyente del país; de hecho, pertenecía al círculo de Richard Caring, por lo que, efectivamente, se podía considerar a George un pez gordo. Y, sin embargo, y al contrario de la forma de ser de mucha de la gente de su estilo, incluso con mucho menos poder, George era un hombre común que, salvo por sus peculiares trajes, no tenía aires de grandeza. Se trataba de un hombre con los pies en el suelo, algo que yo admiraba notablemente en él.

—¿Dónde están mis *ragazzi* favoritos? —nos saludó cuando por fin llegó a la barra.

Piero y yo estábamos sirviendo varios cócteles y le sonreímos sin dejar de atender a los clientes. George se sentó en uno de los extremos, de espaldas a quienes, inmersos en el ambiente de aquella noche, disfrutaban de la música y las bebidas.

—¿Lo de siempre, George? —quise saber tras servir una tanda de gin-tonics.

George asintió y me dispuse a prepararle un manhattan.

—¿Cómo estás? —le preguntó Piero tras unos minutos.

—No tan bien como vosotros. —Sonrió ampliamente atusándose la perilla, perfectamente perfilada—. ¿Las chicas aún dejan caer las servilletas con sus números?

—Y no solo ellas —apuntó Piero, divertido, y le guiñó el ojo—. Ya casi podemos hacer un listín telefónico.

—No seas tan humilde, Piero —lo pinché sarcásticamente al tiempo que dejaba la bebida frente a George.

Me lo agradeció con un gesto de cabeza.

—Pero si la mayoría son para ti —se quejó el italiano, e inclinándose hacia la barra simuló que compartía un secreto con George, en el tono adecuado para que llegara a mis oídos—. Los días que libra, no sabes la cantidad de gente que me pregunta por el *bello* Hugo.

George se carcajeó encantado; yo puse los ojos en blanco y decidí cerciorarme de que la barra estuviera impoluta.

—No parece que tenga tiempo para esas cosas, ¿eh, Hugo? —siguió bromeando Piero.

Finalmente se me acabó escapando una sonrisa.

Sabía de sobras que no era buena idea mezclar la vida privada con el trabajo, así pues, nunca prestaba atención a las insinuaciones de las clientas; ni de los clientes, porque, como bien había dado a entender Piero, no solo se me insinuaban las féminas.

—Eso es que hay alguien por ahí que no nos menciona —intervino George.

Entonces me obligué a reír para restar importancia a ese comentario que escocía.

Joder si lo hacía.

—Lo que le ocurre que está más centrado en sus pinturas que en otra cosa.

Levanté la mirada cuando Piero soltó aquella frase, pues era algo que guardaba para mí; sin embargo, después de que descubriera en varias ocasiones restos de pintura en mis manos, me había visto obligado a confesárselo. Por eso me sorprendió que se atreviera a mencionarlo; y más aún, delante de George.

Por un momento, confié en que el hombre pasara por alto el comentario, pero no lo hizo.

—¿«Pinturas», dices? ¿Qué es eso de «pinturas»?

Antes de volverme completamente hacia George para contestar a su pregunta, lancé una dura mirada al italiano. Este tan solo me guiñó el ojo y, lejos de estar contento con la bomba que había soltado, añadió más leña al fuego.

—Que pinta, George. Nuestro Hugo pinta —le aseguró con una sonrisa.

George me miró intrigado, y yo me tensé.

—¿Es cierto? —George me estudió con su mirada de ojos oscuros, enmarcados por las arrugas de la edad.

—En mi tiempo libre, sí. Ya conoces mi formación… estudié Publicidad. —Quizá era un buen momento para recordarle a qué me quería dedicar—. Y, bueno, siempre he pintado.

—Solo recuerdo que tu entrevista no fue como la de los demás. Te busqué por tu fama para preparar cócteles —dijo George—, no me centré mucho en tu pasado. Vamos —apuntó, ahora inclinado y dedicándome una mueca divertida—, ni siquiera me puse a investigar el origen de esta cicatriz que tienes.

Me tensé ante esas declaraciones y reprimí el gesto de tocarme la cicatriz que me cruzaba la barbilla; era la que me hice tras la muerte de Iván, cuando decidí enfrentarme a esos hijos de puta que acabaron con la vida de mi mejor amigo.

George debió de notar mi tormento interior, pues me palmeó la mano que tenía apoyada en la barra y, guiñándome un ojo, cambió de tema:

—Pero eso no me interesa, ahora quiero saber qué es lo que pintas.

—No es nada… —comencé.

Pero Piero me interrumpió:

—Hace encargos, y se está sacando un sobresueldo.

Estuve tentado a contradecir las palabras del italiano, porque realmente solo había tenido un encargo en todo ese tiempo: un sencillo paisaje del puente de Westminster, desde donde se veían el Big Ben y el palacio. Sin embargo, el cambio en el brillo de los ojos de George me llevó a guardar silencio.

Aunque fueron sus palabras las que me sobrecogieron:

—Tráeme algo que merezca la pena, chico, y veremos qué podemos hacer.

Así es como George me pidió que pintara para Annabel's. Mi primer gran encargo.



—¿Puedes, por favor, prepararme un French 75?

Levanté la mirada tras aceptar la propina de un caballero —el último al que había servido su ronda de ron seco—, y me topé con una cara conocida.

Rosie Kerr estaba apoyada en la barra con un billete de cincuenta libras doblado y con su mirada de ojos verdes clavada en mí. Miré a su alrededor y descubrí que no la acompañaban su grupo de amigas ni su séquito habitual. Me acerqué adonde estaba y, dispuesto a prepararle su cóctel, exprimí primero un limón natural.

Rosie llevaba el pelo largo peinado en suaves hondas, y su semblante no mostraba secuelas de la última gran fiesta que se había dado y de la que yo había sido testigo. Ni rastro de ojeras, bolsas ni cansancio en su anguloso rostro. Imaginé que eso se debía a la demasía de dinero, pues podías darte grandes bacanales y al día siguiente acudir a algún centro de estética para que te mimaran y borraran las huellas de los excesos.

—No te había vuelto a ver —dijo con firmeza a pesar del tono dulce en su voz.

Al levantar la vista, me sorprendió que continuara mirándome fijamente, por lo que deduje que me hablaba a mí.

—Me imagino que habrás tenido unos días libres… —dejó caer.

Yo volví a concentrarme en el cóctel, esta vez buscando el cava que combinara bien con la mezcla ya agitada.

—¿Y bien? —insistió con un deje de molestia.

Inevitablemente esbocé una sonrisa ladeada y, tras servir el coctel y acercárselo, me digné a contestarle:

—Sí, tengo días libres en el trabajo.

Rosie Kerr me contempló con seriedad; a pesar de sentirme tentado a hacer lo mismo porque aquella chica era realmente espectacular y mi fuero interno me exigía que la repasara con la mirada, me dispuse a atender a otro cliente que se había acercado a la barra.

Me habría gustado ignorar la presencia de la actriz y modelo, pero resultaba complicado cuando todo el que estaba en la barra acababa lanzando miradas en aquella dirección, y también porque ella se había empeñado en mantener una conversación.

—¿No te interesa saber por qué te he estado buscando estos días? —me preguntó cuando recibí la propina del último cliente.

Alcé la mirada y mis ojos tomaron vida propia, recorrí la pálida piel de su cuello hasta el pronunciado escote en pico del vestido negro de satén que llevaba.

—Discúlpeme, señorita, pero estoy trabajando —dije finalmente.

Topé de nuevo con su mirada cristalina, y me emocioné cuando se reflejó en ella un brillo crispado.

Estaba cansado ya de ese perfil: niñata excesivamente rica, acostumbra a tener a todo el mundo bajo sus pies. Tan solo necesitaba abrir la boca para que cualquier cosa se le sirviera en bandeja. Cero preocupaciones, salvo las de mostrarse impoluta, tener cuidado con las drogas que mezclaba y simular que no estaba enganchada a la mierda que se metía cada noche porque ya nada la estimulaba lo suficiente como para intentar alejarse de ese mundo de excesos, falso y superficial.

Así pues, tuve los santos cojones de continuar trabajando concentrado en cada bebida que preparaba mientras ignoraba a Rosie Kerr, aquella deliciosa criatura que enseguida se dio por vencida y salió de la sala.

No le di más importancia a ese acontecimiento —simplemente se lo contaría con pelos y señales a Piero y Rubén—, y dediqué el resto del turno a mis cavilaciones, pensando en si George cumpliría realmente su palabra y encontraría un lugar en el club para colgar la pintura que le había entregado hacía unos días.

Sin embargo, desconocía que Rosie Kerr no se daba por vencida con facilidad, en especial cuando se encaprichaba de algo o de alguien…

Hugo

Septiembre llegaba a su fin y, con las Navidades a la vuelta de la esquina, Rubén y yo habíamos quedado en solicitar las vacaciones para después de las fiestas; no solo porque en nuestros trabajos fuera difícil cogerlas en fechas marcadas, sino también porque nos interesaba: habría más ventas, por tanto, más comisiones en el trabajo de Rubén y más propinas en el mío.

Habíamos elegido las fechas de nuestro regreso a España para estar con Jacobo —con quién hablábamos todas las semanas— y el resto de los amigos. Y especialmente para ver a Raquel, a pesar de que Rubén nunca lo aceptaría; sin embargo, yo no era nadie para recriminárselo, pues tras decidir que volvíamos, mi mente había volado hacia cierta pelirroja de la que llevaba demasiado tiempo sin saber nada.

Hacía muchos meses desde la última postal que le había enviado, y… Ni siquiera sabía terminar esa frase.

Ava seguía en mi pensamiento a pesar del tiempo transcurrido, la distancia y las demás chicas que se cruzaban en mi vida.

—Helen te está buscando —me avisó Phil cuando entré en la zona de cocinas.

Me estaba arreglando para acudir a la planta menos uno y empezar mi turno.

—¿Qué ha pasado? —pregunté a mi compañero.

Phil se encogió de hombros y, antes de desaparecer tras la puerta de las cocinas, contestó:

—Ni idea, pero parecía cabreada.

—Qué novedad —soltó Lacey, que estaba allí porque entraba a la misma hora que yo.

Imaginé que tendría que ir hacia el recibidor, donde normalmente se encontraba Helen; sin embargo, apareció frente a nosotros con su característico gesto de mala leche. Había acudido en mi busca.

—Hugo.

Ese fue su saludo. Entonces se dio la vuelta, y supuse que quería que la siguiera. Miré a Lacey antes cambiar mi trayectoria. Al entender mi gesto, mi compañera asintió:

—Aviso a Piero.

Se lo agradecí con un gesto de cabeza y fui tras los pasos de Helen, que se dirigía a uno de los despachos.

Annabel’s tenía una parte privada —solo para empleados— en la que, además de los despachos, se encontraban las cocinas de los restaurantes, y los vestidores y aseos para trabajadores.

—¿Cierro la puerta? —le pregunté al entrar.

La línea ecléctica del pequeño despacho iba acorde con el edificio: suelos de madera oscura, paredes con papeles pintados de colores fuertes que le daban un aspecto algo asfixiante, y una monumental chimenea de mármol que debía de costar más que toda mi casa con sus pertenencias incluidas.

—No, si no voy a robarte mucho tiempo —respondió Helen, apoyada en el escritorio de madera maciza de caoba y mirándome por fin.

—¿Qué ocurre? —quise saber.

No me apetecía entrar en el despacho, así que me quedé apoyado relajadamente en el marco de la puerta.

—Te solicitan en la sala vip —soltó Helen con rapidez e indicando mediante el gesto que le molestaba darme esa información.

—¿Cómo? —le pregunté extrañado.

La sala vip de Annabel's era algo casi prohibido. Nunca la había visto por dentro, tampoco los compañeros con los que más me relacionaba, pues solo aquellos trabajadores que llevaban una eternidad en el club habían entrado en ella.

Así que aquella petición era rara. Mucho, porque yo tan solo llevaba unos meses en el puesto.

—No sé qué habrás hecho para lograrlo, pero espero que no metas la pata —soltó Helen, ignorando mi pregunta.

Arqueé una ceja.

Helen me era tan indiferente que hasta me daba pereza responder a sus absurdidades y patéticas amenazas. También resultaba demasiado obvia: rabiaba porque me habían solicitado en la sala vip mientras que a ella no.

Interesante.

—¿Me esperan ya? —le pregunté entonces, cruzándome de brazos.

—Sí, puedes irte.

—Pero ¿qué…?

—Puedes irte —repitió con desdén para impedirme que indagara en el motivo de mi reclamo.

Con la poca paciencia que me quedaba, me piré de allí antes de que se me escaparan de la boca cuatro cosas que habrían propiciado mi despido.

Con la idea de explicarle a Piero lo que sucedía, fui directamente a la planta del sótano —donde se encontraban la discoteca, nuestra barra y la sala vip—, pero en el angosto recorrido, un tío en un traje negro me indicó que lo siguiera, de modo que no me pude dirigir a Piero, que me miró confundido.

El tío —que parecía que trabajara en la seguridad de alguna discoteca problemática de la ciudad—, se hizo a un lado cuando estuvimos frente a la puerta de acceso a la sala, y con un gesto me indicó que pasara.

Desconocía qué me encontraría y quién me había hecho llamar, pero la oscuridad me impidió descifrar el misterio con rapidez.

La sala era amplia y seguía aquella línea decorativa tan peculiar del Annabel's. El suelo de mármol negro reflejaba el destello de las inmensas lámparas doradas de araña, que alumbraban las rocambolescas molduras de escayola en paredes y techos; estos últimos contaban, además,

con iluminación led de un tono verde oscuro que bañaba la zona brindándole un ambiente singular.

Por supuesto, no pasaban desapercibidos diversos rincones con sofás de cuero —la mayoría, vacíos— dispuestos alrededor de mesas de centro. El área que llamaba especialmente la atención era, sin embargo, el de la zona central, ya que estaba bordeado por una especie de jaula de pájaros gigante cuyos barrotes —según descubrí más adelante— no eran de metal sino de cuerdas negras. Destacaba aquella zona, además, porque ahí sí que había gente.

No pude discernir quiénes formaban aquel pequeño grupo que empezaba a disfrutar de la exclusiva fiesta privada, pues Edward —uno de los compañeros que se encargaba de la zona vip cuando se lo solicitaban— se me acercó enseguida con una sonrisa cortés.

—Hola, Hugo. ¿Puedes, entonces, encargarte de la barra?

—¿«De la barra»? —repetí mirando a mi izquierda.

Ahí estaba la barra —también de mármol negro y con detalles dorados—, que pasaba desapercibida debido a la inmensa exposición de bebidas que había detrás.

—¿No te lo ha explicado Helen? —me preguntó extrañado Edward mientras me acompañaba hacia allí.

—No —le contesté, sin querer entrar en muchos detalles.

—Bueno, han pedido tus espectaculares cócteles —me respondió amablemente y sin borrar la sonrisa.

Asentí y me coloqué tras la barra para examinar el material que había.

—La suerte es que no tendrás mucho jaleo. Me han dicho que no habrá más de veinte personas —continuó explicándome Edward.

—¿Estaré yo solo en la barra? —quise saber.

El gesto de mi compañero me confirmó que así sería, pero me lo aclaró:

—Yo estaré por aquí también, con Colin, pero han especificado que te querían a ti en la barra, y han solicitado varios cócteles en concreto. Ve preparándolos, y así no tendrás mucho jaleo. No tiene pinta de que se te complique la cosa, ya verás.

Asentí —no muy conforme con lo que me comentaba— porque no me quedaba más remedio. Escuché lo que habían pedido y me tranquilizó, pues eran cócteles sencillos; sin embargo, imaginé que —contrariamente a lo que pensaba Edward— al tratarse de una fiesta privada no tardarían en pedir más bebidas

Me puse manos a la obra mientras iba arrancando la fiesta. Pronto vi las diferencias con las fiestas de la zona de la discoteca, pues esta era más selecta.

Si bien ahí no había interacción alguna con los invitados porque tan solo se acercaban a la barra a recoger los cócteles que ya estaban preparados, la diferencia más notable residía en que algunas de las cosas que los invitados hacían sin ningún tipo de disimulo no eran legales en absoluto, como esnifar cocaína sin ningún tipo de apuro, ya fuera en las mesas, en la pista de baile o en la barra.

Aquella gente actuaba como si yo no existiera, y pronto me di cuenta de que la gran mayoría eran especialmente conocidos, mucho. Y lo peor de todo era que ninguno superaba los treinta años.

Toda mi vida había sido testigo de lo que conllevaban las drogas y demás sustancias dañinas. Y a pesar de estar ya más que curado de espantos, aún me sorprendía que la gente se entregara a

ellas sin reparo alguno y lo tirara todo por la borda. Sin embargo, entendía que ese tipo de gente —en particular los que aquella noche tenía frente a mí, que nunca habían tenido una preocupación real— no le diera el valor necesario a la vida.

Aun así, me repugnaban, y esperé que aquella insulsez de fiesta no se alargara hasta el final de mi turno.

—Parece que ya has preparado una buena tanda de cócteles como para quedar libre —dijo de pronto una voz, haciéndose oír por encima de Calvin Harris, que sonaba a todo volumen.

Levanté la mirada y ahí estaba Rosie Kerr, con una sonrisa seductora y marcada por sus carnosos labios en un rojo sangre a juego con el vestido amoldado a su delgada figura como si de una segunda piel se tratara.

—¿Es que no te has preguntado quién te ha solicitado? —volvió a hablar ante mi silencio, apartándose el pelo a un lado.

El gesto, acompañado del movimiento de sus manos al acariciarse la piel del escote deliberadamente, y de sus ojos enmarcados en esas sombras ahumadas que remarcaban una mirada felina, debía de ponérsela dura a todos los tíos a un kilómetro a la redonda.

Yo tan solo sonreí y seguí a lo mío. Pero ¿aquello era real? ¿Aquella chica solo tenía que chascar los dedos para tenerme donde quisiera?

Sí. Estaba cabreándome.

—Yo solo quería darte las gracias por lo del otro día —habló de nuevo.

Y alcé la vista hacia ella. Esa vez no pude guardar silencio.

—¿Y para ello necesitabas montar una fiesta privada?

La modelo arqueó una de sus cejas perfiladas.

—No te vi dispuesto a escucharme en tu trabajo.

—Esto es mi trabajo —recalqué.

—Pero aquí dentro todo es distinto —declaró.

Me sorprendió cuando, sin dudarlo un segundo, se movió para meterse dentro de la barra junto a mí. Pero eso no le bastaba, y con un impulso se sentó sobre ella con las piernas cruzadas, que quedaron descubiertas por la pronunciada raja que tenía la falda del vestido.

—¿Miras algo que te guste? —preguntó entonces, casi ronroneando.

Levanté la mirada porque, efectivamente, mis ojos habían decidido admirar sus largas piernas, y me topé con la suya y una expresión de satisfacción.

—Ya me has dado las gracias, ¿puedo irme entonces? —le dije con dureza, a la espera de que con la pregunta y el tono de voz captara mi desagrado.

Sin embargo, ladeó la cabeza y, divertida, me lanzó otra pregunta:

—¿Cuál es tu nombre? —ronroneó, ahora sí; y me repasó de la cabeza a los pies con aquella mirada de ojos verdes que debía de hacer suspirar al público.

Quien sonrió entonces fui yo, que desvié la mirada para pasar un trapo sobre la superficie de la barra.

—¿No has podido averiguarlo con el chascar de tus dedos? —quise saber, y con satisfacción le dediqué una rápida mirada.

Era una jodida mierda, nadie vendría a interrumpirnos. Por supuesto, ella lo había tenido en cuenta y por eso me había solicitado en esa fiesta.

¿De verdad que le interesaba tanto?

Le eché un rápido vistazo. Seguía estudiándome, a pesar de que ahora su sonrisa titubeara.

—¿Por qué tengo la sensación de que no te caigo muy bien? —añadió mientras jugueteaba con las manos sobre la superficie de la barra, donde continuaba sentada.

Suspiré y dejé el trapo para centrarme en ella. Quizá debía ser más directo…

—Mira, no me caes ni bien ni mal. Para eso tendrías que importarme algo, y voy a ahorrarte tiempo: no lo haces.

Asomó una sonrisa divertida que intentó contener mordiéndose el labio. Eran unos gestos tan sensuales que en un principio pensé que estaban ensayados al milímetro. Luego descubrí que Rosie era así, sensual en cada uno de sus movimientos. Resultaba algo innato en ella.

—¿Sabes? Pues a mí sí que me caes bien —dijo, sorprendiéndome cuando se puso a juguetear con mi corbata sin titubeo alguno.

Al sentir el contacto de sus manos, me quedé congelado, algo que ella aprovechó para tirotear de mí, obligándome a acercarme a ella.

—Pero ¿sabes algo más? —Rosie acercó la boca a mi oído derecho—. Me gustas —confesó, y sus labios me rozaron la piel de la oreja.

Me separé de ella. Sería un ingrato si no reconociera que aquello me resultaba menos indiferente de lo que quería aparentar, pero no pensaba caer ante aquel proyecto de mujer que lograba todo lo que se proponía.

—No soy lo que crees que soy. No soy igual que los chicos con los que has estado jugando hasta ahora —le prometí, sujetándole las manos para que me soltara la corbata—. Así que deja de perder el tiempo y vete con tus amigos a drogarte y a despilfarrar. En este lado de la barra no encontrarás nada.

A pesar de mis duras palabras, Rosie no borró la sonrisa y, sorprendiéndome de nuevo, se inclinó para depositarme un suave beso en la mejilla; después se bajó de la barra. Eso sí, antes de alejarse, me volvió a hablar:

—Yo tampoco soy como ninguna de esas chicas con las que has estado.

Y sin esperar mi respuesta, me dio la espalda y se encaminó hacia la pista, donde se puso a bailar sola. Esta vez no despegué la vista de su figura, observé cada movimiento y sospeché que era completamente consciente de mi mirada sobre ella.

Noviembre de 2014

Londres

Hugo

Rosie Kerr se convirtió en una constante en mi vida. Después de aquella fiesta hubo más, y en todas ellas Rosie siempre se escabullía para reunirse conmigo en la barra. Gracias a esos encuentros, empezó a aflorar aquella rara relación en la que, sin proponérmelo, conocí detalles de ella que nunca habría imaginado, como cuál era su color favorito —el púrpura—, que le gustaban tanto las gominolas ácidas que siempre llevaba una bolsa a rebosar en bolso, que tenía facilidad para grabar escenas dramáticas porque siempre recurría al triste recuerdo de la película de *Dumbo,* que la relación con su madre era casi inexistente y que en realidad se sentía muy sola a pesar de la cantidad de gente con la que trataba.

Ella también tuvo la oportunidad de conocerme, pues, sorprendentemente, con Rosie Kerr se podía hablar y ser escuchado. Enseguida descubrió de dónde era: le hablé de los atardeceres en Mojácar; le conté que mi familia la formaban Rubén y algunas personas que me esperaban en aquel pueblo, del que logré que se enamorara mediante mis descripciones; descubrió mi trayectoria en Londres —su ciudad natal—, y me hizo prometer que algún día, cuando realmente fuéramos grandes amigos, le enseñaría el lugar donde crecí.

—¿Seremos grandes amigos? —le pregunté aquel día, con una sonrisa ladeada, ante su ocurrencia.

Rosie se encogió de hombros y, mientras se soltaba la alta coleta con la que había estado jugueteando, me guiñó un ojo antes de darse la vuelta para alejarse.

—Si es que no quieres que seamos otra cosa, Hugo… —dijo antes de perderse entre el gentío.

Únicamente nos encontrábamos en Annabel’s, a pesar de que yo siempre la veía fuera: en los anuncios de las marquesinas de los autobuses, en los escaparates, incluso en las portadas de revistas de corazón, que irremediablemente captaban ahora mi interés.

En las revistas la emparejaban a menudo con otros famosos; yo no sabía qué había de cierto en ello, pues ella no me hablaba de aquellos asuntos ni yo se lo preguntaba. A pesar de su coqueteo constante, yo no daba ninguna muestra de interés, por eso entendía que ella continuara con sus conquistas. Sin embargo, en ninguna fiesta la había visto con alguien, y aunque cabía la posibilidad de que me lo ocultara yo no encontraba mucho sentido a esa opción, pues tampoco se molestaba en disimular cuando se drogaba, aun sabiendo que yo lo aborrecía.

Me decía que ella podía estar con quien quisiera. Yo empecé a preocuparme por si llegaba el momento en que la vería con algún otro tío: ella le concedería las sonrisas que ahora me lanzaba

a mí, le susurraría sus ácidos y sugerentes comentarios en busca de alguna reacción por su parte o, joder, le dedicaría esos bailes con los que me deleitaba en mitad de la pista mientras la gente la circundaba y admiraba, pues cuando Rosie Kerr lo daba todo bailando, nadie se atrevía a interrumpir aquel momento.

Una noche, mientras yo me arreglaba para acudir al trabajo, apareció en la tele el tráiler de la última película de Rosie. Entonces Rubén lo soltó:

—Lo que deberías hacer es follártela de una vez por todas. Por lo menos, antes de que entienda que no mereces tanto la espera y su interés caiga en otro.

Yo me reía ante sus comentarios, pero por más que se lo explicaba, Rubén no quería entender que no podía suceder nada entre ambos, a no ser que quisiera perder mi trabajo.

Por supuesto, me preocupé al percatarme de que aquel se había convertido en mi argumento principal, mientras que habían pasado a un segundo plano los que mencionaba al inicio: que era espectacular, sí, pero también una persona frívola, consentida, mimosa; y que era imposible ignorar el mundo de excesos que la acompañaba…

Todos esos argumentos se desinflaban conforme la conocía, y no porque fueran suposiciones erróneas, sino que Rosie era mucho más. Rosie era un cómputo de sombras y luces que me resultaba difícil de manejar.

Sin embargo, mientras entraba en esa espiral peligrosa, mi vida dio un giro de ciento ochenta grados, pues nunca habría imaginado lo que me comunicarían cuando acepté aquella llamada de teléfono justo antes de salir de casa hacia el trabajo.

—Hugo.

Enseguida reconocí la voz de George. Me pareció raro que tuviera mi número personal, incluso que me llamara, pues nuestros encuentros siempre eran en el trabajo.

—¿Ha pasado algo? —le pregunté confundido mientras buscaba las llaves de casa.

—¿Que si ha pasado algo, chico?

George se rio tan fuerte que llamó la atención de Rubén, quien dejó de comer el sándwich que se había preparado para cenar algo rápido.

—¿Estás sentado? —añadió.

Sujeté el móvil con fuerza y miré a mi mejor amigo, que me escrutó intrigado.

George no esperó a que hablara, sino que soltó la bomba:

—El cuadro, tu cuadro, Hugo. El que tengo en casa, que aún le estoy buscando un lugar donde colocarlo y ya ha llamado la atención. —George se rio de nuevo—. Chico, ¿tienes más?

—¿Más cuadros?

—¡Claro que sí! Quieren conocerte, quieren ver más, y, chico, te prometo una cosa: como les guste lo que les enseñes… puedes ir preparándote.

Permanecí en silencio, escuchando y procesando las palabras de George, que parecía un niño en la mañana de Navidad.

Obviamente, con el paso del tiempo lo entendí, porque, sí, mi vida cambió, pero George se llevó una buena porción de ello. Y nunca me pareció mal, al fin y al cabo, fue él quien apostó por mí sin reservas, y desde el principio.



Cuando conocí a George, rápidamente descubrí que se codeaba con gente importante, pero nunca le di mayor relevancia. Sin embargo, un día hizo una llamada que me cambió la vida; resulta que había almorzado con su gran amigo Charles Saatchi, quien vio entonces mi cuadro, el que le había dado a George con la esperanza de que lo colgara en Annabel's; con ello pretendía ganar algo de dinero, no que me cambiara la puñetera vida tan radicalmente.

Charles Saatchi era —y es— un magnate del arte, un coleccionista clave del arte inglés y del panorama internacional que había descubierto y patrocinado a grandes artistas como Tracey Emin y Damien Hirst.

Cuando semanas después me reuní con George para seleccionar algunas de las obras que tenía hechas y exponerlas en la Saatchi Gallery, Rubén tuvo que ir a buscar algo más fuerte que el vino para brindar.

Era de locos tener a George en nuestra casa y, aún más, que estuviera revisando aquellos lienzos que había esparcidos en mi habitación.

Tenía la constante sensación de que estaba en un sueño, y la urgencia imperiosa de recordarme a mí mismo que también podría quedar en nada. Por mucho que mis pinturas hubieran llamado la atención de aquel enigmático y poderoso hombre, podía quedarse solo en eso, porque ¿quién se iba a interesar por la breve obra de un joven español perdido en el mundo?

La exposición, de hecho, no sería de mi obra, sino de la de varios fotógrafos, pero Saatchi había decidido aprovecharla para mostrar cuatro cuadros míos.

George, que decidía en ese momento cuáles elegir, no paraba de canturrear animado y especialmente esperanzador. Yo… yo tan solo quería sentarme y, joder, pellizcarme.

¿Estaba sucediendo de verdad?

Independientemente de si aquello desencadenaría algo más, tenía que concederme el derecho de asimilar que grandes expertos y entendidos del mundo del arte encontraban llamativo lo que había creado, esa colección de mar y cielo que había pintado por la necesidad de recordar Mojácar.

Aquellos lienzos cubiertos con los colores más sobrecogedores que había visto en los atardeceres de mi lugar, del sitio en el que crecí y del que eché a volar, habían removido algo en la percepción de aquellos que, de pronto, decidían apostar por ese chico insignificante y perdido, porque, sí, seguía siendo un niño perdido.

Diciembre de 2014

Londres

Hugo

Todavía no habían llegado las señaladas fiestas cuando George me dio la noticia: mis cuadros habían llamado la atención, y, sí, se habían vendido. Me extendió un cheque con el porcentaje que quedaba para mí tras sustraer la comisión de la galería y la suya, y me dio el consejo que me tatué no solo en la piel sino en el alma, como un mantra que debía repetir:

—Ahora, chico, entrega tu carta de despido. Es el momento de apostar por ti, porque, ¿y si después es nunca?

Efectivamente, ¿y si perdía la oportunidad a causa del miedo? A veces había que tirarse de cabeza. Algunas saldría mal, pero otras…

Así que, haciendo caso de aquellas certeras palabras de George, al día siguiente presenté mi carta de despido en Annabel's; lo hice lleno de miedo, pero también de determinación: dispuesto a comerme el mundo o que me comiera él, si hiciera falta.

Tras presentar la dimisión, iba dispuesto a darlo todo en el turno de aquella noche, a contarle a Piero lo que había sucedido y disfrutar de los últimos días que me quedarían en aquel lugar al que, pasara lo que pasara, no iba a volver, por lo menos para trabajar.

Justo bajaba por aquellas escaleras adornadas con el impresionante Pegaso que colgaba del globo repleto de flores y motivos navideños, cuando… cuando la vi.

No sabía que estaría allí aquella noche, de hecho, hacía varios días que no sabía nada de ella, ya que —según me había contado— tenía una campaña de publicidad con Dior en París. Así que, cuando la descubrí ataviada en aquel vestido dorado de lentejuelas largo que parecía absorber el destello de toda la luz de la estancia, me atravesó una jodida determinación que no quise detener.

Deshice el camino para subir los escalones mientras Rosie me observaba, sujeta a aquel pasamanos —también decorado con guirnaldas navideñas— y sin despegar la mirada de la mía. Debía de leer algo en mi expresión, porque no llegó a sonreírme, solo noté cómo cogía aire cuando acorté un poco la distancia y, quizá, que su pecho parecía agitado por la respiración.

La expectación con la que me miraba hizo el resto, porque juro que mi intención era hablar primero y actuar después, pero no pude seguir esos pasos.

Me daba igual quién hubiera allí, quién nos pudiera ver, subí otro escalón para acortar más la distancia —Rosie se encontraba ahora unos escalones por encima de mí— y busqué su mano para sujetarla con fuerza.

Nunca, en todo aquel tiempo, me había atrevido a tocarla. Con sus ojos fijos en nuestras manos entrelazadas, rompí el silencio:

—¿Vienes?

Una sencilla pregunta, con una respuesta aún más sencilla que, por supuesto, ella me brindó sin titubear.

Joder las ganas que nos teníamos…

Tras su leve asentimiento, nos guie a ambos hacia un destino claro. Nos detuvimos en el desierto y angosto pasillo con la famosa figura del orangután, y a pesar de que siempre solía haber miembros e invitados por esa zona debido a la peculiar figura, no tuve ningún reparo en arrinconar a Rosie y besarla como llevaba tiempo deseando.

Sus gemidos no tardaron en llegar y se entremezclaron con mi respiración fuerte cuando deslicé la mano bajo aquel carísimo vestido, deleitándome en acariciarla sin titubeos ni barreras de ropa interior. Mis dedos frotaron y juguetearon con su húmedo coño hasta que se corrió con violencia. Pero yo necesitaba más, mucho más.

Y eso es lo que hicimos. Tras colarnos en aquellos baños donde la conocí, follé a Rosie Kerr como había querido hacerlo desde el primer momento en que entró en mi vida, aunque me hubiera empeñado en negarlo.

Abril de 2023

Mojácar

Ava

—Lo que no entiendo es por qué narices siguió con las postales. ¿Qué pretendía, enviándoselas a mi madre? —suelto de nuevo tras el intento fallido de Caleb de pasar a otro tema.

Ya nos acercamos a la zona costera.

—Ava… —suspira Caleb.

—¡Lo sé! Pero no puedo evitarlo. Si quería saber de mí…

—No es tan fácil, y lo sabes —me interrumpe mi mejor amigo—. ¿Es que acaso, con todo lo que pasó, le habrías contestado?

—Sabes… sabes que al final sí.

No hago contacto visual con Caleb, aunque siento que me mira.

—¿Y qué habría surgido de eso?

Me detengo abruptamente ante su pregunta, y lo miro interrogante. A nuestras espaldas tenemos el mar y la playa desierta, salvo por alguna persona que pasea con el perro.

—¿Qué quieres decirme, Caleb? —le pregunto entonces.

Él suspira.

—Pues algo bien sencillo: ¿qué pretendes con esto, Ava?

—Saber por qué escribió a mi madre. —Repito la explicación de antes, la que le di al salir de casa.

—Quería saber de ti —me responde Caleb, encogiéndose de hombros, como si fuera lo más lógico del mundo.

Pero no lo es. No.

—¿Por qué? —le pido entonces.

Esta pregunta me carcome de una forma casi enfermiza.

Caleb tan solo me devuelve la mirada, y yo, desesperada, reemprendo la marcha. Sé que él sigue mis pasos, así que hablo de nuevo:

—¿Y mi madre le respondió?, ¿qué le decía en sus postales? ¡Joder!

Tras la queja, vuelvo a detenerme, siento que estoy perdiendo los nervios, así que busco un lugar donde sentarme, en el murete de piedra frente a la carretera que da a la playa. Caleb me imita, y me destroza esta escena tan familiar. Él, yo y el mar.

—¿Estás segura de que quieres ir y hablar con él? —tantea de nuevo.

Y asiento sin titubear:

—Si no le hago estas preguntas, no dejaré de repetírmelas a mí misma.

—Eso es cierto —asiente él.

—¿Sabes? —hablo tras unos instantes de silencio que me han servido para calmarme—. A veces pensaba que Hugo lo sería.

—¿El qué?

—Mi gran historia de amor.

—¿Y es que no lo fue?

Ante su mirada de sorpresa, sonrío.

—A ver, me refiero a esa gran historia de amor… de las de final feliz —le aclaro, haciendo hincapié en la última palabra.

—Ya entiendo —dice Caleb.

Y esboza una mueca que no tardo en imitar: un gesto de absoluto conformismo dolido.

—No todas las grandes historias de amor tienen un final feliz, pero yo creía que… que la nuestra sería de las que sí —insisto.

Volvemos a guardar silencio mientras meditamos mis últimas palabras, cada uno reservándose sus propios pensamientos; o, por lo menos, eso hace Caleb.

—Pero si te confieso más —vuelvo a la carga sin creerme lo que estoy a punto de confesar— (y te pido, por favor, que una vez que nos levantemos y echemos a andar olvides que mantuvimos esta conversación y lo que voy a decir), cuando ayer lo vi en la playa, me sacudió tan, tan adentro que… —me miro las manos al darme cuenta de las palabras que voy a pronunciar— que pienso que tiene que significar algo, que el destino no es tan cruel y que no tiene ese empeño en juntarnos para después separarnos, cada vez, una tras otra. Que es una casualidad tan remota… porque, ¿qué posibilidades había de encontrarnos en este pueblo? Sí, al fin y al cabo, es *nuestro* pueblo, pero llevábamos años sin coincidir, al vivir ambos fuera…

Por un momento, me siento tentada a parar, a callarme y no destapar más de lo que llevo guardado; pero entonces decido que es el momento de decirlo, y luego… luego ya se verá.

—Ayer —continúo—, lo vi y pensé que tenía que significar algo, porque nadie… nadie es como él, Caleb. Nadie me remueve como lo hace él, y sabes que he tenido otras historias intensas, como la de Liam. Y a pesar de ello —cojo aire—, incluso cuando lo de Liam iba tan bien, nunca dejé de pensar en Hugo.

Guardo silencio a la espera de algún tipo de reprimenda por parte de Caleb, pero me sorprende cuando busca mis manos con la suya y, atrapándolas, me da un suave apretón.

—Lo sé, Ava. Lo sé —me confiesa.

—¿De verdad? —Lo miro sin ocultar la sorpresa ante su respuesta.

—¿Que lo sigues queriendo? ¿Que aún tienes esa esperanza que solo mantiene la gente enamorada? —Caleb me sonríe con cariño—. Me sorprende que te sorprenda, la verdad, porque, si no lo recuerdas, cada una de esas veces estuve ahí. En todas las idas y venidas, en todas las esperanzas y los corazones rotos.

—Es una mierda —murmuro.

—Joder, Ava, no. No lo es. Has vivido y amado intensamente. Poca gente puede decir que lo haya hecho.

—¿Pero? —quiero saber.

Percibo que hay un «pero», y Caleb no tarda en dármelo.

—Pero a veces llega el momento en que es mejor dejar de insistir. El momento de decirle al destino que ya está, que, a pesar de las nuevas oportunidades…

—¿Qué oportunidades? —lo interrumpo con una sonrisa amarga—. Si está con Lara.

—Pero ¿cómo te mira, Ava?

Niego con la cabeza.

—Esta vez es distinto, Caleb. Lo sé. Y es lo que te quiero decir… de verdad pensaba que esta vez, al encontrarnos de nuevo de este modo tan casual que raya en lo irreal, sería la definitiva. Pero siempre hay algo… así que, sí, llevas razón. Tengo que cortar esa esperanza de una vez. Hugo no es para mí, ni yo soy para él.

Siento que Caleb me aprieta las manos nuevamente, y me permito cerrar los ojos por un momento. Y siento que, a pesar del dolor que retumba como un eco, lo que acabo de decir, la conclusión a la que he llegado es realmente lo mejor para mí.

Sí, voy a verlo y voy a averiguar esa parte de la historia que me falta. Sé que, si no lo hago, no podré ponerle punto final. Y también sé que, una vez que nos vayamos de aquí tras vender la casa, no habrá más oportunidades para que se ponga en contacto conmigo a través de sus postales.

Esas dichosas postales que llegaban en los momentos que menos me lo esperaba. Esas que paralizaban mi mundo, estuviera en el momento que estuviese…

Enero de 2015

Londres

Hugo

Había cambiado mis turnos nocturnos en Annabel’s por rodearme de lienzos, pinturas y variadas manchas sobre mi ropa y piel; era la sensación más jodidamente maravillosa. En especial porque, de pronto, eso que había sido un *hobby* era ahora mi trabajo, o, por lo menos, estaba en vísperas de serlo.

Mi habitación ya no servía como almacén, se me había quedado pequeña, así que nuestra casa se había convertido en una galería improvisada de lienzos que yo observaba sobrecogido y Rubén celebraba con entusiasmo.

Aunque me habían brindado una pequeña presentación y había ido bien, aún me quedaba mucho trabajo por delante, mucho que demostrar. Así que procuraba ahora dejar preparada una nueva colección de cara a la siguiente exposición, pues —como George me había comentado— pensaban preparar algo privado y que se traducía en un tanteo por parte de la galería, para ver si eso iba bien encaminado.

En otras palabras, me lo jugaba todo.

Aquella fría mañana me estaba terminando el café frente a una de las ventanas del salón mientras miraba al exterior, donde la gente acelerada recorría la calle para acudir a su trabajo, coger el metro, ir a hacer algún recado… Entonces recibí un mensaje en el móvil.

Casi sin pensarlo, miré el teléfono, era un mensaje de Rosie. Rosie…

Junto a la marabunta de emociones surgidas a raíz de la nueva oportunidad que se me brindaba, me había dejado arrastrar por aquello que casi no sabía definir, a pesar de tener nombre y apellido: Rosie Kerr.

En definitiva, Rosie me había envuelto en un torbellino de sexo y deseo desenfrenado del que no estaba muy seguro.

Porque había más, claro que lo había. Como aquella noche que se había presentado en mi casa sin titubear a pesar de que el mío fuera un barrio humilde, a pesar de mi reticencia; y eso nos había llevado a follar de nuevo, de manera salvaje, como solo se podía follar con Rosie. Intenso, hasta el último esfuerzo. Como si fuera el último polvo que echaría. Como si llevara años sin hacerlo.

La mañana siguiente habíamos despertado en mi habitación y habíamos desayunado desnudos mientras hablábamos de cosas insignificantes, algo que me confundía, pues descubría

facetas de ella que no todo el mundo parecía ver. Y eso me gustaba, como su modo de contemplarme mientras pintaba…

Frente a la ventana, decidí no ver qué ponía en su mensaje y volví a fijarme en el exterior. Porque parecía que Rosie se estaba entregando al cien por cien. Porque era alguien de quien te podías enamorar, pero a mí ese sentimiento no me llegaba, de hecho, no me llenaba. Y conocía el motivo.

Sabía lo que sucedía.

A pesar de lo que estaba viviendo, tenía la sensación de que no era del todo real si… si no lo compartía con *ella*.

Mi *ella* particular que me acompañaba desde las sombras todo ese tiempo.

En unas semanas volvería a España; desde el momento en que compramos los billetes, mi mente no dejó de atormentarme, sobre todo cuando Jacobo nos pidió que hiciéramos algún viaje, que no solo nos quedáramos por Mojácar.

Había comentado de pasada que podríamos viajar a Granada. Y Granada era ella, era Ava.

Me separé de la ventana y tuve un impulso. Eso es lo que me dije, pero ¿cuánto de impulso había en enviar esa postal que había preparado para ella la noche en que George me había dado la noticia?

La postal que tenía guardada en un cajón del dormitorio. Esa que no dejaba de recordar en cada nuevo día.

Sí. Podía autoengañarme tanto como quisiera, pero era muy consciente de lo que hacía cuando aquella mañana bajé a enviar esa postal.

Enero de 2015

Granada

Ava

Había estado tranquila. Aquellos meses me había centrado en la carrera, en disfrutar de las salidas con los amigos, y estaba receptiva para vivir nuevas aventuras en el «panorama romántico», como decía siempre Grace. Así que, tras la visita de mi madre y Grace aquel último fin de semana, pensé que todo seguiría igual. Pero no, no lo hizo.

—Prométeme que el próximo fin de semana vendrás a Mojácar —dijo mamá mientras me recolocaba con cariño varios mechones de pelo que se habían escapado de la coleta que llevaba.

Nos habíamos quedado solas en la habitación del colegio mayor porque Grace, animada al tener las llaves del coche en su posesión, se había despedido con rapidez para arrancar el vehículo. Acababa de iniciar las prácticas para sacarse el carnet y no desaprovechaba ningún momento.

—Este que viene dependerá de si he terminado la entrega, pero si no puede ser, el siguiente —le prometí mientras nos fundíamos en un abrazo.

Las despedidas aún me costaban, y más al finalizar las vacaciones, tras haber convivido de nuevo con ellas.

Mi madre me sonrió con cariño y después, sin ningún tipo de aviso, soltó la bomba:

—Llegó una carta la semana pasada.

Me olvidé de respirar, y la mirada cauta de mi madre hizo el resto. Sin embargo, no podía ser... ¿cierto?

Llevaba tiempo sin saber de él, y había aceptado que por fin Hugo había podido cerrar el capítulo, ese que yo me empeñaba en olvidar sin mucho éxito a pesar de mis continuas afirmaciones.

De su bolso —esa bandolera que durante todo el viaje me había parecido inofensiva y que ahora escudriñaba con temor—, mi madre sacó un sobre blanco.

Cuando me lo tendió, mi mirada buscó la de ella, tan parecida a la mía; sin embargo, en vez de reflejar lo que sentía, en ella solo encontré una tranquilidad envidiable.

—Ava, siempre puedes optar por no abrirla, cerrar de una vez ese episodio —dijo, todavía con la mano extendida y sujetando el sobre.

—¿Y quedarme con la duda? —respondí—. Es imposible, mamá.

—Entiendo que debe de ser muy difícil, pero nada bueno hay en algo que tan solo te está encadenando.

—Quizá esta vez se quiera despedir. Ha pasado mucho tiempo desde la última.

Sin añadir más, sujeté con decisión el sobre porque sabía que sería incapaz de dejarla sin abrir. Podía pedirle a mi madre que se la llevara, pero me carcomería esa decisión.

—Como tú quieras, cariño.

Mi madre me dio otro rápido abrazo y un beso de despedida, y alcé la vista justo antes de que saliera de la habitación para dejarme sola con aquel sobre.

No tardé ni un minuto en decidir si abrirla o no. Lo hice, y pronto descubrí una postal sencilla, esta vez sin rastros de pintura real: era una fotografía del puente de Londres. Al darle la vuelta, mi pulso retomó esos bombeos casi enfermizos contra el pecho, que se aceleraron aún más cuando la leí.

No había ni un saludo, ni una despedida. Tampoco una explicación de su ausencia en aquellos meses.

Tan solo una cifra de nueve dígitos.

No hacía falta ser un genio para saber qué era: su número de móvil.

Recuerdo que me quedé congelada de nuevo, sintiéndome en un torbellino vertiginoso.

Hugo me ofrecía la opción de escribirle un mensaje, de retomar el contacto. ¿Y qué haría?

Por un lado, me repateaba que tras aquellos meses de ausencia no me diera explicación alguna, tan solo aquel número. ¿De verdad que no merecía una sencilla explicación?, ¿creía en serio que le escribiría sin que importara nada más?

Sin embargo, por el otro lado —el que determiné como mi lado más racional—, me decía a mí misma que Hugo no sabía si había leído sus postales con ferviente expectación, que desconocía si yo había echado de menos sus mensajes, incluso si había leído todas las que me había mandado.

En el fondo, mis actos serían un acto de valentía, ¿verdad?

Me regañé, pues resulta ridículo el modo en que nos agarramos a cualquier resquicio de respuesta ante la necesidad de justificarnos.

Sí. Hugo no sabía si yo había recibido las postales ni si las había leído. No sabía si yo, nada más recibirlas, pedía a mi madre que las tirara. Pero no lo sabía porque no me había dado la posibilidad de comunicarme con él, y eso… eso me había dolido y enfadado a partes iguales.

Y ahora… ¿ahora se dignaba a proporcionarme un medio para poder comunicarnos?, ¿ahora que yo avanzaba y estaba dejándolo atrás?

—Ahora te puedes ir a la mierda —susurré, como para enfatizar más mis pensamientos.

Y por supuesto, guardé el número en mi agenda de contactos y abrí el chat para hacérselo saber.

Sí, así de sensata era.

Enero de 2014

En la red de telefonía móvil

Desconocido
Puedes irte a la mierda

Hugo
Quién eres?

Desconocido
No hace falta que sepas quién soy.
Tan solo quería dejar constancia de ello, de lo que deberías hacer

Hugo
Ava?

Que no me contestes ahora confirma mi teoría de que eres tú, Ginger…

Ginger
No me llames así!

Hugo
Tarde.
Ya te tengo hasta guardada…

Hugo
Cómo estás, Ginger?

Ginger
No quiero hablar contigo

Hugo
Curiosa manera de demostrarlo

Ginger
Creo que mi primer mensaje ha sido bastante claro

Hugo
Ahora que lo comentas, por qué debo irme a la mierda?

Ginger
…….

Hugo
Entiendo entonces que no hay un motivo en concreto

Ginger
Cómo que no?

Y esa postal?

Hugo
Qué sucede con ella?

Ginger
Es una forma un tanto pretenciosa.
Llevas meses sin dar señales, y cuando lo haces, es de esa forma?

En mi vida he conocido a nadie tan prepotente como tú

Hugo
No es prepotencia

Tan solo quería darte la opción de ponernos en contacto o no.
De saber de mí o de no hacerlo.
Tener tu propia elección

Ginger
Pues una forma muy interesante de demostrarlo

Hugo
Ginger, no era mi intención

Tan solo quería ser cauto…

Cómo estás?

Ginger
No debería contestarte a esa pregunta

Si de verdad te hubiera interesado saberlo, quizá me habrías ofrecido la posibilidad de contestarte dándome una dirección a la que responder tus postales

Hugo
Vale

Estás enfadada. Lo comprendo.
Pero no era mi intención, Ginger

Ginger
Y cuál era?

Hugo

Ya te lo he dicho

Ser cauto

Te lo prometí

Ginger
El qué?

Hugo
Que encontraría un modo de mantener el contacto
sin poner en peligro que avanzaras

Que avanzaras sin mí

Ginger
Y por qué querría avanzar sin ti, Hugo?

Hugo
No puedo responderte a esa pregunta, Ginger,
porque no tengo una respuesta que no sea egoísta

Ginger
No debiste escribirme en este tiempo…

Hugo
Y tú no debiste escribirme ahora

Ginger
Y aquí estamos…

Hugo
Joder, Ginger,
cómo estás?
Cuéntame. Cuéntamelo todo

Ginger
De verdad piensas que voy a contarte algo?

Hugo
Cierto, estás enfadada

Me imagino que tu plan de venganza es tan solo torturarme

Ginger
Por qué ahora?

Hugo
Por qué ahora, qué?

Ginger
Por qué ahora sí que me has escrito para darme un medio para comunicarme contigo?

Hugo
Qué quieres?
Lo que se supone que tengo que decir o la verdad, Ginger?

Ginger
Dime las dos, porque sinceramente, no sé qué es lo que se supone que tienes que decirme

Hugo
Buena respuesta

Ginger
Y bien?

Hugo
No es tan fácil estructurar una mentira.

Pero, sí. Te daré las dos respuestas, tú tendrás que averiguar cuál es la verdad y cuál es la mentira…

Aquella postal no era para ti, y, joder, Ava, han pasado cosas que solo quiero compartir contigo, y no saber tu opinión era una tortura

Ginger
Te odio, Hugo

Hugo
Yo también me odio, Ginger

Ginger
Qué es lo que te ha pasado?

Hugo
Primero cuéntame tú, todo.
Cuéntame tu historia, Ginger

Luego, te prometo que yo te cuento la mía

Enero de 2015

Granada

Ava

Tras su último mensaje, necesité todo el valor del mundo para salir del chat con él y no abrirlo en el resto del día.

Sentía un torbellino de emociones que me guardé para mí. No dije nada a nadie; ni a Leticia cuando llegó a nuestra habitación refunfuñando porque había suspendido una práctica, ni a Caleb cuando me escribió para salir a tomar algo a pesar de que al día siguiente tuviéramos clases.

Me lo guardé para mí, pero, como era habitual, en cuanto unos días después mi mejor amigo me vio la cara, supo que algo sucedía.

—¿Qué te pasa, con esta cara tan larga? —me preguntó.

El camarero justo se alejaba de nuestra mesa tras dejarnos unas cervezas y las correspondientes tapas.

—¿«Cara larga»? —repetí.

—Sí, yo también lo he notado —asintió Andrea mientras atacaba la tapa de croquetas sin titubear.

Nos encontrábamos en la terraza exterior de La Chicotá, donde gracias a las estufas se podía tomar asiento fuera del pequeño restaurante en la calle Navas, la cual estaba a rebosar de gente con el mismo plan que nosotros.

—¿Qué ha pasado? —insistió Caleb.

—¿Algún suspenso a la vista? —quiso averiguar Andrea—. Como sea eso… de verdad, no puede afectaros tanto un suspenso. —Me miró con reprobación—. Porque no me habéis dejado, pero habría arrastrado a Leticia hasta aquí… no sirve de nada quedarse en la habitación lamiéndose las heridas.

Negué con la cabeza.

—No he suspendido nada.

—¿Entonces? —quiso saber Andrea.

—Entonces sucede algo, efectivamente —añadió, perspicaz, Caleb.

Cogí aire y, en un rápido movimiento, coloqué el móvil sobre la mesa con la conversación abierta. Caleb y Andrea se inclinaron para descubrir qué les enseñaba, y se pusieron a leerla.

—Oh, vaya… —dejó caer Andrea, que había sido la primera en terminar—. Me imagino que es él, *Hugo*. —Utilizó una entonación especial para referirse a él.

Asentí y miré a Caleb, que estaba sospechosamente callado.

—¿Caleb? —insistí ahora yo. Necesitaba saber qué opinaba sobre ese intercambio de mensajes.

—No le has contestado —apuntó entonces, mirándome.

—No.

—¿Por?

—¿Cómo que por qué? Porque es un estúpido engreído. —Lo miré sin entender que me hiciera esa pregunta.

—Entonces ¿por qué le escribes? Podrías haber borrado su número y haber evitado esta conversación.

Me mordí el labio.

—¿Por qué eres así? —le reproché.

—¿«Así», cómo? —Caleb me miró interrogante.

—De duro —le aclaré tras un suspiro.

Caleb abrió los ojos como platos.

—¿Estoy siendo duro?

Se volvió hacia Andrea, quien se recolocó sobre el asiento en un claro signo de incomodidad.

—¿Estoy siendo duro? —repitió él.

—Eso, Andrea. ¿A que está siendo duro? —pregunté yo a nuestra amiga.

Y ella enseguida se excusó:

—A mí no me metáis en vuestras discusiones.

—Pero…

—No tengo opinión, lo siento.

Se cerró en banda, y Caleb y yo nos miramos de nuevo. Fui yo la primera en hablar.

—Soy incapaz de bloquearlo y borrar la conversación —confesé—. Y me fastidia mucho. Pero…

—Es tu debilidad. —Caleb completó la frase por mí—. Y no te culpes, Ava, también eres la suya, o ¿por qué crees que te escribe?

Suspiré y di un trago largo a la cerveza antes de atacar una de las tostas de anchoas.

Caleb y Andrea me examinaron en silencio, una con cara de circunstancias y el otro con el semblante serio.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Caleb.

—Nada. No voy a hacer nada —declaré, encogida de hombros.

Por supuesto, era una gran mentira, como todas las que me dispensaba a mí misma cuando se trataba de Hugo. Días después, al recibir otro mensaje, me propicié un nuevo autoengaño: tras intentar ignorarlo varias horas, lo abrí; ante mí apareció una imagen, una foto que me había enviado.

Eran unos pinceles manchados sobre un trapo con restos de pintura. La sorpresa se potenció cuando me fijé en que estaban apoyados sobre el bastidor de un lienzo. Sabía lo que significaba, así que, rápidamente y sin siquiera pensarlo, le escribí:

Yo
Estás pintando de nuevo?

No tardó en llegarme su respuesta.

Indeseable engreído
Si tú me cuentas algo tuyo de todo este tiempo, yo te cuento algo mío

Maldiciendo, salí inmediatamente del chat e intenté —de verdad que lo intenté— no caer en la trampa. Procuré no pensar en ello, pero tras esa imagen llegaron otras, como la fotografía de un cóctel de color rojizo que llamó mi atención o la puerta de una casa que debía de ser su piso, ese que compartía con Rubén; también me envió la foto de un edificio llamado Annabel's… Y así, con tal desenvoltura, al paso de los días Hugo logró entablar conversación conmigo. Sí, podría achacarlo a que era una estúpida, pero cuando intentas evitar a alguien a quien realmente quieres en tu camino… no le pones mucho empeño.

Cierto es que no le resultó tan sencillo. No cedí con facilidad, pues solo le contaba pequeños detalles, como la nota que me habían puesto en el último examen o lo que había desayunado aquella mañana; sin embargo, conforme Hugo me picaba la curiosidad con imágenes y las historias que había detrás de ellas, nuestras conversaciones iban fluyendo, hasta tal punto que, cuando me llegaba una notificación, sabía que era suya.

Hugo conocía ahora mis últimas aventuras y desventuras con las asignaturas de la carrera, mi amistad con Leticia y Andrea, incluso la nueva costumbre de ir yo sola a la playa para ver el atardecer cuando estaba en Mojácar.

Nuestras conversaciones se alargaron tanto y se volvieron tan cotidianas que incluso se aprendió mis horarios de clases y sabía qué exámenes y entregas tenía, del mismo modo que yo era conocedora de cómo iba con los lienzos, de los nervios que lo carcomían y las dudas que le asaltaban. Y no entendía cómo era posible que esas malditas dudas hicieran flaquear a alguien con tanto talento.

Sin embargo, todo dio un giro cuando una mañana de finales del mes recibí una nueva foto.

La abrí imaginando que sería el cuadro finalizado en el que había trabajado los últimos días, pero me quedé congelada.

Recuerdo que estaba aún en la cama y Leticia roncaba suavemente a mi lado, profundamente dormida. Sujeté con fuerza el móvil, casi sin parpadear, sin poder creer lo que mis ojos presenciaban.

Dos billetes de avión en su masculina mano. Uno para Rubén y otro para él. Origen, Londres. Destino, Madrid.

Debajo de la foto, una breve explicación: venían unas semanas a España. Pasarían unos días en Madrid, pero, luego, irían a Mojácar.

Sentí que el mundo se había congelado.

Febrero de 2015

Mojácar

Hugo

Cuando apagué el motor del coche que habíamos alquilado, Rubén fue el primero en bajarse con rapidez para reunirse con Jacobo, y con entusiasmo se fundieron en un sonoro abrazo.

Yo continuaba ahí dentro, y no por ganas, pues el viaje en coche de cuatro horas desde Madrid bastaba para tener una necesidad imperiosa de estirar las piernas; pero algo me había retenido y me mantenía con la vista al frente, entre los árboles donde un tiempo atrás —y no hacía tanto, a pesar de sentir que habían transcurrido siglos— había un bungaló que conocía demasiado.

Ahora no quedaba ni rastro, pero era lógico. Mi padre ya no vivía allí. Había muerto dos años atrás y los del camping retiraron aquella choza destrozada. ¿Qué necesidad tenían de mantener esas cuatro paredes derruidas?, al fin y al cabo, solo habían albergado miseria entre ellas…

Alguien golpeó fuertemente el cristal de la ventana del conductor, y, sobresaltado, volví la cabeza para descubrir a un feliz Jacobo.

—¿No vas a salir o qué? —dijo.

Respondí con una amplia sonrisa, y tras soltarme el cinturón salí del coche para abrazar a aquel chiquillo a quien recordaba siguiéndonos a todos lados y que ahora, a los diecisiete años, era más alto que Rubén y que yo.

—¿Me puedes explicar qué cojones ha pasado aquí? —le pregunté al separarme y mirándolo de arriba abajo.

—En las fotos no parecía tan grande, ¿eh? —se rio Rubén al tiempo que le palmeaba la espalda.

Jacobo nos dedicó esa amplia sonrisa que hacía tiempo que no veía en él.

Aparte de la altura, era evidente que los signos de la niñez lo estaban abandonando. El cabello oscuro le caía desordenado sobre la frente y los ojos, también oscuros; él nos miraba con un brillo divertido mientras Rubén bromeaba sobre cuánto había crecido. Los hombros se apreciaban amplios bajo la sencilla camiseta negra que llevaba y, aunque todavía le quedaba por crecer, se intuía que practicaba deporte. Su físico evidenciaba lo que ya sabíamos gracias a las numerosas conversaciones telefónicas: entre las cosas que hacía, destacaba el baloncesto, que le servía de refugio para alejarse de los problemas que siempre, siempre, perseguían a los chicos como nosotros.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Rubén—. ¿Y Mikel?, ¿César?

—Están trabajando, como Abel y… Rafa. —Al pronunciar el nombre del último, Jacobo me miró en un gesto involuntario.

Lo entendía. Las cosas entre Rafa y yo habían cambiado mucho. Realmente, había cambiado la relación que yo tenía con todos ellos, pero con Mikel, César y Abel mantenía el contacto, y las veces que yo había ido a Mojácar nos habíamos visto. Sin embargo, con Rafa… con Rafa no. Y era mejor así. Sabía que seguía metido en la misma mierda. Los demás se dejaban arrastrar de algún modo u otro; no como antes —cuando éramos unos auténticos gilipollas—, pero, al fin y al cabo, en algo andaban.

Odiaba que Rafa fuera el detonante de todo, pero por el momento dejaba tranquilo a Jacobo, y con eso me sentía en paz.

—Bueno, luego nos veremos, claro —dijo Rubén para quitar hierro al asunto—. ¿Vamos a tomar algo? —le propuso a Jacobo.

Este asintió y sonrió de nuevo.

—De hecho, hemos quedado con alguien —dejé caer.

Y Rubén me miró extrañado.

—¿Con quién? —quiso saber.

Pero algo llamó su atención por encima de mi hombro, e incluso antes de volver la cabeza adiviné, por el cambio en su expresión, que ahí estaba ella.

Raquel, a quien hacía demasiado tiempo que no veíamos; parecía que el tiempo no hubiera pasado para ella.



—Así que os vais el fin de semana a Granada… —dijo Raquel, dejando escapar el humo entre los labios.

—Eso nos ha pedido Jacobo. Ha insistido en ver aquello, también él quiere disfrutar de una salida sin que nadie nos juzgue ni mire por encima del hombro.

Raquel sonrió al oír mis palabras.

—Es curioso cómo, a pesar del tiempo, todos siguen con el mismo cuento.

—No ha pasado tanto tiempo realmente… —dejé caer yo.

Continuábamos en el camping, sentados en aquel lugar que había sido nuestro sitio. Ya estaban ahí Abel, Mikel y César, que parloteaban animados con Jacobo y Rubén mientras preparaban el fuego para una barbacoa improvisada.

Por un instante me pareció que habíamos retrocedido en el tiempo, y se me encogió el pecho al tener que recordarme que Iván no llegaría en cualquier momento soltando alguna de sus bromas.

Raquel y yo estábamos más apartados, sentados en unas sillas de plástico mientras contemplábamos la escena y hablábamos con tranquilidad, tal como siempre habíamos hecho nosotros dos.

—Así que la vas a ver —habló ella, mirándome con sus grandes ojos.

Sabía a quién se refería, a Ava, y me encogí de hombros.

—No le he dicho que iría allí, así que no sé si la veré o no —confesé.

—Vas, curiosamente, a Granada, donde ella estudia —comentó Raquel al tiempo que sacudía la ceniza del cigarrillo.

Negué con un gesto de cabeza.

—Ha sido por la insistencia de Jacobo…

—Por favor, Hugo. —Raquel puso los ojos en blanco, descartando con el gesto mi explicación—. Deja ya de hacerte el tonto.

—No lo hago. Solo estás dando por hecho que la voy a ver. Pero, ni la he avisado, ni sé dónde estará. Granada es muy grande.

—Y tu tontería también —sentenció ella, y volvió a echar el humo, pero esta vez creando formas de oes.

Sonreí. Raquel siempre tan directa.

—Te echaba de menos, joder. ¿Por qué no te vienes? —le pregunté.

La sonrisa que había comenzado a esbozar se apagó lentamente.

—No creo que sea buena idea, Hugo.

Me fijé en que dirigía la mirada hacia Rubén.

—¿Por qué? Eso es del pasado… —No pude ignorar que se tensaba, y entonces me di cuenta —. ¿O no lo es?

Mi amiga me buscó con su mirada de grandes ojos y sentí todo el tormento que en ella había.

—Es complicado.

—Pues cuéntamelo —le pedí con determinación.

Raquel me miró ladeando la cabeza, con suspicacia.

—¿Como tú me hablas de Ava? —contraatacó ella sin dilación—. ¿O como me hablas de la chica de Londres?

—¿Cómo? —pregunté sorprendido.

Ahora era Raquel quien sonreía.

—¿De verdad crees que no sé que allí te espera una chica? No me tomes por tonta, Hugo, porque no lo soy, y lo sabes de sobra. Además, te conozco demasiado como para pasar por alto que no hayas escrito directamente a Ava. Algo te carcome.

—¿Y has deducido que es una chica porque…? —quise saber.

—Instinto femenino. —Sonrió orgullosa de sí misma.

—¿Tienes otro cigarro? —le pedí, algo derrotado.

Raquel soltó una corta carcajada que llamó la atención de todos, en especial la de Rubén, quien la miró con ojos de cordero degollado.

—¿Quién es ella? —inquirió Raquel, simulando con gran maestría que no había notado la mirada.

Guardé silencio mientras ella me tendía el cigarro, y poco después, los chicos, al ver que estábamos hablando entre nosotros, se centraron en sus conversaciones; también Rubén, a pesar de lanzarle una mirada de vez en cuando.

—No me está esperando en Londres —le dejé claro.

Sin embargo, al decirlo no me sentí muy seguro de esas palabras, pues desde que había emprendido mi viaje, Rosie me había mandado varios mensajes casuales, yo se los había contestado.

—Hugo… venga, háblame de ella —insistió Raquel—, y ya decidiré yo si te está esperando o no.

Me callé de nuevo, pero esta vez era un silencio distinto: sí que necesitaba compartir aquella parte de la historia con mi mejor amiga. Así pues, eso hice.

Le hablé de Rosie, de su extraña historia entremezclada con la mía. Le hablé del enigma que para mí envolvía a aquella chica que parecía tenerlo todo, incluso la soledad aplastante y cruel, pues Rosie sabía que aquellos con quienes trataba no la acompañaban de verdad. No la gran mayoría. Como ella me decía, solo eran «secundarios en su vida».

Raquel escuchó sin interrumpirme, incluso cuando, irremediablemente, entró en escena la parte de Ava.

—Entonces —dijo Raquel— ¿por qué has vuelto a escribir a Ava si no vas a verla?

Guardé silencio y aparté la mirada de la suya, que interpretó mi gesto:

—Vas a verla.

—No lo sé, Raquel. Como bien sabes, es complicado. No tengo nada con Rosie… nada serio. Y por otro lado, efectivamente, ¿qué sentido tiene haber retomado el contacto con Ava? Si al menos mi futuro próximo está en Londres…

Suspiré con pesadez.

—Pero, joder —proseguí—, no hay un segundo que no piense en ella, Raquel. Incluso cuando me dieron la noticia, cuando George hizo esa llamada, cuando estuve con él seleccionando los cuadros, cuando me extendieron el cheque… siempre la tuve a ella en mente. Siempre quería compartir aquellas noticias con ella, incluso no me parecieron reales hasta que se lo pude contar hace unos días…

Raquel me estudió en silencio, y finalmente dibujó una lenta y sincera sonrisa, me agarró con suavidad del mentón para volverme el rostro hacia el suyo.

—La quieres. Siempre la has querido y siempre la querrás. Lo que ocurre ahora es que otra persona está adentrándose en tu vida, colándose bajo tu piel y, déjame decírtelo, eso es algo complicado que no podrás controlar; además, ¿para qué? A veces debemos entender que algunas cosas no están destinadas a ser. —Raquel me dio unos instantes para que sus palabras cuajaran —. No te cierres en banda, Hugo, puede que Rosie sea la persona que te ayude.

—¿Que me ayude a qué?

—A olvidar a Ava.

—Pero ¿y si no quiero?

Raquel suspiró.

—Solo tú puedes tomar la decisión; al fin y al cabo, tendrás que escoger. Quieras o no. O tu pasado, o tu futuro.

Justo en ese instante, alguno de los chicos debió de decir algo sumamente gracioso, pues todos estallaron en carcajadas rompiendo el momento entre Raquel y yo.

Ambos fijamos la atención en ellos, que ya ponían la carne sobre la parrilla, ajenos a nuestra intensa conversación. Sin embargo, Raquel todavía tenía cosas que decir:

—Ya no es lo mismo estar aquí, ¿sabes?

La miré cuando volvió a hablar, y no pude ignorar el dolor en su voz.

—Cuando os fuisteis —continuó, con la vista al frente—, fue insoportable. Vuestra ausencia señalaba aún más la de él…

Sabía que se refería a Iván y, sin pensarlo, busqué su mano, pero me sorprendió cuando a mitad de camino fue la suya la que encontró la mía para apretármela con fuerza.

—Lo sé, Raquel. Ya lo sé —susurré.

—Por eso tuve que irme, no podía soportarlo.

—Tendrías que haberte venido con nosotros; de hecho, todavía puedes hacerlo. Ven con nosotros a Londres.

Su mirada —con esos ojos tan grandes que de pequeños la chinchábamos tildándola de dibujo animado— se clavó en la mía.

—No puedo, y lo sabes. Rubén y yo… no puede ser.

—¿Por qué no? —quise saber.

Sin embargo, no necesité que lo dijera; al fin y al cabo, estaba presente en nuestra conversación: por Iván.

—No sería justo para Rubén. Nunca seríamos dos en esa relación, y no se merece eso.

—Ni tú, Raquel —le dejé claro.

Raquel se incorporó de la silla deshaciéndose del cigarro prácticamente sacudido.

—En efecto. ¿Por qué crees que no voy a Londres? —Me dedicó una sonrisa tristona—. En fin, me vuelvo a Almería. Mañana trabajo y me queda un interesante camino de regreso.

La imité y me puse en pie con una sensación agridulce. Entendía su decisión, pero no la compartía. Raquel se merecía mucho más de lo que se estaba dando.

Sin darme tiempo a añadir nada, me abrazó con fuerza y apreté su pequeño cuerpo contra el mío. Noté que se ponía de puntillas para apoyarme el mentón sobre el hombro.

—Alcanza tus sueños, Hugo. Eres el único de todos nosotros que lo va a conseguir. Lucha por ellos como solo tú sabes hacer. Hazlo por quienes éramos, por los Kaura, ese grupo perdido que ya está casi olvidado.

No me permitió decir mucho más, tan solo se separó de mí y, tras dar una rápida despedida a los chicos, también a Rubén, se alejó.

Me quedé pensativo tras sus últimas palabras, y me di cuenta de que, aunque siempre había querido huir de todo lo que habíamos formado justo en aquel lugar, no podía permitir que los Kaura quedaran en el olvido. Porque parte de lo que era se debía a esos chicos que, años atrás junto al fuego de un contenedor, se prometieron estar juntos y protegerse de aquel mundo que había decidido cerrarles las oportunidades, y otorgarles solo decadencia, violencia y una mala vida.

Ahí fue cuando recordé que esos chicos que tenía delante eran realmente los únicos que podían entenderme, pues mis experiencias habían sido las suyas. Fueron los que estuvieron ahí en los peores momentos, y estarían en los mejores.

Los Kaura no se olvidarían.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

—Bueno —continúa Miguel—, todo esto es muy interesante. De hecho, es una de las entrevistas más curiosas que he hecho —me asegura, lanzando una mirada al cámara.

Este asiente a regañadientes.

—Me alegro —sonrío.

Sin embargo, supongo que muchas, lo que se dice muchas, no ha hecho. Pero me da igual, he de reconocer que esta resulta diferente y divertida.

—Me gustaría ahora que me contaras ese momento clave.

—¿Perdón? —Lo miro sin comprenderlo.

—Sí. A ver, nos has contado cómo te descubrieron de casualidad, pero ahí todavía no estabas consolidado como ahora. Debió de haber un momento, un instante, ese momento clave en el que ya no hubo vuelta atrás.

Asiento lentamente al entender por fin la pregunta.

—¿Nos lo puedes compartir?

Por supuesto, tuve que retroceder de nuevo en el tiempo.

Febrero de 2015

Granada

Ava

—Venga, Ava, no me hagas esto —lloriqueó Grace.

Me volví para mirarla, colocando los brazos en jarras.

—Grace, de verdad, no entiendo que no lo comprendas —me quejé—. ¿Tengo que explicarte por qué no puedes salir sin mí, ahora que se te ha roto el móvil?

—¡Pero no voy sola! —insistió mi hermana pequeña.

—Oh, claro. Me siento mucho más tranquila sabiendo que estás con tus otras tres amigas.

—Si pasa algo, ellas tienen móvil —contraatacó la incansable de Grace.

Estábamos en mi habitación del colegio mayor. Era sábado y Grace había llegado aquella mañana para estar conmigo, aunque no tardé en descubrir que en realidad habían venido con ella sus tres mejores amigas —Ángela, Lourdes y Esther— para pasar un desenfrenado fin de semana de fiesta.

Por supuesto, habían ocultado convenientemente esa parte de la información, hasta que descubrí a mi querida hermana rebuscando en mi armario algo sexy para ponerse aquella noche.

Podría haber usado la baza de llamar a nuestra madre, pero ¿a quién quería engañar? Sabía perfectamente que estaría de acuerdo con el plan alocado de mi hermana, vamos, no me extrañaría que hubiera sido ella el engranaje clave de la dichosa idea.

En el fondo no tenía problema en que mi hermana saliera con sus amigas. Siempre que estuviéramos comunicadas, por supuesto, por lo que no pensaba pasar por alto el pequeño detalle de que su móvil se hubiera roto.

—Venga, Ava. Es importante —insistió Grace una vez más, ahora cambiando de táctica. Pasó de chillar a suplicar—. No puedo quedarme sin salir.

—Siempre podéis salir por donde salgamos nosotros —le propuse.

—¡Sí, claro! —bufó Grace—. Con mi hermana mayor y sus amigos. ¡Lo que faltaba!

—¿Por qué siento que debería ofenderme tu reacción?

Grace puso los ojos en blanco y se dejó caer con mala leche en la cama. Fulminé con la mirada las arrugas que su gesto había causado en mi impoluta colcha.

—Porfa, Ava. De verdad. Te doy lo que quieras.

—Grace, no quiero nada. ¿Y por qué esa desesperación? —pregunté, suspicaz.

—¿Cómo que «por qué»? Han venido todas mis amigas, ¿y voy a fastidiar el plan yo? ¡ME MUERO!

—Venga, venga. Deja de dramatizar. Te estoy proponiendo mogollón de opciones.

Grace arqueó la ceja en clara indignación.

—Sí, claro. O no salir, o salir adonde narices vayáis vosotros, los viejos.

—¿Me acabas de…?

—No sé si te has dado cuenta, pero yo empiezo la universidad el año que viene, y tú ya la terminas, Ava. ¡Por Dios! Estamos en distintos ambientes. ¡Si ni te gusta la misma música que me gusta a mí!

Grace volvió a los lloriqueos.

Suspiré, empezaba a notar cierta molestia en la cabeza. Sí. Tratar con una adolescente resultaba más difícil de lo que había imaginado.

Entonces se me ocurrió la idea:

—¿Y si te dejo mi móvil?

El lloriqueo cesó al instante, y Grace me miró atenta, con los ojos como platos.

—¿Sí?

—Bueno, puedo dejarte mi móvil, metes tu tarjeta SIM y…

—¡Sí, sí! —Grace se levantó de la cama y corrió hacia mí—. ¡Eres brillante, Ava!

—Espera, espera —le dije, procurando que no nos cayéramos al suelo cuando se puso a saltar tras el abrazo—. Si hacemos eso, yo me quedo sin móvil, así que tendrás que escribir a…

—A Caleb, Leticia, Andrea, a quien quieras —me interrumpió ella, completamente alterada.

Se separó de mí para rebuscar en el bolso, de donde sacó su inservible móvil. Yo, ya resignada del todo, mandé un mensaje a Leticia para que no se retrasara, y luego avisé a Caleb y a Andrea de que escribieran a Leticia en caso de querer contactar conmigo.

Acto seguido, me dispuse a apagar el teléfono para pasárselo a mi hermana, quien de pronto tenía la urgente necesidad de rebuscar en mi maquillaje para pintarse los labios.

Mientras Grace se emperifollaba, me resultó inevitable no pensar en él. Sabía que se encontraba en España, que había pasado unos días en Madrid, y que ahora seguramente ya estaría en Mojácar.

Después de que me pasara una foto de la plaza del Sol de Madrid, no nos habíamos escrito más; según su último mensaje, estaría ya en nuestro pueblo. Lo que yo no sabía era cuántos días se quedaría allí, y no pensaba preguntárselo.

Yo había sido la última en escribir en nuestro chat, así que…

Joder. ¿Y si me escribía esa noche?

No quise darle más vueltas. Sujeté el móvil con fuerza, saqué mi tarjeta SIM sin titubear y se lo tendí a Grace para que metiera la suya.

Debía aceptar que Hugo ya nunca más formaría parte de mi presente, incluso ahora que la distancia entre nosotros era mínima, con respecto a la de unas semanas atrás.

Pasados esos días, volvería a Londres, donde continuaría con su vida, luchando por su sueño. Y estaba convencida de que lo lograría…

Sin pensar más en él, me dirigí al armario mientras Grace informaba a sus amigas de que su teléfono ya estaba operativo.

Esa noche sería tranquila, una noche más de nuestra vida en Granada.
Tenía que dejar de pensar en aquel chico de ojos como el hielo…

Febrero de 2015

Granada

Hugo

Nunca nada es como te lo esperas. Por lo menos, la mayoría de las veces.

Habíamos cedido al ruego de Jacobo de ir a Granada, y no lo habíamos hecho solos. A Rubén, a Jacobo y a mí nos acompañaban César, Mikel y dos amigos de Jacobo: Raúl y Mario.

Habíamos llegado por la mañana, y nos habíamos pateado la ciudad para conocerla, disfrutando de su arquitectura y gastronomía; por supuesto, también de su gente. Era inevitable compararlo con Londres; sí, poco a poco habíamos cogido cariño a la ciudad, pero nada había como la gente y el ambiente de las ciudades y los pueblos de España…

Nos sentíamos como en casa, a pesar de estar conociéndola. Evidentemente, se respiraba un ambiente universitario, y ya por la tarde —que nos detuvimos en algunos bares—, varios grupos de chicas se entremezclaron con nosotros, tonteando y prometiendo que nos veríamos más tarde; y sin darnos cuenta, la noche nos había recibido con los brazos abiertos.

Sin embargo, en algún momento de la noche, Jacobo desapareció con sus dos amigos. Rubén, Mikel, César y yo acabamos en una calle estrecha —Azacayas—, repleta de pubs con mucho ambiente y, entre bromas y anécdotas, nos adentramos en una calle aún más estrecha; tras descender por unas escaleras, nos metimos todos en un club que estaba a reventar.

Cosas del jodido destino, pero a Rubén le pareció un buen lugar en el que pasar el resto de la noche. A César lo convenció el grupo de rubias que iba delante de nosotros y que se adentró en el local sin titubear; y a Mikel y a mí nos convencería siempre que tuvieran cerveza bien fría.

Entramos.

Y el jodido mundo se paralizó.

Al echar un vistazo entre el bullicio de la gente, una mirada conectó con la mía. Una que conocía muy bien.

Una que hacía demasiado tiempo que no veía salvo en mis recuerdos.



Los chicos dejaron de existir para mí. Qué digo, «los chicos»; alrededor, todo desapareció. Salvo ella; ella y la distancia que nos separaba.

Aún sin poder creerlo, acorté las distancias mientras observaba cómo ella, entre la multitud, también se me acercaba, esquivando a la gente que disfrutaba de la fiesta.

No podía apartar la mirada de la suya a pesar de la cantidad de gente que había en el local, a pesar de la música y de la iluminación parpadeante que en ocasiones me dificultaba la identificación de lo que tenía enfrente.

Nos detuvimos cuando quedaban escasos pasos entre nosotros. El tiempo también se detuvo, como si nos permitiera estudiarnos con calma, como si nada más importara, y es que no lo hacía.

Ava estaba delante de mí, y, joder, ¿de verdad había dudado en volver a verla?

Sin embargo, lo entendía. Mi subconsciente sabía que, si la veía de nuevo, ya nada más importaría.

—Eres tú. —Fue ella quien rompió nuestro silencio.

Sonreí, joder. La había echado tanto, tanto de menos…

—Hola, Ava —respondí, controlándome.

Debía ser cauto. Si decía lo que pensaba en ese instante, podría asustarla, así que estudié sus rasgos, esos que era capaz de pintar casi con los ojos cerrados a pesar de que, desde la última vez que nos habíamos visto, algunas diferencias sutiles se perfilaban en su cuerpo: Ava ya no era una adolescente.

Su figura era un poco más curvilínea, lo había notado mientras nos aproximábamos entre la gente, y los rasgos faciales se le habían afilado. Joder, seguía tan guapa que quitaba la respiración.

Sus impresionantes ojos de color azul marino; la piel pálida salpicada con esas pecas que se le notaban más en verano; su largo pelo pelirrojo, del cual incluso en la oscuridad se apreciaba el brillo… Y sabía que, si me inclinaba, podría percibir ese olor que me hacía la boca agua.

—¿Qué tal estás? —rompí de nuevo el silencio, temeroso de cometer alguna locura si no lo hacía, porque ¿qué pasaría si me dejara llevar y la besara sin más?

Ava sonrió y mi mirada fue directamente a estudiar el tentador gesto.

—Bien. Muy bien —respondió, puede que ajena a todo lo que me hacía sentir.

¿De verdad que se te podía poner dura con una sola sonrisa? Jodidamente cierto.

—He visto a Caleb por ahí al fondo —comenté en un intento de distraerme con una conversación cordial—. Él no me ha visto, pero parece que esté bien.

—Está mejor que nunca —dijo Ava, todavía sonriente.

¿Era consciente de que sentía su mirada en la piel?

—Me alegra saberlo —respondí.

Contuve las ganas de tragar saliva, pero antes de encontrar algún otro tema absurdo, Ava, como siempre, fue directa:

—Hugo, ¿qué haces aquí?

Joder.

—¿Aquí o…?

—En Granada.

Por fin, la pregunta. La puta temida pregunta.

—Estoy de paso.

Esa fue mi respuesta, y no era mentira. No formaba parte de nuestros planes iniciales pasar por Granada, y no lo habríamos hecho de no haber sido por la insistencia de Jacobo; sí, ese que

de pronto había desaparecido con sus colegas.

Ava asintió ante mis palabras, como si meditara si creerme o no, cuando alguien la empujó hacia delante debido a un paso de baile entusiasta. Ava no llegó a chocar conmigo, pues recuperó el equilibrio casi al instante, pero… pero nuestras manos se rozaron.

Un sencillo gesto, incluso inofensivo. Sin embargo, fue como un fogonazo intenso que se originó en el contacto y me recorrió todo el cuerpo, disparándome las pulsaciones, los pensamientos y… y mis ansias por ella.

Nuestras miradas conectaron como si fueran imanes.

—Ava…

—Sabías que estaba aquí —añadió ella entonces.

Aunque sentí que era más bien una pregunta. Cogí aire.

¿Sabía que estaba ella aquí? Joder, era imposible ignorar esa casualidad entre… ¿cuántos bares había allí?

Puñetero y caprichoso destino.

Sonreí lentamente antes de responder con sinceridad.

—No sabía que estabas aquí… —comencé a decir.

Pero antes de que terminara de hablar, Ava me interrumpió completando la frase por mí:

—Ha sido una casualidad.

Ambos sonreímos abiertamente, porque era imposible ignorar aquel hecho, porque de pronto nuestra relación se sentía siempre así, como una casualidad tan imprevista, tan… fugaz.

La expresión de Ava cambió, y pude leer perfectamente en sus ojos —esos que me tenían a sus pies desde el momento en que nos hablamos directamente años atrás en aquel aparcamiento — la determinación que yo estaba intentando contener.

Estábamos metidos en problemas pues, ¿podíamos mandarlo todo a la mierda y dejarnos llevar? Junté mi frente con la suya y su olor me envolvió, poniéndome dolorosamente a prueba.

—Joder, Ava… no he venido solo —dije al fin.

Me refería a los chicos, sí; pero en el fondo también me refería a Rosie, que, como bien me había hecho ver Raquel, me esperaba en Londres.

—Entonces ¿por qué has venido a buscarme?

Su pregunta tenía una clara respuesta, y es que cuando se trataba de ella, no había otra elección. Solo ella. Así que, dispuesto a no estropearlo con palabras, guardé silencio y no perdí más el tiempo; o más bien no lo perdimos, porque yo la busqué a ella, pero ella también a mí.

Nuestros labios se encontraron y fue como cada vez. Intenso, arrollador, diciéndonoslo todo con aquel beso que parecía saciar una sed imposible de combatir si no era con ella.

Depositamos a un lado cualquier cosa que no fuera ese instante, y necesité todo el autocontrol para no dejarme llevar y clavarme entre sus piernas contra la primera pared que encontrara en aquel local atiborrado de gente, pero ¿a quién le importaba la gente, cuando ella te estaba besando de aquella manera?

Podría habernos detenido.

Podría haber sido la voz sensata, pero preferí dejarme llevar. Y cuando ella interrumpió el beso únicamente para cogerme de la mano y tirar de mí, la seguí sin dudar.

Tampoco podría haber hecho otra cosa.

Cuando se trataba de Ava y de mí, resultaba muy difícil anteponer la razón a nuestros sentimientos. O eso era lo que yo pensaba…

Febrero de 2015

Granada

Ava

Aún lo pienso y no sé cómo llegamos hasta mi habitación sin perdernos.

Granada y sus calles fueron testigo de nuestras innumerables paradas protagonizadas por los largos e intensos besos, junto a caricias rápidas, de esas que están deseosas de más.

En algún momento de aquella fiebre que nos entró, Caleb y las chicas cruzaron mi mente, pero Hugo y sus deliciosos besos se encargaron de borrar cualquier cosa que no fuera él.

Así que cuando chocamos contra la puerta de mi habitación dentro del colegio mayor, oímos un reproche a nuestras espaldas, pero Hugo y yo lo ignoramos, y una vez abierta la puerta del dormitorio, entramos con urgencia, violentamente, como nunca antes nos había ocurrido.

No hubo palabras, solo el sonido de nuestras respiraciones y de nuestra ropa al caer al suelo con desorden, por cualquier lado. La luz de la habitación estaba apagada, pero la única ventana quedaba frente a una de las farolas que alumbraban la calle de esa zona prácticamente desierta, así que podíamos vernos gracias a la luz dorada que se colaba tras el visillo blanco.

Nuestros labios se separaron cuando yo me quité el jersey y Hugo la sudadera, y ahí ralentizamos el ritmo, quizá porque sospechábamos que teníamos que grabar a fuego cada gesto, cada caricia, cada mirada.

Hugo me contemplaba atento, atendía a cada rincón de mi cuerpo expuesto, pero en vez de intimidarme, me sentí la chica más sexy del universo. Y es que cuando Hugo te observaba así, entre hambriento y reverencial, no podías sentirte de otra forma.

No era el único que contemplaba, pues yo también me deleité con avidez ante su cuerpo expuesto, descubriendo la tinta que le cubría el pecho y hasta casi la mitad del cuello.

Di varios pasos hacia él y con los dedos reseguí aquellos nuevos trazos, descubrí esos dibujos desconocidos para mí; sin embargo, Hugo me sujetó de la mano para reposarla sobre su pecho.

Levanté la mirada para encontrarme con sus ojos, y por fin habló:

—No tenemos que seguir, Ava. Nos hemos dejado llevar, pero podemos…

—¿Es que tú no quieres seguir? —pregunté.

Y de pronto, las manos de Hugo me sujetaron por las caderas para acercarme aún más a él.

—¿De verdad que debo contestarte a eso? —susurró, y unió nuestras caderas, permitiéndome notar su excitación.

Decidí continuar donde nos habíamos quedado y, buscando de nuevo sus labios, que me recibieron con auténtica hambre, dirigí las manos a la cremallera del vaquero.

Sus manos me imitaron, y cuando las últimas piezas de ropa cayeron al suelo guie a Hugo hacia mi cama para obligarlo a tumbarse; no puso especial resistencia.

Y ahí, tumbado en la cama de aquella pequeña habitación compartida, ese lugar donde yo pasaba tardes y noches estudiando, observé a Hugo completamente desnudo al tiempo que él me examinaba con esa mirada hambrienta; sin embargo, bajo esa lujuria había algo más, algo que, a pesar del tiempo transcurrido, seguía ahí, intacto.

Era ese sentimiento que nunca habíamos nombrado pero que nos mantenía unidos a pesar de la distancia, a pesar de los años.

Debí de quedarme quieta más tiempo de lo normal, pues Hugo se incorporó y se sentó en la cama; antes de que rompiera el silencio, me acerqué a él, le acaricié el oscuro pelo y con el gesto incliné su cara para volver a besarnos.

El beso fue más lento esta vez, quizá porque los pensamientos empezaban a martillearme; al fin y al cabo, resultaba imposible ignorar la intensidad de nuestras miradas, de nuestras caricias.

Las lenguas danzaron en unión y finalmente me puse a horcajadas sobre Hugo, rozando su dura erección contra mí y haciéndonos sisear por el contacto, sobre todo cuando empecé a mover las caderas con suavidad, en un ritmo constante y delicioso que nos disparó el pulso y la respiración.

Noté la urgencia de Hugo, pues ahora acompañaba con sus caderas el trayecto de las mías, y al sentir sus manos apoyadas en las nalgas para apretarme con fuerza, se me escapó un jadeo.

—Ava… —ronroneó él al tiempo que deslizaba esa peligrosa boca por mi cuello, mandando escalofríos por todo mi sistema nervioso.

No dejé que continuara, aparté el cuello de sus atenciones y lo empujé por el pecho; al pillarlo desprevenido, quedó nuevamente tumbado sobre el colchón.

Me miró entre confundido y convenientemente intrigado, como me indicaba la sonrisilla canalla que se esbozó en su masculino rostro y que avivó esos sentimientos a los que yo no quería prestar atención.

Prefería centrarme en la pura necesidad que me invadía, esa que me mantenía la piel erizada, la respiración agitada; prefería saciar levemente esas punzadas de necesidad entre las piernas, con un nuevo movimiento de mis caderas contra las suyas.

Hugo siseó mientras me sujetaba de las caderas y me miraba con absoluta lujuria, y a pesar de morirse de ganas por tomar el control —lo sabía—, me dejó hacer. Así disfrutó del roce de nuestros cuerpos hasta que yo, incapaz de soportar más aquella necesidad, le puse el preservativo y, sin más preámbulo, lo introduje poco a poco dentro de mí, regalándonos uno de los momentos más sensuales que habíamos vivido juntos.

Hugo seguía con sus manos sobre mí, acompañándome en el movimiento constante que yo marcaba, con las miradas conectadas; y conforme me movía, logrando que su erección entrara y saliera de mí con contoneo, nuestras respiraciones se agitaban más y aumentaba la necesidad de acelerar. Así lo hice.

Al sonido de nuestras respiraciones se le unió el de los muelles del viejo colchón, lo que nos hizo reír. Hugo me sonrió y, sorprendiéndome, se incorporó permitiendo que nuestros labios se volvieran a encontrar.

Con las manos me sujetó de la cintura para acompañar el constante movimiento que nos estaba conduciendo a la gloria.

Un jadeo se me escapó cuando Hugo jugueteó con el clítoris, y me incliné levemente hacia atrás para propiciarle el acceso.

Eso fue mi perdición, porque al inclinarme, Hugo tuvo más facilidad de maniobra con sus caderas, y en tres sencillos empujes alcancé el orgasmo más intenso que podía recordar.

Cuando terminé, volví lánguidamente a sus brazos en busca de los labios, todavía con él dentro de mí, dispuesta a continuar para que él también se corriera.

—¿Cómo quieres…? —le pregunté comenzando a separarme.

Pero Hugo impidió que terminara la frase.

—Te quiero exactamente como estás, Ginger, cabalgándome y dándome el mejor espectáculo que he podido ver.

Sus palabras me provocaron la risa, pero Hugo se encargó de sustituirla por gemidos. Se ocupó de ello durante media hora.

Febrero de 2015

Granada

Ava

Por supuesto, la lucidez acabó por llegar.

Tras tres orgasmos por mi parte, para ser exactos. Y es que, cuando Hugo dijo que debería escribir a sus amigos para avisarlos de lo que había sucedido, decidí acordarme de que también yo los tenía, y, peor aún, de que tenía a una hermana pequeña despendolada por Granada y a la que no había prestado la mínima atención.

Salté de la cama como una histérica; tanto, que, tras darle a Hugo una acelerada y simplificada explicación sobre lo que ocurría, me ofreció su teléfono para llamar a Caleb.

Respondió al segundo tono.

—¿Sí? —preguntó.

Se oía música de fondo.

—Caleb, soy Ava —respondí.

—¿Ava? ¿Dónde cojones te has metido? Llevas casi dos horas sin dar señales…

—Lo sé, lo sé, y perdóname, pero…

—Pero tenías una urgencia, ¿no? —me interrumpió, picajoso.

De pronto lo oía mejor, supuse que había salido a la calle o se había metido en los baños.

—Una urgencia llamada Hugo —añadió.

Levanté la mirada, y la media sonrisa de Hugo mientras se vestía me indicó que oía la conversación o parte de ella.

—Eh… —comencé.

Pero, de nuevo, mi mejor amigo me interrumpió:

—Ni te molestes, pelirroja. Os hemos visto en el local. Era imposible ignoraros, con toda esa energía lujuriosa y animal que nos rodeaba.

—¿Qué dices? —me quejé.

Me di la vuelta para quedar de espaldas a Hugo, pues sentía que mis mejillas tenían más calor del habitual.

—Ahora me dirás que os habéis ido a charlar tranquilamente por la Alhambra, ¿verdad?

Suspiré.

—Bueno, te llamaba para informar de que estoy bien…

—Ajá —pronunció simplemente.

Imposible no imaginar la sonrisa de sabiondo que Caleb debía de dibujar en ese momento.

—… y también quería saber si Grace ha dado señales de vida.

—Ah, sí. Nos ha escrito hace una media hora, así que puedes estar tranquila. Están todas juntas en un garito y nos ha pedido que cuando nos marchemos la avisemos para esperarnos por la catedral.

—Vale, vale —respondí aliviada.

—¿Vas a venir o prefieres esperar en la habitación, bonita?

Puse los ojos en blanco porque sabía que ese sarcasmo divertido y picajoso camuflaba el sermón que me caería más tarde por no pensar en las consecuencias cuando tenía a Hugo delante.

—Pues en un instante te lo digo —le comenté.

Me volví hacia Hugo, que me esperaba sentado en la cama.

—Dile a Hugo que sus amigos están con nosotros.

Abrí los ojos como platos.

—Me han reconocido —continuó Caleb— y nos han venido a saludar en cuanto habéis desaparecido del local. Muy majos; y, entre tú y yo, a Rubén le mola Leticia, está entrándole a saco.

Me reí sin poder creérmelo.

—Luis dice que está a punto de lanzarse, yo creo que Leticia se hará de rogar. Te voy contando.

Y sin darme tiempo a añadir nada, Caleb me colgó. Sonriente, miré el teléfono y me acerqué a Hugo para devolvérselo.

—Gracias. Tenía que avisarlo y saber de mi hermana.

—Nada —asintió Hugo mientras lo cogía y se incorporaba de la cama.

—¿Sabes?, Rubén está intentando ligar con Leticia.

—¿«Intentando»? —Un brillo divertido emergió en los ojos azules de Hugo.

Y su modo de observarme provocó en mí el inicio de un aleteo burbujeante que me pareció absurdo por lo que habíamos hecho escasos minutos atrás.

—Eso parece, aunque no sé qué…

No terminé la frase, pues de pronto oímos que se abría la puerta de la habitación.

La sorpresa fue monumental cuando en el umbral apareció Grace, sí. Pero no venía sola.

Tras ella se encontraba alguien que tanto Hugo como yo conocíamos muy bien.

Jacobo.



—¿Qué significa esto? —pregunté histérica.

Mi hermana y compañía se habían quedado congelados por la sorpresa de encontrarnos a Hugo y a mí en la habitación.

—¿Ups? —tuvo la caradura de decir Grace.

—¿Cómo? —le contesté en tono amenazador.

Fui hacia la puerta, que aún estaba entreabierta y, fulminándoles con la mirada, les hice un gesto para que pasaran.

Ambos mostraron su inteligencia al obedecer en silencio.

—¿Me puedes explicar qué significa esto? —le pregunté cuando cerré la puerta detrás de mí.

Hugo miraba a Jacobo sin ocultar que la escena le había dejado alucinado, como a mí.

—Acabo de hablar con Caleb y me ha dicho que le habías dicho que estabas con tus amigas, que te avisáramos cuando… —No terminé la frase, pues yo misma me di cuenta de la absurda mentira que nos había colado a todos—. Oh, Dios, Grace.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, mira, sí, lo siento, pero es que se suponía que no tenías que enterarte —dijo la sinvergüenza.

Miré pasmada a Hugo, quien ante la respuesta de mi hermana procuró ocultar —sin éxito— una sonrisa. Por lo menos Jacobo —que, ¿desde cuándo se había convertido en ese tío alto y musculado?— parecía arrepentido de la pillada.

—Grace, ¿qué mierda de disculpa es esa?

—¿Qué quieres que te diga, Ava? No iba a hacer nada que no hayáis hecho vosotros dos antes. —Grace se cruzó de brazos con chulería.

—Estoy en mi habitación y… —Contuve el enfado en busca de la mejor selección de mi vocabulario—. Y soy una adulta que puede tomar decisiones. Tú no.

—Nos llevamos cuatro años, Ava. No te hagas la madura.

Suspiré, tenía ganas de estrangularla.

—A ver, esto. —Los señalé a ambos—. ¿Qué narices es esto?

—¿Perdón? —Grace me miró como si me hubiera salido otra cabeza.

—Me imagino que tu hermana se refiere a si esto es algo imprevisto, una casualidad de esta noche, o si es predeterminado —intervino Hugo con acierto.

Lo malo fue que desencadenó más caos porque continuó hablando:

—Aunque imagino que tiene mucho que ver con la insistencia de venir este fin de semana a Granada, ¿cierto?

Me quedé muerta, en especial cuando Jacobo, a quien iba dirigida la pregunta, asintió levemente. Por lo menos alguien parecía avergonzado, no como una que yo me sabía.

—¿En serio? ¿Estáis juntos? —pregunté sin poder creérmelo del todo.

Jacobo y Grace se miraron, y por fin mi hermana mostró signos de vergüenza en sus sonrojadas mejillas.

—En Mojácar es difícil vernos —explicó Jacobo con una voz profunda.

Arqueé la ceja. Podía entender que mi alocada hermana se hubiera quedado prendada de él, pero… oh, Dios…

¡No me lo podía creer!

—¿Por qué no me has dicho nada? —pregunté entonces a Grace.

—¿Y que reacciones así? —respondió.

—No estoy reaccionando así por vuestra historia, sino por tu mentira —le aclaré.

Efectivamente, no tenía ningún problema con que Grace estuviera con Jacobo. La época de los Kaura se había diluido con el paso del tiempo, y sabía —por mis conversaciones con Hugo— que Jacobo estaba estudiando y luchando por labrarse un buen futuro, como Rubén y él mismo habían hecho.

De pronto, la puerta de la habitación se abrió de nuevo y todos nos volvimos para descubrir a Leticia seguida de Rubén.

—Oh —dijo esta al vernos a todos—. ¿Qué hacéis aquí?

—¿Y tú? —le pregunté yo completamente atónita y sin poder ignorar a Rubén.

Él nos observaba entre intrigado y divertido.

—Joder, pensaba que tú estabas en un hotel —soltó mi amiga, sin un ápice de vergüenza—. Y tú —añadió, mirando a mi hermana—, de fiesta con tus amigas.

—Madre mía —concluí.

Y suspiré cuando Hugo me miró y comenzó a reírse. No tardé en unirme a sus risas.

Febrero de 2015

Granada

Hugo

Tras aquel extraño y peculiar fin de noche, me despedí de Ginger sin poder entrar en muchos detalles; sin embargo, me prometí a mí mismo que le escribiría o llamaría al cabo de unas horas.

Los chicos y yo habíamos alquilado un apartamento para todo el fin de semana, y no pensaba dejar las cosas así con la pelirroja. Necesitábamos hablar de lo que había ocurrido, y también de lo que pasaría a partir de aquel momento.

Imposible ignorar lo que había sucedido, pues no habíamos follado únicamente. Con Ava nunca era solo eso, y resultaba increíble cómo, con una sola mirada suya o con un simple roce, aquellos fuertes sentimientos salían a flote de un modo tal que me negaba a ignorarlos.

Cuando nos vimos al día siguiente en la cafetería que ella propuso —un tal Bohemia Jazz Café—, y su mirada me encontró mientras me esperaba sentada en un rincón de aquel peculiar lugar repleto de fotografías y junto a un batido enorme de oreo —supuse—, su favorito, supe que yo no pensaba tirar la toalla.

Y su mirada al acercarme me dijo que ella tampoco.

Fue entonces cuando comenzó uno de los periodos más felices de mi vida, pues, sorprendiendo a todo el mundo, decidí quedarme en vez de regresar a Londres con Rubén.

A George le expliqué que tenía un lugar en que trabajar —el taller de Mojácar, donde Javier me había abierto las puertas otra vez— y que, pintando allí, mi obra para la exposición que preparaban en la galería estaría lista mucho antes que si seguía trabajando en Londres dentro de mi asfixiante piso.

Por supuesto, y muy convenientemente, suprimí la parte en que me quedaba en compañía de una pelirroja que me tenía loco, y tampoco le confesé que no me importaba dejarme una pasta en las noches de hotel cuando iba a Granada, es decir, casi todos los fines de semana —que para mí empezaban en jueves—. Merecía la pena, por los momentos que viví junto a ella.

Fuimos unos inconscientes, pues no quisimos mirar de frente a la verdad. Lo camuflamos con nuestras confidencias, con conversaciones, caricias, y con los orgasmos que nos dimos durante aquel tiempo, porque febrero dio paso a marzo; y este, a abril.

Volvimos a ser el día a día del otro. Ella me mostraba su vida en Granada, enseñándome sus calles, sus recuerdos y vivencias durante el día, y en las noches nos dejábamos llevar por esa pasión que no parecía tener fin.

Pero no hablábamos de qué pasaría cuando llegara el momento en que me tuviera que ir. Nos hacíamos los tontos, los ciegos; incluso los sordos, porque, tal como Rubén me sacaba el tema a mí cada vez que hablábamos, sospechaba que a ella también se lo comentaban sus amigos, incluso su madre.

Sin embargo, abril finalmente llegó, y, con ello, la fecha de mi regreso a Londres.

Era miércoles, recuerdo que quedamos en la plaza de la Trinidad para despedirnos. Yo había pedido un taxi para que me recogiera en la plaza en una hora e ir al aeropuerto, desde donde volaría hasta Madrid; allí haría escala hacia Londres.

La vi junto al quiosco de prensa, situado en el costado de aquella plaza salpicada de grandes árboles y gente atareada que no era consciente de que me iba a despedir del amor de mi vida, porque, joder, Ava lo era.

Y no se lo había dicho porque no me atrevía a hacerle eso. ¿Cómo, si ahora tenía que despedirme?

Ella, ensimismada con el móvil, no notó mi presencia hasta que llegué a su altura, y aunque me sonrió, me dolió en el pecho.

¿De verdad que a partir de día siguiente no volvería a verla?

Se inclinó para darme un suave beso, y su olor me envolvió.

—¿Lo llevas todo? —me preguntó al separarnos.

Miré la maleta de mano y asentí.

—De los cuadros se encargó George, me los hizo enviar por mensajería —le expliqué.

Ava asintió.

—Entonces… ¿nervioso? —dijo sin borrar la sonrisa.

Me encogí de hombros.

—No mucho…

—Hugo, esta exposición puede significar el cambio que estabas buscando.

—Yo, realmente, no buscaba eso.

—Es lo que te mereces. Con el talento que tienes, sería algo terrible que el resto del mundo no lo supiera —contestó, acariciándome dulcemente.

Y yo incliné la cara hacia su mano.

—¿Sabes? —continuó—. He estado pensando que… si me envías una invitación, estaré allí para la exposición.

Abrí los ojos como platos y Ava se rio de mi expresión.

—¿Cómo?

—¿De verdad pensabas que me perdería esto tan importante para ti?

Le sonreí ampliamente, pues no me lo esperaba; sin embargo, la pelirroja continuó hablando, sorprendiéndome aún más.

—Y también he pensado que podemos intentarlo, Hugo. Tú, yo, y, sí, la distancia. Podemos organizarnos para vernos, y también… podría buscar unas prácticas allí…

Me quedé congelado ante sus palabras.

—No sé muy bien cómo se puede organizar, pero déjame investigarlo —añadió.

—Joder, Ginger —dije yo sin poder reprimir la amplia sonrisa—. Te ayudaré en todos los ratos que tenga libres para ver cómo puedes encontrar practicas allí.

Ella respondió al gesto, pero soltó un gritito cuando, tras dejar la maleta, que cayó como un ruido sordo a mi lado, la cogí entre mis brazos y nos hice girar entre risas y besos que le deposité en el rostro.

Nunca se lo podría haber pedido y, sin embargo, había salido de ella.

Todo tenía sentido. Todo tenía esperanza.

Ava y yo teníamos el mundo a nuestros pies.

Abril de 2015

Londres

Ava

Todo iba bien. Hacía algunas horas que Hugo nos había dejado a Rubén y a mí en su piso, al que había llegado dos días atrás y donde ambos me habían acogido con los brazos abiertos.

La relación entre Hugo y yo iba viento en popa, y estaba orgullosa de él y de poder compartir aquel día tan importante.

Hugo había ido a reunirse con George en la galería unas horas antes de la inauguración. Vestido con unos sencillos chinos negros y una camiseta del mismo color, se había marchado sereno y tranquilo tras repetirme que no estaba nervioso; sin embargo, Rubén y yo lo conocíamos bastante como para saber que, debajo de aquella fachada y serena mirada, los nervios lo carcomían.

Y era algo lógico, pero ninguno de nosotros era consciente de lo que implicaría realmente ni de cuánto podía cambiar su vida. Ninguno, salvo Rosie, aquella amiga de la que me había hablado y a quien conocía del curioso local donde había estado trabajando.

Rosie lo había llamado varias veces, y por lo que pude escuchar en todas las conversaciones —puesto que Hugo nunca se había alejado—, ella le había ofrecido ayuda, una ayuda que Hugo rechazó cada vez.

No sabía muy bien quién era Rosie; para mí, tan solo una joven que había conocido en aquel club selecto, por eso deduje que debía de tener contactos interesantes y que ella se ofrecía para invitarlos a la exposición; sin embargo, Hugo lo rechazaba tajantemente.

Intenté hablar con él sobre eso, quería entender por qué era tan cortante con ella; pero Hugo me explicó que si aquello iba bien, quería que fuera por su propia valía, no gracias a enchufes y favores.

Así que allí me encontraba, en la calle Turk’s Row junto con Rubén, tras avisar con un rápido mensaje a mi madre de que ya estábamos allí; a punto de entrar en la galería Saatchi sin ser consciente de que, al salir de aquel lugar donde tantas esperanzas habíamos puesto, ya no sería la misma chica ilusionada.



La galería era enorme, pero la exposición de Hugo estaba en una zona en la que había más afluencia de público.

Miré a Rubén en cuanto vimos el cartel publicitario indicando la entrada a la exposición.

—Estoy hasta nervioso —confesó Rubén, dedicándome una mueca graciosa.

Yo le sonreí.

—Irá bien —le prometí.

Porque, sí, estaba segura de ello. Estaba dispuesta a dar todos los motivos de peso por los que sabía que a Hugo le iría bien, pero en cuanto nos adentramos en la zona de la exposición, me quedé muda o, lo que era lo mismo, embriagada por lo que mis ojos veían.

La sala era amplia, el suelo de tarima de un blanco crudo iba a juego con las paredes lisas, pero todo aquello pasaba a un segundo plano por… por el arte de Hugo.

No había muchos cuadros, diez en total, y la mayoría no eran de gran formato; salvo uno, que, colocado en mitad de la sala sobre un paramento móvil que a su tiempo estaba anclado en el centro, propiciaba la circulación del público alrededor de las diferentes obras.

Sabía que debía seguir el circuito establecido para ver los cuadros, pero mis pies se encaminaron hacia el central.

Oí que Rubén comentaba algo, sin embargo, no le presté atención. Seguí hacia mi objetivo hasta situarme a pocos pasos de la gran obra.

Con el corazón sobrecogido, estudié con detalle el cuadro. Era imposible no quedarse completamente embobado frente a él, puesto que Hugo tenía un estilo tan característico de pintar, de fundir los colores en pinceladas marcadas, que daba la sensación de que la ilustración se movía… Y es que aquel atardecer en esa misteriosa playa, con sus mágicos colores anaranjados, parecía real.

Desde allí podía sentir el olor a mar, el viento que rompía suavemente las olas en la orilla. Desde mi posición, casi tenía que entrecerrar los ojos por los destellos dorados del sol sobre el mar tranquilo. Podía oler el ambiente salado, y… y podía ver el movimiento del pelo largo y pelirrojo de aquella chica, casi una niña, que se encontraba de espaldas a quien había pintado la escena.

Dirigí la mirada hacia la chapa que había en el lateral:

«Ginger».

Así se llamaba el cuadro.

—Es espectacular, ¿verdad? Hugo me ha contado que es la nueva versión del primer cuadro que hizo, muchos años atrás; cuando comenzó a pintar. Le dieron la fotografía de aquel atardecer con esa chica pelirroja de espaldas y tuvo que pintarlo. Ahí fue cuando su profesor, al que creo que ha invitado hoy, le dijo que no podía dejar de pintar, que tenía un don.

Me volví para mirar a la dueña de aquella voz que acababa de darme la explicación de algo que yo no sabía y que sospeché que Hugo iba a explicarme ese día.

Mis ojos se abrieron como platos al descubrir detrás de mí a Rosie Kerr, aquella modelo y actriz tan de moda que no paraba de ver en anuncios y revistas. Rosie se apartó la larga melena castaña e impolutamente lisa hacia detrás de los delgados hombros que se intuían a través del fino jersey, y me sonrió con calidez.

—Hola, debes de ser Ava, ¿verdad? —me preguntó al tiempo que me extendía una mano sin borrar su bonita sonrisa.

Yo, saliendo del *shock*, se la estreché y sentí que se me sonrojaban las mejillas.

—Eh… sí, sí. Soy Ava… Tú, tú eres Rosie.

La Rosie de Hugo. Tendría que haberme dicho que era *esa* Rosie. Ahora entendía que tuviera tantos contactos. La sorpresa emergió en su espectacular rostro.

—Vaya, ¿Hugo te ha hablado de mí?

—Sí, claro —asentí, sin entender su duda.

La sonrisa de ella titubeó un poco, pero rápidamente se recompuso y orientó la conversación hacia un rumbo diferente, un gesto que no me pasó desapercibido.

—Impresionante, el trabajo que ha hecho, ¿verdad?

De nuevo me volví hacia el cuadro que tenía a mis espaldas.

—Lo es. Siempre lo ha sido, la verdad —confesé, volviendo a quedar cautivada por aquel mágico atardecer.

—Hugo lo está haciendo genial —continuó hablando Rosie.

Y eso me llamó la atención.

—¿Has podido estar con él?

—Sí, pero muy poco. Enseguida ha tenido que irse con George y algunos miembros de la galería.

Asentí ante su explicación.

—Pero, si no me equivoco —añadió Rosie con una sonrisita cómplice—, creo que ha vuelto a la galería. Seguro que puedes acercarte para saludarlo o darle la enhorabuena —planteó.

Asentí agradecida y miré alrededor para ver si descubría a Hugo en algún lado.

—Bueno, un placer, Ava. No todos los días conoce una a la musa de su artista favorito, ¿cierto? —dijo Rosie, y me guiñó el ojo indicando que se alejaba. Sin embargo, antes de volverse del todo y moviendo el vuelo de la falda larga que llevaba, se centró de nuevo en mí para añadir—: Sería genial que lo hicieras entrar en razón. Entiendo que se niegue, en cierto modo, pero aquí ha demostrado ya su valía. Le podría venir muy bien conocer a los contactos que quiero presentarle…

Y Rosie me dejó ahí.

Yo la estudié mientras se alejaba; mi mente iba a mil revoluciones porque había algo que no lograba entender.

—Por fin te encuentro —dijo Rubén al entrar en escena—. Te estaba buscando… ¿Estás bien?, te veo algo pálida.

No lo miré, pues estaba más pendiente de otra cosa; más bien, de otra escena.

Por fin Hugo había aparecido.

Efectivamente —y tal como Rosie había predicho—, estaba con George y otros dos hombres mayores que debían de encargarse de la galería. Hugo no me había visto, puesto que estaba conversando con George y compañía hasta que Rosie —que debía haberlo encontrado al alejarse de mí— se dirigió hacia el grupo sin titubear.

Era imposible no notar cómo todo el mundo la contemplaba mientras ella se acercaba, y eso que vestía una sencilla falda camel larga de vuelo y un jersey de cuello alto negro. Sin embargo, Rosie Kerr era de esas personas que cuando entraban en cualquier lugar se convertían en el centro de atención debido a su magnetismo, elegancia y sensualidad.

Así que, sí, todo el mundo ponía la vista en ella, pero fue en el instante en que su mirada de ojos azules —esos dos iris de hielo que tanto adoraba— se elevó para mirarla, cuando me di cuenta.

Rosie no era una amiga cualquiera de Hugo. Había sido algo más.

No había ninguna duda. Lo noté en la forma en la que la miraba, en la seguridad de ella al inclinarse para besarlo en la mejilla frente a aquella gente tan importante; y, por supuesto, me lo confirmaba la sorpresa que Rosie Kerr había mostrado cuando le había comentado que Hugo me había hablado de ella.

No había que ser muy lista para darse cuenta de aquel detalle.

—¿Ava? —preguntó de nuevo Rubén.

Y me obligué a despegar la mirada de ellos dos y dedicarle una sonrisa al amigo de Hugo, que me observaba preocupado mientras iba echando vistazos a la escena que tenía delante.

—Perdona, es que no sabía que Rosie fuera Rosie Kerr. Hugo no me comentó nada —le dije.

Y la mirada de ojos marrones de Rubén se desvió de nuevo hacia aquel peculiar grupo.

—Ya sabes cómo es Hugo. No da importancia a esas cosas —dejó caer.

—Claro —asentí—, pero quizá debería dársela…

Rubén volvió a mirarme.

—Dime una cosa, Rubén, ¿estaban liados todavía cuando os fuisteis de viaje a España?

La sorpresa se reflejó en su semblante, y negué enérgicamente con un gesto de cabeza.

—Espera. No te quiero poner en esa situación, perdóname, Rubén. Olvida lo que he dicho.

—Pero, Ava —comenzó contrariado.

Y sentí un pinchazo doloroso a la altura del pecho cuando no pude obviar que la manera en que Rubén me miraba era completamente reveladora.

Rubén no terminó de decir lo que iba a explicarme, porque Rosie estalló en una carcajada que captó la atención de todos.

Al dirigir de nuevo la atención hacia ellos, vi cómo Hugo sonreía mirándola, con una intimidad difícil de disimular; y esa transparencia tan evidente me dolió muy adentro, en especial cuando alzó la vista y me descubrió examinándolos.

Su reacción de congelar la sonrisa hizo el resto.

Hugo se disculpó con el grupo para acercarse a Rubén y a mí; por el gesto de disgusto de George y los otros hombres, supe que su actitud no había sido acertada.

—Ey, os había estado buscando —dijo con una sonrisa cuando nos alcanzó.

Se inclinó para besarme suavemente en la mejilla y yo me obligué a sonreírle, como si no pasara nada. Como si no sintiera que mi mundo se resquebrajaba, como si no hubiera demasiada gente de público ante mi tormento.

—Enhorabuena, tío, todo tiene una pinta espectacular —dijo Rubén mientras le daba unas amigables palmadas en la espalda—. ¿Te han dicho algo?

—Gracias —asintió algo cohibido—. En eso estaban…

—Ve entonces —dije, manteniendo mi sonrisa—. No te preocupes por nosotros, estaremos por aquí cuando termines o nos encontraremos en casa. Hoy, el importante eres tú —insistí, porque, efectivamente, así era.

—¿Segura? —me preguntó.

Yo asentí con un nudo en la garganta, pero no titubeé en ningún momento.

—Por supuesto. Luego nos vemos. Ve con ellos.

Hugo no necesitó más, con una expresión de completa expectación y maravilla, volvió donde estaban George y compañía, y vi que Rosie acababa de añadir a alguien al grupo: un hombre acompañado de una mujer, ambos elegantemente vestidos. Rosie se los presentó a Hugo de inmediato.

Imaginé que serían algunas de esas personas que la modelo y reciente actriz se había empeñado en presentarle, así que una parte de mí se tranquilizó cuando Hugo les estrechó la mano con una cordial y profesional sonrisa en el rostro.

Al ver aquella escena, lo entendí.

Tuve uno de los monólogos internos más tristes y sinceros que había mantenido conmigo misma, pero sabía lo que debía hacer.

Sería lo mejor para él, y nunca me lo perdonaría si no lo hacía, pues supe que, si me quedaba, Hugo intentaría distanciarse de Rosie; sin embargo, sabía también que Rosie sería, si no la clave, un buen trampolín para su carrera. Y Hugo se merecía cumplir su sueño, porque a pesar de que él mismo hubiera dicho muchas veces que únicamente quería labrarse un futuro fuera de cuanto había sido su vida hasta entonces, yo conocía la verdad.

Yo lo había visto con los pinceles en los dedos, había visto su mirada mientras se entregaba a los lienzos; es más, había sido testigo de esa entrega.

No podía. No podía impedirle su sueño por… por nosotros.

—Ava, Hugo te quiere —dijo entonces Rubén, recordándome que no estaba sola.

Elevé la mirada hacia el amigo de Hugo, y volví a sonreír.

—Lo sé, y yo también a él. Por eso… por eso es lo mejor, Rubén.

Él negó con urgencia y volvió a mirar a su amigo, como si fuera a llamarlo, pero lo sujeté del brazo para captar nuevamente su atención.

—Hugo necesita a Rosie —hablé con seguridad.

Y él me miró con cierta urgencia.

—No, Ava. Hugo no necesita…

—Rubén, sabes que es cierto. Es imposible negarlo. Si yo me quedo… —La voz se me rompió un poco, pero no iba a despedazarme ahí. Todavía no—. Si yo me quedo, Hugo intentará alejar a Rosie, y no puedo permitir eso. Ella es la clave.

Rubén me observó en silencio, abatido. Entendió mis palabras, pero también mis silencios.

Porque claro que había otra vía, e implicaría que yo me quedara y Hugo no se alejara de Rosie; pero viendo ese magnetismo entre ambos… no.

También tenía que pensar en mí. En mi corazón.

Rubén, como si hubiera escuchado mis últimos pensamientos, asintió levemente.

—Le diré que lo llamarás —concluyó, conocedor de que iba a irme ya.

—No —lo contradije—, dile que le escribiré. Él lo entenderá —añadí antes de darme la vuelta y alejarme, no sin antes echar un último vistazo al amor de mi vida.

Lo sabía.

Nunca querría a nadie como lo había querido a él.

Y partí de su vida, en silencio, casi de puntillas, y, sí, puede que en un acto de cobardía, pero segura de que era lo mejor para él.

Para mí.

Para los dos.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

Mientras bajo la atenta mirada de Lara y Rubén les cuento a Miguel y a su cámara esa primera exposición en la que mi obra empezó a llamar la atención de coleccionistas, críticos de arte e incluso periodistas, me recuerdo irremediablemente ese mal sabor de boca.

Era una sensación tan aplastante que se apoderó de mí al descubrir que Ava se había marchado, llevándose por delante toda la emoción casi eufórica de cuando había estrechado la mano a Charles Saatchi, quien, junto a George, me había dedicado en aquel momento una amplia sonrisa diciéndome: «Vas a llegar lejos, chico». Y que alguien como Saatchi te dedicara ese augurio era algo grande. Muy grande.

Aun así, todo aquello desapareció de un plumazo, se desvaneció y escurrió para quedar en un segundo plano cuando —tras rechazar las copas que George insistía en tomar para celebrarlo— me encontré a Rubén esperándome en casa, solo y con el semblante serio.

Todo perdió el sentido al descubrir que Ava se había ido, y aunque algo dentro de mí me susurraba que era el principio del fin, no quise escucharlo.

Por supuesto que no.

Yo lo quería todo. Quería el éxito, y la quería a ella.

Pero, por supuesto, la jodida vida se encargó de mostrarme que para mí no había un todo, aunque luchara con todas mis fuerzas por ello.

Abril de 2015

Mojácar

Hugo

La fui a buscar. Por supuesto que lo hice. Rubén me había transmitido sus palabras, pero y una puta jodida mierda que iba a esperar una postal, y mucho menos aceptaría que se fuera sin dignarse a mirarme, sin hablarlo, sin poder explicarme, porque, joder, sabía lo que su mente había maquinado y lo que dedujo cuando vio a Rosie.

Joder.

Joder. Joder.

No tenía sentido. ¿De verdad que confiaba tan poco en mí? ¿De verdad creía que solo por una cara bonita tiraría por la borda lo que había entre nosotros?

¿Es que no sentía lo mismo que yo? Porque en mi jodida vida nadie había removido tanto en mí. NADIE.

Nadie, a pesar del tiempo, de la puñetera distancia… nadie había penetrado tan bajo mi piel.

Cada vez que la veía, mi mundo… mi mundo dejaba de ser gris. Mi mundo tomaba esos colores que solo conseguía en la paleta, esos colores que me removían, que me obligaban a detenerme y admirar todo alrededor.

Ava le daba sentido a todo… y, joder, ¿de verdad que… que confiaba tan poco en mí? ¿Le importábamos tan poco que ni siquiera iba a pelear por nosotros? ¿En absoluto?

¿No me merecía por lo menos una explicación?

Mi primer instinto había sido ir a Granada, pero… pero cuando conseguí el número de Grace gracias a Jacobo, esta me advirtió de que no se encontraba allí.

Ava estaba en Mojácar. Se había marchado unos días allí con ellas.

Y hacia allá iba yo.

No le escribí para comunicarle que iría a verla, y esperaba que su hermana pequeña tampoco se lo hubiera dicho.

Recuerdo que el viaje desde el aeropuerto de Almería —al que había llegado tras una escala en Madrid— fue rápido. En menos de una hora llegué a Mojácar, y tras pagar el taxi, fui de inmediato hacia una dirección.

El pueblo no estaba plagado de turistas por aquella época, y era de agradecer, puesto que se apreciaba mejor su belleza sin tantos transeúntes que se detuvieran a cada segundo para fotografiar una calle o una esquina.

No tardé en cruzar el estrecho y laberíntico pueblo de fachadas blancas y calles de pizarra, y al llegar a la cuesta que conducía a su casa, decidí no titubear; una vez que estuve frente a la puerta de color azul turquesa llamé sin siquiera pensarlo.

La puerta se abrió al rato, y ante mí me encontré a Lorena, su madre, que no parecía muy sorprendida cuando me miró con esos ojos que Ava había heredado de ella. Pero ahí terminaban sus parecidos, pues Lorena era de tez morena y pelo negro azabache, de ese tono tan oscuro que a veces te daba la sensación de que tenía reflejos azulados. Su complexión era delgada como la de sus hijas, aunque algo más alta que ellas.

—Hugo —me saludó—. Ya imaginé que no tardarías en aparecer —confesó con una sonrisa cauta.

—¿Grace…? —quise preguntar, pero ella negó con la cabeza.

—Qué va. La alocada de la familia no ha soltado prenda. Puedes estar tranquilo. Mis chicas saben guardar secretos… la mayoría de las veces —añadió tras un leve titubeo—. ¿Quieres pasar? —Y se apartó para dejarme entrar.

—¿Está Ava? —le pregunté al tiempo que hacía amago de pasar.

Pero su respuesta me dejó congelado a mitad de camino.

—No.

Mis ojos la buscaron temerosos de que no se encontrara en Mojácar, y Lorena debió de leer a la perfección mi expresión, porque rápidamente me aclaró el paradero de su hija.

—Pero puedes estar tranquilo. Está aquí, en Mojácar… —me aseguró.

El alivio me recorrió

—No ha dicho exactamente adónde iba, e imagino que se piensa que es algo secreto, pero lo que desconocéis es que las madres lo sabemos todo de nuestros hijos. —Lorena me sonrió—. Últimamente, cada vez que viene a pasar unos días a casa le gusta ir a la playa, para pasear… y supongo que también para pensar.

Asentí levemente.

—Yo… yo necesito hablar con ella —comencé a explicar.

Pero Lorena negó con un gesto suave de cabeza.

—A mí no me tienes que explicar nada, cielo. Esto es entre ella y tú.

Asentí en un gesto cordial mientras daba un paso atrás para salir de la casa, dispuesto a despedirme, pero Lorena tenía algunas cosas que añadir:

—Eres un buen chico, Hugo, y me alegra saber que estás aquí. Ava… Ava es como su padre, y él era… —Una bonita y cálida sonrisa se le reflejó en el rostro— tozudo, tendía a seguir escrupulosamente las reglas con ese terrible sentido del deber y con cierto dramatismo. —Se rio con cariño—. Eso, muchas veces, me hacía querer mandarle a freír espárragos, pero te aseguro que también eso aportaba siempre una pizca de chispa a nuestra relación, en especial porque yo soy todo lo contrario.

A mi pesar, me reí, y me sorprendí cuando me di cuenta de que era porque Lorena había logrado tranquilizarme.

—En fin —continuó—, pero también tiene sus cosas buenas. Aunque, qué te voy a decir a ti, ¿verdad?

Mi sonrisa se borró lentamente y desvié la mirada para, después, suspirar con pesadez.

En efecto, ¿qué me iba a decir a mí, si estaba perdidamente enamorado de su hija?

—Sé que va a la playa a pensar en sus cosas, y estoy segura de que una de esas cosas eres tú, Hugo. —Hizo una breve pausa, como para que sus palabras calaran en mí—. ¿Sabes? Acude allí desde mucho antes de estos últimos meses, desde cuando tan solo recibía postales esporádicas, incluso cuando dejó de recibirlas…

Volví a elevar la mirada, entendiendo el mensaje que aquella mujer me quería transmitir con sus últimas palabras.

Lorena no añadió más, tan solo asintió mirándome con cariño y cerró la puerta cuando me di la vuelta, dispuesto a buscar a su hija.



Mojácar puede ser un pueblo pequeño, pero no su playa. Así que me dirigí a la costa teniendo presente que podría llevarme un tiempo encontrarla, incluso que cuando yo llegara, ella ya se hubiera marchado.

Sin embargo, no fue así.

Tuve un presentimiento o, más bien, el chivatazo del destino, que —supuse— nos quería brindar ese encuentro, esa última despedida.

Una vez en la playa, anduve por la arena hasta la orilla, y tras contemplar el calmado mar que me daba una cálida bienvenida, fui hacia la playa de Rumina, donde años atrás una chica pelirroja se había dejado guiar por un chico perdido para huir de la policía.

Joder, parecía que habían pasado siglos desde aquella noche…

Mientras caminaba, una idea me cruzó la mente: podría haberla llamado directamente, sin embargo, algo dentro de mí me decía que la encontraría. Pisaba la arena de la playa sin importarme que el agua del mar me mojara los zapatos; y ahí, admirado por el espectáculo que me envolvía con el cielo que comenzaba a ponerse anaranjado, la vi.

Iba en dirección opuesta, o, lo que era lo mismo, hacia mí.

Abrazándose a sí misma, caminaba con la mirada al suelo mientras el suave viento le cubría la cara con algunos largos mechones.

En uno de los gestos para apartárselo, elevó la vista y me descubrió.

Se quedó congelada, se detuvo abruptamente, y aunque fui yo quien acortó la distancia, fue ella la primera en hablar:

—¿Qué haces aquí? —Sus expresivos ojos no podían ocultar la incredulidad ante mi presencia.

—¿Cómo no iba a venir después del modo en que te fuiste, Ava? —le contesté en un intento de mostrarme sereno.

Sin embargo, ni sabía cómo me sentía ahora que la tenía delante.

¿De verdad que se había ido así de Londres?

—Es… es complicado, Hugo.

—Joder, Ava. ¡Y tanto que lo es! ¿Es que ni siquiera pretendías despedirte? ¿No merezco, aunque sea, una mínima explicación?

Ava abrió la boca para rebatirme, pero la cerró de nuevo sin haber encontrado las palabras exactas. Sus ojos comenzaron a empañarse.

—Ava… —volví a hablar, esta vez en un susurro e intentando alcanzarla.

Pero fue ella la que me buscó con rapidez para chocar contra mi pecho.

Sin pensarlo, la rodeé con los brazos y besé su cabello mientras notaba que rompía a llorar.

Le acaricié la espalda, pues odiaba verla así. Además, no comprendía la situación.

—¿Por qué te fuiste? Habla conmigo, por favor —le pedí—. ¿De verdad piensas que siento algo por Rosie? ¿Que hay algo entre ambos? ¿De verdad piensas que te haría algo así?

Ava se separó de mí negando con la cabeza mientras apartaba las lágrimas que descendían por sus mejillas.

—Claro que no —me aseguró—. ¿Cómo voy a pensar eso?

—¿Entonces? No comprendo nada, ¿por qué te fuiste?

La pelirroja cerró los ojos por un momento, como si estuviera armándose de valor, y finalmente, habló:

—Ninguna historia de amor tiene que cortar las alas, Hugo. Ninguna.

—Por supuesto que no, Ginger —le contesté sin entenderla—. ¿Quién las está cortando?

Su respuesta me dejó muerto; y su explicación, sin habla.

—Yo. Decididamente, yo. Y lo vi con claridad el otro día en tu exposición.

—Pero ¿qué dices? No me cortas ningunas alas, Ginger, al contrario…

Pero ella no me dejó terminar.

—¿Por qué estás evitando los contactos de Rosie, incluso a ella? —preguntó a su vez.

Y retrocedí un paso para alejarme, completamente anonadado por las conclusiones que había sacado.

—Sé que lo negarás, que me repetirás que no quieres que tu éxito sea gracias a otros sino tuyo, y por supuesto que lo será; pero no puedes ignorar que Rosie ha entrado en tu vida. Ella es la clave, Hugo. Ella y toda esa gente importante que conoce…

—¿Me dices que te has ido porque he estado evitando a Rosie?

—No —negó con una firme determinación muy alejada de los instantes anteriores en que había estado llorando—. Te digo que me he marchado porque te conozco bien y sé que, por mucho que digas, una de las razones por las que no accedes es por mí. Por nuestra relación, y… —La voz le tembló de nuevo, y los ojos se le aguaron—. Hugo, te mereces todo esto. Si me quedo a tu lado, te cortaré las alas y nunca, nunca me lo podría perdonar.

—Ava, venga, por favor. Vamos a hablarlo con calma —le supliqué, empezando a entender lo que sucedía.

Pero la pelirroja negó con la cabeza, y todos los pasos que di para acercarme, ella los dio para alejarse.

—Vuelve a Londres, Hugo. Ve y cómete el mundo.

—Joder, Ginger. No tiene sentido si tú no estás a mi lado para ello. Por favor —insistí al tiempo que notaba la desesperación en el pecho, pues sospeché que no daría su brazo a torcer—. Por favor, no nos hagas esto, Ginger. Te quiero, joder.

—Y yo te quiero a ti, pero sabes que en el fondo tengo razón. Si me quedo, no facilitará las cosas.

Me llevé las manos a la cabeza y le di la espalda sin creer todo lo que sucedía. Su determinación, y la manera en que eso me estaba matando por dentro.

—Podemos hacer que esto funcione, Ava —le insistí de nuevo—. Los dos juntos podemos hacerlo. ¿Quieres que acceda a que Rosie me presente a todo el mundo? ¡Está bien! Lo haré, pero contigo a mi lado.

Una sonrisa triste le ensombreció el bonito rostro, y acercándose a mí se puso de puntillas para besarme con suavidad. Fue corto, una leve caricia antes de que acabara de destrozarme el corazón.

—No tienes que hacer las cosas porque yo quiera, sino porque tú lo sientas. Por eso tengo que desaparecer. Efectivamente, podría quedarme, aunque sabes que tengo que volver a Granada y tú a Londres, y si te mueves entre ambas ciudades no estarás centrado en lo que ahora realmente toca. Sé que duele, a mí me está…

—No —la interrumpí, retrocediendo un paso—. No digas más, Ava.

No podía escuchar más. No daría su brazo a torcer, la conocía demasiado como para saberlo, y miles de sentimientos estallaron dentro de mí. Rabia, dolor, impotencia, y, ante todo, una gran frustración porque Ava desaparecía de mi vida sin que yo pudiera hacer nada.

Y no lo iba a hacer.

Si para ella no merecíamos la pena…

Como acababa de decir, no teníamos que hacer las cosas porque el otro quisiera, y Ava me había dejado bien claro que ya no existía un nosotros. Cuadré la mandíbula y, tras transformar las manos en puños, dirigí mi mirada a sus ojos como el océano.

—Entonces, adiós, Ava.

Una frase de tres palabras, pero, joder. Dolieron como si cada una de ellas me desgarrara el mismísimo corazón.

No esperé a su reacción, porque si ella se derrumbaba de nuevo, yo también lo haría y volvería a suplicarle. Así que le di la espalda, pero antes de alejarme más, oí su voz, que debía de ser casi un susurro, pero el viento se encargó de que sus palabras llegaran hasta a mí.

—Adiós, Hugo.

Abril de 2015

Mojácar

Ava

Creo que nunca había llorado así en mi vida; tanto, y con tal desconsuelo, que hasta Grace estaba sentada a mi lado acariciándome la espalda mientras yo abrazaba a mi madre, quien me susurraba palabras de cariño que no me consolaban.

—Pero ¿si lloras tanto, por qué no lo llamas y vuelves con él? —preguntó Grace sin entender nada.

Logró hacerme llorar más.

—Grace —dijo mi madre.

Seguramente se acompañó de un gesto de advertencia que yo no podía ver porque tenía la cabeza enterrada en su hombro.

—Pero…

—Es complicado —susurró mi madre.

Y Grace, con un suspiro, se puso en pie para dejarnos finalmente solas a mi madre y a mí en la cocina.

La noche había caído y la casa se sumía en un completo silencio, salvo por mis lloros, que, poco a poco y debido al agotamiento, comenzaban a mermar.

Con un gran esfuerzo me separé de mi madre, que me estudió cauta.

—¿Quieres que hagamos unos batidos y pidamos unas pizzas? —propuso.

—Pero ¿no habías sacado pescado para cenar? —le pregunté al tiempo que me sorbía los mocos.

Mi madre me apartó con suavidad el pelo de la cara.

—Creo que esta noche podemos pasar del pescado, ¿no crees?

Asentí levemente, e intenté responder a la sonrisa de mi madre con otra, pero mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—Venga, cariño —dijo mi madre.

—Esto es… terrible —contesté, ocultando la cara entre las manos.

—Pasará, ya lo verás —me prometió.

—Mamá, ¿tú crees que estoy cometiendo una locura? —me atreví a preguntarle, ahora con la mirada puesta en ella.

Me dedicó una mueca que no supe interpretar hasta que habló.

—En el tema de las relaciones, son los implicados los únicos que pueden saberlo, porque, sí, me puedes pedir mi opinión o un consejo, pero tú y Hugo sois los que realmente conocéis vuestra situación y las circunstancias en las que os encontráis —me contestó—. Si tú estás convencida de ello, será la mejor decisión.

—Pero es que… —Procuré explicarme—: Creo que sí, que tiene que ser así, pero también me asaltan las dudas, quizá me estoy equivocando definitivamente y mandándolo todo a la mierda. Yo… yo… —No pude finalizar la frase porque me puse a llorar otra vez.

—Ava, nadie te puede asegurar que salga bien o mal, cariño… En la vida, a veces nos equivocamos incluso cuando estamos convencidos de algo al cien por cien. Son esas las lecciones que nos enseñan de verdad.

—¿Y si nunca más me vuelvo a enamorar de esta forma…? ¿Y si Hugo es el único del que me enamore, al que quiera?

Mi madre me sonrió al tiempo que me secaba algunas lágrimas.

—Eso sí que te lo puedo asegurar. Volverás a enamorarte. Volverás a querer y volverás a sentir todas esas sensaciones y sentimientos maravillosos —sentenció.

—Lo dices muy segura, pero mírate a ti con papá. No has vuelto a estar con nadie —dije.

Y, para mi sorpresa, mi madre se rio.

—Que tú o Grace no hayáis sido testigo de ello, no significa que no haya existido nadie más.

La miré confundida porque no recordaba a ningún hombre en la vida de mi madre aparte de Eduardo —uno de los policías del pueblo— hacía unos años.

—Pero… —comencé.

Mi madre negó con la cabeza.

—Después de tu padre, he tenido alguna otra historia, Ava. Sin embargo, ninguna fue lo bastante interesante como para que conocierais a alguno de esos hombres.

—Entonces me estás dando la razón —murmuré.

Y mi madre me sujetó del mentón con suavidad para que la mirara.

—No, Ava. Cada uno tenemos nuestras propias experiencias y también nuestros propios deseos. Después de tu padre, yo ya no quise ni quiero otra gran historia de amor.

—¿Y si me pasa eso a mí? Desde que he conocido a Hugo, ningún chico…

—Cariño —me interrumpió mi madre—, eres muy joven y tienes toda la vida por delante. Te aguardan millones de experiencias, y te aseguro que, sin lugar a dudas, volverás a encontrar el amor. Cuando menos te lo esperes.

Una única lágrima se me escapó al escuchar sus últimas palabras, porque no estaba tan segura de que me enamorara alguna vez más.

Por supuesto, me equivoqué, porque unos años más tarde Liam entró en mi vida.

Noviembre de 2017

Mojácar

Ava

Cuando terminé la carrera, pensé que tendría suerte y que con mi buen expediente encontraría trabajo rápidamente. Por supuesto, la vida tenía otros planes, y mientras el resto de mis amigos conseguían deplorables puestos de trabajo —aunque ya dentro de su sector—, yo no tuve tanta suerte. Por no decir ninguna.

Sí, trabajos con sueldos y horarios terribles sí que encontraba, pero en una pastelería, una tienda de ropa o de camarera. Y eso no ampliaba mi currículum.

Quería trabajar como traductora; puede que no alcanzara de primeras mi sueño de trabajar en una editorial, pero siempre había pensado que conseguiría algún empleo equiparable a los de mis amigos, no aquella ristra catastrófica de trabajos que apenas me permitían pagar mi parte del alquiler del apartamento al que nos habíamos mudado Caleb, Andrea y yo.

Leticia había echado el vuelo a Madrid, donde había encontrado un puesto como becaria en un bufete de abogados. Así que, tras probar suerte y no encontrarla en Granada, decidí intentarlo en Madrid, «capital de oportunidades», o así me lo vendía mi amiga.

Sí, tampoco fue así.

Junto a ese drama —que sucedía en 2017—, aparecía constantemente, además, la pareja del Kaura y la actriz Rosie Kerr: la chica, lejos de pasar de moda, parecía cada vez más consolidada en su carrera. Cada dos por tres me llegaban fotos de ellos cogidos de la mano y tapándose los rostros frente a la horda de *paparazzi* que les seguían a cualquier fiesta a la que acudieran; o veía fragmentos de entrevistas que le hacían a ella y acababan preguntándole por su actual pareja, y a ella se le iluminaba la mirada; por no hablar de los artículos de revistas de moda y cine, en los que más de una vez me topé, sin querer, con fotos de ambos posando en la alfombra roja o en los estrenos de Rosie.

Sí, no era una época fácil, y menos lo había sido el año anterior, cuando a principios de 2016 habían comenzado los rumores sobre el corazón de la actriz, pues parecía tener dueño… y todo apuntaba a un joven pintor que iniciaba su carrera con el mayor de los éxitos.

Aquella noticia me había caído como un jarro de agua helada, pero cuando al cabo de unos meses se confirmó y al año siguiente se convirtieron en la pareja de moda —puesto que el éxito de Hugo se había disparado—, me resultó muy difícil simular que no pasaba nada y que mi corazón no se agrietaba al toparme con una imagen, una noticia o un post informativo.

Aun así, me obligué a seguir adelante sin titubear, porque yo quería pasar página; además, también me alegraba que todo le fuera bien. Al fin y al cabo, yo había hecho mi elección y sacrificio, y parecía que a Hugo no le podía ir mejor.

A la postre, yo tenía razón cuando vaticiné que aquella actriz y modelo que aparecía en cada rincón era la clave para que la carrera de Hugo echara a volar.

Por una parte, me sentía orgullosa del éxito cosechado por Hugo, aunque mentiría si dijera que no me dolía ver que al final ambos habían acabado juntos.

No había vuelto a saber de él, y —como Caleb me solía recordar— era lo mejor para pasar página; porque, bueno, no la estaba pasando muy bien.

Sí, habían aparecido algunos chicos, pero nada importante. Algunos líos esporádicos que no llevaban a más de unas pocas citas.

Fuera como fuese, mi tiempo en Madrid tampoco conllevó un gran cambio, y acabé por regresar a Mojácar, perdida y sin saber cuál sería mi siguiente paso, pues temía continuar gastando mis pocos ahorros para sobrevivir en ciudades como la capital.

—Tienes que dar un giro de trescientos sesenta grados a tu vida, mi chica —dijo mi madre en una tarde de otoño de ese fatídico año.

—¿No me digas? —le contesté, algo rancia.

Sí, últimamente estaba malhumorada.

Nos encontrábamos en la terraza de casa, era fin de semana, y mi mejor plan consistía en jugar a las cartas con mi madre y Grace, que había venido a pasar el fin de semana con nosotras, ya que ahora era ella quien estudiaba en Granada, Ingeniería Informática.

—Vamos a trazar un plan —propuso mi alocada hermana.

Aquel año se había cortado muchísimo el pelo, de modo que los rizos se marcaran mucho más y parecía una seta roja, como me ocupaba de recordarle cada vez que me sacaba de quicio, es decir, muy a menudo.

—¿Y qué propones? —quise saber, mirándola mientras hacía mi jugada.

Deduje que me quedaban pocas manos para ganar.

Por supuesto, cuando Grace soltó el gran plan, todo aquello quedó en un segundo nivel.

—Irte a Irlanda y buscar allí la aventura —dijo mi hermana al tiempo que nos enseñaba su mano de cartas.

—¿Cómo? —le pregunté, casi trabándome.

—Pues lo que has oído. Aquí en España está claro que no encontrarás nada. Vete a Irlanda, que seguro que hay mejores oportunidades. El idioma lo tienes, por no hablar de la familia, así que hasta que te salga un trabajo tienes donde vivir…

—Pero… —comencé.

Sin embargo, mi madre me interrumpió con su entusiasmo habitual, hasta se levantó de la mesa.

—¡Me parece una idea fantástica! —soltó.

Y nos dejó solas en la terraza al meterse con prisas en nuestra casa.

—¿Adónde vas? —le preguntamos casi al unísono.

Pero nuestra madre nos ignoró completamente. Eso, o ni nos oyó.

Grace y yo nos miramos.

—¿Qué hace? —quise saber.

Y Grace, como toda respuesta, se encogió de hombros. Entonces retomó el asunto.

—¿Qué me dices? —tanteó—. Creo que es una idea muy buena. A los abuelos y a los tíos les encantará tenerte una temporada en el caso de que al final no encuentres nada que te convenza, y en el caso de que sí… *Voilà!* —Chasqueó los dedos.

—No creo que sea tan fácil, Grace —murmuré mientras recogía todas las cartas y me disponía a barajarlas.

—Pues yo creo que, independientemente de eso, es una buena idea. Cambiar de aires, recargar pilas… Aquí estás como apagada, sin saber qué hacer… —me rebatió ella.

No podía negarlo. Era cierto.

—… e Irlanda también es nuestra casa —prosiguió—, y siempre decías que querías estudiar allí una temporada, donde papá lo hizo.

—Mi tiempo de estudio ha terminado, por si no recuerdas.

—¡Por eso! ¿Te vas a quedar con esa espinita clavada? —Grace sonrió malvadamente, como si fuera consciente de que sus palabras iban calando en mí y poco a poco cobraban sentido.

De repente, un estallido interrumpió nuestra conversación y ambas chillamos asustadas; pronto descubrimos que procedía de la botella que mi madre acaba de descorchar.

—¿Qué…? —quise preguntar.

Pero mi madre se nos acercó con la botella y tres copas.

—¡Brindemos! ¡Por nosotras, por Irlanda y los nuevos comienzos!

Grace cogió la copa encantada, y yo la cogí a regañadientes. Sí, entendía el sentido de lo que mi hermana había planteado, pero ¿y si salía también mal? Era el último cartucho que me quedaba.

—No va a salir mal, Ava —dijo de pronto mi madre, como si hubiera pronunciado mis pensamientos.

—Eso no lo puedes saber, ni tú ni nadie —le aseguré.

Sin embargo, mi madre sonrió ampliamente y me llenó la copa con esa espumosa bebida.

—Va a ser una gran experiencia, porque, ¿acaso Granada y Madrid no lo han sido? —planteó —. Independientemente de que no hayas encontrado lo que buscabas, has vivido grandes momentos con tus amigos, y experiencias que te han hecho crecer como persona, ¿o no?

Me mordí el labio.

—Visto así… —asentí a regañadientes.

Mi madre y Grace rieron al unísono y elevaron las copas hacia el centro.

—Venga —dijo mi hermana—. ¡Por nosotras, Irlanda y los nuevos comienzos!

Acabé brindando y uniéndome a sus risas porque eran contagiosas, y porque estaban tan convencidas de mi nuevo comienzo que esa certeza me caló.

Una vez que la espumosa bebida bajó por mi garganta, las tres nos sentamos, y mientras Grace nos rellenaba las copas nuevamente, mi madre se fijó en mí.

—¿Qué? —pregunté ante su escrutinio.

Mi madre ladeó la cabeza y dio otro trago a la bebida sin despegar su mirada de la mía.

—Estoy pensando…

—¿En…? —quise saber, intrigada por su modo de mirarme.

—Antes de llamar a tu abuela para organizar todo lo de Irlanda… —comenzó.

Pero la interrumpí.

—Mamá, que haya brindado no significa que me vaya mañana mismo —me quejé, mirándola con incredulidad.

Ella siguió a lo suyo.

—Estoy pensando que necesitamos algún tipo de celebración —continuó, ignorándome vilmente—. ¡Oh, ya! —Se le iluminaron la mirada y el gesto, como si hubiera tenido una epifanía—. ¿Cómo no había caído antes?

—¿El qué? —quiso saber Grace, igual de emocionada.

—Me da miedo preguntar —murmuré yo, y dejé las cartas en un montón apartado al darme cuenta de que no continuaríamos jugando.

—Lo que usted, señorita, necesita —empezó a explicar mi madre, con la mirada puesta en mí —, es un funeral.

—¿Cómo que «un funeral»? —repetí yo.

—¿Quién ha muerto? —añadió Grace.

Y ambas miramos a mi madre sin entender nada; ella puso los ojos en blanco.

—No ha muerto nadie, pero, sí, lo que Ava necesita es un funeral. —Mi madre se levantó con entusiasmo—. Y no uno cualquiera, sino uno para las cosas que quiere sacar de su vida, o que la atan y no la dejan avanzar. Vamos a buscar una caja en la que guardar cosas que te recuerden a eso, para enterrarlo para siempre y emprender tu viaje como una persona totalmente renovada.

Por supuesto, ante tal explicación, mi hermana y yo tuvimos reacciones completamente dispares.

—¡Oh, me encanta! ¡Voy corriendo a buscarla, creo que tengo la caja perfecta para eso!

—¿Esto es en serio? Mamá, sin ánimo de ofender, ¿cuántas copas has bebido?

No hace falta señalar quién dijo qué.

Mi hermana salió disparada a buscar esa caja perfecta, y yo, a regañadientes, fui a mi habitación a desempeñar la ardua búsqueda de cosas que quisiera dejar atrás para emprender ese maravilloso futuro que me esperaba en Irlanda.

Aquello tomó más tiempo de la cuenta porque al rato —cuando mi hermana apareció con una caja de zapatos blanca y vacía que dejó sobre mi cama— empecé a guardar en ella algunas cosas; finalmente dejó de parecerme una tontería, en especial cuando revisé las postales que guardaba en el primer cajón del escritorio.

A las postales las acompañó una camiseta negra de Hugo que en los meses que estuvimos juntos en Granada había usado como pijama y que al final me había quedado. También deposité en la caja unas fotos de polaroid en las que aparecíamos juntos, aunque me cuidé bien de no mirarlas demasiado; las siguieron un mechero que se me quedó en el bolso tras mi visita a Londres, el maldito folleto de su primera exposición y aquella pegatina en forma de estrella que había en una estantería y que milagrosamente no se rompió al retirarla.

Por supuesto, el tatuaje en el hombro siempre me acompañaría, pero no quería borrar a Hugo por completo de mi vida. Al fin y al cabo, formaba parte de mi historia y, como mi madre siempre decía, «no todo lo que ha tenido un mal desenlace ha carecido de su parte buena, bonita y memorable».

Alejándome por fin del fantasma de Hugo, guardé entonces la chapa con mi nombre de la tienda de ropa donde trabajé, el delantal de la cafetería y el décimo de lotería que no me tocó, ese

que compré con toda la intención puesta en abrir mi propio negocio y dedicarme a lo que ansiaba.

Una vez que lo tuve todo listo, cerré la caja y salí de mi habitación; pensaba que mi madre prepararía algún paripé, pero me sorprendió que ella y Grace me obligaran a salir de casa con ellas y la caja a cuestas, subir al coche y dirigirnos a la playa, concretamente, a la zona de nuestro antiguo instituto.

Ya había caído la noche; aunque no habían tocado las nueve, el sol en esa época siempre se ponía mucho antes que en verano.

Cuando mi madre apagó el motor del coche, me asusté.

—¿Mamá?

—¿Tienes la caja? —preguntó ella al soltarse el cinturón.

—¿Qué hacemos aquí? —quise saber.

—Vamos a hacer el funeral, obviamente —contestó Grace.

Salieron del coche y yo no tuve más remedio que seguirlas, porque ni loca me quedaba sola allí.

—Pero ¿aquí?, ¿en el instituto? Sois conscientes de que está cerrado y no podemos entrar, ¿verdad? —tanteé, pues con ellas toda precaución era poca.

La reacción de ambas fue reírse, pero pronto vi que su objetivo no era el instituto sino el campo de la calle paralela, donde en vez de construcciones había vistas al mar.

Encendieron las linternas de sus móviles, y cuando llegamos al campito —en una de las situaciones más absurdas y surrealistas de mi vida—, mi madre sacó una pequeña pala de jardinería, con la que seguramente trabajaba las macetas de las plantas y flores de casa.

Me la tendió.

—¿Tengo que cavar yo? —le pregunté.

—A ver, no voy a ser yo —dijo rápidamente Grace—. Es tu funeral.

—No digas eso, Grace —contesté yo—. Da mal rollo.

—Venga, chicas, no queremos que nadie nos pille —nos apremió mi madre, que con ceremonia cogió la caja.

Pero tras su comentario, la miré histérica.

—¿Qué pasa? ¿Esto que vamos a hacer es ilegal? —pregunté nerviosa.

—A ver, ilegal, ilegal… pues no creo, hija —respondió ella.

Grace, atenta a mis reacciones, me quitó la pala y tras un suspiro se puso a cavar la tierra.

Mientras tanto, yo miraba tensa alrededor, a la espera de que en cualquier momento nos apuntara el foco de luz de un helicóptero y nos cercara la policía.

Sí, quizá exageraba.

—¿Habéis oído ese ruido?

—Ava, por favor. Cálmate —me pidió mi madre—. No vendrá nadie.

—Ya está —dijo, por fin, Grace.

Las tres observamos el agujero a nuestros pies. Por suerte, la tierra era blanda y en poco rato obtuvo el hueco perfecto, lo bastante profundo para meter la caja y que no se encontrara con facilidad.

Entonces miré a mi madre.

—¿Y ahora?

—Ahora —dijo mi madre al tiempo que me pasaba un brazo por encima de los hombros—, coges esta caja y la entierras. Pon todo el sentimiento en ello, hija. Que son cosas que estás dejando atrás…

—… para que te dejen continuar con tu fabulosa vida en Irlanda —añadió Grace.

Volví a mirar hacia abajo, con la caja entre las manos.

—Venga, te dejamos sola. Te esperamos aquí atrás, vigilando que no venga nadie.

—Madre mía… —murmuré para mí cuando ambas se alejaron y me quedé a solas con la caja y una sensación extraña.

Tuve la impresión de estar en una película, por lo surrealista que había sido el día. Pero, a ver, había sido idea de mi madre, y eso cabía dentro de sus parámetros. Mi especial y alocada madre, quien con los mínimos detalles confería a la vida un color especial, tal como era ella.

Así pues, mientras enterraba la caja, no solo pensé en lo que estaba soltando, sino en que mi madre, con esa idea, había logrado que finalmente dejara de lamentarme.

Vale, quizá había pasado de la lamentación al histerismo, pero una vez que la caja quedó cubierta con la tierra amontonada, se me dibujó una amplia sonrisa. Emocionada corrí hacia ellas, que me recibieron vitoreando, y, entre risas, nos fundimos en un abrazo desordenado pero lleno de ilusión y esperanza.

Y es que todo daba igual, porque las tenía a ellas conmigo, siempre. Tanto en lo bueno como en lo malo.

Era profundamente afortunada.

—Iréis a verme a Irlanda, ¿verdad? —les pedí mientras caminábamos hacia el coche.

—Por supuesto —respondió mi madre con una amplia sonrisa.

—¿Sabes? —dijo mi hermana al llegar al coche—, estoy convencida de que esto funcionará, y de que Irlanda comportará un antes y un después en tu vida.

Recuerdo que puse los ojos en blanco al reírme, y que intenté alborotarle el pelo mientras mi madre nos proponía que saliéramos a cenar a algún lado.

Tengo esa escena grabada en la memoria, tanto la cotidianidad del momento como la sensación que me embargaba al saber que, efectivamente, les haría caso e iría a Irlanda, que me marcharía a pesar de desconocer qué sucedería allí, y lo haría acompañada de esa emoción que empezaba a burbujear dentro de mí.

Y, al fin y al cabo, el vaticinio de mi hermana no erró, pues, para mí, Irlanda fue la clave. Tanto profesional como personalmente.

Allí encontré mi profesión.

Allí conocí a Liam…

Marzo de 2018

Dalkey, Irlanda

Ava

Llevaba cuatro meses viviendo en Irlanda, concretamente en el pueblo de Dalkey, donde vivían mis abuelos y algunos de mis tíos.

Era un pequeño pueblo costero y muy tranquilo situado al sur de Dublín, desde donde podías llegar a la capital en media hora de tren; no me pareció mal plan instalarme en la casa de mis abuelos hasta que viera qué tal me iban las cosas por allí.

Recuerdo que fui cauta al principio, no estaba muy convencida de que mi experiencia allí distara mucho de las que tuve en Granada y Madrid. Sin embargo, mi familia —concretamente, mi abuela Aisling— se encargó de que todo saliera bien rodado; y es que, como me decía con su encantadora sonrisa, «no hay nada mejor que conocer a la gente indicada», por lo que en menos de un mes estaba trabajando en la librería del pueblo.

Atender en aquella librería no era el trabajo que había soñado, ni siquiera tenía algo que ver con la traducción, pero estaba en contacto con los libros, y eso me encantaba. Además, se hallaba en una de las calles comerciales del pintoresco pueblo —Railway Road—, cuyos comercios tenían fachadas de distintos colores que daban un toque peculiar y bonito a ese lugar que no parecía tener mucha vida.

Me recordaba un poco a Mojácar, donde la mayoría de las personas se conocían, y rápidamente me familiaricé con la cotidianidad de allí.

Tenía dos compañeras en la librería con quienes hice buenas migas: Maeve, que junto a un pulcro orden en el aspecto laboral, llevaba una desordenada vida personal; y Saide, la tímida y dulce Saide. Por supuesto, echaba mucho de menos a mis amigos, especialmente a Caleb, con quien intentaba hablar todos los días. Sin embargo, aquellas dos chicas pronto se convirtieron en buenas amigas mías.

Evidentemente, la vida en Irlanda era distinta que en España. En parte, porque a la gente le resultaba raro que —a mis veinticuatro años— no estuviera casada ni tuviese novio; me lo dejaban ver en cada una de las conversaciones que mantenía con amigos de la familia que se detenían a saludarme y me preguntaban sobre mi vida privada.

Sospechaba que en Dublín no me habrían incomodado con ese tipo de conversaciones. Salvo esos tensos interrogatorios que ponían a mi madre hecha una furia cuando se lo relataba por teléfono, estaba bien.

Sin embargo, ese adjetivo cambió rápidamente por uno mucho mejor cuando en una tarde lluviosa entró en la librería un hombre que rondaba mi edad. Iba trajeado y tenía pinta de haber entrado en la tienda debido al fuerte chaparrón que caía, pero cuando al darle la bienvenida sus ojos color avellana conectaron conmigo, algo debió de captar su interés, porque los siguientes días volvió a aparecer.

—Vaya, Liam —dijo Maeve tres días después, cuando le cobraba la nueva novela que se llevaba—. No conocía yo este afán tuyo por las novelas policiacas. ¿Ya te has terminado las dos que te llevaste ayer y antes de ayer?

—Eh, sí… sí. Leo rápido —contestó aquel.

Según mi compañera, era el hijo de unos amigos de sus padres; del pueblo, de toda la vida. Se llamaba Liam Walsh, trabajaba en la inmobiliaria del pueblo —la cual pertenecía a su padre— y era el mayor de tres hermanos. También debía saber que estaba soltero —un dato que Maeve me había recordado hasta la saciedad—. Y, por mi parte, habría sido ingrato declarar que no me interesaba especialmente esa información, pues aquel rubio con reflejos pelirrojos, barba recortada, sonrisa amable y nariz recta que aguantaba unas gafas redondas captó mi atención desde el día en que cruzó la puerta de la librería maldiciendo para sí.

Liam aceptó la bolsa que le tendía Maeve y salió con rapidez de la librería, no sin antes dirigir casualmente la mirada hacia donde yo estaba atendiendo a otra clienta.

Sonreí para mí, halagada, aunque también deseosa de que se atreviera a hablar conmigo directamente.

Pero Liam se hizo de rogar, porque, como decía Caleb, «lo bueno se hace esperar».

Eso exasperaba a Maeve, mientras que a Saide le hacía suspirar la galantería de Liam y el hecho de que buscara un acercamiento lento conmigo.

Yo me reía de sus eternas discusiones sobre aquel tema —cada una en un bando opuesto—, sin confesarles que esperaba con emoción la hora en que se presentaba en la librería —siempre a las cinco en punto de la tarde—, y cómo poco a poco lograba acercarse a mí.

Estaba acostumbrada a hombres que no se iban por las ramas, y con Liam todo fue distinto, hasta la manera de pedirme para salir. Que lo hiciera a través de los libros fue, quizá, un plus especial.

Tras unas semanas, dejó de comprar libros, tan solo se paseaba entre las estanterías repletas y echaba algún vistazo a las novedades mientras mantenía una breve conversación con Maeve —que era la única que se atrevía a hablarle directamente—; después, antes de marcharse, dedicaba un rato a hojear algún otro libro que, curiosamente, siempre depositaba en otro sitio, por lo general en la mesa circular al lado de la entrada de la librería, donde teníamos expuestas las ofertas especiales o novedades de autores best seller.

Liam no era el típico cliente que desordenara los libros, así que aquello captó mi atención. Y un día, y mientras Maeve lo maldecía, me dio por abrir el libro. Cayó un trozo de papel.

Mi corazón se volvió loco al descubrir que en el papel había escrito una frase:

Me gusta cómo miras concentrada el ordenador.

Nada más.

Tan solo aquellas palabras. Que, bueno, podían estar dedicadas a cualquiera de las tres, porque todas usábamos el ordenador y lo mirábamos concentradas cuando teníamos que consultar el *stock*, hacer pedidos o las terribles devoluciones.

Sin embargo, no fue la única, y, día tras día, me iba dejando notas; en ellas alababa cualidades de aquella chica inconcreta, pero de quien le encantaban el sonido de su risa, las pecas en el rostro, la calidez de la voz y que llevara el pelo trenzado. Con esa última pudimos descartar a Maeve, pues ella tenía el pelo corto y rizado, y aunque mis compañeras estaban convencidas de que los mensajes eran para mí porque Saide tenía novio y Liam lo conocía, y también por la manera en que él me buscaba siempre en la librería, yo no estaba segura al cien por cien.

No hasta que un día, por fin, se atrevió a dar el paso.

Llevábamos al menos dos semanas entretenidas con las notas misteriosas, y aquel día iba a salir más pronto de lo normal. Tenía que ayudar a mis abuelos con algunas compras en la capital, y no me habían puesto problemas a la hora de cambiar el horario.

Tras despedirme de las chicas, que estaban atendiendo a varios clientes que se encontraban en la librería, salí con prisas y sin mirar, por lo que me choqué con alguien o, más bien, con Liam.

—Perdona —le dije avergonzada.

Sin embargo, fue él el que se sonrojó por completo al ver que era yo quien había chocado.

—No pasa nada —logró decir.

Y tras un instante de silencio incómodo, le sonreí y continué mi camino.

No tardé en oír unos pasos detrás de mí; me sorprendí al sentir que me tocaban suavemente la espalda. Me di la vuelta y lo descubrí, todavía sonrojado pero dispuesto a no perder más el tiempo.

—Hola… no sé… no sé si has visto las notas… pero… me preguntaba si… ¿Te gustaría ir a tomar un café conmigo?

Lo preguntó con atropello, pero al final me dedicó una sonrisa ladeada que podía poner a más de una en problemas. ¿Cómo un chico tan guapo podía ser tan vergonzoso?

—Perdona, pero justo voy a Dublín…

—¿A vivir? —preguntó horrorizado.

Y yo me reí.

—No, a ayudar a mis abuelos con unas compras. Así que, si el café puede esperar a mañana, estaré encantada de tomarlo.

Liam me respondió con una de sus sonrisas más amplias y, tras intercambiarnos los teléfonos, continuamos nuestros caminos. Y así comenzó nuestra historia, que fue un adelanto de lo que me esperaba, puesto que Liam era un hombre dulce, calmado y atento, y, pese a lo que había creído tiempo atrás, me enamoré rápidamente de él, hasta los huesos.

Nuestra relación resultó tan fácil que sospeché que estuviéramos predestinados. No había discusiones ni constantes impedimentos, solo nos dejábamos fluir y disfrutábamos. Cuando llevábamos unos meses conoció a Caleb en una de sus visitas exprés, y mi amigo quedó tan cautivado por él como lo estaba yo, igual que Grace. Así que solo le faltaba por conocer a mi madre, que vendría seguramente en verano a pasar unos días.

Sí, no podía estar más feliz.

Sin embargo, no todo sería tan maravilloso.

Enero de 2019

Dublín

Ava

Principios del nuevo año.

Un momento lleno de propósitos y emociones. De nuevos comienzos. «Olor a deseos», como decía mi madre. Y ahí me hallaba yo, huyendo con un billete de última hora hacia París para encontrarme con mi mejor amigo en una escapada repentina con la esperanza de poder reorganizarme la vida.

¿El impulsor de aquel viaje? Se podría decir que estaba en mi mano izquierda, concretamente, en mi dedo anular: un anillo entregado hacía unos días con una propuesta de la que no sabía qué pensar ni qué decir, a pesar de haber dado ya una respuesta.

Pánico.

Eso era lo que sentía. Pánico y asfixia, porque, aunque todo iba bien, ¿había tanta necesidad de poner el turbo?

Liam, el chico de los domingos con paseos en la naturaleza, el de «mejor perros que gatos», el del café con extra de espuma y la perdición por la masa de galletas, había comenzado el año pidiéndome matrimonio tras volver de la fiesta de fin de año en nuestro pequeño apartamento de Dublín, donde nos habíamos mudado tras cinco meses de relación en un acto de locura cuando conseguí un puesto como traductora técnica en la capital.

Liam no dudó en seguirme, y yo, enamorada como estaba, pensé fervientemente que no podía irme mejor.

Él mantenía el puesto en la inmobiliaria de su padre, ya que tan solo tardaba media hora en llegar al pueblo, y yo inicié mi carrera como traductora. No fue tal como soñaba, pero sí con un buen sueldo y un horario aún mejor.

¿Y seis meses después me pedía matrimonio? No solo eso, sino que él intentaba convencerme de que lo mejor era volver a Dalkey, donde podríamos comprarnos una vivienda unifamiliar en la que formar nuestra familia de tres hijos y un perro.

¿Cuándo… cuándo habíamos decidido eso? Yo tan solo tenía veinticinco años. Por mucho que lo quisiera, mis planes no consistían en casarme cuando tan solo llevábamos un año de relación, y, mucho menos, formar ya una familia.

Tenía millones de planes antes que «ponerme a jugar a las casitas», como se refirió Caleb al asunto cuando lo llamé en un estado de pánico absoluto la misma noche en la que Liam me pidió matrimonio y en la que yo, por no montar una escena, le contesté que sí.

Caleb propuso la escapada a París, y —gracias a que no hubo inconvenientes en el trabajo para cogerme unos días libres— allí me encontraba: en el asiento junto a la ventanilla, rezando por poder dormirme en vez de continuar machacándome con esos pensamientos que me ahogaban.

Y en ese tumulto de cavilaciones, sin remedio alguno, pensé en él. En mi *él* particular, ese que tenía guardado bajo llave en la mente, en los recuerdos… y en el corazón.

¿Cómo estaría?

¿Qué estaría viviendo?

¿Pensaría en mí?

Enero de 2019

Londres

Hugo

Oí que la puerta se cerraba, pero no me molesté en darme la vuelta para cerciorarme de ello.

Estaba más ocupado en saborear el amaderado whisky con la vista fija en el fuego de la chimenea, que me tenía embelesado y captaba mi atención durante unos instantes que parecían eternos pero que me llenaban de paz, pues mi mente quedaba en blanco.

Había tomado una decisión y aquello era definitivo, porque en los últimos años, cuando había tomado decisiones con tal determinación, no había errado; así que, sí, no iría a Berlín para aquella exposición, no aceptaría nuevas entrevistas, no haría nada, aparte de descansar.

Lo necesitaba.

Llevaba cuatro años sin parar. Vivía atropelladamente, y a pesar de que no me había ido nada mal, notaba que era el momento de echar un poco el freno.

Seguía viviendo en Londres, ahora en un piso para mí solo; era un ático en Mayfair y tenía a Rubén de vecino, quien, tras la muerte de George, se había convertido en mi representante/acompañante/mano derecha.

George nos había dejado tras un segundo infarto; a pesar de la tragedia, sabíamos que se había ido tras haber exprimido la vida a tope, rodeado de gente que lo quería y admiraba, y tras haber ayudado y dado grandes lecciones de vida.

En su funeral volví a ver a Rosie; desde nuestra ruptura a finales del 2017 no nos habíamos vuelto a encontrar. Seguramente, ella se había cuidado mucho de no hacerlo, porque, para ser franco, a mí me daba igual.

A Rosie le guardaba un gran afecto, a pesar de los problemas que encontramos al final de nuestra historia, que tampoco fue un drama para mí, porque ¿qué puedes sentir al finalizar una relación que en teoría debía ser romántica pero que para ti consistía únicamente en cariño y sexo?

Nunca la engañé; fui claro cuando, tras mi regreso a Londres, ella puso todo el empeño en hacerme saber que estaba interesada en mí. Le advertí que solo la veía como una amiga, pero Rosie sabía buscarte las cosquillas, y era difícil resistirte cuando eras un hombre libre ante tal belleza y tanta pasión.

Finalmente nos enredamos más de lo que me habría gustado, y de manera gradual me dejé hacer —o «querer», como decía Rubén—, pero Rosie abría ante mí un abanico de experiencias

que no vivía cualquier mortal común, aunque pronto comencé a cansarme de sus excesos, fiestas sin fin y persecución de *paparazzi*.

La fama conlleva un riesgo para la gente como Rosie, que poco a poco se dejó cercar y asfixiar, y se convirtió en una chica insegura, exigente y pasada de rosca. En más de una fiesta había tenido que sacarla en brazos porque era incapaz de andar por sí misma. Y ese era un mundo que yo odiaba.

Así que fue inevitable que terminara nuestra relación. Pocos meses después, la prensa la relacionó con un cantante de pop, y a mí, por lo menos, me dejó de perseguir esa panda de sabuesos en busca de cualquier cotilleo absurdo con el que marear a su audiencia.

A pesar de toda la marabunta que resultó ser Rosie, mi carrera continuó cosechando éxitos; no puedo afirmar lo mismo de mi vida personal, que —como decía Rubén— comenzaba a ser «demasiado desquiciante no verme con la misma chica más de dos días seguidos».

Y yo no lo iba a negar, pues, al fin y al cabo, mi mejor amigo tenía razón. Necesitaba hacer una pausa. Detenerme, respirar hondo y ver qué sucedía.

Aunque me hiciera recordar. Aunque fuera doloroso. Porque quizá, así, encontraría la paz que buscaba.

Enero de 2019

París

Ava

—Bueno, pues aquí estamos —se quejó Caleb—. En la puñetera ciudad del amor, ambos solteros, y ¿no tienes mejor plan que arrastrarme a una exposición de una panda de artistas muertos?

—Venga, anda, déjate de llantos, que es un plan genial —canturreé mientras me ponía la boina.

Me la había comprado tras verla en el escaparate de una tienda cerca del hotel en el que nos alojábamos. Era roja y completaba a la perfección el look de chica parisina. Mientras tanto, Caleb se recolocaba las orejeras con una sola mano, ya que la otra le quedaba inmovilizada porque yo estaba colgada de su brazo.

—Oh, sí —continuó quejándose Caleb—. ¿Y por qué cojones hace tanto frío?

—Es París en enero, ¿qué pensabas? ¿Sol y temperaturas agradables? —lo pinché—. Además, te advertí que te compraras ropa térmica, pero como eres un rata…

—Para tres días que voy a estar aquí, ¿qué necesidad?

—Pues no te quejes ahora —me reí a mi pesar.

Caleb, con la nariz roja por el frío, maldecía por lo bajo.

—¿Y queda mucho para llegar a la maldita exposición? —volvió a gruñir.

Yo, como respuesta, le sacudí el gorro de lana que asomaba por debajo de las enormes orejeras.

—No sabes cuánto te he echado de menos —dije al tiempo que apoyaba la cabeza sobre su hombro.

Caminábamos por las heladas calles de París, que, a pesar de las bajas temperaturas, estaban repletas de personas.

Caleb refunfuñó de nuevo, pero acabó sonriendo, y volvió la cabeza para depositar un beso sobre mi boina.

—Vaya una manera más fantástica de empezar el año —dijo.

Y lo tuve que mirar para descifrar si lo decía con ironía o en serio. Como si entendiera mi debate, se explicó:

—Sí, yo lo terminé fatal, con toda esa crisis, y el inicio del nuevo año no ha sido el mejor, con la ruptura con Luis. Tampoco tú has empezado bien, huyendo de tu vikingo…

Puse los ojos en blanco por el apodo que le había otorgado a Liam, porque estaba yo más cerca que él de parecerme a un vikingo.

—… pero aquí estamos. Los dos juntos, dispuestos a darlo todo estos días, a comernos la noche de París, aunque comencemos con esta exposición; es que no sé por qué me he dejado arrastrar, cuando podría estar poniéndome hasta el culo de cruasanes.

—Siempre tan poético —sonreí, negando con la cabeza. Levanté la vista y señalé con el dedo —. Mira, ahí está.

—*Oh là là!* —canturreó, ironizando su entusiasmo.

Nos acercábamos por la estrecha calle a la fachada del Atelier des Lumières, un centro artístico con exposiciones de grandes obras en un formato inmersivo, con proyecciones multimedia y música, que lograban envolver a los visitantes con el arte.

La exposición que había llamado mi atención *a priori* fue la de Cézanne, sin embargo, cuando me puse a ver las demás exposiciones que tenían, me resultó imposible ignorar la que venía bajo el título del «Arte guiado por estrellas».

—Oh, por fin —exclamó con alivio Caleb cuando entramos en el museo—, creía que nos convertiríamos en cubitos de hielo, ¿cómo pueden vivir con esta temperatura?

Le clavé el codo en las costillas para que se callara. Sí, era poco probable que hablaran español, pero prefería prevenir que curar; aunque, siendo sincera, con la cantidad de gente que había dentro, era imposible que alguien estuviera atento a nuestra conversación.

Primero visitamos la de Cezánne; tal como había imaginado al elegir ese tipo de exposición, a Caleb le gustó la puesta en escena y le parecieron interesantes la información y las obras del artista. Sin embargo, llegados a su fin, declaró que ni loco se metía en otra, que prefería esperarme tomando un café en alguna cafetería, o en el cementerio del Père-Lachaise, pues quedaba a un corto paseo del museo y le llamaba especialmente la atención.

Así que, sola, me encaminé a la siguiente exposición, donde se prometía un recorrido en la historia del arte sobre la representación de las estrellas, algo imposible de ignorar.

El comienzo de la exposición era muy parecido a la anterior: un recorrido por pasillos en cuyos altos techos se proyectaban las obras, pinturas rupestres, frescos del siglo II, la Edad Media, el Renacimiento… se mostraban distintas corrientes y movimientos artísticos, y cada uno representaba las estrellas de una forma diferente.

Contemplé una inmensa proyección de *La noche estrellada*, de Van Gogh, donde las estrellas y ese cielo peculiar se movían sinuosamente, siguiendo los trazados de su creador; me vi envuelta por el peculiar arte de Pollock y su obra titulada *Estrella fugaz*, uno de sus primeros cuadros, con el que dejaría de lado la pincelada para comenzar a crear en tan característico estilo; Joan Miró y sus veintitrés Constelaciones me mantuvieron atenta a cada detalle, proyectadas a gran tamaño.

Sin embargo, me quedé completamente cautivada por el *Infinity Mirror Room*, de la artista Yayoi Kusama. Era uno de tantos, porque —como leí en la información proporcionada— la artista tenía una serie, y este mostraba una pequeña parte de lo que para ella representaba el universo infinito realizado con miles de luces diminutas que parecían no acabar nunca debido al reflejo de los espejos que circundaban la escena.

Yo di vueltas sobre mí misma maravillada, admirando la manera en que los tonos de la sala pasaban de un frío azul polar a un cálido rojo y luego a un mágico dorado, y cuando cambió a un

oscuro púrpura, lo vi.

Y parecía que él me había visto hacía rato.

Enero de 2019

París

Hugo

Ahí estaba, aquella chica de boina roja ladeada, permitiendo que el largo cabello ondulado le cayera con gracia por su espalda, con una sonrisa emocionada mientras daba vueltas sobre sí misma, dejándose cautivar por el arte de aquella sala mágica.

Allí estaba Ava, mi Ginger.

Y yo tan solo me quedé ahí, a escasos metros de distancia, admirando su belleza y felicidad ante lo que sus ojos presenciaban, y juro que no había nada ni nadie que pudiera dejarme de esa manera, como lo hacía ella.

Ese fue un instante de completo autoconocimiento, de saber que, pasaran las personas, momentos y circunstancias que pasaran por mi vida, Ava siempre tendría esa capacidad.

La de silenciarlo todo alrededor, la de saber que nada más tendría tanta importancia y relevancia en mi vida como aquella pelirroja que, de pronto, me descubrió entre esa lluvia de estrellas, entre ese universo infinito.

Qué jodida ironía.

Qué puta maravilla.

Cuando Ginger me reconoció, me dedicó una de sus sonrisas, esas que podían congelarme el corazón durante un microsegundo, para luego bombear con desaforo, como si saltara al vacío.

Respondí a su sonrisa con la mía y —eso sí— acorté la distancia entre ambos mientras ella, con el juego de estrellas salpicándole la cara, me seguía mirando y dejaba que fuera yo el que se acercara.

Cuando llegué a su altura, Ava, tan bonita, aún sonreía. Joder, qué guapa era, y eso estuve a punto de decirle, pero fui cauto y me contuve.

—¿De verdad que eres real?

Su pregunta me hizo reír, en especial cuando alargó una mano para tocarme el brazo derecho.

—Soy un producto de Kusama. Mi holograma solo se aparece a las chicas guapas —contesté divertido.

Ava se rio con ganas, y algunas de las personas que disfrutaban de la exposición nos miraron con mala cara; pero los ignoramos.

—¿Qué haces aquí, en París? —preguntó entonces Ava, mirándome con interés—. ¿Estás exponiendo o es que ahora vives aquí?

Negué con un gesto de cabeza, y me martiricé al tomar conciencia de que ella, la persona más importante de mi vida, supiera tan poco de mi día a día. Pero así eran las cosas…

—Unas vacaciones. Quería alejarme de todo. —«Y entonces te encuentro», pensé para mis adentros—. ¿Y tú, Ginger?

Su sonrisa se entristeció un poco, y no supe si fue porque recordó entonces el cuadro al cual debía su sobrenombre, por el motivo por el que estaba aquí, o porque había tenido el mismo pensamiento que yo.

—Una escapada de tres días —respondió sin resolver mis dudas.

—¿Sola?

La miré sorprendido, pero ella negó y logró que mi corazón se apretara en un gesto injusto.

Era imposible que Ginger siguiera sola.

—Con Caleb.

Volví a sonreír, encantado de saber que no había otra persona, por lo menos en ese viaje.

—Vaya, ¿y tenéis guía turístico? —pregunté guasón.

Ava me estudió intrigada.

—¿No has dicho que estabas de vacaciones? —remarcó entonces.

—Pero es que resulta que me compré una casa aquí, en la ciudad de las luces.

«Y del amor», me dije mientras observaba su rostro y admiraba cada leve cambio que el tiempo había depositado en ella.

—Ya no está —señalé sorprendido.

—¿«Ya no está» qué? —repitió sin entenderme.

Pero cuando le toqué suavemente la punta de la nariz, no necesitó que añadiera nada más.

—¡Uff, sí! No sé cómo me dejé convencer por Leticia y Andrea, pero cuando empecé a trabajar en una cafetería, me obligaron a quitármelo, y nunca más me lo volví a poner —me explicó, refiriéndose al *piercing* que había llevado en su respingona nariz durante la época universitaria.

—¿Tú, trabajando en una cafetería?

—Ey, lo hice muy bien —contestó dolida.

Y yo me reí.

Volvieron a mirarnos mal, y examiné alrededor.

—¿Qué me dices?, ¿queréis un tour?

—¿Gratis? —Ava arqueó una ceja.

Joder, tuve ganas de besarla.

—Ya me pensaré el cobro —contesté sin dudarlo.

No se me escapó que ella contuvo una sonrisa; y acabó por asentir.

—Está bien. Enséñanos París.

Extendí la mano, y me la estrechó sin titubear, así que nos saqué de la sala estrellada, para vivir uno de los fines de semana más mágicos de mi vida.



Cuando salimos del museo, no nos resultó difícil encontrar a Caleb; devorando una caja de *macarons*, se dirigía al cementerio. Su sorpresa al verme fue recibida con cariño, y me bombardeó con preguntas sobre mi vida como artista y escuchó mis respuestas realmente interesado.

Tenía cariño a Caleb. El tiempo había demostrado que era un buen amigo de Ava, alguien que siempre estaría ahí para ella, y eso era algo inmensurable.

Aceptó encantado que fuera su guía por lo menos aquella tarde, y, como no podía ser menos, los insté a coger el metro para dirigirnos al barrio de Montmartre; al bajarnos en la parada de Blanche, lo primero que nos recibió fue el Moulin Rouge, el famoso cabaret donde Caleb nos obligó a fotografiarlo en varias poses divertidas.

Les enseñé la famosa cafetería de *Amélie* y el muro de los *Te amo*, de los artistas Frédéric Baron y Claire Kito. Allí estuvimos admirando aquella pared de baldosas negras con más de trescientos «Te amo» escritos en distintos idiomas. También allí miré de soslayo a cierta pelirroja que estudiaba maravillada todas esas lenguas, y percibí un anillo en su anular izquierdo.

Pero pronto descubrí que no era el único que había estado observando a alguien, pues Caleb se arrebujó bajo la bufanda de lana al tiempo que apartaba de mí esa mirada de oscuros ojos.

—Es increíble que se pueda decir «te quiero» de tantas formas, ¿verdad? —preguntó Ava a nadie en particular.

Y ninguno de los dos le contestamos, porque nos centramos de nuevo en ese muro especial, conscientes de la magnitud de lo que teníamos enfrente.

De cuántas maneras podíamos decir esas dos sencillas palabras que significaban tanto…

Después les enseñé Le Moulin de la Galette y continuamos con la escultura dedicada al escritor Marcel Aymé; caminamos hasta La Maison Rose y, por supuesto, Caleb propuso que nos detuviéramos ahí para tomar un café, pero le prometí que conocía un lugar mejor. Accedió solo tras hacer un *book* completo de Ava ante la fachada rosa del peculiar y coqueto restaurante; entendí su empeño, pues Ginger estaba especialmente guapa con su boina y abrigo rojos.

Finalmente llegamos a la famosa cafetería Le Consulat, que, con su emblemático toldo de rayas rojizas y verdes, nos esperaba repleto de turistas y clientes, como siempre. Pero la espera merecía la pena —tal como insistí a Caleb—, y allí, en la plaza de Tertre, frente a los artistas ocupados con sus acuarelas y carboncillos, nos dedicamos a descansar rodeados de arte.

Estaba ya ocultándose el sol, y Caleb nos sorprendió despidiéndose.

—Yo creo que me voy al hotel. Me apetece darme un baño caliente y descansar del trote de todo el día.

—¿Quieres que nos vayamos ya? —preguntó Ava.

Y mantuve una expresión de serenidad, porque sabía que con eso llegaba la despedida de aquella tarde que no quería que terminara nunca.

—No. Yo me voy. Tú quédate —le contestó Caleb, sorprendiéndonos—. Cojo el metro tranquilamente y nos vemos luego en el hotel.

—Pero… ¿cómo te voy a dejar solo? —insistió ella.

Decidí guardar silencio, pues algo me decía que la marcha de Caleb era intencionada, que lo había macerado en silencio desde el momento en que yo había aparecido.

—Mujer, no te voy a estropear la maravillosa visita que está haciendo Hugo. Disfruta de lo que queda, y luego nos vemos en el hotel. Ya sabes que a veces soy un poco penco y prefiero

descansar. —Caleb le guiñó el ojo y se acercó a abrazarla para despedirse—. Mañana será otro día, ¿sabes?

No pude interpretar en profundidad esa despedida, pero luego Caleb se dirigió a mí para despedirse.

—Gracias, Hugo. Eres el guía turístico más interesante que he tenido nunca, y, sí, me refiero a «guapo».

Me reí ante sus palabras y nos abrazamos.

—Yo también me alegro de verte —dije, todavía abrazados.

—Cuida de ella, ¿eh? —me susurró; después se separó, no sin antes lanzarme una mirada que tampoco supe cómo interpretar, o quizá… sí.

Caleb nos dejó solos; cuando, siguiendo mis indicaciones para pillar la boca del metro más cercana, desapareció de nuestra vista al doblar la esquina, Ava se centró en mí.

—Bueno, al final solo somos tú y yo —dijo encogida de hombros.

—A mí no me parece nada mal —contesté.

Y fui testigo de cómo sus mejillas se sonrojaban al entender con ello que había captado la intención de aquella sencilla frase.

—En fin —carraspeó Ava, mirando alrededor—, ¿adónde me llevarás ahora?

«Al fin del mundo, si me lo pidieras», pero eso también me lo guardé para mí.

—Puedo enseñarte el Sagrado Corazón y ver el atardecer desde ahí.

—Me encantaría. —Volvió a sonreírme.

Y a mí se me olvidó respirar.

Así que eso hicimos; desde la plaza se tardaba unos escasos minutos en llegar a la basílica, solo había que subir la empinada y curva carretera empedrada con numerosos turistas que, como nosotros, no querían perderse aquel espectáculo.

Admiramos la basílica desde fuera y disfrutamos de las impresionantes vistas sobre la ciudad; sin embargo, la atmósfera había cambiado desde que Caleb nos había dejado solos, estaba cargada, y ambos lo notábamos.

Dejé que Ava tomara la iniciativa y decidiera qué camino tomar. Cruzó la fachada principal de la basílica y nos llevó a uno de los costados —el de la derecha—; tras descender unas empinadas escaleras de piedra con altos árboles a los lados que se mecían por el viento helado, y acompañados de la música de fondo de un saxofonista que pedía dinero frente a la basílica, Ava me sujetó por la solapa del abrigo y me atrajo hacia ella sin preguntar, tan solo besándome con esas mismas ganas que yo había mantenido al margen.

Desaparecieron el frío, la música, París.

Solo quedamos nosotros, devorándonos como cada una de las veces que el destino hizo que nos cruzáramos.

Enero de 2019

París

Ava

Podría excusarme en que fue un acto inconsciente, completamente espontáneo e impulsado por una locura transitoria que… que no existía, porque desde el momento en que Hugo apareció en aquella sala donde las estrellas infinitas nos envolvían, desde el instante en que se ofreció a acompañarnos ese día… desde ese momento no hubo un segundo que no me imaginara acortando definitivamente la distancia para besarlo como necesitaba. Como quería.

Así que, sí, lo besé. Y él respondió al gesto con el mismo entusiasmo, reencontrándonos contra todo pronóstico.

Sabíamos que ese encuentro era un regalo, como una tregua, un paréntesis en nuestras vidas. Yo no sabía qué le esperaba a su vuelta, en Londres. Él tampoco quién me esperaba en Dublín; sí, lo había pillado observando mi anillo de compromiso varias veces a lo largo de la tarde.

Pero eso daba igual. Ahora estábamos nosotros dos, ese beso en el atardecer y un París mágico que siempre me recordaría a Hugo, con quien todo era fácil y natural como el respirar. Como el juguetear de nuestras lenguas, como nuestras respiraciones entremezcladas.

Habían pasado años desde la última vez que nos habíamos visto en esa triste tarde en Mojácar, pero el tiempo no había transcurrido, con nuestras almas danzando al reconocerse, al estar de nuevo juntas…

Nos subimos a un taxi y Hugo, en un exquisito francés, dio unas indicaciones al conductor. El camino me resultó eterno pero completamente excitante, porque a distancia, nos estudiábamos con avidez, sin tocarnos y siendo conscientes de lo que nos esperaba en cuanto llegáramos a nuestro destino, que era la vivienda de Hugo.

Irremediablemente, sonreí ante su intensa mirada, y le oí maldecir mientras me devolvía la sonrisa. Me reí, conocedora de que ponía todo su empeño en no lanzarse sobre mí para evitar un espectáculo dentro el taxi. Mientras tanto, aquel conductor canturreaba al ritmo de la música que emitían por la radio, acompañándonos suavemente en nuestro dulce tormento.

Al final llegamos; de la mano, bajamos del taxi y tras cruzar el portal antiguo y de altos techos que en otras circunstancias me habría detenido a observar con admiración, Hugo volvió a atraparme entre sus brazos, guiándome hacia el ascensor, que nos llevó al último piso.

Y ahí dejé de prestar atención a todo lo que no fueran los besos de Hugo o sus manos recorriendo mi cuerpo, erizándolo, volviéndolo loco.

Nos desnudamos capa a capa, con calma pero sin dejar de robarnos besos, contra una pared que fue testigo de nuestra pasión, de cómo rodeé con una pierna las caderas de Hugo, de cómo él me sujetó por la cintura impidiendo que perdiera el equilibrio. De cómo los besos quedaron interrumpidos por nuestros jadeos cuando él entró en mí, de cómo susurró mi nombre antes de que nos devorara el clímax a los dos.



—Entonces ¿aquí también pintas? —le pregunté.

Estaba envuelta en una sábana blanca que me había prestado mientras recorría desnuda el pequeño piso. Me había entretenido en la zona del taller, más grande que el resto del *loft*, donde unos grandes ventanales franceses de madera antigua permitían oír el silbido del fuerte aire de fuera al filtrarse; sin embargo, no se pasaba frío gracias a la calefacción de pellet que Hugo había hecho instalar en la casa.

—A veces —contestó detrás de mí, observándome—, pero no estos días. He venido a descansar, ¿recuerdas?

Yo estudiaba los lienzos y botes de pintura repartidos sin orden alguno, y al percibir su mirada volví la cabeza para encontrarlo; inevitablemente, recorrí su pecho desnudo, nuevos tatuajes decoraban su piel y le bajaban por el brazo derecho. Ladeé la cabeza y solté un pensamiento que burbujeó en el aire.

—Nunca me has pintado a mí.

Dejé que la sábana escurriera por mi hombro, descubriéndolo, y su mirada de ojos azules se dirigió hacia esa porción de piel desnuda.

—En realidad, sabes que sí. Hace muchos años… —Me buscó con la mirada con tal intensidad que la diversión pasó a un segundo plano—. De ahí viene tu mote, «Ginger».

—Pero ¿tú estás seguro de que era yo?

—¿Lo dudas? —preguntó, acercándoseme—. Aun cuando no nos conocíamos, el destino se empeñaba en cruzarnos, Ginger.

Tras volverme completamente hacia él, estudié su rostro y levanté una mano para acariciárselo, esa cara que tantas veces rebuscaba en mis recuerdos.

—Me habría gustado explicarte aquella anécdota personalmente, pero ya sé que alguien se encargó de hacerlo por mí —declaró.

Y yo sonreí tristemente.

—No pasa nada. Fue muy bonito conocerla —dije.

Nuestras miradas volvieron a enredarse de esa forma en la que nos decíamos demasiadas cosas durante unos silencios que tanto significaban.

Carraspeé, desvié la mirada y retrocedí un sencillo pero significativo paso.

—¿Y has pintado a muchas más chicas? —bromeé, y me divirtió ver su ceja arqueada.

—¿Y si te digo que a unas cuantas?

—¿De veras? ¿Posaron para ti? —quise saber, y dejé caer muy intencionadamente la sábana al suelo, mostrándome de nuevo totalmente desnuda.

Su mirada no perdió el tiempo, me recorrió con avidez. De un modo tan suyo que encogió mi corazón de una manera… de una manera bonita, recordándome los especiales momentos que vivimos juntos en Granada, y los escasos días en Londres, antes de que todo volviera a separarnos.

—¿Quieres posar para mí, Ginger? —tanteó él al tiempo que empezaba a caminar hacia mí, sin poder disimular su excitación.

—Bueno, si han posado muchas mujeres para ti, no creo que…

Hugo no me permitió terminar la frase.

—Aunque hubieran posado un millón, ninguna sería como tú.

Me volvió a besar lentamente, de ese modo que me hacía perder la cabeza, entre su olor, sus caricias tentativas, y su cuerpo duro contra el mío.

Mientras yo me dejaba hacer, me guio hacia una de las mesas de trabajo y, tras colocar la sábana sobre ella, me indicó que me sentara.

Observé cómo preparaba las pinturas, acercando varios botes junto a mí; pero mi confusión llegó al ver que extendía una nueva sábana blanca sobre el suelo en vez de preparar un lienzo.

—¿Y el cuadro? —pregunté al fin.

—El cuadro, Ginger, eres tú —contestó, llegando de nuevo donde me encontraba sentada.

Y no lo entendí hasta que lo vi meter varios dedos dentro de un bote de pintura acrílica roja antes de acariciarme desde el cuello y bajar por mi pecho derecho, para robarme el aliento con el cambio de temperatura.

No necesité más explicaciones, me dejé hacer, disfruté de sus caricias, que me recorrían la piel cubriéndola de nueva pintura que mezclaba sobre el rojo, consiguiendo así nuevos tonos. Poco a poco, me atreví a hacerle lo mismo, y una vez incorporada, comencé a dejar marcas de pintura sobre su piel.

Había tantos colores, tantas emociones…

Acabamos de la única manera posible —y como él bien había imaginado—, haciendo el amor sobre aquella sábana blanca que recogió las marcas de nuestros cuerpos embadurnados.

Enero de 2019

París

Ava

—¿Quién es él? —Finalmente, llegó la pregunta.

Estábamos dándonos un baño caliente, tras habernos quitado los restos de pintura sobre nuestros cuerpos.

Había escrito a Caleb para informarlo de que cogería un taxi hacia el hotel en una hora aproximadamente, y como respuesta me había enviado una foto de una copa de vino junto a su cena, en algún restaurante. Con eso me indicaba que no me preocupara, que me tomara mi tiempo; pero yo era consciente de que no podía alargar más aquel día… no si no quería ocasionarme más daño.

Alcé la mirada para centrarme en Hugo, que me estudiaba desde el lado opuesto de la bañera.

—Un buen tipo —le contesté, dirigiendo mi mirada al anillo de compromiso.

—¿Y te vas a casar con él? —preguntó Hugo.

—Sinceramente, ¿quieres saberlo? —Volví a mirarlo a él.

—Realmente, no; al fin y al cabo, nada de esto cambia nada, ¿no?

Fue imposible no notar el tono ácido en aquella pregunta. Sumergí la mano dentro de la bañera, y de pronto me sentí perdida, pero también cansada de luchar contra marea.

—¿Sabes? Nunca he conocido a nadie con quien todo fuera tan fácil. Una persona a quien, a pesar del poco tiempo compartido como pareja, sintiera como mi casa, como el verdadero hogar…

Hugo me escuchaba atentamente y yo seguí abriéndome:

—Estoy segura de que nadie conoce tan bien mis silencios, ni discute mis pequeñas manías, aceptándolas como si fueran una verdad universal, como esa de guardar los pétalos de las margaritas que me han dado la respuesta que quiero; como la de no soportar ver cómo se doblan las páginas de un libro, pero no tener problema en garabatear pensamientos, subrayar frases y pegar pósits…

—Es una manera de hacerlo tuyo, no de romperlo —añadió él, dolido.

Asentí.

—Efectivamente, Hugo. Nadie entiende que no me guste la menta pero que me pirren los After Eight…

—Bueno, es que juntos tienen un sabor distinto —continuó anotando él sin entender lo que quería decir.

—Ni que me encante discutir apasionadamente sobre la trama de un libro aunque sepa a la perfección que esos personajes no existen. Ni que, aunque llegue a ser capaz de matar por mis galletas favoritas, como no se haya cerrado bien la caja las odiaré con toda mi repulsa…

—Sí, cierto —afirmó, ahora riéndose.

Pero yo continué, silenciándolo con mis últimas palabras:

—Esas absurdas cosas que nadie entiende salvo tú, Hugo.

Y abrió los ojos al darse cuenta de que me refería a él.

—¿Cómo?

Sonreí.

—Sí, lo que has oído. Y, bueno, no sé si tú sientes lo mismo, pero a pesar de todo el tiempo transcurrido, de nuestras duras separaciones, siempre…

—Sí, siempre eres tú —me interrumpió él ahora.

Guardamos silencio, uno de nuestros silencios, pero él volvió a hablar.

—Pero tú ahora estás con el tío más afortunado del planeta, y yo… aunque me encantaría que lo dejaras todo atrás, que lo abandonaras para venir conmigo, sé que tienes una vida en Dublín, una historia que vivir y contar. ¿Qué hacemos, Ava?, ¿te corto ahora yo las alas a ti?

Sentí que una lágrima me caía por la mejilla, pero no hubo más palabras. Solo un beso de despedida y un silencio que, esa vez, no resolvía nuestros sentimientos.



Volví al hotel donde Caleb y yo nos hospedábamos esos tres días; sin arrepentimientos ni dudas respecto a lo que Hugo y yo habíamos hecho. Caleb escuchó el relato de nuestra última conversación en la bañera, que terminó con él perjurando, pues no entendía por qué no nos dejábamos de tonterías y huíamos juntos, pero, como le contesté yo: «¿En qué dirección?».

¿En la mía, y que el trabajo de Hugo tuviera que cambiar drásticamente, rompiendo las bases que tenía establecidas? ¿O en la de Hugo, lo cual me impediría seguir viviendo en mi ciudad soñada y buscar ahí un puesto en una editorial?

A veces había que ser consciente de que el amor no todo lo podía, y nosotros éramos un ejemplo claro de ello.

—No sé por qué dices eso. Nunca, en todos estos años, os habéis atrevido a daros una jodida oportunidad, Ava. Siempre habéis antepuesto los sueños o las situaciones del momento a vosotros.

—Eso que estás diciendo es muy feo, Caleb —contesté dolida.

—¡Joder! Pero es la verdad, y alguien tiene que encargarse de decir las cosas feas, esas que no os atrevéis a pronunciar.

—¿Para qué?, ¿para que tengan un fatal desenlace que todos conocemos? Por lo menos no nos odiamos… —respondí yo.

Mi amigo me miró con gesto de auténtica lástima.

—Vivir así, Ava, no. ¿Por qué tienes las agallas de tirarte a la piscina en momentos como esta tarde, pero no de terminar la jugada cruzando el charco y dejándolo todo atrás? ¿Qué te ata a

Dublín? —Hizo una pausa breve, incluso dramática, para luego continuar—: Yo te voy a decir qué es, el miedo a que, si te lanzas y sale mal, ya no habrá ningún «vosotros», pero ¿de verdad merece la pena vivir así, sin tener la certeza plena? ¿Y si no sale mal?, ¿y si lográis que funcione? Joder, Ava. Lucha por lo que quieres. Pelea con garras y dientes, y si al final no funciona, por lo menos sabrás que lo diste todo.

Tras el monólogo, Caleb salió de la habitación; excusándose con que iba a buscar hielos, me dejó sola. Y me quedé en silencio frente a la ventana del hotel, mirando la vida nocturna con el móvil en la mano, sujetándolo con fuerza, y con un vértigo que nunca creí que sentiría.

Finalmente, y soltando el aire, desbloqueé la pantalla para buscar su nombre en el chat perdido tras el paso de los años.

Comencé a escribirle, estaba dispuesta a mandarle uno de los párrafos más largos de mi vida, en el que me declararía dispuesta a luchar. Le diría que no quería a nadie que no fuera él, que quería arriesgarme con él, a todo, que…

Pero la pantalla se bloqueó cuando apareció su nombre en el centro. Me estaba llamando.

Hugo me llamaba.

—¿Sí? —Descolgué aturdida.

—Joder, Ginger. Tenía miedo de que hubieras cambiado de número, después de tanto tiempo.

Me reí ante su sencillo alivio, pero las siguientes palabras de Hugo me quitaron la respiración:

—Mira, yo… yo he estado pensando en el día de hoy y en todas las cosas que nos hemos dicho, y en las que no, y… perdóname el atrevimiento, pero ¿podemos volver a vernos en Dublín?

—¿Cómo? —pregunté sin entender nada y comprendiéndolo todo mientras una enorme sonrisa me iluminaba el rostro.

—No quiero estar más sin ti. No quiero ni puedo. Apostemos por nosotros, sin cortarnos las alas. Sé que conseguiremos trazar nuestro camino juntos mucho mejor que separados. Joder, Ava, ¿es que no lo sientes?...

Sonreí con lágrimas en los ojos y alzando la mirada hacia el cielo estrellado, donde la media luna parecía atenta a nuestra conversación

—Juntos siempre seremos eternos. Déjanos intentarlo, sé que podemos —finalizó.

—Lo sé, yo… yo también pienso lo mismo. Justo te estaba escribiendo para decírtelo —le confesé mientras oía su agitada respiración al otro lado de la línea y notaba su júbilo.

Y me reí cuando lo oí vociferar loco de entusiasmo:

—Te quiero, Ginger.

—Y yo te quiero, Hugo.

Y así fue como yo, al volver a Dublín días después, le devolví el anillo a Liam, rompiéndole el corazón. Le dije que era lo mejor, que se merecía a una chica que no tuviera dudas, que su sueño fuera el de él; el de vivir en una casita de campo, con sus hijos y eternamente enamorados de su sencilla vida.

—Pero ¿tú no me quieres? —me preguntó con un hilo de voz que dolió.

—Te he querido mucho, mucho, pero yo no soy quien tú necesitas.

—¿Y a quién necesito, si no es a ti, Ava? —me preguntó mi chico de sencillas sonrisas y placeres tranquilos.

Y aunque me habría gustado aliviar el sufrimiento de quien había sido un estupendo compañero, yo no era esa chica que anhelaba.

A mis veinticinco años, no quería tener una calmada vida a las afueras de la ciudad en una casita de campo, y, por supuesto, ni siquiera sabía si quería tener hijos. Tan solo estaba segura de que quería vivir millones de aventuras junto al gran amor de mi vida, ese que el destino me había devuelto de nuevo, ahora en un encuentro fortuito en París, y finalmente nos lanzábamos juntos a la búsqueda de nuestros sueños.

Recuerdo que me arrodillé delante de Liam —quien lloraba desconsolado—, apoyándome en el suelo del salón del piso que ambos compartíamos y que habíamos llenado de recuerdos y de un amor bonito y sincero, ese que había empezado a apagarse antes de que él me pusiera el anillo en el dedo.

Porque hay amores que son intensos y cortos, otros que son dolorosos, y otros que a pesar de los años nunca se terminan. Hay muchas historias de amor, y yo sabía que la mía con Liam había sido de las bonitas y breves, de las que sirven para curar y creer de nuevo en el amor, algo que yo, fervientemente, necesitaba.

Después de esa triste despedida, Liam recogió sus cosas de nuestro apartamento y, a pesar de todo el sufrimiento que le ocasioné, me deseó lo mejor antes de salir de mi vida.

Fue la mejor decisión que salió de aquel viaje exprés, porque, de nuevo, el destino caprichoso decidió jugar un poco más con nosotros.

Hugo no pudo reunirse conmigo. Ni semanas, ni meses después.

Le salió una gran oportunidad. Una gran exposición en Japón; un nuevo horizonte a la vista para un artista muy joven que se estaba comiendo el mundo con su arte. Por supuesto, su idea no había sido dejarme tirada por aquella gran oportunidad, pero primero me pidió unas semanas para poder viajar a Tokio y conocer aquello, ver qué ambiente se respiraba y de qué iba todo eso.

Las semanas se alargaron hasta cuatro, y aquella apasionante cultura lo atrapó, pues le brindaban la oportunidad de mostrar su arte a esa parte del mundo; y no solo eso, sino lo que le podían enseñar.

Así que un mes se convirtió en varios meses, y pronto entendimos que nuestra historia tan solo estaba destinada a un entrecruce de caminos infinito, porque cuando pudo ser, cuando me volvió a escribir para reunirse conmigo finalmente, la enfermedad de mamá borró todas las otras preocupaciones.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

—¿Piensas entonces que Japón supuso un antes y un después en tu carrera? —pregunta Miguel.

Yo me encojo de hombros obligándome a sonreír.

—Podría decirse que sí. Al fin y al cabo, fue una oportunidad que no todos los artistas contemporáneos han tenido. Me brindaron la posibilidad de conocer su país, sus costumbres y, por supuesto, su arte, y eso ha influido claramente en mi arte. Así que puede decirse que sí, la estancia en Japón se convirtió en una época clave en mi vida.

Me obligo a sonreír, aunque temo que mi sonrisa no sea tan amplia y sincera como cabría esperar al oír mis últimas palabras, pero ¿qué puedo hacer?

Japón significó muchas cosas. Muchas buenas, pero también una única mala y que siempre me ha pesado.

Fue uno de los momentos más decisivos en mi carrera, y tuve que pronunciarme sin apenas meditarlo. Como en ese instante que de pronto el camino se bifurca en dos, y tú, que vas a toda hostia, tienes que escoger entre la derecha y la izquierda.

Llevas todo el jodido camino tomando el desvío de la derecha; por eso, sin pensarlo mucho, continúas en esa dirección, convencido de que —en caso de no verlo claro— aparecerá en cualquier momento un cambio de sentido que te permita regresar. Pero ese puto cambio no asoma, sino que se presentan salidas únicas, siempre hacia la derecha, y no te queda más remedio que tomarlas. De todos modos, ese es el camino que llevabas…

Eso sucedió con Japón y Ava. Decidí aceptar; tanto Rubén como yo tomamos conciencia de que esa era la clave en mi profesión, y no precisamente para asentarme en el mundo del arte —puesto que eso ya lo tenía—, sino para marcar historia, la jodida gloria de sentir que tus actos permanecerían incluso cuando tú ya no estuvieras. Pero nunca pensé que me arrastraría lejos de ella.

Hablábamos y la mantenía al corriente de todo lo que sucedía, siempre con la idea de que en unas semanas nos reencontraríamos para retomar, por fin, nuestras vidas, nuestra historia. Pero no fue así, la exposición comenzó a crecer, la propuesta se volvió más desafiante, ¿y quién no quería retos?

Aquello me cegó, y al final pasó lo que tenía que suceder. Ava encontró un puesto en una editorial internacional que tenía una de sus sedes en Dublín, y Caleb decidió irse a Irlanda con

ella.

No hubo más.

Ella me escribió para preguntarme qué me parecía que Caleb se instalara en su piso. Yo, demasiado ocupado con mis propuestas en la exposición, le contesté vagamente que era una buena idea, sin darme cuenta de que ella esperaba que le dijera que yo también iría. Que ya volvía.

Ginger se cansó de esperar, y yo de fingir que mi regreso estaba a la vuelta de la esquina.

—Imagino que eso dará sus frutos —continúa Miguel, sacándome de mis tristes cavilaciones —, ¿ves posible un Praemium Imperiale?

Me río. Es irremediable, ante tal pregunta.

—Sería algo sublime, aunque todavía tengo mucha carrera por delante. Aunque, en un futuro, nunca se sabe. —Respuesta estándar a pregunta absurda.

Oigo movimiento delante de nosotros, y al elevar la mirada, veo que Lara, con el móvil en la oreja, sale de la sala hablando entre susurros.

—¿Cómo definirías tu arte? —prosigue Miguel.

Abril de 2023

Mojácar

Ava

Llegamos por fin al hotel, pero parece que algunas cosas de las que salen en las películas son de verdad. En recepción preguntamos por Hugo, y la respuesta del empleado es clara: no nos pueden dar esa información. Bla, bla, bla, protección de datos, bla, bla, bla.

Así que ahora mismo me encuentro en el puñetero hotel sin saber muy bien qué hacer. Me siento enfadada, frustrada y a la vez asustada, pues me doy cuenta de que, efectivamente, estoy aquí para exigirle explicaciones.

—La verdad, chica —comienza Caleb, mirando alrededor y con los brazos en jarras—, no sé a ti, pero a mí este camino se me ha hecho eterno. No sé ya ni a qué veníamos —bromea, aunque su risa se congela cuando lo fulmino con la mirada—. Venga, va. Ya paro.

Suspiro y examino de nuevo el entorno.

¿Cómo narices voy a encontrar a Hugo? No puedo ir preguntando de habitación en habitación; además, hace mucho tiempo que borré su número, y aunque sospecho que podría escribirlo de memoria, no quiero establecer el contacto de esa manera. ¿Y quién no dice que me bloqueara después de…?

Mi hilo de pensamientos se interrumpe cuando aparece una chica que conozco muy bien y a quien el paso de los años la ha transformado en una preciosa mujer; ahora habla muy seria por teléfono y se aparta la larga cabellera de un color rubio platino.

Lara no tarda en localizarme, entonces se queda congelada en el sitio; tanto, que no estoy segura ni de que pestañee. Entonces habla.

—Ahora… ahora te llamo —dice, y corta la conversación a través del móvil para dirigirse hacia nosotros.

Abro la boca para saludarla educadamente, pero Lara habla de nuevo, ahora mirándome directamente a los ojos.

—Estás aquí.

—Eh, sí —asiento algo cortada.

Y lanzo una rápida mirada a Caleb, quien me mira a mí de la misma manera.

—¿Por qué has venido?

—Necesito hablar con Hugo. Tengo que…

Por un momento me da la impresión de que su pregunta va más allá del «estar aquí», en el hotel donde se alojan, pero no puedo averiguarlo porque, antes de terminar mi explicación,

aparece Rubén, que se sorprende al vernos allí; poco después, le sigue Hugo.

Este no puede ocultar su expresión de sorpresa al vernos a Caleb y a mí frente a Lara, de hecho, despega la mirada de la mía para dirigirla a su novia: un interrogante baila entre ellos.

—Hola, Ava —me saluda Rubén—. No sabía que también os hospedabais en el hotel —comenta con inocencia.

Y dudo de si lo que dice es verdad o tan solo una gran actuación.

—Hola. ¿Cómo estás? —Me callo la parte de «Cuánto hace que no nos vemos», porque no lo encuentro necesario.

Dirijo la vista hacia cierto par de ojos azul hielo, y no me sorprendo cuando descubro que tiene la mirada nuevamente centrada en mí.

—La verdad es que muy bien, no me puedo quejar —contesta Rubén, que debe de ser el único que no palpa el ambiente de tensión general.

Voy a añadir algo, pero Lara interviene:

—Ahora vuelvo.

—¿Ha pasado algo? —le pregunta Hugo.

—Nada —responde ella antes de girar en redondo y alejarse de todos sin titubear.

Es imposible no notar la mirada que ha lanzado a Hugo antes de separarse, como también que ese «nada» significa todo lo contrario, pero no parece captar la atención de su destinatario, pues este la tiene, de nuevo, puesta en mí.

—¿Qué hacéis aquí? —me pregunta.

Yo no quiero dar más rodeos ni perder más tiempo.

—¿Le mandaste postales a mi madre?

Oigo que Caleb carraspea y siento la curiosidad de Rubén, que nos estudia a ambos.

Hugo coge aire antes de contestar, y sé que será sincero. Nunca se ha ido por las ramas. No somos de esos. Ninguno de los dos.

—Sí, hace un tiempo.

—¿Por qué? —Ahora me resulta imposible controlar el tono de voz.

—Voy un momento a por agua, chicos —dice Caleb en voz baja.

Un apresurado «te acompaño» de Rubén se oye a continuación, así que Hugo y yo nos quedamos solos.

—Sabes perfectamente el motivo, Ava —comienza a decir este con una calma que me desespera.

Doy un paso hacia él y lo apunto con el dedo índice.

—¿Para qué narices, Hugo? Podrías haberme escrito a mí directamente en vez de meterla a ella de por medio.

Hugo arquea una ceja y da un paso para acortar peligrosamente la distancia entre ambos.

—¿A ti, Ginger? ¿Después de ese mensaje tan claro que me lanzaste?

Me separo de él, lo necesito al ver la llamarada en sus ojos. Su fachada se ha resquebrajado y puedo ver lo que hay detrás. Eso me asusta. Me asusta y todo se tambalea.

—No tenías derecho a meterla en esto.

Hugo suspira, serenándose un poco.

—Ginger…

—No me llames así, por favor —le pido en un susurro quedo porque siento que las lágrimas, esas dolorosas y amargas, asomarán en cualquier momento.

—No lo hice con mala intención, Ava —continúa cauto porque nota mi cambio de actitud—. Solo quería saber de ti, solo…

—¿Te contestó? —pregunto; y cuando Hugo se dispone a responder, retrocedo negando con la cabeza—. Déjalo. No me contestes.

Hugo me observa confundido, lo intuyo por su expresión.

—Ava, ¿para qué has venido?

No puede hacer mejor pregunta. Y es que, ¿qué puedo contestar?

Puedo decirle que he venido hasta aquí para enterarme de esa parte de la historia que desconocía y que —para mi dolor— mi madre se guardó para sí. Que quiero y necesito comprender por qué lo hizo, pues él es ahora el único que me lo puede explicar.

Puedo añadir, además, que el objetivo final es cerrar bien la historia, nuestra historia fugaz y a la vez eterna.

Él, en París, donde se daría nuestro último encuentro, me dijo que siempre seríamos eternos. ¿Y si es que nos maldijo con esas palabras?

Nos contemplamos en silencio, seguramente él se esté preguntando qué cruza por mi mente; estoy tentada a soltar eso que me guardo para mí desde hace mucho. Demasiado. Está guardado bajo llave y protegido para no toparme con ello. Es una manera de protegerme, aunque hoy, hablando con Caleb, me he abierto, permitiéndome bajar la guardia al sacar a la luz ese gran secreto que, de alguna forma, no lo es.

Vuelvo a centrarme en él, estudio cada uno de sus rasgos, cada centímetro de su rostro, aunque realmente, a pesar de los cambios fijados por el tiempo que hemos estado sin vernos, me los sé de memoria.

Estudio al chico que miré por primera vez años atrás, ese que creí que solo nos traería problemas, tanto él y como sus amigos, el que se coló debajo de mi piel ese verano, a pesar de que tan solo parecía una historia más de entre tantas de los miles de amores de verano que terminan junto al fin de la estación…

Este hombre que tengo frente a mí, que no dejó de aparecer en mi vida, siempre para sacudirla, para hacerme sentir lo que nunca he logrado sentir con otra persona.

El que, aunque yo no lo quiera así, no abandona mis recuerdos ni mis sueños.

Al que siempre querré.

Al que nunca olvidaré.

Me dispongo a hablar, sintiéndome aún insegura de qué versión escogeré: si la versión real o la tapadera.

Sin embargo, no puedo decir nada. Alguien nos interrumpe, como si una señal del universo me advirtiera de que no luche más.

—Al final Raquel no puede quedar…

Doy un respingo cuando oigo a Lara, que de pronto está al lado de Hugo, quien la escucha en silencio y asintiendo con la cabeza.

—… así que me quedo con vosotros.

Lara me mira y siento una gran vergüenza.

¿Qué narices estoy haciendo?, ¿qué pretendo, persiguiendo fantasmas que ya deberían estar enterrados? Hugo está con Lara. Parecen felices.

¿Qué hago?

Me obligo a sonreír y los miro a ambos con una tranquilidad simulada; creo que me he convertido en una experta en interpretar este papel.

—Nosotros nos vamos ya. Gracias, Hugo. Si encuentras alguna cosa de mi madre, puedes hacérmela llegar estos días antes de que regresemos a Irlanda.

Dejo de mirarlo y me centro entonces en la bonita rubia que me escucha con atención, sin prejuicio alguno; no sé si yo sería capaz de hacerlo si me encontrara en su posición, porque estoy convencida de que Lara conoce nuestra historia; quizá no al detalle, pero la conoce.

—Me alegro mucho de verte, Lara. A los dos —añado, y me obligo a mirar de nuevo a Hugo, aunque duela—. Os veo muy bien.

Lara me devuelve la sonrisa, y yo no espero más. Me doy la vuelta y salgo del hotel mientras busco el móvil para escribir a Caleb, que salga de allí, que yo no tengo fuerzas para quedarme un minuto más.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

—Parece triste —dice Lara.

Despego la mirada de la pelirroja que se aleja de mí, y sé que todo está mal, porque mi instinto es ir detrás de ella, pedirle que no se marche, que se quede conmigo. Y el hecho de que estos pensamientos afloren al lado de Lara indica muchas cosas. Sin embargo, es absurdo hacerme el sorprendido. Lo he sabido siempre, y siempre lo sabré.

O si no, ¿por qué narices propuse parar en Mojácar?

—¿Cómo es que al final Raquel y tú no os veis? —Decido cambiar de tema.

No es el momento ni el lugar para tener tal debate interno.

Lara me quita una pelusa —o un pelo, no lo sé— del jersey y me mira.

—¿Podemos ir arriba? —me pregunta.

—¿A la habitación?

Cuando ella asiente levemente y se dirige hacia los ascensores sin esperar mi respuesta, miro alrededor.

—¿Y Rubén? Tendremos que…

Pero Lara me interrumpe, hablándome por encima del hombro:

—Estará con Jacobo, no te preocupes. Seguramente haya ido a buscarlo, esté donde esté.

Me muestro conforme porque me parecen lógicas sus palabras, y me dispongo a seguirla.

Entramos en el ascensor en silencio, aunque Lara se me acerca para que la abrace, y mientras lo hago, siento que sus labios me besan. No hay nada raro en la escena; de hecho, si alguien más entrara tan solo vería a una pareja de enamorados, uno en los brazos del otro, dándose muestras de cariño.

Pero yo lo sé.

Lo siento. Y es que, ¿cómo no hacerlo? La conozco desde siempre, entró en mi vida casi de puntillas, sin preguntar ni pedir permiso, pero llenando de luz cada rincón de mi ser.

Y así se va a ir, lo veo claro. De puntillas y sin preguntar ni pedir permiso.

Cuando entramos en nuestra habitación, encuentro las maletas preparadas, sus maletas. No digo nada, qué puedo decir, si es que ni siquiera me sorprende.

La busco con la mirada, y mientras se encoge de hombros me dedica una sonrisa triste que está conteniendo todo lo que siente en sus adentros, lo sé.

—Tiene que ser así —dice Lara, rompiendo el silencio.

Vuelvo a fijarme en sus cosas, y hablo, porque hay que hacerlo, y porque ella se lo merece.

—¿De verdad te irás ahora?

—He escrito a Raquel para pedirle que me acoja unos días en su casa.

Alzo la vista y hago amago de hablar, pero ella cierra los ojos al tiempo que levanta levemente la mano derecha, como un gesto de ruego al que pronto acompañan sus palabras:

—No me pidas que me quede, porque me destrozaría.

Vuelve a mirarme y yo asiento, pero me llevo las manos a la cabeza y me dejo caer en el colchón de nuestra cama, donde hace unas pocas horas la desnudaba y la hacía gemir.

No sé qué decir, no me atrevo a preguntarle el motivo. Porque lo sé, pero Lara se me acerca y, acariciándome el pelo, me da eso que soy incapaz de pedirle.

—Siempre ha sido ella, Hugo. Siempre.

La miro mientras le sujeto la mano para impedir que me acaricie más.

—Nunca te he ocultado mi historia con ella, y…

—Lo sé. Lo sé. Como también sé que cuando llegué a tu vida te centraste en mí, y que me has querido —dice ella en un tono de voz tranquilo, pausado—. Me has querido mucho y bien, Hugo. Hemos tenido una historia preciosa.

—¿Pero? —pregunto con una mueca, como si tuviera derecho a expresarla.

—Pero yo quiero que me quieran como tú quieres a Ava. Y me lo merezco. No quiero corazones a medias, no quiero relaciones bajo la sombra de recuerdos de otras. Sé que no lo has hecho, que todo este tiempo hemos sido tú y yo, pero he estado en esa entrevista, he oído tu historia, muchos de los hechos ya los conocía, pero había otras partes que no. Además, soy consciente de que te has guardado muchos detalles. Y tus ojos, tus malditos ojos, cantan por sí solos, Hugo, porque solo con su recuerdo… —Su voz se parte un poco, pero mantiene el tipo y la dulce sonrisa—. Puede que no hayáis hablado, que haya pasado tiempo desde la última vez, pero el modo en que la miras… y tu manera de recordarla… Ava está en cada momento clave de tu vida, Hugo.

—Pero no estoy con ella, Lara —declaro; y me incorporo, pues sus últimas palabras me han escocido, y me remueven.

Lara únicamente se enfoca en sus maletas y, cogiéndolas, vuelve a decirme una verdad absoluta:

—Ese ya no es mi problema.

No espera una respuesta por mi parte. Se acerca, me besa suavemente en los labios y se aleja. De mí y de mi vida.

Solo cuando está en la puerta, a punto de cerrarla, se atreve a mirarme a los ojos.

—Adiós, Hugo. Hasta siempre.

Cierra dejándome solo, y, en cierto modo, tranquilo. Porque Lara tiene razón en cada una de las cosas que ha dicho.

Así que, en mi soledad, me permito recordar el día que entró en mi vida.

Es mi manera de despedirme de ella.

De nosotros.

Noviembre de 2019

Londres

Hugo

El local estaba a reventar; claro, era uno de esos días lluviosos y fríos, apetecía guarecerse disfrutando de unas pintas. Y ese plan teníamos también nosotros.

Rubén se hacía hueco entre la gente para acercarse a la barra del Ye Olde Mitre, ese emblemático e histórico pub al que se llegaba tras atravesar un estrechísimo callejón casi oculto desde Hatton Garden.

Recuerdo las risas, las conversaciones a voces, y todo enmarcado en una realidad en la que se empezaba a hablar de un tal COVID al que nadie prestaba especial atención, pues no sabíamos la que se nos venía encima.

Recién aterrizados de nuestra estancia en Japón. Aquellos meses nos habían brindado una experiencia brutal, pero también habíamos echado de menos el bullicio que ahora nos engullía.

Pensaba en lo sorprendente que es el choque de culturas cuando sentí que algo frío me caía por la espalda, salpicándome el cuello y colándose bajo mi jersey de lana y bajo la camisa.

Alguien me había tirado su cerveza, lo adiviné por el olor y por lo fría que estaba.

Maldije girándome rápidamente, dispuesto a despotricar por la cagada, cuando la rubia que tenía delante y que había comenzado a disculparse en un inglés algo chapucero me dejó congelado.

Ella, que tardó un segundo más en reconocerme, también se quedó estupefacta.

—¿Lara? —me aseguré ante aquella mujer que casi nada tenía que ver con la chiquilla que conocía.

Y de un solo vistazo, su imagen me trasladó a las playas y al salitre sobre mi piel.

—¡Hugo! —contestó ella al tiempo que se lanzaba a abrazarme.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, una vez que nos separamos.

La sorpresa quedó ahí como la gran protagonista en el encuentro.

—Pues aprender inglés. ¡O eso intento! —respondió con una gran sonrisa.

Y cuando un hombre pasó a su lado con gesto de fastidio porque Lara estaba en medio del paso, ella, divertida, le guiñó un ojo.

Efectivamente, noté que Lara ya no era esa niña que conocía, y pudimos conocer su parte de la historia cuando se nos unió Rubén. Para él, la sorpresa también fue monumental, y así lo expresó: «que de todos los pubs que hay en Londres, hayamos coincidido los tres de Mojácar…».

Las amigas de Lara se encontraban en un rincón del local, frente a una nueva tanda de cervezas. Se habían conocido mientras cursaban una formación profesional en maquillaje, y al terminarlo, se habían lanzado a la aventura juntas, para aprender inglés.

Llevaban cuatro meses en Londres, y cuando le reprochamos que no nos hubiera avisado, nos confesó que Raquel le había advertido que nos encontrábamos en Tokio, así que para ella era toda una sorpresa vernos allí.

Aquella conversación llena de recuerdos y anécdotas se nos quedó corta, así que, sin dudarlo, la obligamos a buscarnos un hueco para quedar otro día los tres.

Intercambiamos los números de teléfono, fijamos un día para la semana siguiente, y Lara se unió de nuevo a sus amigas.

Recuerdo que, a pesar de ello, la curiosidad me tironeaba, y a cada poco rato me descubría a mí mismo estudiándola desde la distancia: vi cómo se reía a carcajadas con sus amigas, cómo bebía e incluso que declinaba los intentos de acercamiento de varios tipos.

Lara estaba cambiada, y el hecho de que nuestras miradas se cruzaran más de una vez esa noche convirtió nuestro encuentro en algo excitante que, además, me hizo tomar conciencia de que no la veía con los mismos ojos que años atrás.

No obstante, sabía que no podía meterme en ese jardín. No podía ni debía, y menos con Lara. Raquel me mataría si sucedía, sobre todo porque yo no estaba preparado para tener ninguna relación.

—¿Y quién te ha dicho que yo la esté buscando, Hugo? —me preguntó Lara una semana después, cuando volvimos a quedar y Rubén tuvo que marcharse antes.

Lara ya era una adulta y sabía lo que quería. Y, joder, lo que me ponía.

Esa noche follamos como animales; sin embargo, nunca nada sale como te imaginas o piensas.

Nuestros encuentros se volvieron más frecuentes, y las conversaciones por WhatsApp empezaron a ir mucho más allá de los diálogos picantes.

Luego llegó el COVID, y el confinamiento, y yo, conocedor de que ella vivía en un minúsculo y terrible piso que tenía muy pocas ventanas, le pedí que viniera a vivir conmigo.

El resto… el resto es historia.

Lara entró en mi vida de puntillas, sin preguntar ni pedir permiso.

Igual que se fue.

Abril de 2023

Mojácar

Ava

Caleb y yo andamos el camino de vuelta sumidos en un silencio cómodo pero consciente, sin cruzar comentarios ni miradas.

Él comprende que no quiero hablar de lo sucedido hace unos minutos, y lo respeta. Yo, de verdad que no tengo ganas de darle más vueltas. Se siente como el hurgar en una misma herida, esa que no cicatriza por completo, que no acaba de sanar.

Curiosamente, el trayecto de vuelta se me hace mucho más corto. Quizá se deba al silencio que mantenemos, aunque no se corresponda con mi nivel de actividad cerebral. Por mucho que no quiera hablar de ello, por mucho agotamiento mental que arrastre, mis pensamientos se ocupan de revisar todo lo sucedido en la recepción del hotel.

¿Por qué no puede ser todo más sencillo? Chica conoce a chico. Se enamoran. Nunca más se separan. Fin.

No parece tan complicado.

Pero si hicieran un esquema de lo que ha sido nuestra historia… sería un entrecruzar de líneas sin sentido alguno.

Entramos ya en el pueblo, atrás queda la parte costera. El sol empieza a ocultarse, y siento algo de frío. Caleb parece estar cómodo, perdido en sus pensamientos. Cuando estoy a punto de preguntarle por ellos, algo capta mi atención y me olvido de lo que iba a hacer.

Frente a nosotros, a una distancia que nos permite pasar desapercibidos, hay una mujer que conozco muy bien. Ella no me ve, pues está centrada en esa personita que la acompaña.

Una niña que, si mis cálculos no fallan, debe de rondar los cinco años. Caleb, que nota mi repentina parada en mitad del camino, no tarda en averiguar el motivo, y ambos nos miramos antes de centrarnos nuevamente en la hija de Miriam.

Aunque estemos lejos, reconocemos en ella los rasgos de su madre: cabellera negra, tez morena y unos grandes ojos verdes.

La niña se ríe mientras parlotea con su abuela, que la mira con gran cariño e ilusión. Tras unos instantes, como no hay casi nadie en la calle, la madre de Miriam nos ve.

Yo me quedo algo cohibida y sin saber qué hacer, pero Caleb decide por los dos y, tomando la iniciativa, se les acerca sin titubear; evidentemente, me apresuro a seguir sus pasos.

—¿Cómo estás, María? —le dice Caleb con una amplia sonrisa.

—Hola, chicos —responde la mujer, que realmente parece muy feliz de vernos—. No sabía que estabais en el pueblo.

Nos saluda a ambos dándonos un par de besos, pero a mí me sujeta para que no me separe mucho de ella y, con una mueca triste, me da el pésame. El que lleva persiguiéndonos desde la marcha de mamá.

—Cuánto lo siento, niña. Tu madre era una grandísima persona, muy querida en el pueblo. No es justo.

Me obligo a sonreír en un gesto de gratitud.

—Gracias —logro decir.

Entonces todos miramos hacia abajo, a esa niña que nos contempla entre avergonzada y curiosa, ocultándose tras las piernas de su abuela.

—Hola, Carol —la saludo yo, sonriéndole—. Estás muy muy mayor.

La niña se ríe, encantada por la atención.

—No sabes quiénes somos, ¿verdad? —le pregunta entonces Caleb, acuclillándose para hablarle con cariño.

Aún medio oculta, Carol niega con la cabeza, pero da igual que se esconda. Es clavada a su madre.

—Eran unos amigos de mamá —le explica entonces su abuela.

Pero esas palabras tampoco captan tanto su atención como para que deje de ocultarse.

—Se parece mucho a ella —digo entonces.

Y María me mira, asintiendo con esa nostalgia y tristeza que la caracterizan y que están ancladas en su ser.

Pero ¿qué se le puede decir a una madre que perdió a su hija por una sobredosis, a quien el único recuerdo que le queda es su nieta?, aquella niña que su hija abandonó para seguir chutándose en las calles de vete a saber qué pueblo o ciudad.

Nunca se supo muy bien por dónde andaba Miriam. Tan solo conocíamos esa terrible parte de su vida, y que su familia intentó sacarla de ahí, pero no lo consiguió. Su historia fue un desenlace que no sorprendió a nadie, aunque sí que dolió.

Igual que duele ahora ver a esta niña inocente, y apreciar el parecido con quien fue nuestra mejor amiga. Nuestra compañera de sueños y fatigas en el pueblo. El lugar que nos vio crecer y tomar las decisiones que marcarían nuestras vidas.

—Me imagino que no estaréis mucho tiempo por aquí —tantea María.

Yo niego mientras Caleb interactúa un poco con la niña, logrando que se ría y le diga algo.

—No, solo estamos unos días, para poner a punto la casa.

La mujer asiente justo cuando Caleb se incorpora, y se centra ahora en él.

—Les diré que estás guapo y hecho todo un hombre —lo halaga María.

Y mi mejor amigo niega:

—No les digas nada, María. Esa historia ya pasó y no va a volver.

Ante sus duras palabras, que no el tono de voz, la madre de nuestra mejor amiga me mira, claramente no sabe muy bien qué decir. Considero que es el momento apropiado para irnos.

—Nos alegramos mucho de verte, María.

Ella sonríe, y de nuevo me fijo en esa niña que me mira fascinada. Entiendo que se debe a mi pelo rojizo.

Al fin tengo el valor de agacharme para quedar a la altura de Carol, que me sonríe.

—Hasta luego, Carol. Ha sido genial volverte a ver, porque la última vez que te vi, eras muuuy pequeña.

Carol se ríe y yo le sonrío, aunque duele, porque es tan parecida…

—Despídete de ellos, Carol —insiste su abuela.

—Adiós —dice al fin, volviendo a esconderse detrás de su abuela.

—Adiós, Carol —susurro al incorporarme.

Observamos cómo la abuela y su nieta se alejan de nosotros y de nuestra vida, estoy segura de que no nos volveremos a ver más.

Siento quemazón en el pecho y la garganta, pero esta vez no se debe a una absoluta tristeza, sino a la certeza de que la hija de Miriam es feliz. Las cosas habrían sido muy distintas si la morena de ojos gatunos se la hubiera llevado con ella.

Dentro de sus adicciones e inconsciencia, al final Miriam veló por su hija.

—¿Crees que sabrá que está bien?, ¿que es feliz? —pregunto entonces, refiriéndome a un conocimiento metafísico.

—Lo sabía desde el instante en que volvió al pueblo embarazada —me responde Caleb, sin necesitar demasiadas aclaraciones para comprender mi cuestión.

Lo miro, y aprecio el semblante serio, duro, entonces busco su mano para apretársela con cariño.

—Todo está bien, Caleb.

Y él me mira sonriéndome, aunque sé que su mente está lejos. En ese diciembre en que su vida cambió.

Diciembre de 2017

Mojácar

Ava

Aquellas Navidades las pasamos en casa, no en Irlanda. Siempre que las disfrutábamos en Mojácar, mamá se encargaba de que fueran mágicas y de que no nos parecieran tristes a pesar de estar las tres solas. Esas fiestas contrastaban con las animadas Navidades en Irlanda, donde la numerosa familia de mi padre nos acogía a las tres con los brazos abiertos; eran una auténtica locura por la cantidad de personas que éramos, lo que se traducía en unas festividades muy divertidas y alegres.

En las vísperas de esa Nochebuena, Grace y yo revoloteábamos por la cocina mientras mi madre preparaba la cena del día siguiente. Nos mandaba hacer cosas, como si fuéramos sus pinches, y a nosotras nos encantaba porque lo hacíamos a ritmo de los villancicos, picoteando de las provisiones que había esparcidas por la isla de la cocina y charlando de los cotilleos más jugosos.

Yo estaba especialmente emocionada porque, pasadas las fiestas, partiría por fin hacia mi nueva vida, a Irlanda; así que me sentía a rebosar de energía, de esa que contenía emoción y terror a partes iguales. O lo que venía a ser lo mismo, esa que te indicaba que algo te importaba y, por tanto, que era importante, como siempre decía mi madre.

Grace nos hablaba de su última conquista: un pobre chico inocentón que no parecía saber dónde se estaba metiendo y al que Grace había convencido para pasar el día de Navidad en Mojácar.

—Y este, cielo, ¿tiene más posibilidades de durar un poco? ¿O me lo harás conocer para después arrancarle el corazón y hacerme sufrir a mí? —le preguntó mi madre, dejando de mirar las patas del cordero para fijarse en ella.

Grace puso los ojos en blanco, pero yo asentí porque estaba de acuerdo con las palabras de nuestra madre. Continuamos pelando las patatas que irían al horno junto al cordero.

—Por favor, me hacéis parecer una *femme fatale* —dijo la sinvergüenza.

—Buen francés —asintió mi madre, orgullosa.

Yo me reí por el gesto de satisfacción de Grace.

Dejando las bromas aparte, el comentario de nuestra madre no iba desencaminado. Y es que desde que el mundo era mundo o, más concretamente, desde que Grace había comenzado a explorar los terrenos pantanosos del amor, no paraba de cosechar corazones rotos; y lo que al principio parecía una broma recurrente, se convirtió en el *modus operandi* de mi hermana.

No todos acababan siendo novios de ella, es decir, Grace estaba perfectamente capacitada para «jugar sin complicarse», como siempre decía; de todos modos la gran mayoría de los chicos lloriqueaba detrás de ella cuando, al poco tiempo, desaparecía de sus vidas.

Todos menos uno, porque Jacobo —«el guapetón de Jacobo», como lo había bautizado mi madre— fue el único por el que pareció afectada cuando dejaron de verse o cortaron…

Nunca le sonsacamos mucha información sobre lo que había sucedido entre ellos; sin embargo, yo, conocedora de que había estado mezclado con los Kaura, sospeché que su historia fue breve pero intensa.

Esperaba que no corrieran la misma suerte que yo y…

—Me he comprado una crema nueva que anunció Kim Kardashian.

Grace interrumpía así mi hilo de pensamientos; captó mi atención y la de mi madre.

—¿Cuál? —quise saber.

—Pues una que hace que todo el cuerpo te brille, y además huele a vainilla. Se te hace la boca agua.

—Vaya, parece interesante —asintió mi madre, centrada de nuevo en nuestra futura cena.

—Pero ¿cómo que «te brille»? ¿Como los iluminadores? —inquirí curiosa.

—Tiene como *brillibrilli.* Aún no la he probado, pero queda espectacular.

—Si no la has probado, no sabes si te queda bien. Ya sabes que al ser tan blancas de piel… —me quejé con un mohín.

Pero Grace quitó importancia a mi comentario con un gesto de la mano.

—Seguro que queda bien. Da igual el tono de piel.

—¿Caleb viene hoy a cenar? —cambió de tema mi madre.

—No, qué va. Hoy está con Luis, que va a su casa.

Ante mi respuesta, Grace y mi madre se quedaron congeladas, observándome como si acabara de decir una de las mayores locuras; no las culpaba.

Lo que sucedería en unas horas sería impactante, pues Caleb siempre había ocultado su homosexualidad a sus padres. Por temor, por motivos de causa, pero estaba determinado a enfrentarles, a decirles quién era de verdad, fueran cuales fueran las consecuencias.

—Me alegro mucho de que finalmente se atreva a dar el paso —dijo mi madre, sonriendo con orgullo.

—Pues yo no —discrepó Grace.

—¿Cómo puedes decir eso? —le pregunté sin entenderla.

Mi hermana me dedicó un gesto tristón.

—Se lo van a comer. Las barbaridades que le van a decir lo destrozarán —explicó, refiriéndose a la reacción que, según ella, tendrían sus padres.

Yo iba a replicarle, pero mi madre se encargó de hacerlo.

—Caleb va a ser libre. Se quitará aquello que lo está ahogando, Grace. Y es un acto de valentía admirable. No. No será fácil, pero él no quiere guardarse más ese secreto. Quiere mostrárselo al mundo entero.

—¿El mundo entero son sus padres? —preguntó Grace, con auténtica ironía—. Yo, si fuera él, pasaría de ellos.

—Claro que el mundo entero no son sus padres, pero la familia, Grace —continuó mi madre —, pesa. Y a veces, para avanzar realmente, necesitas enfrentarte a las cosas, aunque estés casi al

cien por cien seguro de qué es lo que te encontrarás.

Mi hermana y yo guardamos silencio, sabíamos que ya no solo hablábamos de Caleb, sino de mi propia madre, que tuvo que enfrentarse a toda su familia muchos años atrás.

Era duro que no todo el mundo tuviera una buena familia a la que recurrir, con la que poder mostrarse como uno es, y sentirse feliz y querido.

Éramos unas afortunadas.



Como Grace había intuido, el encuentro de Caleb con sus padres no fue bien.

Todo lo contrario.

Estábamos en el salón decidiendo qué canal ver cuando me vibró el móvil. Las tres guardamos silencio en cuanto descubrimos el nombre de mi amigo en la pantalla del móvil.

No era muy tarde, pero mis alarmas saltaron.

Podría llamar para decirme que todo había ido bien, que acababan de cenar todos juntos tras haber pasado una velada maravillosa, pero algo dentro de mí me dijo que no, que no escucharía precisamente eso cuando aceptara la llamada.

Pero me equivoqué.

Fue peor de lo que pensaba.

—¿Caleb? —contesté con rapidez y simulando tranquilidad.

Miré con horror a mi madre, que dejó caer el mando del televisor, pues también ellas oyeron los gritos al otro lado de la línea.

—Ava. —Era Luis, con voz de estar aterrado.

—¿Luis?, ¿qué pasa?

—El padre, está loco. Me ha echado… me ha echado de la casa… no deja salir a Caleb. ¡Oigo gritos!

Mi madre y Grace se levantaron rápidamente del sofá, yo aún no había reaccionado.

—¡Ava!

—Luis —dije ante su llamada histérica—. Vamos, vamos para allá.

No añadí más y salí detrás de mi madre y mi hermana, quien estaba llamando a urgencias con una calma envidiable. Yo temblaba entera, y tan solo era capaz de seguirlas.

Solo al entrar en el coche, cuando mi madre arrancó, me di cuenta de que lloraba con histerismo.

—Tranquila, Ava. Tranquila.

—¡Lo va a matar! —contesté, aterrada; e intenté llamar de nuevo al móvil de Caleb, pero Luis no contestaba.

—Seguro que la policía llega antes que nosotras —prometió Grace, que estaba sentada en la parte trasera del coche.

—Vamos, vamos —murmuró mi madre mientras aceleraba más de la cuenta para llegar a casa de Caleb.

Tomamos una de las calles que bordeaban el pueblo, ya que por el interior era imposible; además, la casa de Caleb quedaba hacia las afueras.

El camino fue breve, pero a mí me resultó eterno. Llamé unas cuatro o cinco veces, todas sin respuesta, y el terror me estaba machacando, pues imaginaba distintos escenarios. Todos terribles.

Cuando al fin llegamos, mi madre dejó el coche de cualquier manera y las tres corrimos por la calle en cuesta. A causa de los gritos, varios vecinos habían salido de sus casas y se congregaban en la entrada de la de Caleb, pero no hacían nada más que cotillear.

Identifiqué rápidamente al único que hacía algo: Luis golpeaba con desesperación la puerta de la casa y llamaba a gritos a Caleb.

—Ava, Grace, quedaos aquí —nos pidió mi madre sin mirarnos.

Y se dirigió hacia la puerta. Intenté seguirla, pero Grace me lo impidió.

—Vamos a tranquilizar a Luis —susurró.

Pero yo solo podía fijarme en cómo mi madre buscaba la llave que tenían guardada dentro de la segunda maceta, colgada de la fachada; tras intercambiar unas breves palabras con Luis, mi madre entró en la casa con una determinación increíble, momento en que él nos miró.

Los gritos que se oían eran de la madre de Caleb, y, por lo que se entendía, estaba pidiendo a alguien que se detuviera, que dejara al niño.

Caleb, Caleb, Caleb.

Oí que mi hermana intentaba hacerme reaccionar, que la siguiera a ella, pero yo no podía, solo quería ir tras los pasos de mi madre. Pronto oí la voz de Luis, que se había reunido con nosotras, con la misma idea que yo: entrar en la casa. Pero Grace intentó hacerle entrar en razón, prometiéndole que mi madre podía controlar la situación.

Por fin, la policía hizo acto de presencia y varios vecinos intentaron explicarles la situación; sin embargo, los dos agentes fueron directos al interior de la casa.

Esos minutos me resultaron agónicos, me parecieron horas; hasta que, finalmente, los agentes salieron, pero no lo hicieron solos, sino que llevaban consigo, y esposado, al padre de Caleb.

Nunca en mi vida había mirado con tanto desprecio a una persona. Todo mi cuerpo reaccionó con repulsa, rabia, y miles de insultos se agolparon para salir y lanzárselos a ese hombre despreciable, ese que no despegaba la mirada del suelo. Y detrás de los policías, apareció mi madre junto a Caleb.

Así que lo olvidé todo y me acerqué a la carrera junto con Grace y Luis hacia mi magullado amigo.

—Caleb —dije al alcanzarlo, y asustada por las marcas en su cara.

—Vamos al hospital —dijo mi madre.

Todos asentimos. Luis se colocó al otro lado para ofrecer a Caleb también su apoyo, pero este podía caminar bien.

—No es para tanto, de verdad —murmuró Caleb, desviando la mirada de los vecinos que murmuraban a nuestro paso—. Tan solo estoy tocado… tocado y, joder, hundido.

—Nunca —respondió Grace—. Pueden haberte tocado, pero nunca hundirte.

Sus palabras me sorprendieron. Y Caleb miró a mi hermana pequeña a través de sus tristes y doloridos ojos, pero supe que sus palabras habían calado.

—Efectivamente, enana. Nunca hundido —asintió al fin.



Caleb se había negado a ir al hospital, pero mi madre no cedió. Después de que allí nos confirmaran que todo estaba bien, llegamos a nuestra casa, y Luis y él se quedaron rezagados en el salón. Mi madre, Grace y yo les dejamos a solas para que pudieran hablar.

Lo que acababa de suceder nadie se lo podría haber imaginado, y ambos necesitaban hablarlo, dedicarse palabras de consuelo y comprensión.

Pasadas las doce de la noche, decidí salir de mi cuarto. Pretendía bajar al salón, pero vi luz en nuestra terraza y fui hacia allí; creía que encontraría a mi madre, pues Grace estaba en su dormitorio.

Y en la terraza descubrí a mi madre con Caleb, estaban hablando.

—Sabes que con el parte médico puedes denunciar —le decía mi madre.

Me detuve porque no quería interrumpirlos, y fui incapaz de revelarles mi presencia.

Caleb negó.

—Solo quiero dejar todo esto atrás.

—Ese hombre se merece un castigo, ¿qué habría pasado si la policía no hubiera llegado? —insistió mi madre.

Estaban sentados mirando el cielo estrellado, y la escena quedaba tenuemente iluminada por la guirnalda que colgaba de la pared.

Caleb negó con la cabeza.

—Habías llegado tú, Lorena. No puedo borrar el recuerdo de su cara cuando apareciste enfrentándote a él…

—Caleb —lo interrumpió mi madre para insistir—: no puede salir impune.

Mi mejor amigo se volvió hacia mi madre y le pude ver el rostro, hinchado y magullado.

—No voy a verlos más. Para mí han muerto. Tan solo quiero… tan solo quiero olvidar lo sucedido.

Su voz se rompió y supe que estaba llorando.

Mi madre lo abrazó, reconfortándolo, y entonces sí me atreví a acercarme.

Sin decir nada, me senté al otro lado, de modo que Caleb quedó entre mi madre y yo. Dejamos que llorara, pero las palabras de cariño no cesaron. Aunque no había consuelo, pues ¿qué se le podía decir a un hijo cuyo padre lo había golpeado por descubrirle quién era, por revelarle a quién quería? Buscaba aceptación y amor, y había recibido todo lo contrario.

—Ojalá pudiera ser normal —soltó entonces Caleb.

Me quedé helada.

—¿Y qué es «ser normal», Caleb? —le pregunté, dolida al apreciarlo tan abatido como para decir aquello.

—Pues alguien que no tuviera problemas por ser como es. Alguien que tuviera una familia que…

Entonces mi madre lo interrumpió:

—Yo te puedo decir que ser normal no es ninguna virtud, Caleb, sino más bien una falta de valor. Entiendo que lo que has pasado es muy duro, y es algo que siempre estará contigo. Pero no te puedes culpar por las acciones de otros y, mucho menos, menospreciarte. No te dejaré que hagas eso, Caleb. Ni yo ni mis chicas.

Yo asentí para aportar más énfasis a las palabras de mi madre, y Caleb sonrió levemente.

—Cada día dolerá menos y te hará aún más fuerte —le prometió mi madre—. Es muy injusto que tenga que ser así, lo sé, pero hay días que nos enseñan más que otros. Y esas grandes lecciones pesan, a veces, pero piensa que mañana será otro día.

Guardamos silencio, éramos conscientes de que lo que había sucedido quedaría guardado en nuestra memoria, pero especialmente ese instante, en el que nos envolvía el amor inmenso de mi madre hacia nosotros, y el nuestro hacia ella.

El instante en que tomamos conciencia de que realmente éramos una familia, aunque no nos uniera la sangre.

El instante en que Caleb supo que nunca estaría solo porque nos tenía a nosotras. Para siempre.

Sin embargo, el emotivo momento se rompió cuando llegó a trompicones una histérica Grace.

—¿Qué ocurre? —preguntó mi madre asustada.

Y Caleb y yo nos levantamos en busca de cualquier señal que nos indicara por qué mi hermana pequeña había venido corriendo desaforada y completamente desquiciada.

—¡La crema! ¡La crema! —gritó Grace.

—¿Qué pasa con la crema? —preguntó mi madre, ya más tranquila porque no era algo de vida o muerte.

—¡Me ha dado una reacción terrible! —lloriqueó Grace.

Miré a Caleb, parecía buscar esa espantosa reacción que prometía mi hermana.

—Yo te veo bien —dijo él.

—Y yo —asentí.

Grace pataleó el suelo.

—Eso es porque no me ha dado reacción en la cara, sino en el cuerpo. ¡Tengo el jodido culo lleno de espantosos granos!

—Oh, bueno, cielo. No pasa nada, vamos a ver… —comenzó mi madre.

Pero mi hermana negó.

—¿Cómo que no pasa nada? ¡Jorge viene mañana! ¿Cómo voy a estar llena de granos espantosos?

Grace volvió a exaltarse, como si estuviera ante una de las mayores catástrofes de la humanidad, y yo, consciente de lo sucedido hacía tan solo unas horas, puse los brazos en jarras; estaba dispuesta a regañarla por su falta de tacto, sin embargo, no pude hacerlo por la gran carcajada que soltó Caleb.

Lo miré, e inevitablemente sonreí ante sus risas.

—¡Caleb! —lo regañó Grace.

A lo que Caleb se rio más y al final me uní yo a las risas.

—Venga, Grace. No pasa nada —dijo mi madre, procurando reprimir una sonrisa.

—Oh, Dios… —continuaba ella, dramatizando—. Todo el culo lleno de granos, mamá. ¡Entero! ¿Qué voy a hacer?

—Creo que esa parte de tu anatomía es complicada de ver en esta época del año por lo abrigada que vas —comenzó a decir Caleb—, ¿o es que tenías pensado enseñársela?

Yo me reí por el gesto de mi hermana, una mezcla entre la frustración y la vergüenza, algo raro de ver en ella.

—¡Menos cachondeo! —dijo Grace.

—Venga, vamos —la apremió mi madre, dispuesta a entrar en casa—. Vamos a ver si tengo algo para esa reacción.

Antes de abandonar la terraza, mi madre nos lanzó una mirada divertida mientras aún oíamos las quejas de Grace.

—¡Qué bueno, por Dios! —dijo entonces Caleb—. Esto solo le podía pasar a Grace.

—La verdad es que sí —asentí con una sonrisa.

Caleb suspiró y recuperó la compostura, ahora sonriente.

—¿Quieres entrar? —le pregunté.

—Será lo mejor. Me apetece proponerle a tu madre que nos prepare algún cóctel para brindar por esta noche.

—¿Brindar?

—Sí. Por las decisiones importantes, y por vosotras.

Miré con cariño a Caleb, deseaba abrazarlo, pero él prosiguió:

—Gracias. Por estar siempre ahí. Gracias por acogerme en tu familia como si fuera…

—Lo eres —lo interrumpí, incapaz de controlar ahora yo las lágrimas.

No pude decir más, me lancé a sus brazos para abrazarlo fuerte y con una eterna gratitud porque podía seguir haciéndolo. Aquella noche podría haber ocurrido alguna desgracia, pero ahí estábamos, riéndonos por los granos en el culo de mi hermana.

—Tengo que despertar a Luis. Lo he dejado durmiendo en el salón, y como se despierte con los gritos de tu hermana… —explicó Caleb.

Me separé de él sonriendo.

—Sí, creo que es buena idea. ¿Está bien? —quise saber mientras entrábamos en casa.

—Sí, se ha asustado mucho, algo normal, por supuesto. Le advertí que seguramente no sería una velada tranquila, pero no me podía imaginar que…

Caleb no terminó la frase, y reposé una mano en su brazo.

—Tranquilo. Luis está aquí, no ha huido y no va a hacerlo —dije—. Es un buen chico.

—Sí que lo es —confesó Caleb—. Soy afortunado de tenerle.

—Ambos lo sois —afirmé.

Y él asintió.

Eso era cierto, Luis fue un pilar muy importante para Caleb y ambos se quisieron muchísimo, aunque al final, un año después, sus caminos se separaran.

Fue triste, pero su historia tuvo una duración concreta, pues poco a poco su amor se convirtió más bien en una relación de amistad. Ambos supieron verlo, y pusieron fin al noviazgo. Sin traumas ni dramas. Sabían que habían compartido unos años llenos de amor y felicidad.

—Vaya unas Navidades —susurré una vez dentro, antes de bajar por las escaleras.

Caleb lo negó:

—Sé que serán las mejores desde hace mucho tiempo.

Y sin añadir más, nos dirigimos al salón cogidos de la mano, dispuestos a dejar atrás todo lo malo, disfrutando de nuestra compañía e imaginando las cosas buenas que estaban por llegar.

Abril de 2023

Mojácar

Ava

Al vislumbrar la puerta de casa, Caleb y yo nos detenemos.

—Vaya, vaya —comenta Caleb sin ocultar la diversión—. Parece que alguien no ha perdido el tiempo.

Miro a mi mejor amigo, que se ríe ante mi expresión anonadada, pero es que estamos viendo que mi hermana Grace se besa en la puerta de nuestra casa con Jacobo.

—Este chaval es como el vino —continúa Caleb—. Cada vez que lo veo está más cañón.

—¿Qué hacemos?, ¿los interrumpimos o esperamos un poco? —pregunto, algo cohibida por la intensidad del beso que están compartiendo.

—Pues como les dejemos seguir, creo que no podremos entrar en un buen rato. Esos dos echan fuego —comenta Caleb, y se encamina hacia la puerta.

Yo lo sigo, y Caleb se encarga de carraspear antes de saludar como si nada. Como si fuera normal encontrar a Grace dándose el lote con Jacobo, a quien tenía muy olvidado, por lo menos hasta que regresamos a Mojácar.

—Buenas noches —suelta Caleb.

Y por el susto, Jacobo y Grace se separan de un bote.

—Oh —suelta Jacobo, que retrocede un paso para alejarse de mi hermana.

Ella tiene una expresión de pillada total.

—¿Qué tal, chaval?, ¿cómo estás? —lo saluda Caleb.

—Bien, bien. ¿Vosotros? —pregunta correctamente.

Yo tengo que contener ahora una sonrisa, por lo surrealista de la situación y porque me divierte su vergüenza palpable.

—¿Quieres pasar a cenar? —tanteo.

Ignoro la mirada llameante que Grace me dedica al oír tal propuesta.

—No, qué va. —Al sonreír, Jacobo muestra unos adorables hoyuelos en el masculino rostro —. Ya me iba, en realidad.

—Ya vemos, sí —lo pincha Caleb, claramente disfrutando de la escena.

—Bueno —interviene Grace, con la mirada puesta en Jacobo—, luego hablamos.

Él asiente y dedica una sonrisa a mi hermana que —lo sé— le hace temblar las rodillas; tras despedirse de nosotros, se aleja, y los tres nos quedamos observando cómo su silueta se pierde calle abajo.

—Vaya un culo. —Caleb rompe el silencio.

—¡Caleb! —lo regaño.

—¿A que sí? —añade Grace; luego lanza un suspiro.

—Anda, niña, vamos adentro que creo que nos tienes que contar cosas —dice Caleb.

Y no puedo estar más de acuerdo.

Al entrar en casa, veo que hay más cajas llenas; sin embargo, no está tan organizado como esperaba, después de que alguien declarara que daría el callo para la mudanza.

Soy incapaz de no mirar a mi hermana con fastidio.

—¡Grace! Me prometiste que te pondrías el turbo con la cocina —me quejo.

—Pero entonces apareció ese morenazo y el plan cambió —canturrea Caleb, y se gana un codazo de mi hermana.

Tras el toque de atención a mi amigo, ella me mira con determinación.

—Me quedo con la casa.

—¿Qué? —salto ante la bomba que acaba de enunciar.

—Lo que oyes, Ava. Que no vendemos la casa. Me la quedo. Ya puedes llamar a los de la mudanza para cancelarlo todo y…

—¿Qué dices, Grace? ¿Cómo que te quedas con la casa?, ¿te piensas que esto es un juego? ¿Cómo vas a quedarte con ella? —suelto con absoluta incredulidad.

¿Se ha vuelto loca?

—Bueno, creo que he visto una tela de araña ahí, por arriba, así que… —nos interrumpe Caleb.

Y con esa excusa absurda, se va alejando para dejarnos un poco de intimidad, pero antes de que ponga un pie en el escalón, Grace lo detiene.

—Espera, Caleb. No te vayas, que ya lo hago yo.

Sin esperar su respuesta, Grace lo adelanta y sube las escaleras a la carrera; yo no puedo ignorar la mirada que me dedica ahora Caleb.

—¿Qué? —quiero saber.

—¿Cómo que «qué»? —Caleb me mira aún peor; pone los brazos en jarras—. Haz el favor de seguirla y procurar arreglar esto.

—Es ella quien está liándola —me quejo.

Caleb suspira y añade:

—Ava, recuerda que no solo tú lo estás pasando mal.

—Eso lo sé perfectamente —le respondo, a la defensiva.

—Bien, pues escucha también sus planes. Tienen tanta validez como los tuyos.

Y pasando por mi lado para darme un suave beso en la mejilla, Caleb se dirige a la cocina, seguramente en busca de algo que cenar.

Yo desvío la mirada nuevamente hacia las escaleras, por donde Grace ha desaparecido, y, armándome de entereza, cojo aire y sigo sus pasos.



—¿Y qué pasa con tus planes de venirte con Caleb y conmigo, Grace? Ayer mismo me decías que no querías estar sola… —Hablo con calma, intentando que entre en razón.

Estamos en la terraza de arriba, donde nos envuelven el cielo estrellado y las vistas del pueblo.

Estamos sentadas, envueltas en una manta y a la luz de un farolillo que he sacado de un armario, pues la terraza ha quedado vacía tras haber retirado las pocas cosas que teníamos en ella.

—No puedo dejar esta casa, Ava. No puedo.

—Sé que es difícil, pero mamá no es solo esta casa, Grace. Mamá está con nosotras, en nuestros recuerdos y en nosotras mismas —le prometo.

—*Natsukashii* —dice de pronto.

La miro extrañada.

—¿Qué?

—*Natsukashii* —repite Grace sin titubear—. Es una palabra japonesa, ¿y sabes lo que significa? «Nostalgia feliz», Ava. Ese instante que te transporta a un recuerdo que, aunque te entristezca porque algo ya no está, te llena de felicidad. Y eso es para nosotras esta casa, Ava. Así que no quiero que nos deshagamos de ella. No, no puedo.

Abrazo a mi hermana porque siento que la desesperación se atenaza en ella, y me gustaría consolarla, ofrecerle una solución, pero hay que ser realistas. No podemos permitirnos quedárnosla.

Yo tengo una casa en Irlanda y Grace quería venirse con nosotros para estar juntas.

—¿Cómo vas a hacerte cargo tú sola de la casa? Yo no puedo ayudarte, con la de Dublín y…

—He hablado con los abuelos. —Grace suelta la bomba, sorprendiéndome de nuevo.

—¿Cómo? —logro preguntar.

Grace asiente:

—Tampoco quieren que nos deshagamos de la casa, así que me ayudarán a gestionarlo todo.

—Grace, no puedes dejar tu trabajo de Edimburgo para mudarte a este pueblo en el que no hay trabajo de lo tuyo, donde…

Mi hermana niega sonriente.

—Saldrá algo. Lo sé. Efectivamente, en el mismo pueblo no, pero están Almería, Granada, por no hablar de muchas otras ciudades. Puedo teletrabajar, no me resultará difícil.

—Esto… esto es una locura, Grace —comento, algo perdida por su determinación.

Pero mi hermana pequeña me dedica otra sonrisa amplia, segura.

—Sé que te cuesta. Que necesitas tenerlo todo atado y repensado, pero yo no soy como tú, Ava. Yo soy más mamá, igual que tú eres más papá —me explica—. Y eso está bien.

—¿Y si sale mal? —pregunto.

—Pues si sale mal, no quedará más remedio que vender la casa. Pero lo haré sabiendo que ya no me quedan más opciones.

Estudio su rostro, quedo maravillada por su entereza y porque, sí, puede que funcione. Un calor cálido se me expande por el pecho como un abrazo, siento alivio al saber que no tenemos que deshacernos de nuestros recuerdos, de nuestra vida allí; de mamá, porque, sí, esta casa es ella. Aunque haya querido autoconvencerme de que no.

Así que respiro aligerada, y se derraman las lágrimas.

Grace me abraza para reconfortarme; me alivia que al final ella haya decidido pelear contra lo que se suponía que debíamos hacer… me quita una carga de encima que yo misma, con mi cabezonería, me había impuesto.

Tras unos minutos en silencio que sirven para serenarme y percatarme de que no serán los últimos instantes en esta terraza donde tantos momentos vivimos, tengo que hacer el comentario:

—¿Y Jacobo…?, ¿tiene algo que ver con la decisión de quedarte aquí?

Mi hermana se ríe con ganas.

—Es un buen aliciente, no lo voy a negar.

—Pero ¿cuándo…? —quiero saber, realmente intrigada.

—La verdad es que lo vi hace dos días por el pueblo. Mientras tú estabas paseando, que luego resultó que estabas tomando un café con Hugo, yo me topé con él por la plaza, y, en fin, nos pusimos al día. Pero fue únicamente eso, una conversación de dos viejos conocidos… —me explica Grace con una sonrisilla que conozco de sobra.

—¿Y entonces, hoy?

—Y hoy se ha presentado en casa, y, sí, una cosa ha llevado a la otra. ¿Has visto lo guapo que es?

Me río ante su pregunta.

—Me gusta Jacobo —admito—. Siempre me pareció un chico sensato, incluso cuando decidisteis cortar te notamos mucho más afectada que con los otros chicos.

Grace suelta una carcajada seca.

—¿Qué pasa? —pregunto, mirándola sorprendida.

—¿Ya me estás hablando de amor verdadero?... —me pincha ella.

Y me encojo de hombros.

—Tú y tus historias de amor eterno —añade.

El comentario me pellizca un poco el corazón, entonces me resulta inevitable pensar en cierta persona, que, por capricho del destino, se encuentra ahora en este mismo pueblo, seguramente cenando con su preciosa novia.

—Qué le voy a hacer, Grace. A pesar de todo, sigo creyendo en el amor.

—Y es lo que hay que hacer, si no ¿qué sentido tiene todo esto?

Respondo a su sonrisa con otra, antes de que ambas miremos hacia arriba, al nocturno cielo, y es ahí cuando, de pronto, una estela rápida y breve lo surca.

—¡Oh, una estrella fugaz! —Grace la señala con una emoción que me recuerda a una niña pequeña.

—Sí —logro decir.

—Corre, corre. ¡Pide tu deseo! —continúa mi hermana, cerrando fuertemente los ojos.

Pero yo tan solo la miro.

Hace tiempo que dejé de pedir deseos a las estrellas. ¿Qué sentido tenía? No parecía que escucharan mis ruegos.

—Así que, al final, tú y Jacobo, ¿eh? —digo tras un largo silencio.

Grace me mira y se encoge de hombros.

—Sinceramente, no sé adónde nos llevará esto. Pero ya me conoces. No me preocupa.

—Cierto —asiento sonriendo, pues es verdad.

Grace siempre se deja llevar. Y menos mal.

—Ya sabes lo que dicen: hay gente que vive enamorada; y otra, enamorada de la vida. Yo soy de las segundas —afirma ella.

No necesito preguntarle a qué se refiere con eso, porque lo sé, y lleva toda la razón. Esa arrolladora personalidad que ya apuntaba maneras desde pequeña. Esa filosofía de vivir intensamente sin tener miedo a lo que ocurra.

—Ay, Grace —suspiro al pasarle un brazo por encima del hombro.

—Dime.

—A mamá le habría encantado enterarse de este último cotilleo —la informo con una gran sonrisa.

—¿Qué cotilleo?

—El del guapetón de Jacobo y tú.

Mi hermana intenta desembarazarse de mí, pero no lo logra, lo que nos hace reírnos con ganas; y sé que, a pesar de que físicamente no esté, en el recuerdo de esta noche en la terraza, mamá se encuentra también con nosotras.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

Estoy en la habitación, prácticamente a oscuras, cuando la puerta se abre.

Levanto la mirada y descubro a Rubén, que enciende las luces ganándose un gruñido de mi parte.

—¿Así que a eso aspiras ahora?, ¿a estar enfurruñado, fumando y bebiendo? —me pregunta mi amigo.

Lanza una significativa mirada a la botella que hay a mis pies, junto al cenicero con una cantidad incontable de colillas.

—¿Cómo has entrado? —quiero saber, habituándome ya a la luz.

Rubén juguetea con una tarjeta blanca que identifico como la llave de la habitación.

—Es de Lara —me aclara, y mueve una silla para sentarse frente a mí—. Me la dio al despedirnos.

—Qué bien —murmuro, y doy un trago de whisky.

—¿De verdad? ¿Eso es lo único que tienes que decir?

—¿Qué quieres que diga, Rubén?

—Podríamos hablar de lo que ha sucedido —responde él.

Me estudia con seriedad y yo suspiro al tiempo que coloco el vaso nuevamente en el suelo.

—Me conoces. No soy de regodearme en la mierda.

—Hugo, Lara te ha dejado y se ha ido.

—Lo sé, estaba allí.

Rubén maldice.

—¿Qué quieres que haga, Rubén? —le pregunto entonces.

—No sé, hombre. ¿Qué te parece si mueves el culo y buscas a esa chica que tanto te quiere para no dejarla salir de tu vida? —propone él.

Pero niego con la cabeza.

—No.

—¿No? —insiste, mirándome sorprendido—. ¿Prefieres regodearte en la mierda? —repite mis palabras.

—No es lo que estoy haciendo.

—Permíteme que difiera —sonríe con sarcasmo.

Me levanto de la silla y cojo la botella para beber directamente de ella.

—Hugo… —comienza de nuevo.

Pero no se lo permito.

—Es lo mejor para ella, Rubén. No hay que darle más vueltas.

—¿Qué cojones dices? —pregunta él, poniéndose también en pie.

—Lara necesita a un tipo que pierda la cabeza por ella, alguien que la quiera como se merece.

—¿Y ese tipo no eres tú?

Su expresión de asombro me hace tenderle la botella para que él dé ahora un trago.

—Conoces perfectamente la respuesta. No me hagas precisarlo —contesto.

Rubén me golpea la mano alejando la bebida de sí mismo, y me mira enfadado.

—Eso es lo que pretendes, ¿eh? ¡Tirarlo todo por la borda por alguien que ya no está en tu vida!

Me vuelvo para darle la espalda, pero Rubén no capta la indirecta y continúa con su monólogo:

—Joder, Hugo. Tienes que dejar el jodido pasado atrás. Pasar página de una vez. Sé que es difícil, lo sé. Sabes que mejor que yo nadie te puede comprender, pero ya está bien. Deja de destrozarte la vida por alguien que no está y que no volverá contigo nunca más.

—Por favor, déjame solo —le pido, pero no me hace caso, sino que camina hasta colocarse delante de mí.

—Olvida a Ava de una vez. Hazlo por tu bien, si no siempre vivirás así, a medias, sin poder disfrutar de las oportunidades y cosas buenas que te brinda la vida —insiste de nuevo.

Y yo lo miro. Y también lo escucho. Claro que lo hago, pero guardo silencio porque no sé qué decirle. Ahora mismo me abordan miles de pensamientos y emociones que no sé cómo gestionar.

—Olvídala antes de que sea demasiado tarde. Antes de que un día descubras que ella ha avanzado y te ha olvidado del todo a ti, antes de quedarte con cara de estúpido y sin saber qué hacer. Hazlo antes de cagarla como lo hice yo, Hugo. Si no, te arrepentirás.

Miro a mi amigo; imposible no recordar aquel día, años atrás, cuando descubrió que Raquel estaba embarazada. Embarazada y enamorada. Aquella noticia lo golpeó duramente porque siempre tuvo la esperanza, por mínima que fuera, de que en algún momento Raquel y él tendrían su oportunidad.

Rubén hace una mueca y, sin añadir más, sale de la habitación, dejándome a solas con mis pensamientos atormentados y la persistente incertidumbre de no saber qué hacer.



Llevo dos días sin salir de la habitación del hotel. Rubén se ha pasado varias veces, pero no logra sonsacarme más que monosílabos y gruñidos, así que hace horas que no lo veo.

Estoy dentro de la cama, con la misma ropa que hace dos días y la vista fija en el techo. No sé qué hora es, aunque la luz que se cuela por las ventanas atravesando las cortinas me indica que es de día.

Me duele la cabeza por la resaca. Demasiado alcohol. Joder, y también demasiado tabaco.

De pronto, llaman… ¿Llaman a la puerta? Entrecierro los ojos como si eso me sirviera para concentrarme y agudizar el oído.

—Hugo, abre —dice una voz amortiguada tras la puerta.

Dejo caer la cabeza sobre la almohada. Quizá, si no me muevo se cansará, sea quien sea, y se irá, dejándome solo con mi mierda de situación.

—¡Hugo! —repiten, y esta vez golpean fuertemente la puerta.

—Joder —murmuro.

Y me pongo en pie, aunque los agudos pinchazos en la sien me exijan que haga todo lo contrario.

Camino lo que me parece un trayecto eterno, pero por fin llego a mi destino, abro de malas maneras y fulmino con la mirada a quien cojones haya venido a molestarme.

Eso sí, el cabreo se me esfuma cuando descubro a Raquel, quien tiene aspecto de estar aún más cabreada que yo.

—Ya era hora, bonito —suelta ella, echándome a un lado para entrar en la habitación.

—¿Qué haces aquí, Raquel? —quiero saber.

Cierro la puerta tras de mí y veo que arruga la nariz mientras contempla la habitación.

—¿Y tú? Huele fatal —me dice.

Me apoyo en la pared más cercana, cruzándome de brazos.

—Creo que el olor proviene de ti —murmura mientras se me acerca olisqueando— Puaj. ¿Sabes lo que es la ducha?

—Mira, no tengo tiempo para…

Pero Raquel no me deja terminar la frase. Acorta las distancias y, tirándome del brazo, me dirige hacia el baño.

—Claro que lo tienes. Lo primero que harás es ducharte, y luego ya hablaremos.

—Raquel, estoy muy bien solo. Agradezco tu visita, pero sé lo que me hago.

—Lo veo —contesta irónica, y me empuja de nuevo.

Para lo pequeña que es en comparación conmigo, tiene la fuerza suficiente para desplazarme un poco. Al final, se cansa de mi poca colaboración y, situándose frente a mí, vuelve al ataque verbal:

—Hugo, o lo hacemos por las buenas o por las malas.

Inevitablemente, el fantasma de una sonrisa hace acto de presencia.

—Sí, ríete lo que quieras —continúa ella—, pero si tengo que meterte yo misma, lo haré. Aunque tenga que desnudarte.

—Me gustaría saber qué pensaría de eso Rodrigo —gruño, refiriéndome a su marido.

Y Raquel se ríe.

—Te puedo asegurar que no tiene nada de lo que preocuparse.

Suspiro y, cansado ya de su verborrea, camino hacia el baño.

—Que conste que lo hago porque no soporto tu tono de voz —declaro antes de encerrarme.

Oigo su voz amortiguada cagándose en mi calavera, lo que me hace sonreír, pero, efectivamente, una ducha no me irá mal.

Cuando salgo del baño en una de esas batas esponjosas y blancas, me sorprende que los restos de cerveza y botellas hayan desaparecido, también las colillas y el tabaco, incluso el aire de la habitación parece menos cargado.

—Esto está mejor, ¿no? —dice Raquel, que está sentada en la cama hojeando una revista.

Mi respuesta es un gruñido, pero voy hacia el armario para coger ropa y vestirme.

—¿Qué haces aquí, Raquel? —pregunto por fin, mientras me pongo los calzoncillos.

—¿Tú que crees? Lara me llamó para cancelar la quedada y me pareció raro, pero una hora después me llamó para saber si la podía acoger, así que el enigma quedó resuelto.

La miro.

—Entonces deduzco que te lo ha contado.

—¿Que te ha dejado porque se ha dado cuenta de que sigues enamorado de Ava? —Raquel me mira seria—. Sí, me lo ha dicho.

—Y me imagino que tienes algo que comentar —añado mientras termino de abrocharme los vaqueros y me pongo la camiseta.

—Por supuesto que tengo algo que decir.

—Pues aquí me tienes, dispara.

Camino hacia la cama, dispuesto a aceptar el sermón que va a caerme.

Raquel deja la revista y me estudia con detenimiento, pero no tarda en romper el breve silencio que nos envuelve.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Su pregunta me extraña.

—¿Cómo que qué voy a hacer? Creo que es evidente que no tengo nada que hacer. Lara se ha ido, y lo entiendo. No tengo derecho a ir detrás de ella como Rubén me dice que haga, porque, joder, se merece lo que busca, y yo no puedo dárselo, aunque te juro que lo he intentado. Con todas mis fuerzas.

Miro a mi mejor amiga, que asiente.

—Lo sé. Pero no me refería a qué vas a hacer con Lara. Porque es eso cierto, Lara estará mejor sin ti, y no porque no fuera feliz contigo, sino porque todos nos merecemos estar con alguien que nos corresponda de la misma manera.

—Entonces ¿qué haces aquí, Raquel? —insisto sin comprenderlo.

Raquel se levanta de la cama para acercárseme.

—¿Qué vas a hacer ahora, Hugo? —repite, y entonces se expresa con más claridad—: ¿Qué vas a hacer ahora que has vuelto a encontrarte a Ava? ¿Cuántas veces dejarás que la casualidad cruce vuestros caminos, para después dejarla marchar? ¿Cuándo lo vas a hacer?

—¿No vienes a echarme la bronca por lo que ha sucedido con Lara? Recuerdo que juraste…

—Sí, bueno, no quería que destrozaras su corazón. Pero estos dos años de relación he visto que la has querido y que has luchado por vuestra relación. Aun así, eres mi mejor amigo, y creo que no está bien que antepongas la felicidad de otros por encima de la tuya. No cuando no te atreves a dar el paso.

Me alejo de ella, dándole la espalda.

—No digas eso. Sabes perfectamente que lo de Ava y yo no funciona.

—¿Que no funciona? Claro que sí, lo único es que siempre ha habido algo que se interponía. Y lo entiendo. No es fácil arriesgarse cuando están en juego las ilusiones de uno o del otro. Pero ¿ahora, Hugo? ¿Qué te detiene? El puto universo os está dando otra oportunidad, y lo sabes.

—¡Ella me odia por lo de Japón! ¡Y, joder, lo sabes! —estallo mirándola.

Y Raquel niega con la cabeza.

—Sabes que no es cierto. Si no, ¿por qué ha venido a buscarte? ¿Por qué tomó el café contigo? Dime, Hugo. ¿Por qué?

Desvío la mirada, y me siento sobre la cama. La mente me va a mil. Esperaba otra cosa, otra discusión, que me echara en cara mis constantes meteduras de pata. No esto. No que mi mejor amiga me exigiera que actuara respecto a Ava.

—Deja de tener miedo —señala Raquel.

Y alzo la vista para encontrar sus grandes ojos.

—No lo tengo —miento.

Y ella sonríe.

—Apestas a absoluto terror —sentencia acuclillándose frente a mí, y apoya los brazos sobre mis rodillas—. Tú hazte esta pregunta: ¿qué tienes que perder?

Sonrío con auténtica amargura.

—¿A ella?

Raquel niega.

—Eso ya lo tienes perdido si seguís así —me contesta, con absoluta confianza.

Observo a mi mejor amiga, y me dedica un asentimiento de cabeza, pero soy yo quien habla de nuevo:

—Si fueras yo, ¿qué harías?

La sonrisa de Raquel se amplía, y sus siguientes palabras resultan decisivas.

—¿Qué no haría por el amor de mi vida? No todos tenemos la suerte de que coincida en tiempo y lugar…

Un nuevo pinchazo me recorre, pero esta vez en el pecho, pues sé que con esta frase no solo está hablando de mí y de Ava, sino también de ella e Iván.

—Vamos, Hugo. —Vuelve a sonreírme—. Demuestra que eres un Kaura.

Abril de 2023

Mojácar

Ava

Los días han pasado, y al final llega el último en Mojácar, antes de volver a Irlanda. No obstante, no me embarga esa sensación amarga que me invadiría en este día, y eso se debe a Grace, pues desde que ha determinado que se queda con la casa, ha cambiado notablemente de actitud.

Por supuesto, ahora tiene por delante muchas cosas que hacer, y todos la ayudaremos, porque, al fin y al cabo, de ellas dependerá el desarrollo de su vida en el pueblo: debe encontrar nuevo trabajo y descubrir si le gusta, ver qué tal se las apaña aquí... Pero estoy segura de que todo saldrá bien.

Tengo una corazonada.

Me encuentro en la terraza, despidiéndome de las vistas que no me acompañarán hasta las próximas vacaciones o hasta que esté más relajada en el trabajo y pueda coger un vuelo para teletrabajar desde aquí unas semanas.

Lo contemplo todo con calma, con la tranquilidad de saber que volveré y con el convencimiento de que mi hermana estará bien.

Por un instante siento la punzada tan familiar que me acompaña desde la marcha de mamá, pero es precisamente ese sentimiento el que me asegura que ella estaría de acuerdo y feliz con nuestra decisión.

Inevitablemente, pienso entonces que todo eso es injusto. Qué duro es saber que ya no habrá más conversaciones divertidas entre las tres en la terraza o los largos debates en la cocina; que han terminado esas eternas sesiones de cine en el legendario sofá, o que ya no se oirán nuestras risas desde la planta de arriba.

—Estás aquí —dice Grace al aparecer en la terraza.

Mientras asiento, me doy la vuelta para ver cómo se acerca.

—¿Qué haces? —quiere saber.

Me encojo de hombros.

—Nada, solo pensaba… en cosas —contesto vagamente.

Sin embargo, Grace no lo deja pasar; al fin y al cabo, es una Brennan.

—¿En qué?

Por un momento, me planteo no sincerarme para evitarle a ella el escozor que me ensombrece, pero entonces me recuerdo que Grace no es esa niña pequeña que necesite protección y que la salven, así que me abro:

—En mamá. En que me duele pensar que ya nunca más cruzaré esa puerta y ella estará para recibirme. Que tampoco estará para interferir en nuestras ridículas discusiones. —Miro a mi hermana, y recibo de ella una leve sonrisa—. Ni haremos más sesiones de cine con sus deliciosos batidos. Ni estará ya para inventarse tradiciones absurdas pero divertidas o ideas para animarnos…

Grace se ríe.

—Cierto, tenía una inventiva envidiable —asiente Grace con la emoción contenida en los ojos, pero con la sonrisa tatuada en los labios, igual que yo—. Pero ¿sabes qué te digo, Ava?

Miro a mi hermana.

—Que en esta casa se retomarán las sesiones de cine y los batidos de oreo. Las absurdas tradiciones continuarán; de hecho, añadiremos algunas nuevas, y, ante todo, seguiremos teniendo nuestras ridículas discusiones. Seguro que Caleb querrá interferir para el disfrute de mamá.

Aunque las lágrimas caen, mi sonrisa se acentúa.

—¿Me lo prometes? —pregunto.

—Te lo juro.

Grace extiende el dedo índice porque, como decía mamá, «las promesas no se pueden hacer con el dedo más pequeño, sino con el que señalas cuando tomas decisiones»; así que se lo estrecho.

Voy a añadir algo, un comentario sin mucha importancia, pero lo que dice Grace a continuación hace que se me olvide.

—Por cierto, han venido a verte.

—¿Quién? —le pregunto extrañada.

Grace arquea las cejas.

—¿Hace falta que te lo diga?

—Pero…

Mi hermana no se queda para escuchar lo que ni siquiera yo sé que voy a decir, y tras desaparecer por la puerta, se asoma, unos minutos después, otra persona. Alguien que conozco muy bien.

Hugo me observa desde el umbral, sus ojos estudian mi expresión con cautela, como si esperara que en cualquier momento estallara cual bomba de relojería.

—¿Qué haces aquí? —me atrevo a preguntar al fin.

No me contesta, tan solo avanza hacia mí, y con cada paso que da, mi cuerpo reacciona. Claro que sí. Como cada vez que está cerca.

El pulso se me ha disparado y la mente me acribilla con miles de preguntas y pensamientos que soy incapaz de pronunciar.

Él parece tranquilo, y odio que se encuentre así cuando yo siento que voy a estallar por los contradictorios sentimientos que me apresan. Sin embargo, todo se disipa cuando extiende una mano para mostrarme el sobre de una carta.

Alzo la vista hacia él, y no necesita que yo hable para adivinar mi pregunta.

—Por eso viniste a buscarme, ¿cierto? —dice—. Aquí la tienes. Es la única carta que ella me escribió.

Fijo la vista en ese trozo de papel y, con suavidad, lo cojo. Cuando lo tengo entre las manos, vuelvo a mirarlo a él, pues no puedo ignorar que, por la proximidad de nuestros dedos, la energía

chisporrotea.

—Gracias —susurro.

—Pensé que deberías tenerla —responde él, estudiándome con esa mirada de ojos como el hielo.

Y por primera vez en todo este tiempo, no puedo leer en ellos lo que esconden.

Asiento agradecida y con el corazón en un puño.

—¿Cómo…? ¿Dónde la tenías? —quiero saber.

Y Hugo me dedica una de sus sonrisas ladeadas.

—He pedido que me la enviaran con urgencia. La tenía en el estudio de Londres.

—Oh. No tenías…

—Me han dicho que ya te vas, y, bueno… no quería que te fueras sin tenerla.

Asiento, pero desvío la mirada.

El silencio pesa entre ambos porque, sí, tenemos cosas que decirnos, pero ¿son necesarias? Él es feliz. Tiene su vida en Londres, tiene a Lara y miles de proyectos por delante.

Quizá el destino ha vuelto a cruzar nuestros caminos para regalarme la tranquilidad de saber que está bien y que realmente es feliz. Y Hugo se lo merece.

Así que hablo:

—De verdad, gracias. No tenías por qué hacerlo, y mucho menos después de lo que te dije.

Hugo niega, quitando importancia al hecho al que me refiero.

—Era justo, y más después de lo que sucedió en Japón.

Me encojo de hombros y dejo escapar un largo suspiro.

—Estaba dolida y no fue una respuesta madura —confieso al final, e inevitablemente lo rememoro.

Recuerdo que, casi un año después del encuentro de París, Hugo me escribió un mensaje de texto tras meses sin saber de él. La locura del COVID ya estaba desatada, aunque todavía quedaba lo peor, el confinamiento, y recuerdo que a su mensaje preguntándome cómo estaba, le respondí con un escueto texto pidiéndole que me olvidara, que no me volviera a escribir. Y después lo bloqueé.

Fue una reacción injusta, quizá, pero en aquel momento supe que necesitaba poner distancia. Alejarme de su doloroso recuerdo.

—No pasa nada, Ava —insiste.

Hay una tensión extraña entre nosotros, así que desvío la mirada y la centro en la única otra cosa importante, la carta.

Con manos temblorosas, abro el sobre y saco el papel curiosamente manido, como si la hubieran leído varias veces.

Hugo se aclara la garganta antes de confirmármelo:

—Puede que la haya leído en varias ocasiones.

Le miro de nuevo, intrigada.

—¿Por qué?

Él niega con un leve gesto de cabeza.

—No es el momento para esta respuesta —apunta, y, sorprendiéndome, se inclina para darme un suave beso en la mejilla—. Ten un buen viaje, Ava.

—¿Te vas? —le pregunto cuando comienza a alejarse, y su mirada de cristalinos ojos me encuentra.

—Creo que ahora mismo tienes cosas más importantes entre manos. —Me sonríe divertido, pero lo conozco bastante para sentir que bajo esa tapadera hay algo más—. Hasta la próxima, Ava.

—¿«La próxima»?

—Nos volveremos a ver —me promete antes de desaparecer en el interior de mi casa.

Tengo el impulso de seguirlo, pero Hugo tiene razón, la carta me quema en los dedos, y tomo conciencia de que es lo último que me queda de mi madre que aún me pueda sorprender. Algo nuevo de ella.

Así que abro la carta, y las lágrimas me atizan cuando descubro la familiar letra de mi madre.

Hola, Hugo:

¿Cómo estás? Sé que te sorprenderá recibir esta carta, incluso yo misma me sigo sorprendiendo mientras la escribo, pero ahora que sé que me queda poco tiempo, creo que lo correcto es responderte.

Siempre me has parecido un buen chico. Sí, incluso cuando te conocí siendo un crío, robando esos mangos. También cuando creciste, aun con las numerosas historias rodeándote, sabía que lo eras.

No te juzgo. Cada uno encuentra unas u otras circunstancias en la vida, y han sido tus actos los que han hablado por sí solos. Vi tu determinación por salir de ese agujero, luchabas contra marea para quitarte ese peso de los hombros.

Eres valiente, chico. Valiente y luchador, pero también buena persona. Y eso es lo más importante. Ahora, si me dijeran que debo dar un último consejo, sería ese. El de ser una buena persona.

Y sé que has intentado ocultarlo siempre, como alguno de tus amigos. No erais tan mala gente como queríais aparentar frente al mundo, pero lo comprendo. Era un caparazón para protegeros.

No quiero que esta carta sea un eterno monólogo, pero antes de contestar a tus preguntas, tan solo necesitaba que supieras lo que pienso de ti. Que… qué más te dará, ahora me doy cuenta, pero cuando la vida marca una fecha límite, te juro que todo lo ves de otra manera. Y no me da la gana callarme las cosas buenas que pienso de ti.

En cuanto a Ava, ella, mi chica responsable, de sueños que cree inalcanzables, está en su tierra, en su Irlanda querida. Eso la acerca a su padre, a la mitad de sus raíces, y para Ava siempre ha sido importante. Su corazón estará siempre dividido entre las tierras irlandesas y las almerienses.

No está sola, Caleb la acompaña. Ya sabes que son como uña y carne. Y me tranquiliza

saber que siempre se tendrán el uno al otro, incluso que en esa ecuación entra Grace.

No te puedo responder a la pregunta de cómo está. No soy una persona entrometida, siento decepcionarte. Creo que quizá tengas que preguntárselo a ella. Seguramente no te costará encontrarla, perdida entre sus historias, sus libros y su mirada puesta en las estrellas.

Y no me refiero a las del cielo, aunque vete a saber, no soy más que una madre que fue testigo de una intensa historia.

Pase lo que pase, fuiste afortunado, Hugo. Y ella también.

Os amasteis intensamente, y eso siempre queda tatuado en el corazón y en esta historia que se llama «vida».

Vida. Qué breve es.

Eso es algo de lo que siempre nos advierten, pero poco caso les hacemos, ¿verdad?

Me despido, y como no soy muy buena con ellas, te escribo una frase de uno de mis poemas favoritos.

Dime, ¿qué piensas hacer con tu única, salvaje, preciosa vida?

Poderosa pregunta, ¿verdad? Creo que esta carta no podría tener mejor despedida.

Cuídate, chico. Cuida de tus sueños también, y, ante la duda, hazte esa pregunta, porque, sí, nuestra vida es única, salvaje y preciosa.

Con amor,

Lorena

Sé que tengo los ojos llenos de lágrimas.

Cuando escribió esta carta, ya sabía de su enfermedad. Era consciente de cuál sería su desenlace, y a pesar de ello, no se aprecia ningún tinte catastrofista, sino todo lo contrario.

Y es que mamá era así.

Hasta el final.

Agosto de 2022

Almería

Ava

Nos encontrábamos en la habitación del hospital.

Grace no llegaría hasta la noche, porque, aunque le tocaba dormir en casa, había insistido en que podía descansar perfectamente con nosotras en la habitación; se habría quedado a teletrabajar también, pero esto, al final, lo hizo en casa.

Mamá había dicho que tenía que descansar, que podría visitarla al día siguiente, que se quedara el resto de la noche. Sin embargo, Grace no quiso ceder.

Y la entendía.

El final se acercaba, demasiado. Así que nosotras dos no queríamos estar separadas.

La luz dorada de la tarde entraba por la ventana y lo bañaba todo a su paso creando un ambiente de calma, incluso bonito, como burlándose de la situación. Mamá estaba en su cama, tumbada y con el oxígeno conectado, mientras me escuchaba.

Yo le leía algo, ni siquiera ahora recuerdo de qué libro se trataba. Seguramente alguna de mis últimas traducciones, deseosa de compartirlo todo con ella, de exprimir cada segundo, cada minuto que se escurría y nos alejaba de ella.

—He estado reflexionando sobre algo —dijo de pronto mi madre.

Al instante detuve la lectura.

—¿Sobre qué? —quise saber; alcé la vista rápidamente y la examiné para asegurarme de que estuviera bien, cómoda.

—Sobre la muerte.

Al oír la palabra prohibida, me levanté y olvidé el libro sobre los pies de su cama.

—Mamá…

Pero ella negó con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Tenemos que hablar de ella, cielo. Cada vez toma más protagonismo en esta habitación.

Controlé la expresión de mi cara, manteniéndola serena, pero los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¿Y en qué has estado pensando? —pude preguntarle.

Mi madre sonrió.

—En que creo que no será tan diferente a la vida. No me acuerdo de cuando nací, nada, ni un leve recuerdo. Así que me imagino que será igual cuando muera.

Intenté asentir, pues encontraba cierto sentido en sus palabras, pero antes de poder hacerlo, rompí en un llanto.

—No llores, cariño —me pidió ella, también con lágrimas en los ojos.

—No es justo, mamá —logré decir mientras sentía que su mano, tan débil, tan fría, me buscaba.

—Bueno, habría que abrir debate sobre eso —sonrió—. Mi vida ha sido intensa y muchas veces acelerada. Y ahora lo entiendo, ¿sabes? Conocí al hombre de mi vida cuando era muy joven, y tuve a mis otros dos amores cuando mucha gente decía que era demasiado pronto, pero era para brindarnos más tiempo, ¿no lo ves? Si hubiera esperado a teneros a la edad adecuada, no habríamos estado juntas todos estos años.

No podía hablar, así que me tumbé con cuidado junto a ella, en la cama. Sentí cómo me acariciaba la cabeza, intentando consolarme.

—He tenido el tiempo para veros crecer y convertiros en estas dos increíbles mujeres que sois. Y eso es un regalo. Podría ponerme dramática, dictaros una lista de deseos: que os cuidéis, que estéis siempre juntas, pero sé que lo haréis. Sois mis chicas.

Asentí porque las palabras no me salían, y noté que mi madre me daba un suave beso en la frente.

Más tarde llegó Grace, cargada de un suministro de chucherías dignas de nuestras sesiones de cine; eso también lo tenía previsto mi hermana, pues había traído el portátil y nos dispusimos a ver *Siete novias para siete hermanos*.

Mamá no comió nada de lo que había traído, aunque intentó simular que sí lo hacía. Participó de nuestros comentarios mordaces sobre algunos pasos de baile y varios diálogos, y se unió a nuestras risas.

Fue una noche que rozó el recuerdo de las que pasábamos en casa, y fue perfecto. Las tres juntas, como siempre.

Ojalá el tiempo se hubiera congelado en aquella habitación del hospital, donde por un momento olvidamos todo lo demás.

Mamá murió unos pocos días después, y a pesar del dolor que sentía, me recordé incesantemente aquella sencilla pero sincera conversación que mantuvimos, porque, a pesar de todo, teníamos toda una vida de recuerdos preciosos con ella.

Y si los teníamos, nunca nos dejaría por completo.

Mayo de 2023

Dublín

Ava

Tras la marcha de Mojácar, la rutina nos envuelve a Caleb y a mí, algo que, según como se tome, es de agradecer.

Todos los días hablo con Grace, quien me va contando sus avances, siempre con la tranquilidad de que por ahora puede mantener su puesto de trabajo en la distancia, aunque tarde o temprano tendrá que tomar una decisión al respecto. ¿Dejar el trabajo y buscar otra cosa? ¿O plantear cómo mantener su puesto a pesar de vivir en España? Sé que Grace escogerá la opción más adecuada.

Estoy en el Grattan Bridge tras bajarme del autobús para llegar a la oficina. A primera hora de la mañana, la ciudad está llena de gente y el tráfico es atroz, todos con las prisas de llegar al trabajo.

Hoy se me han pegado las sábanas, así que ni siquiera he tenido tiempo de tomar un café, incluso me he metido el correo en el bolso, puesto que no me quedaba tiempo para detenerme a mirarlo o subirlo a casa para cuando vuelva.

Cruzo la calle cuando el semáforo da paso a los peatones, y no tardo en llegar a Eustace Street, donde se encuentra la oficina.

Entro en recepción peleándome con el bolso para encontrar la identificación que me permita pasar y usar el ascensor, y cuando por fin lo logro, estoy demasiado malhumorada como para dar los buenos días con una amplia sonrisa.

Por fin llego a mi oficina, y Rachel corretea a mi mesa para pasarme los informes de las últimas correcciones, pues ambas las tendremos que revisar al detalle; también me recuerda las reuniones que tenemos para esta semana.

Asiento, ya casi por costumbre, al tiempo que enciendo el ordenador. Rachel, que ya me conoce, me hace el gran favor de prepararme también un café de la máquina, bien cargado. Transcurrida una larga hora, detengo la mirada en el correo personal, especialmente en ese sobre pequeño y abultado.

Llena de curiosidad, lo abro sin mirar siquiera el remitente, pero cuando descubro lo que hay dentro, no necesito mirar la dirección para adivinar de quién es.

Un ejemplar de *Peter Pan*. En inglés.

Al sujetar las tapas duras de la bonita edición y dejar correr las páginas entre los dedos, descubro que no es un ejemplar cualquiera, sino el de Hugo. Con sus anotaciones, frases

subrayadas…

El corazón me da un vuelvo cuando al final del libro encuentro una nota suelta. Una frase dedicada directamente a mí.

La leo varias veces, sujetándola con tanta fuerza que temo romperla.

Por último, escribo a Caleb y le mando una foto del trozo de papel. Su respuesta es clara:

«Ahora tú decides».

Y es cierto.

Ahora debo decidir yo qué paso quiero dar.

Julio de 2023

En el lugar más importante

Ava

Camino nerviosa, soy consciente de ello, de lo que esto significa.

La noche ha caído y no es calurosa, incluso me acompaña una suave brisa, me acaricia la piel y calma los nervios que se instauraron en mí cuando recibí ese paquete y leí la nota de su puño y letra.

Las luces de las velas llenan el pueblo, me trasladan al recuerdo de esa primera vez, hace muchos años, en ese verano que todo lo cambió.

Llego a la fuente y contengo el aliento al verla iluminada por multitud de pequeñas velas, de deseos, de sueños.

Pero lo que ha captado mi atención es él. Hugo.

Se encuentra casi en el centro del recinto, esperándome.

Su mirada conecta con la mía en el preciso instante en que pongo un pie en el lugar, y no puedo ignorar la sonrisa cauta que me dedica.

—No estaba seguro de que al final vinieras —dice, rompiendo el silencio.

Me atrevo a dar un paso, y luego otro, reduciendo la distancia entre nosotros. Es una locura estar aquí, frente a él, nuevamente. Como si no hubiera pasado el tiempo, pero, a su vez, siendo consciente de todo lo que ha ocurrido.

—Hugo… —comienzo, pero él niega con la cabeza.

—Por favor, déjame hablar a mí primero, Ginger…

Se me encoge el corazón al oír el apodo

—… porque entiendo que, aunque hayas venido, no significa nada, pero yo… necesito abrirme. Del todo, sin guardarme nada.

La intensidad de sus palabras y el modo en que me mira me impiden decir una sola palabra, así que tan solo tengo fuerzas para asentir.

—Soy consciente de que han pasado muchos años, y también de que han sucedido muchas cosas. Algunas, pensándolo con calma, han sido ridículas como para dejar que se interpusieran en nuestro camino. Pero también entiendo que no somos perfectos. Somos dos personas que se han amado intensamente, sí, pero que también han cometido algunos errores. Aun así, y a pesar de todo, no me arrepiento de nada.

Mientras Hugo habla, me mira con una intensidad que acuna sus palabras; y al oírlas, mi corazón empieza a palpitar como solo lo hace con él.

—Porque todo aquello que hemos vivido nos ha traído hasta aquí. A esta fuente, en esta Noche de las Velas, donde años atrás vi pedir un deseo a una chica que nunca pude imaginar que sería tan importante para mí. Porque lo eres, Ginger. A pesar del tiempo, de las personas, de todo lo que hemos querido, y de lo que hemos permitido que se colara en nuestro camino, tú siempre has sido *ella*. La persona más importante de mi vida, la que da sentido a esa frase que oí en algún lugar. Esa que decía que «si no fuiste mi amor en esta vida, no me equivoqué de amor, sino de vida». —Hugo guarda un momento de silencio, para después continuar—: Y entenderé que ya sea tarde, que ya estés agotada de darnos otra oportunidad, incluso que ya no sientas lo mismo, pero tenía que decírtelo, Ginger. Tenía que mirarte una vez más a los ojos y decirte que siempre fuiste y que siempre serás tú. Nadie más.

Me noto las lágrimas en los ojos, pero esta vez son distintas a las de antes. A las de mucho antes.

Observo a Hugo, al hombre en el que se ha convertido, y suelto un leve suspiro antes de hablar yo. Porque necesito hacerlo. Ambos lo necesitamos.

—Antes has dicho que no significa nada mi presencia aquí, en esta noche. Hugo, claro que significa algo. Lo significa todo. ¿Crees de verdad que habría venido si no te quisiera?, ¿si para mí no fueras también esa persona capaz de desestabilizar y arreglar mi mundo? Hace unos meses, cuando nos reencontramos en Mojácar… ¿sabes qué pensé? —No dejé que contestara, sino que continué hablando—: Que nunca querría a nadie como te quiero a ti. No fui al hotel a buscarte únicamente por las postales de mi madre, sino para verte una vez más.

Hugo da un paso hacia mí con tal determinación en la mirada que me hace flaquear las piernas, pero me obligo a retroceder para alejarme un poco. Sus ojos registran ese movimiento, me contempla con cautela, y yo me esfuerzo en alzar el mentón y mantenerme serena.

—Pero tengo algo que decir —añado.

Hugo asiente:

—Por supuesto.

Me sonríe, percibo que se está conteniendo, y eso es tan peligroso… Me resulta complicado concentrarme, pero debo hacerlo.

—¿Cómo vamos a hacer que funcione?, ¿cómo sabes que esta vez no aparecerá otra excusa, otro…?

—Porque no lo vamos a permitir. Metí la pata hasta el fondo alargando mi estancia en Japón, soy muy consciente de ello, y no dejo de fustigarme. Pero de los errores se aprende, y mucho. Hoy soy consciente de que preferiría dejar de pintar que dejar de tenerte en mi vida.

Hugo acorta algo más la distancia, y esta vez no me alejo.

—Si me dejas, iré contigo a Dublín. Efectivamente, nadie nos puede asegurar que esta vez salga bien, pero ha llegado el momento de huir de las excusas, de abandonar el miedo. Si me lo permites, puedo demostrártelo el resto de mi vida, Ginger. Además, hagamos lo que hagamos, sabes que nos volveremos a encontrar. —Ensancha la sonrisa de forma socarrona—. El destino nos quiere juntos, Ginger.

—Siempre seremos eternos, ¿no? —Y sonrío al recordar esa frase que me dijo en París.

—Siempre eternos, sí —afirma; su sonrisa se acentúa.

—No deberías bromear con eso —suelto—. ¿Eres consciente de lo que nos ha ocasionado la afirmación que hiciste? ¿Y si nos vuelve a separar para cruzar nuestras vidas de nuevo? ¿Y si lo

eterno es que nos tengamos que alejar una vez tras otra?

Para mi frustración Hugo se ríe, ganándose que lo mire con el ceño fruncido.

—Ginger, esto ya no volverá a ocurrir.

—¿Cómo estás tan seguro? —quiero saber.

Y retrocedo otro paso para mantener la distancia cuando Hugo intenta acortarla de nuevo.

Pero lo necesito. Necesito que hablemos de ese temor que ha arraigado en mí. Me responde:

—Porque ahora somos distintos, hemos cambiado. Porque ahora sabemos que estar juntos no nos impedirá nada, y porque las tenemos de testigo.

Hugo señala hacia arriba, y con la mirada sigo el gesto para contemplar el cielo.

—Las mismas que vieron el inicio de nuestra historia son ahora testigos del juramento que hago ante ti —añade.

Nuestras miradas se encuentran de nuevo, y la respiración queda olvidada; no me da tiempo a decir mucho más, porque Hugo disipa la distancia entre ambos, buscándome con su boca y besándome con ganas, como siempre que nos volvemos a encontrar.

Pero esta vez, mientras nos fundimos en el beso, mientras nos acariciamos y sonreímos entre palabras de cariño, no somos conscientes de que, sobre nuestras cabezas, en el cielo nocturno, ha cruzado una estrella fugaz.

Una estrella que ha sido testigo de nuestras palabras y promesas; de que, efectivamente, el destino tiene razón, y es que a veces hay historias que merecen un final feliz.

El de ese chico perdido y esa chica soñadora que cruzaron las miradas en un verano que cambiaría sus vidas para siempre.

Que los uniría para, finalmente, no volverlos a separar.

Siete años después

Epílogo

Las risas se oyen desde la primera planta, y sonrío también yo, en especial cuando, por encima de todo, destaca la de mi hija pequeña.

Bajo las escaleras para ir a la cocina, y ahí están.

Megan, con su desordenado moño del que caen numerosos mechones pelirrojos, tiene la mirada puesta en su tía, que prepara la especialidad de la casa: batidos de oreo.

—Megan, si te comes la mercancía, luego no nos quedará para repetir —la regaña con cariño Grace, que observa a su sobrina cubierta de nata montada hasta en las cejas.

—¿Qué hacéis, chicas? —les pregunto, sobresaltándolas con mi presencia.

Megan me dedica una sonrisa mellada y de hoyuelos que me derrite el corazón como siempre, y corre hacia mí para cogerme de la mano con cuidado de no golpear a su hermana pequeña, a quien tengo en brazos.

—Batidos de oreo —dice con una pronunciación algo seseante por la caída de los dos dientes de leche—. La tía Grace dice que los podemos comer mientras vemos una peli.

—Solo si vemos la peli —recalca mi hermana, dedicándome una sonrisa—. Es la norma por excelencia de esta casa, recuérdalo, Megan.

Mi hija asiente con solemnidad.

—¿Julia podrá tomarlo también? —pregunta mirando a su hermana.

La pequeña duerme profundamente sujetada en mi pecho con un pareo.

—Todavía es muy pequeña, cielo —le respondo al tiempo que le retiro algunos mechones de la cara.

Parecer que ha heredado el pelo rizado de su tía.

—Vaya…

Megan hace un gesto tristón, pero su tía se encarga de animarla.

—Más para nosotras —interviene Grace—. Además, Julia está todo el rato durmiendo, no puede ver una peli entera. No es mayor como nosotras.

—Es cierto —responde Megan, de nuevo sonriente.

—Eso de que duerme todo el rato… —murmuro.

Grace se ríe; le dice:

—Venga, Megan. Ya eres lo suficientemente mayor para llevar el cuenco de las palomitas al salón y sin pérdidas. Vamos.

Y le ofrece a su sobrina de cinco años, a quien conoce demasiado bien, el cuenco repleto. Megan asiente y corre hacia el salón.

—¿Qué película vamos a ver? —quiero saber.

—*Dirty Dancing* —responde Grace.

La miro.

—¿Crees de verdad que una niña de cinco años la aguantará entera? —le pregunto, incrédula.

—No es para ella. Sino para su tía y su madre. —Me guiña el ojo mientras me tiende dos de los batidos que ha preparado.

—¿Y estos hombres dónde están? —inquiero al descubrir la cantidad ingente de dulces y comida basura.

A Grace no le da tiempo a contestarme porque se abre la puerta de entrada; ante nosotras aparecen Hugo, Jacobo y Caleb.

—¡Papá! —canturrea, corriendo hacia su padre.

Hugo la aúpa con alegría.

—Esa niña está comiendo palomitas, ¿o son imaginaciones mías? —pregunta Grace, mirando a su sobrina.

Megan la ignora por completo, ahora solo tiene ojos para su padre, que no deja de hacerle monerías.

—Hemos llegado a tiempo, por lo que veo —dice Jacobo mientras se inclina para darle un suave beso a Grace.

Sonrío al verlos, y pienso en el nuevo miembro de la familia que está por llegar gracias a estos dos.

—¿Y Julio? —pregunto a Caleb.

Me responde desde la cocina, donde está colocando las cosas para la barbacoa de esta noche.

—Le queda una hora para salir del trabajo, así que llegará justo, pero llegará —contesta mi mejor amigo.

Asiento y voy a ayudarlo mientras mi hija, de tan solo tres meses, duerme plácidamente sobre mí.

Caleb volvió a España con la tranquilidad de saber que yo estaba bien en Dublín, en compañía de Hugo; porque, a pesar del cariño que mi amigo sentía por las tierras irlandesas, echaba de menos su tierra.

Finalmente se estableció en Granada, y, casualidades de la vida, coincidió con Julio, su antiguo archienemigo de la universidad.

Poco hay que añadir, salvo que aquel odio picajoso ocultaba mucho más de lo que imaginábamos los demás: al poco tiempo, Caleb nos sorprendió a todos presentándonos a Julio como su novio. Y desde entonces…

—¿En serio que vamos a ver esa película? —se lamenta Hugo al entrar en la cocina con cara de circunstancias.

En el salón se oye una pequeña batalla por hacerse con el mayor botín de chucherías.

—¿Es que te parece mal plan? —pregunto yo, inclinando la cabeza para que me bese.

Un brillo divertido asoma en los ojos de mi marido, y su mirada me promete secretos que solo ambos compartimos.

—¿Por qué no veis la peli vosotras? —propone en ese momento Caleb, quien ya lo tiene todo guardado—. Nosotros vamos arriba, a la terraza. En un rato nos pondremos a preparar el fuego.

—Me parece una idea maravillosa —asiente rápidamente Hugo.

Hace amago de coger a Julia, pero me doy la vuelta para impedírselo.

—Esta niña se queda conmigo.

—Cuanto antes se una a las tradiciones, mejor, ¿no? —pregunta Hugo, que sabe a la perfección qué idea ha cruzado mi mente.

Le sonrío con cariño y, acompañada de ellos, me dirijo al salón, donde Grace y Jacobo ya están acomodados en el sofá, embobados con su sobrina mientras esta se da un festín de palomitas.

—Oye, Megan, con calma, ¿eh? —la avisa Hugo.

Grace y yo nos reímos.

—En las sesiones de cine, nada de calma con la comida —canturrea mi hermana.

Hugo se sienta a mi lado, conocedor de que no ganará esta batalla.

—Entonces ¿vamos a ver a esos dos bailando? —se queja Caleb al tiempo que se deja caer en el sofá.

—Por favor, esa peli va de mucho más. —Grace lo mira mal—. Va de ese amor de verano que une a una chica que tenía el mundo a sus pies y a un chico perdido, cuyo futuro no era prometedor. Cómo se enamoran y luchan por su historia.

—Sí, bueno. Pero acaban separados una vez terminado el verano —continúa Caleb, atacando las palomitas junto a Megan.

—¿Tú crees? —le pregunta Hugo tras intercambiar una mirada de complicidad conmigo—. Déjame decirte que yo creo que sus caminos se vuelven a cruzar.

—Sí, a mí también me da esa sensación —intervengo.

Resignado, Caleb pone los ojos en blanco, y Hugo y yo nos reímos; Grace y Jacobo parecen demasiado entretenidos con esos cuchicheos que les dibujan grandes sonrisas en los rostros.

La película comienza, y todos contemplamos atentos la pantalla. Es aquella antigua película que muchos años atrás, en la casa donde ahora nos encontramos, una madre puso a sus hijas.

Una madre que, desde allá donde esté, nos observa feliz de vernos en este salón dando continuidad a nuestras absurdas y especiales tradiciones. De esto estoy segura.

Por seguir siendo sus chicas Brennan.

Pase el tiempo que pase.

Agradecimientos

Fugaces ha sido una bilogía muy especial para mí.

Lo he repetido hasta la saciedad por mis RR. SS., en entrevistas, a amigos, y seguro, seguro, que hasta en sueños, jajaja, pero es que de verdad que lo ha sido.

Ava y Hugo se colaron bajo mi piel cuando estaba terminando la historia de Nagore. En ese momento me había prometido a mí misma descansar y disfrutar de unas merecidas vacaciones. A ver, sí, me fui (concretamente a mi luna de miel, ajajajaj), pero ellos ya estaban conmigo y cuando semanas después comencé a conocerlos, nunca me imaginé que iban a ser tan, tan especiales.

Estas novelas han sido un gran viaje, pero no lo he hecho sola, porque he tenido a grandes personas acompañándome en el camino.

Los primeros, a mis dos agentes, Pablo y David, que esa tarde en El Retiro de Madrid, mientras les contaba la historia, me animaron a ir a por todas, y que siempre tienen sabios consejos y palabras de aliento.

Por supuesto, a mi queridísima editora, Aranzazu. Gracias por tu cariño e ilusión por Ava y Hugo, por estar siempre ahí para escuchar mis dudas, propuestas y constantes preguntas. ¡Gracias!

A todo el equipo de Penguin. Este libro es tan bonito por dentro y por fuera gracias a este enorme equipo.

A mis lectores cero: Gemm, Duli, Bebel. Gracias, mis chicas, y esta vez se nos une alguien muy especial. Gracias, Sergio, porque has estado al pie del cañón. No sé yo si querrás repetir la experiencia, jjajaaj.

Como sabéis, en esta última novela conocemos Annabel’s y, oye, lo que os cuento es cierto, aunque como podréis imaginar me he tomado alguna licencia. El aspecto tan pintoresco del lugar no llegó a ser así hasta la reforma de 2018, pero no concebía que Hugo no conociera ese espectacular cambio.

Todos esos detalles no los podría haber sabido sin la invitación de uno de sus miembros que, para proteger su identidad, no diré su nombre, pero si lees esto, muchas gracias por tu tiempo, por haber respondido todas mis dudas y por la invitación.

Gracias a Secundino Hernández (sí, lo estáis flipando mientras leéis esto como yo cuando me enteré de que iba a conocerlo) por abrirme las puertas a tu espectacular taller y resolver todas mis

dudas. Fue un honor poder ver cómo trabajas y conocerte en persona.

Nada de eso hubiera sido posible sin ti, Roberto Rodríguez. Gracias por tu ayuda, y por ser la magnífica persona que eres.

Gracias a la psicóloga Paula Ponce, a quien tuve que acudir para poder tratar algunos temas, al igual que a Raúl Valencia. Espero no haber metido la pata a pesar de vuestras explicaciones detalladas.

Gracias a mi primo Jorge y a Carmen, que no dudasteis en ayudarme con mis dudas sobre Londres, al igual que mi querida Sara. Gracias.

Por supuesto, gracias a mi familia y amigos. Soy muy afortunada de teneros. Gracias por vuestra paciencia y comprensión en mis épocas de desaparición. Especialmente a mi prima Alex y a mi tía Begoña, que están siempre emocionadas con cada nueva publicación. Y a ti, Raquel (bueno, y a Gonzalo también), que sin dudarlo fuiste a investigar sobre las fiestas de Mojácar. Mil gracias, prima. A mi pelirroja particular, Nay, que estás para cada nueva historia.

A Juanjo, que siempre estás ahí, en cada nueva historia.

A Alberto, mi gran apoyo y, de verdad, sin él dudo mucho que llegara a todo. Gracias por ser el mejor compañero de vida.

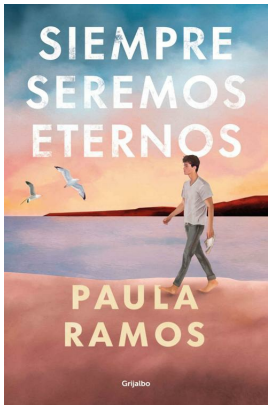
Gracias a toda la comunidad tan bonita de bookstagram, booktok, booktube, blogs literarios… Si me pongo a dar nombres esto va a ser larguísimo, pero gracias, gracias. Por vuestro entusiasmo y cariño a cada nueva publicación.

Y por supuesto, a ti, que estás leyendo esto hasta el final. Ojalá que hayas disfrutado de esta bilogía, que te hayas emocionado con cada capítulo. Gracias por tu apoyo, cariño y entusiasmo, porque sí, sin vosotrxs, mis queridxs lectorxs, nada de esto tendría sentido.

Gracias, gracias e infinitas gracias.

Ojalá nos veamos en próximas historias.

A veces lograr un sueño supone renunciar a otro. Y este, fugaz o eterno, quizá sea el que merezca la pena



Hugo tiene una ilusión y está dispuesto a todo con tal de hacerla realidad: pintar algo que lo convierta en eterno. Pero lo que aún no sabe es que esa emoción que late en su interior, esa que aparece y desaparece de su camino y que tiene los ojos azul noche, es la que de verdad anhela.

Ava ha dejado de creer en lo posible. Para ella el mundo se ha vuelto un sitio oscuro, fugaz, donde no hay lugar para los sueños y mucho menos para creer en la eternidad. Ni siquiera aunque esa posibilidad, la de vivir un amor que venza las leyes del tiempo, haya estado delante de sus ojos toda la vida.

Y cada anochecer, cuando Ava y Hugo se detienen a mirar la luna, saben que es la misma que alumbra al otro. Y ese gesto los lleva a augurar que, a pesar de la distancia y de los obstáculos, a pesar de todo, lo que sienten es para siempre.

¿Volverán a encontrarse bajo la misma luna?
¿Tomarán al fin las decisiones adecuadas para poder estar juntas?
¿O deberá alcanzarlos un meteorito para que sus pedazos acaben por encajar?

Paula Ramos nació en Madrid en 1989. Amante de la lectura, comenzó a escribir sus primeras historietas a los doce años, y desde entonces no ha parado de crear mundos y personajes. Graduada en Bellas Artes y Diseño, compagina estas dos grandes pasiones con la escritura. Su primera novela autopublicada, *Caminos cruzados*, salió a la luz en 2013. Después se adentró en la novela juvenil romántica con la bilogía Abril (*Firmado, Abril* y *Cartas para Abril*) y con *Pinkies Girls* (2020). Dentro del género fantástico publicó *Los cuatro reinos* (2018) y su continuación, *Los reinos olvidados* (2019). Con la trilogía formada por *Manual para días rojos*, *Instrucciones para días rosas* y *Consejos para días azules*, ahondó en el género romántico adulto.



Primera edición: junio de 2023

© 2023, Paula Ramos
Autora representada por Editabundo Agencia Literaria, S. L.
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Ilustración de portada: © Elsa Suárez / Arcangel

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. *El copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7287-0

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

[1] En italiano significa «borracho». *(N. de la A.)*
[2] En italiano significa «problemas». *(N. de la A.)*
[3] En italiano significa «muchacho, chaval». *(N. de la A.)*
[4] En italiano significa «estás pensando en ella». *(N. de la A.)*
[5] En italiano significa «de serpiente». *(N. de la A.)*

Índice

Siempre seremos eternos

Abril de 2023. Mojácar. Ava
Ava
Febrero de 2015. Granada. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Ava
Julio de 2013. Mojácar. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Julio de 2013. Mojácar. Hugo
Abril de 2023. Mojácar. Ava
Julio de 2013. Mojácar. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Julio de 2013. Mojácar. Hugo
Julio de 2013. Mojácar. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Ava
Julio de 2013. Mojácar. Ava
Noviembre de 2013. Londres. Hugo
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Diciembre de 2013. Londres. Hugo
Diciembre de 2013. Mojácar. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Ava
Abril de 2014. Granada. Ava
Marzo de 2014. Londres. Hugo
Abril de 2014. Londres. Hugo
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Ava
Hugo
Septiembre de 2014. Londres. Hugo
Septiembre de 2014. Londres. Hugo
Hugo
Noviembre de 2014. Londres. Hugo
Diciembre de 2014. Londres. Hugo
Abril de 2023. Mojácar. Ava
Enero de 2015. Londres. Hugo
Enero de 2015. Granada. Ava
Enero de 2014. En la red de telefonía móvil
Enero de 2015. Granada. Ava
Febrero de 2015. Mojácar. Hugo

Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Febrero de 2015. Granada. Ava
Febrero de 2015. Granada. Hugo
Febrero de 2015. Granada. Ava
Febrero de 2015. Granada. Ava
Febrero de 2015. Granada. Hugo
Abril de 2015. Londres. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Abril de 2015. Mojácar. Hugo
Abril de 2015. Mojácar. Ava
Noviembre de 2017. Mojácar. Ava
Marzo de 2018. Dalkey, Irlanda. Ava
Enero de 2019. Dublín. Ava
Enero de 2019. Londres. Hugo
Enero de 2019. París. Ava
Enero de 2019. París. Hugo
Enero de 2019. París. Ava
Enero de 2019. París. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Abril de 2023. Mojácar. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Noviembre de 2019. Londres. Hugo
Abril de 2023. Mojácar. Ava
Diciembre de 2017. Mojácar. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Abril de 2023. Mojácar. Ava
Agosto de 2022. Almería. Ava
Mayo de 2023. Dublín. Ava
Julio de 2023. En el lugar más importante. Ava
Siete años después. Epílogo
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Paula Ramos
Créditos
Notas